

NADIE PUEDE TOCARLA. NI SIQUIERA EL DÁMARO MÁS PODEROSO

PARTE 2: LA TORNA INSTINTOS

MI PIEL DAMARA

• BECA ABERDEEN

Mi Piel Dámara

Libro 2: Torna Instintos

BECA ABERDEEN

Copyright © 2024 Beca Aberdeen

Todos los derechos reservados.

Ilustración interior de emma cat _13

Para los lectores que no encajan en los bocetos de otros.

Contents

[1 MALDITA](#)

[2 MI PROPIA MEDICINA](#)

[3 NUESTRA ÚLTIMA ESPERANZA](#)

[4 BENEFICIOS DEL CAOS](#)

[5 EL FUNERAL](#)

[6 EL RITUAL](#)

[7 LA FORMA DE MI CORAZÓN](#)

[8 LA CONSUMACIÓN DE LA CRIATURA](#)

[9 HUELLAS](#)

[10 CORAZONES ROTOS](#)

[11 CELDA DE CRISTAL](#)

[12 SORPRESAS](#)

[13 EL HOMBRE INVISIBLE](#)

[14 LA CHICA DE AL LADO](#)

[15 AMISTADES INSOSPECHADAS](#)

[16 DIGNIDAD, ANTE TODO](#)

[17 INTRIGAS Y TRAICIONES](#)

[18 EL COLLAR DE LA REINA](#)

[19 LA JOYA DE LA CORONA](#)

[20 AL AJEDREZ JUEGAN DOS](#)

[21 INVÁLIDOS](#)

[22 ERES BELLEZA](#)

[23 AGRADECIDOS](#)

[24 ACLARACIONES TARDÍAS](#)

[25 LA QUÍMICA DE LA VENGANZA](#)

[26 ASOCIACIONES INESPERADAS](#)

[27 EL PRINCIPIO DEL FIN](#)

[28 MI DESTINO](#)

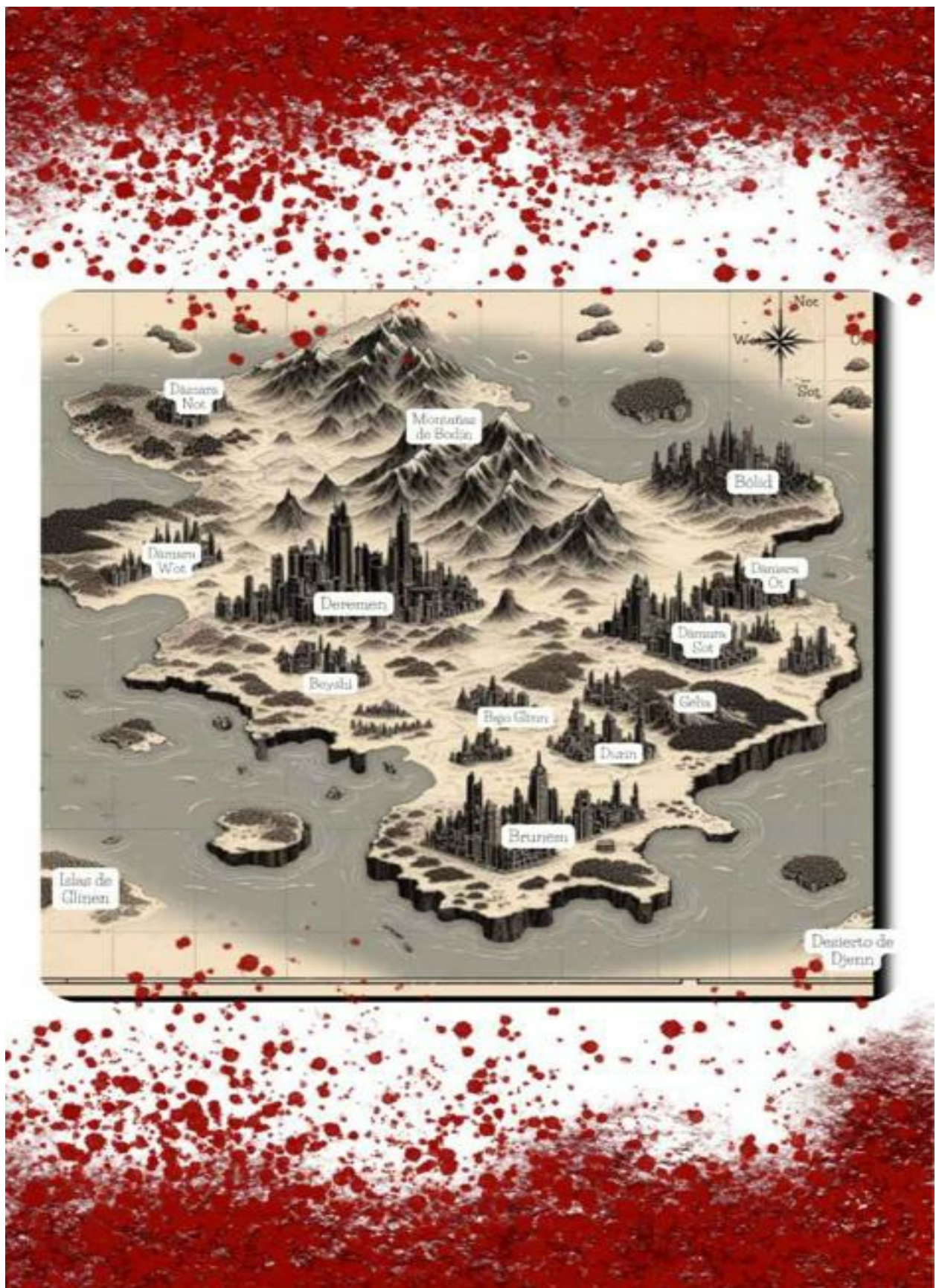
[29 DESPUÉS DE LA TORMENTA](#)

[30 ESCOGE A TU VILLANO](#)

[31 LA CAÍDA DEL OSO](#)

[32 LA ESPERANZA MUERE POR ÚLTIMO](#)

EPÍLOGO UN BONITO REGALO



1 MALDITA

—¡Estás de vuelta!
Suspiro y levanto la vista de mi libro, cuando escucho la apremiante voz de Cas. Le enseño la carta de readmisión que me llegó ayer por la tarde a casa.

—Por fin, tu expulsión no tenía ningún sentido —celebra ella. Yo ya no estoy tan segura. Tal vez debería estudiar a distancia— ¿Por qué llevas dos días sin responder a mis llamadas? —Continúa, sentándose a mi lado.

Golpeteo las hojas de mi libro con el bolígrafo. El interrogatorio es justamente lo que quería evitar y una de las razones por las que ayer me marché a casa de mi padre en lugar de ir a la escuela.

—¿A cuál de mis casas has llamado? Me he estado quedando con mi padre —me limito a responder en tono plano.

Cas frunce el ceño y tengo que suspirar para armarme de paciencia. Ella no tiene la culpa de mi estado depresivo, pero pronto, en cuanto descubra qué le he hecho a su hermano de forma irreparable, me odiará tanto como yo misma.

—¿Por qué no me has llamado? —protesta—. Lo último que me dijiste es que ibas a ver a Evans y a Kyle, y no vuelvo a saber nada de ti. Cuando, ni siquiera, tienes un teléfono al que pueda contactarte. Te he escrito en Facebook, en Instagram, ¡hasta en Pinterest! Estaba preocupada.

Suspiro y me coloco un mechón de pelo detrás de la oreja. Me tranquiliza sentir el contacto del guante, me recuerda que lo llevo puesto, que estoy poniendo de mi parte para no destrozr la vida de nadie más. A pesar de eso, siento que mi presencia en la escuela es una aberración y que el padre de Evans hizo lo correcto al expulsarme. La única razón por la que he vuelto es porque Evans se ha tomado las molestias de mover hilos para que me readmitieran.

—Como puedes ver, estoy bien —mascullo entre dientes.

—¿Qué ocurrió allí? —insiste a sabiendas de que hay algo que no le estoy contando.

Me concentro en poner una expresión neutral.

—Nada... cené con Evans y luego estuve un rato con Electric Blue, pero ya sabes que con él la conversación puede ser muy profunda o completamente ridícula. Pues esa noche fue ridícula. No me contaron nada sobre el almacén.

Cas se relaja con esa información.

—Mierda —murmura—. Si no descubrimos quién es el autor de los atentados, puede morir más gente.

—Lo va a tener más difícil sin los despojados —la tranquilizo. En lugar de moverlos, han decidido mantenerlos de momento en el mismo almacén donde el terrorista los ocultaba, vigilados por patrullas de los mejores élites que tenemos.

Cas sacude la cabeza.

—Esa es otra... todo el mundo habla de lo heroico y magnífico que es Evans por encontrar a los despojados. ¡Pero nadie nos ha mencionado! Es tan injusto, Tori. Estuvimos a punto de morir y ni siquiera saben que formamos parte de la partida. Solo se ha mencionado el nombre de Drake de pasada.

Le dedico una sonrisa triste. Estoy demasiado ocupada, deseando no ser un monstruo, como para preocuparme por no ser una heroína.

—Es mejor así —murmuro.

—¿Se puede saber qué te pasa? —Pone la mano en mi antebrazo y doy un salto sobre la silla, apartándola.

—¡No me toques! —Mi grito atrae la atención de los alumnos que tenemos alrededor. Cas me mira boquiabierta y un tanto dolida.

—Creo que, a veces, olvidamos qué soy y lo que puedo hacerle a la gente. Tienes que tener más cuidado, tienes que mantener la distancia —le ruego bajando la voz, y ella pone una mueca.

—¿Qué ha ocurrido? ¿El idiota de Evans te ha dicho algo malo? —deduce enfadada.

—¿Hablando de mí?

Cierro los ojos y me tenso al escuchar la voz de Evans. Nunca se sienta en este lado de la clase, así que no entiendo qué está haciendo aquí.

Le ignoro concienzudamente, mientras se sienta en el pupitre detrás del mío.

—¿Por qué te sientas aquí? —le pregunta Cas con rudeza.

—¿Por qué tu amiga hace como que no nos escucha? —dice él a su vez.

Trago saliva y noto su mirada en mi nuca como si fueran agujas punzantes.

—Está muy rara y está triste... ¡y no hagas como que no es tu culpa! —le espeta Cas, haciéndome gemir interiormente. Me gustaría que mi poder fuera disolverme en el aire y desaparecer.

No tengo ni idea de qué va a responder Evans a eso, pero, por suerte, Diana entra en clase y no tengo que descubrirlo.

Echa un vistazo por la sala, pero cuando localiza la nueva ubicación de Evans, tan cerca de mí, frunce los labios y sé que estoy en problemas. Va a contárselo a Parker Armstrong.

Drake y otros élites llegan cuando Diana ya ha empezado con la clase, recibiendo una mirada de amonestación por parte de la profesora que no puede competir con las que me está echando a mí de cuando en cuando.

Me encojo al verlo pasar a mi lado. Por un instante, creo que va a pegarme o a gritar su odio delante de todos. En lugar de eso, Drake se sienta en silencio junto a Evans, detrás de su hermana. Lara Sorensen lo mira dolida desde su pupitre habitual. Tiene ojeras de haber estado

llorando. La observo entumecida, sin saber bien si me siento mal por haberle ocasionado ese dolor, o si solo en el caso de Lara, puedo contarle como mi venganza perfecta. Ha perdido a Drake para siempre y eso es algo que va a afectarle durante al menos unos meses. Me doy cuenta de que el impacto de mis acciones va más allá de una sola persona.

Me atrevo a echarle un vistazo de reojo a Drake. Él me devuelve la mirada y por un instante nos comunicamos sin palabras. Quiero pedirle perdón, decirle que jamás lo hubiera hecho a propósito, pero me da miedo que sacarlo a relucir vaya a hacer estallar su aparente calma. Así que me giro de vuelta y me hundo en mi asiento todo lo posible.

No ha pasado mucho tiempo, cuando noto toquécitos en mi espalda. Me giro de mala gana y Evans me indica su mano. Me entrega una notita doblada.

**Esto de que no tengas teléfono es muy años noventa, ¿no crees?
¿Me estás ignorando, Tori?**

Suspiro y Cas me echa un vistazo curioso. Rompe una esquinita de su cuaderno para escribir algo también. Es cierto que todo esto es muy de los noventa, pero no estoy echando nada de menos mi teléfono. Ayuda no tenerlo cuando quieres desaparecer y que te dejen en paz.

Cas tira su propia nota en mi mesa y empiezo a agobiarme. La abro y la camufló entre las hojas de mi libro para poder leerla.

Drake ha roto con Lara, pero no me responde cuando le pregunto al respecto. ¿Evans sabe algo?

Me tiemblan los dedos al coger mi bolígrafo. Llevo más de veinticuatro horas dándole vueltas a lo mismo en mi cabeza. Lo que le he hecho a Drake, cambiarle la vida de esa forma... Me sorprende que no me haya denunciado para que me expulsen definitivamente de la escuela. Me sorprende que no me haya arrinconado en un pasillo para darme otra paliza.

Respondo a la nota de Cas primero, consciente de que, si sigue mis indicaciones, lo más probable es que la pierda para siempre. Mi única amiga y apoyo durante todos esos años.

**Dale tiempo Cas, las rupturas no son fáciles.
Necesita tiempo para asimilarlo.
Después habla con él... sé honesta**

Tras leer la nota, frunce el ceño, extrañada con la última parte. Su mirada inquisitiva conecta conmigo y nos comunicamos sin necesidad de palabras. Aguardo su reacción, al entender que sé lo que vio, lo que le mostró a Electric Blue, y el hecho de que sus peores temores son ciertos.

Se pone blanca y se le abre la boca. Echa un vistazo por encima de su hombro a Drake, quien parece desconcertado con su escrutinio. Sin mediar palabra, Cas cierra su libro, se levanta y sale de clase interrumpiendo las palabras de Diana. La profesora la sigue con la mirada, perpleja porque no es la clase de alumna que suele dar problemas.

—¿Alguien más está tan aburrido que quiere irse en mitad de clase? —propone Diana con una sonrisa ácida.

Me siento mal por Cas y aunque sé que ya no vamos a ser amigas, levanto la mano para defenderla.

—¿Sí, señorita Baker?

—No se encontraba bien —aseguro. El labio superior de Diana se encoge en una sonrisa mezquina.

—Puedo entender eso, lo que no entiendo es porque no lo ha compartido conmigo antes de marcharse. Esa no son las reglas de esta escuela, señorita Baker.

Sé que no debo, pero no puedo controlarme.

—Bueno, todos nos saltamos alguna que otra regla de la escuela de vez en cuando, ¿no? — Un murmullo de risas sofocadas y susurros divertidos recorre la sala.

Diana me atraviesa con la mirada y si ese fuera su poder, estaría muerta ahora mismo. Pero su hipocresía me ha enfurecido lo suficiente como para nublarle la razón.

—Señorita Baker, no se vaya al terminar la clase, para que podamos proseguir con esta discusión en privado —me amenaza. Está enfadada, pero hay un brillo triunfal en sus ojos.

Aprieto los dientes. Acabo de ser readmitida... soy idiota y mis padres van a matarme.

Cuando termina la clase, Evans pone una mano en mi hombro, impidiendo que me levante.

—Discúlpate, Tori—susurra en mi oído—. Haz lo que tengas que hacer para que no te expulsen de nuevo.

Quiero mandarle a la mierda y decirle que no se meta en mis asuntos, pero sigo sin ser capaz de mirarle, así que me dispongo a guardar mis bolígrafos y mi libro en la mochila con deliberada lentitud mientras el aula se va vaciando.

Al levantarme, descubro que hay un regalo con forma de caja de zapatos sobre la mesa de Evans. Miro para los lados antes de atreverme a tocarla, pero no hay nadie allí para reclamarla. Abro la tapa con sumo cuidado, por si no se suponía que era para mí, pero sonrío al ver el interior. En una piscina de ositos rojos de gominola hay enterrada una pequeña caja blanca y rectangular con un teléfono nuevo. Uno con pinta de ser bastante caro.

Suspiro, ojeando la puerta en busca de Evans, pero ya ha desaparecido. Me cuelgo la mochila en un hombro y cierro la caja para ponerla bajo mi brazo y bajar las escaleras hasta la mesa de Diana. Por su expresión autocomplacida, sé que no me espera nada bueno.

—Lo siento —dejo que las palabras salgan lo más sinceras posible.

—No, no lo sientes.

Me mojo los labios.

—Sí, no debería haber dicho algo así, estaba preocupada por Cas. No se merece meterse en problemas por encontrarse mal. Sabe que es una buena alumna.

Diana me contempla impávida y hasta apoya la barbilla en su puño como si me estuviera evaluando.

—¿Y usted? ¿Usted merece meterse en problemas? —amenaza. Le gusta saberse en una posición de superioridad.

—Puede que hoy sí, la primera vez no... pero eso no importó —me lamento.

Diana pestañea y no hay ni pizca de curiosidad por mis palabras. Quizá ya sepa quién y por qué me expulsaron. Debe ser una de las secuaces de Parker. Y hasta me planteo que lo suyo con Evans empezara por influencia de su padre.

—Vamos a hacer una cosa —dice y se levanta, sensual como una gata. Se me revuelve el estómago al pensar que a Evans le gustaba eso de ella. Se detiene frente a mí y se cruza de brazos con una sonrisa condescendiente. Después, se fija en el regalo que llevo bajo mi axila y su expresión se endurece—. Voy a ayudarte a que te sea más fácil seguir la única cosa que se te pidió.

Abro la boca al darme cuenta de que está al corriente de mi encuentro con Parker. Y ahora que lo sé, me pregunto si él la usó para tener una falsa razón por la que expulsarme. Su deseo de librarse de mí no pudo ser suficiente para convencer al director de la escuela, necesitó la intervención de alguno de mis profesores.

Diana se inclina sobre mí para que sus palabras, aunque murmuradas, me lleguen con claridad.

—Mantente alejada de Evans.

Parpadeo, alucinando con que Parker tenga a un profesor trabajando para él y que la use para extorsionarme, pero Diana no ha hecho más que empezar.

Sus ojos se vuelven completamente rojos y brillantes y doy un paso atrás.

—¿Lista para probar tu propia medicina, *chérie*?

No le hace falta tocarme. Simplemente, sopla en mi rostro y de su boca salen polvos del mismo tono que sus pupilas. No puedo evitar inhalarlos y empiezo a toser paranoica con lo que me puedan hacer. Los noto entrar por mi nariz hasta el interior de mi cráneo.

Estornudo dos veces y me limpio la cara intentando quitarme los restos.

—¿Qué me has hecho? —Pregunto entre jadeos. De momento, no noto nada en particular.

Diana sonrío satisfecha.

—Asegurarme de que haces lo que el señor Armstrong te pidió —me explica con inocencia—. Créeme *chérie*, vas a agradecermelo pronto. Ahora, recuerda que no ha pasado nada entre nosotras hoy, porque si le dices a alguien que he usado mi poder contigo, al señor Armstrong no va a gustarle nada.

Diana me indica la puerta de la clase con una mano elegantemente extendida y una sonrisa radiante.

—*Bonne journée, ma chérie.*

2 MI PROPIA MEDICINA

Ayer descendí a lugares oscuros de mi mente que no visitaba desde hacía mucho tiempo. Recordé viejos sentimientos de odio hacia mí misma que comenzaron cuando pensé que la separación de mis padres era culpa mía. Sentir que no vales nada, deja una marca profunda en tu ser. Te deforma de maneras que incluso años de terapia no pueden arreglar. Esa creencia vuelve en momentos difíciles, convenciéndote de que el mundo sabe que hay algo defectuoso en ti. Que eres un error.

No sé cual es el poder de Diana y que ha hecho sobre mí, o si ha hecho algo en absoluto, ya que no he notado nada. Sin embargo, salí de clase pensando que sea lo sea, quizá me lo merezca.

Cuando cae la noche, me siento un poco mejor. Aunque todavía me veo como una dámara maldita que no debería existir, estoy más tranquila porque hemos encontrado a los despojados. La gente vuelve a sonreír y a relajarse por los pasillos, a hacer bromas y a preocuparse solo por las cosas pequeñas del día a día. Me reconforta saber que fui parte del grupo que hizo eso posible. Si Cas y yo no hubiéramos bajado al nivel inferior, tal vez no habríamos descubierto que estaban allí y me consuela saber que hemos salvado vidas.

Esa idea me da suficiente fuerza para animarme a ir a la clase de zumba a la que he estado faltando últimamente. Y no me arrepiento. He hallado un poco de diversión y distracción durante esos cuarenta minutos de coreografía y música. La mayoría de las chicas ya se han ido de la sala, cuando alguien se me acerca mientras meto mi toalla dentro de la mochila. Levanto la cabeza y me encuentro con Evans. Está sin camiseta y sudado, y parece provenir de la sala de máquinas que se ve a través del cristal.

—Bailas fatal, Baker —me dice y apoya el hombro contra la pared cubierta de espejos.

Cierro mi mochila y la cremallera chirría en el silencio del aula.

—Eso no es justo —protesto, colocándome el asa en el hombro—. He faltado durante semanas porque estaba ocupada salvando el mundo y todas las coreografías han cambiado.

Mi excusa no le convence.

—Menos mal que estás buena y eso compensa tu total falta de coordinación con la música. ¿Tienes problemas de equilibrio?

Intento no mostrar que ha logrado provocarme, porque veo en su expresión que eso es justo lo que busca.

—No, ¿y tú tienes problemas económicos? ¿No te llega para camisetas? Puedo pasar por el centro comercial y comprarte un par de ellas, si quieres.

Evans se ríe y da un paso hacia mí.

Yo doy dos pasos hacia atrás y eso le borra la sonrisita por completo. Se detiene, respetando mi muda petición de espacio personal y se frota la nuca.

—Supongo que ahora que vuelves a tener teléfono y, aun así, sigues sin responder a mis llamadas y mensajes, es hora de aceptar que he sido utilizado para sexo sin compromiso.

Suspiro y dejo caer mis hombros nada preparada para esa conversación. Pero cuando veo la expresión dolida en su rostro, me invade un sentimiento de culpa y me doy cuenta de lo mal que me he comportado.

—Lo siento, Ev. No es por ti —explico, tratando de no lastimarlo más. Sacude la cabeza, incrédulo, y mira para otro lado.

No me extraña, ha sonado a que estoy rompiendo con él, usando la frase más cliché de la historia. Doy un paso hacia él, pero me detengo al recordar que mis guantes de deporte no tienen dedos y mi piel está al descubierto. Esa es la razón por la que me he colocado en el rincón más apartado, rodeada de steps de aerobio, para evitar que nadie se me acercara.

—Me gustas, Evans, pero soy muy peligrosa. Lo que hicimos la otra noche fue estúpido e imprudente y es la razón por la que te alejaste de mí cuando llegamos a la adolescencia.

Evans cierra la mandíbula con fuerza y sacude la cabeza sin querer atender a razones.

—Estoy cansado de eso —salta enfadado—. Me agota mantenerme lejos de ti, porque tengo que usar hasta el último gramo de fuerza de voluntad para hacerlo. Es como vivir a dieta y... no merece la pena cuando podemos morir en cualquier momento. No quiero perder más el tiempo.

Mientras habla, me acorrala contra el espejo y yo levanto las manos como si me apuntara con una pistola.

—... y estoy hambriento —dice, su rostro muy cerca del mío—. Tengo tantas ganas de ti que me está volviendo loco.

Mi corazón late con fuerza en mi pecho. Siempre he querido escuchar eso.

—Pero no podemos... Lo más importante para mí es que sigas siendo quien eres ahora. Si te cambiara, no podría perdonármelo nunca —explico.

Evans sonríe. Hay algo travieso en su expresión cuando levanta las manos y las coloca en mi cintura.

—Tori, no tenemos otra opción. Ahora que lo hemos probado, no podremos resistirnos—. Dicho eso, su mano derecha baja hasta colocarse en mi nalga y me aprieta contra él. Su hambre por mí, me queda gráficamente demostrada con el bulto de su entrepierna—. No sabes cuánto deseo besarte —susurra con el aliento entrecortado—, pero nada va a impedirnos hacer todo lo demás. Hacer todo lo que podamos.

Estoy feliz de tenerlo cerca. Cada vez que me toca es como un regalo del cielo para mi corazón y luego está esa otra parte de mí, la que ha despertado en los últimos años. La que se derrite cada vez que le veo y se vuelve completamente loca cuando sus manos están sobre mí, incluso a través de la ropa. Cierro los ojos a la espera de que aflore, pero no lo hace. Los vuelvo a abrir, extrañada. Solo está el cariño, la felicidad y el amor de tenerle cerca y dispuesto a quererme, pero... esta es la primera vez en años que no me siento excitada por su presencia.

—¿Qué ocurre? —indaga al ver mi expresión y detiene el avance de sus manos.

Parpadeo varias veces y estudio su precioso rostro y sus imponentes hombros desnudos cubiertos de esa piel ardiente que normalmente me haría salivar... y, entonces, lo entiendo.

—¿Qué me ha hecho? —murmuro.

—¿Qué te ha hecho quién? —Evans busca mis ojos.

—Diana —respondo y él frunce el ceño—. Diana me ha ordenado que me alejara de ti y luego me ha soplado algo en la cara para, según ella, ayudarme a hacerlo.

Apartar sus manos de mí y se muestra alarmado.

—¿Qué Diana ha hecho qué? —Está tan enfurecido que la vena de su frente resalta—. Tori explícame exactamente qué ha ocurrido.

Cuando termino de relatarle mi conversación con nuestra adorable profesora, Evans está pálido y por un instante parece que va a desmayarse.

—¿Tori? —baja la voz, indeciso sobre cómo formular la pregunta— ¿Cuándo te he tocado hace un momento...?

No termina la frase. No es necesario, porque lee la respuesta en mis ojos y aparta la mirada, derrotado. Me sobresalto cuando golpea las colchonetas apiladas a mi lado.

—¿Qué ocurre?

—Voy a matarla —refunfuña.

—¿Qué me hizo? —Siento que algo dentro de mí ya lo sabe, pero estoy demasiado sorprendida para conectar los puntos.

—Separarnos... eso es lo que ha hecho —protesta. Luego levanta la mirada y veo que está tan destrozado como me siento yo—. El poder de Diana es hacer que tu propio poder sólo funcione en ti misma.

Ahí está. Lo que sospechaba. Diana me advirtió que me haría probar mi propia medicina.

3 NUESTRA ÚLTIMA ESPERANZA

Ya no me siento atraída por el sexo opuesto. Ese era el plan de Diana o tal vez el de Parker, en vista de que el castigo físico no ha funcionado conmigo. Tiene sentido, ahora que sé que están compinchados. Tal vez, también es la forma que tiene el Universo de curarse de mí. Después de lo que les hice a mis padres y a otras personas antes de que mi madre se diera cuenta de lo que hacía mi piel. Después de lo que le he hecho a Drake, no me extraña que el karma me lo haya devuelto en bandeja de plata.

—¿Tori? —Evans pronuncia mi nombre con suavidad y me doy cuenta de que estamos aparcados frente a mi dormitorio. Después de ducharnos en las instalaciones del gimnasio, me ha traído hasta aquí.

—En realidad, es lo mejor para todos —suelto y él parece desconcertado con esa declaración—. Qué Diana haya hecho que mi poder solo funcione sobre mí misma. Ya no puedo hacerle daño a nadie. El hecho de que me haya homosexualizado a mí misma en el proceso es solo una consecuencia justa.

—No hay nada de justo en eso —protesta, furioso.

—¿Por qué? —insisto tratando de verle el lado positivo—. Tú y yo no íbamos a poder estar juntos nunca. El sexo a distancia o con guantes puestos no iba a satisfacerte para siempre. Y la única persona que puede permitir que nos toquemos quiere justo lo contrario, que me aleje de ti. Lo nuestro era imposible, igualmente. Por lo menos ahora ya no soy un peligro para nadie.

Evans pone una expresión abatida.

—Tori, el poder de Diana solo dura un día —me informa compungido

—¿Qué? —me indigno—. ¿Estás diciendo que la única puta ventaja de lo que me ha hecho solo dura veinticuatro horas?

Evans asiente.

—Después de eso, tu poder y tu piel volverán a ser los mismos.

Cuando cierro los ojos, derrotada, noto el tacto de su cálida mano en mi mejilla. Los abro para encontrarme con sus preciosos ojos grises antes de que me bese en la mejilla. Me dejo envolver por el placer de su cariño.

—Cuando teníamos doce años y empezaste a gustarme como chica, me preocupaba la idea de que acabaras conociendo a alguna mujer de la que te enamoraras. Sé que es egoísta, y supongo que me alegraré por ti si eso acaba ocurriendo en el futuro, pero... ¿puedo pedirte que me esperes un poco más?

—Evans, ¿qué te hace pensar qué podremos...? Aun cuando lo que me he hecho a mí misma sea reversible cuando pase el efecto del poder de Diana, tu padre nunca te permitirá aprender a bloquear —razono destrozada. Hay demasiadas barreras entre nosotros, pero esa, el hecho de que no podamos tocarnos nunca es insuperable. Supongo que siempre había tenido la esperanza de que Parker cambiara de idea, pero ahora que sé lo mucho que me odia y lo que está dispuesto a hacer conmigo, ya no tengo expectativas. Evans no sabe que su padre está detrás de mi paliza, mi expulsión y de lo que me ha hecho Diana. Quizá por eso aún veo algo de ilusión en sus ojos.

—Lo sé, mi padre nunca va a cambiar de idea respecto eso —admite, molesto.

—¿Entonces? —No entiendo que aún tenga esperanzas si sabe que su padre no va a cambiar de idea—. Es el único bloqueador, según los registros de Dámara.

Evans baja los ojos a su regazo y me da la impresión de que no está de acuerdo con esa afirmación o que no está dispuesto a aceptarla.

—Solo dame más tiempo Tori, por favor —ruega, pero no tengo las tripas para decirle que no hay nada que hacer. Las posibilidades de encontrar a otro bloqueador o de convencer a Parker son irrisorias—. No te enamores de nadie, no dejes ir lo nuestro aún.

Asiento a sabiendas de que ambos necesitamos un tiempo para curar nuestras heridas.

—Claro —respondo y su sonrisa ilusionada me encoge el corazón. Quizá debería contarle lo de su padre, pero tengo miedo de hacerle daño, de mostrarle lo mucho que ha degenerado Parker y la poca esperanza que queda para nosotros.

Evans me acaricia la sien y observa mis facciones, preocupado.

—Lo siento mucho. Siento que mi ex te haya atacado, nunca me pareció que estaba tan desequilibrada —se disculpa. Me muerdo el labio, convencida de que la mayor motivación de Diana no son sus celos, sino las órdenes de Parker, aun cuando disfrute de separarnos por razones propias, pero no puedo decírselo sin revelar todo lo demás—. Voy a hacer que la despidan —me asegura, entonces—. Se va a arrepentir de esto toda su vida.

Contengo el aire, alarmada por sus promesas. Eso sería un verdadero desastre, porque tengo la sensación de que estoy mejor en manos de Diana que directamente en las de Parker.

—No lo hagas, por favor.

Evans sacude la cabeza.

—Ha ido demasiado lejos y es inaceptable que...

—Es mejor que no me ayudes. Es mejor que crea que ha logrado separarnos —ruego y él frunce el ceño mientras analiza mi rostro. Debe leer el pánico que siento al imaginar que es lo siguiente que pueden hacerme.

—No tienes que tenerle miedo a Diana.

«No es a ella a quien tengo miedo», me callo.

—Por favor, Evans. No quiero más problemas. Déjalo estar.

Toma mi mano y me mira directamente a los ojos.

—Lo dejaré por el momento, pero esto no se va a quedar así —espeta enfadado—. Tengo dos motivaciones en mi vida, Tori, y todo lo que hago gira en torno a ambas. Una de ellas, es noble y altruista, mi supuesta heroicidad para salvar el mundo de la que todos hablan y que me ha sido inculcada desde que me manifesté. Pero la otra es mi gran secreto, es egoísta y la verdadera

razón por la que me marché de Dámara el año pasado. Todos creen que me fui a perfeccionar mis poderes, para ser mejor guardia, pero solo estaba pensando en mí cuando me fui a buscar dámaros exiliados y ocultos entre los humanos. Necesitaba encontrar a alguien como mi padre que me permitiera copiar su poder y poder volver a tu lado. Esa es la triste verdad sobre mí... soy un egoísta. Y ahora que sabes que eres mi motivación principal en el mundo, ¿todavía crees que puedo condonar tan fácil? Eres lo más importante del mundo para mí. He estado medio muerto desde que nos separamos.

Mis mejillas están mojadas y las lágrimas descienden por mi barbilla.

—Pero los registros dicen que no hay más bloqueadores aparte de tu padre —repito.

—Hay dámaros ahí fuera que no están en los registros —confiesa él—. Buscando otro bloqueador conocí a Ozrrat Halil, que está registrado como humano, y a Electric Blue, que figura como inválido. Igual que en el caso de los videntes, un bloqueador es el dámaro perfecto al que mantener en secreto. Suelen nacer de padres inválidos por lo que es difícil rastrearlos. De todas formas, mi padre tendrá que cambiar de idea.

Niego con la cabeza conteniendo las lágrimas. Deseando que hubiera alguien más ahí fuera con ese mismo poder, porque Parker no es una opción. Solo que Evans aún no lo sabe.

—Tu padre me desprecia —me permito decir.

Evans baja la cabeza, un tanto incómodo, pero vuelve a buscar mis ojos.

—No necesito su aprobación, Tori—me asegura serio—. Quiero que sepas, que nunca me alejé de ti por complacerle. Lo hice porque soy débil y porque creí que sería más fácil para los dos mientras encontraba una solución.

Si hubiera sabido que todos esos años él estaba luchando por nosotros, de alguna forma hubiera sido mucho menos doloroso, aunque reconozco que hubiera sido más difícil.

Alarga una mano para rozar mi mejilla y secar la humedad con su dedo.

—Es increíble que ahora pueda tocarte —murmura. Parece fascinado por el tacto de mi mejilla.

Es tan irónico que suelto una risotada.

—Somos la peor pareja de la historia —me mofo, sacudiendo la cabeza.

Evans también sonríe y asiente.

—Somos un puto desastre —concede.

Me quedo mirándolo en silencio. Es confuso notar lo mucho que lo amo y poder recordar lo mucho que le he deseado, pero no sentirlo con esa fuerza en estos momentos. Ahora entiendo lo que debieron pasar mis padres. La tristeza de no desear lo que amas, mientras aún recuerdas haberlo hecho con tanta intensidad. Y echar de menos esa intensidad hasta el punto de la rabia.

—Puedes tocarme —exhalo y le brillan los ojos al escucharlo de mis labios—. Hazlo.

—No me hagas esto, Tori. —parpadea y baja la cabeza, derrotado.

—Podríamos darnos un puto beso —me río, enloquecida con la idea de tener a mi alcance algo con lo que he soñado tantas veces, sabiéndolo imposible.

Evans mira mis labios y los suyos se entre abren. Sus ojos brillan, pero un instante después sacude la cabeza.

—No voy a besarte así —sentencia y se aparta hacia su propio asiento.

—¿Por qué no? ¿Crees que no va a gustarme ni un poco solo por lo que ella me ha hecho?

—Porque no quiero que te guste un poco. Porque necesito que cuando lo haga se hunda la tierra bajo tus pies.

«Oh, por todos los espíritus de la Fylgja... yo también quiero eso».

—Ev, mi poder es irreversible. —Seguimos hablando de un hipotético beso en el futuro cuando lo más probable es que me quede así para siempre.

Sacude la cabeza con los dientes apretados.

—No sabes cómo actúa tu poder sobre ti misma. Mira Drake... él lleva su saliva dentro, pero funciona de forma distinta consigo mismo que con otros. Dentro de unas horas volverás a ser tú misma.

Suspiro con esperanzas renovadas. Es solo un rayito, pero ahí está.

—¿Quieres entrar y quedarte a dormir? —le invito animada por la idea—. Ahora no sería peligroso.

—Solo una tortura... para mí, claro —replica con media sonrisa maliciosa.

Me pregunto qué hubiera sentido al escuchar esa confesión antes de lo que me ha hecho Diana. Incluso lo noto un poco. La emoción dentro de mí.

—Venga, te acompaño a la puerta —dice, al fin, y nos bajamos del vehículo.

Nos empujamos por las escaleras, como cuando éramos niños, pero esta vez estoy relajada al saber que no puedo hacerle daño. Debe ser maravilloso vivir con la tranquilidad de que tu cuerpo sea inofensivo.

—¿Estás seguro de qué no quieres pasar? —vuelvo a preguntarle cuando meto la llave en la cerradura.

Me gusta verlo titubear, tentado, pero al fin sacude la cabeza.

—Buenas noches, entonces —me despido y le doy un beso en la mejilla. Inhala y echa un vistazo a mis labios.

—Buenas noches, preciosa—. Me da un beso en la frente y se aparta para que pueda entrar en mi habitación. Lo hago sonriente, porque independientemente de la orientación sexual, siempre es bonito recibir un beso así de alguien a quien quieres.

Antes de encender la luz, me doy cuenta de que algo anda mal. Lo escucho, lo huelo...y, aun así, no puedo evitar soltar un grito cuando acciono el interruptor y veo a un despojado en mitad de mi cuarto.

Ruge y salta hacia mí, como la bestia hambrienta que es.

Me he quedado petrificada por un momento, pero en cuanto el despojado está a dos pasos, grito y trato de salir por la puerta que aún está abierta.

Se me escapa el pomo de la mano y noto un agarre férreo en mi otro brazo. Tira de mí, impidiéndome que salga, hasta que caigo al suelo. Pataleo y grito para escaparme. Tengo el corazón en la boca, pero su fuerza es inmensamente mayor a la mía y consigue tumbarme boca abajo. Se sube sobre mí y me levanta la camiseta para lamerme la espalda. Aulló en pánico al reencontrarme con el desgarrador dolor de la lamida.

Rezo por que se detenga tras el contacto de mi piel como ocurrió en la nave. He tenido fantasías en las que me he permitido soñar con que mi piel puede hacerle algo a los despojados, pero esta vez ese milagro no se obra y vuelve a lamerme. No duda ni vacila.

Estoy sola en mi habitación con él y comprendo que ese es mi final y que alguien lo ha puesto ahí justamente para asegurarse de ello.

Durante la tercera lamida, el peso de la criatura desaparece de encima de mí y le oigo gruñir. Levanto la cabeza y veo a Evans parado en el vano de la puerta con un brazo en alto. Lo ha apartado de mí con telequinesis, empujándolo contra la pared de mi cuarto. Me apresuro en levantarme y correr hacia él.

El monstruo se repone del golpe y rugiendo se levanta para venir hacia nosotros, pero Evans

lo empuja con otro movimiento de telequinesis y cierra la puerta de mi cuarto con nosotros fuera.

Las puertas de Dámara están reforzadas para soportar las embestidas fuertes de un despojado, pero me estremezco al ver como tiembla con cada golpe furioso.

—¿Estás bien? —jadea Evans, tomándome de los hombros. Asiento, aunque el dolor en mi espalda recorre mis nervios con punzadas agudas que irradian por todo mi cuerpo.

Evans me sostiene con una mano y con la otra saca el teléfono del bolsillo para llamar a la guardia dámara e informarles de que hay un despojado en la zona residencial de la escuela. Les indica mi dirección exacta junto con un resumen de lo que acaba de ocurrir. Después se vuelve hacia mí y me acaricia los hombros susurrando palabras de aliento y consuelo.

Me ayuda a bajar los escalones, a pesar de que estoy en condiciones de hacerlo sola, y me lleva hasta su coche, donde nos encerramos por si acaso.

—Vamos, te voy a llevar a un sanador —dice, y no puedo creer que sea la tercera vez en la última semana que necesito uno. Esta vez, no tenemos que ir hasta Derek Montgomery, porque mi poder no funciona en estos momentos y cualquier sanador puede tocarme.

Durante el tratamiento con la sanadora a la que me ha llevado Evans, tengo la sensación de que he salido de mi propio cuerpo o de que yo ya no soy yo. Necesito descansar y estar tranquila. Toda la vida sin ver un despojado en persona y ahora parece que me topo con ellos en cada esquina. En la escuela, en un almacén aparentemente vacío y ahora... en mi cuarto. Pero eso es distinto. Los ataques a la escuela y a Bólid no tenían relación directa conmigo. Los despojados del almacén estaban allí y fui yo quien fue a su encuentro, aunque aún queda la cuestión de quién activó la plataforma con nosotras encima. Un despojado en mi cuarto es un ataque directo contra mi persona y me siento como si de pronto fuera el objetivo de una organización terrorista. O de un terrorista en particular.

Evans está al teléfono, avisando de lo ocurrido a todos los que estuvimos presentes en el almacén para que tengan cuidado. Noto la confusión paranoica en su voz. Cree que los terroristas se están vengando por haberlos delatado al destapar el escondite de los despojados, pero no entiende porque han empezado por mí, cuando mi nombre ni siquiera se mencionó en los artículos y noticias al respecto. Solo el suyo y el de Drake.

Yo sí lo entiendo, porque sé quien es la cabeza detrás de la operación. Alguien que no tiene deseos de hacerle daño a Evans ni a Drake, pero sí que me tiene muchas ganas a mí.

La sanadora termina conmigo y salgo al pasillo a tiempo para escuchar sus susurros al teléfono.

—...vigilando a Víctor Dobrev? —está diciendo. Frunzo el ceño, frustrada. Mientras crea que el culpable es Victor no va a percatarse de que tiene al verdadero villano en casa. Evans se para en seco y pone una expresión de alarma por algo que ha dicho su interlocutor—. Drake, salid de ahí, es peligroso.

—¿Qué ocurre? —lo interrumpo. Me echa un vistazo y sacude la cabeza—. Drake y Cas están en casa de Víctor Dobrev.

—¿Por qué?

—Le hemos estado vigilando —resume, antes de apartar la vista para concentrarse en la conversación telefónica—. Salid de ahí, me escucháis. Un despojado ha atacado a Tori, en su propio cuarto.

—Evans... —llamo su atención.

—Me da igual que seáis invisibles —protesta, agobiado—. Salid de ahí. Van a por nosotros.

—Evans —sacudo la cabeza, dispuesta a aclarar esa parte de una vez por todas—. Víctor no

tiene nada que ver con el despojado que había en mi cuarto.

Me dedica una mirada confusa.

—Claro que sí, está detrás de los ataques.

—No lo está. El padre de Electric Blue no va a hacerles daños —aseguro hablando casi a la vez que Drake, aunque no distingo el significado de sus palabras. Ha debido comunicarle algo bastante chocante porque Evans se ha quedado de piedra.

—Tienes razón.

—¿Qué? —me alarmo por la expresión grave de su rostro al decirlo.

—No va a hacerles daño porque está muerto

4 BENEFICIOS DEL CAOS

—¿Víctor Dobrev está muerto? —repito con perplejidad. Evans me echa una mirada de esas que dicen algo como, “¿de verdad crees que bromearíamos sobre algo así?”

—Están en peligro —me pongo de los nervios—. Diles que se vayan...

—Ya han colgado —me interrumpe y se aparta el aparato de la oreja.

Yo saco el mío de la mochila a toda prisa.

—No lo hagas, Tori —advierde, intuyendo mi intención de llamar a Cas.

—¿Por qué no? —protesto—. El asesino podría estar allí...

—Son invisibles. Si la llamas y no ha silenciado su teléfono puede alertar a alguien de su presencia.

—Necesito saber si están bien —me resisto, pero acabo por soltar un largo bufido y guardo mi teléfono de vuelta en la mochila.

Evans se frota la cara y recuerda que tiene que entrar a pagar la consulta de la sanadora que me ha atendido antes de irnos. Apenas tarda unos minutos, pero se me hacen eternos. Compruebo mi teléfono varias veces a la espera de que Cas nos contacte de vuelta. Me alivia saber que, dentro de que están metidos en la casa de alguien que acaba de ser asesinado, son invisibles.

Evans emerge de la consulta, al fin, y me toma del brazo para que lo siga fuera del edificio hacia el aparcamiento donde hemos dejado su coche.

—¿Vas a explicarme por qué has enviado a Drake a espiar al padre de Electric Blue? —indago conforme esquivamos automóviles para llegar hasta el suyo. Me sorprende que no lo haya denunciado como autor de las matanzas a la guardia dámara, si tan seguro está de su culpabilidad.

Evan presiona el botón del mando y el coche emite un pitido indicando que está abierto. Nos montamos y una vez en el interior, en lugar de arrancar el motor, se gira hacia mí con una actitud resignada.

—¿Quién crees que gana algo con todo el desastre que crean estos ataques? —plantea, en lugar de responder a mis preguntas. Sopeso sus palabras durante un instante, pero me cuesta

llegar a la conclusión de que alguien pueda sacar algo de tantas muertes. Tal vez, Parker Armstrong puede usar el caos para quitarse de en medio a dámaros que le molestan, como yo y como Víctor Dobrev. Ahora que lo pienso, Parker tiene razones para quitárselo de en medio. Dobrev tiene... bueno, tenía voto en el Parlamento. Es la única persona a la que le encuentro un móvil. Lo que no entiendo es lo de Bólid. Parker no gana nada con esa masacre, al contrario.

Tal vez, fuera un accidente por andar manipulando a despojados. Quizá se le escaparon. O tal vez, lo hizo para despistar y que parezca que no tiene relación alguna con él.

—¿No se te ocurre nadie? —sopesa Evans tras observar mi rostro durante mis cavilaciones. Cierro la boca con fuerza. «Tu padre» quiero decir, pero acabamos de reconciliarnos y no quiero fastidiarla acusando a su familia, si él aún no ha atado cabos.

—No lo sé, Evans —replico—. No entiendo qué ganaría nadie con el ataque a Bólid.

—Yo sí —declara él pensativo—. Mi teoría es que es un juego de poder y que Víctor Dobrev ha ejecutado los ataques.

—¿Por qué haría algo así?

Evans se cruza de brazos.

—Ya sabes lo que dicen... "Detrás de un gran hombre siempre hay una niña de nueve años"

—¿Qué? —exclamo indignada. No solo porque admiro a la reina Yadra, sino porque no tengo ni idea de cómo ha llegado a esa conclusión.

—Piénsalo, una crisis así podría hacer que los Armstrong perdieran poder en el Parlamento, y sería una buena oportunidad para ella de ganar terreno.

Abro la boca pasmada y me doy cuenta de lo que está ocurriendo. Evans es un Armstrong y está influenciado por su familia. No es objetivo y eso está nublando su mente durante la investigación. Seguro que esa teoría de la conspiración de Yadra viene de ellos.

Trago saliva. No sé cómo responder sin hacer que se ponga a la defensiva.

—No lo sé, Evans... no creo que Yadra sea capaz de hacer algo así solo por remover las aguas en el Parlamento —comienzo con prudencia—. Tal vez, deberías considerar otras opciones.

Su teléfono nos interrumpe y, dadas las circunstancias, atiende de inmediato dejando nuestra conversación a medias.

—Sí, soy yo —le oigo decir con la cabeza en dos sitios—. ¿Qué? ¿Cómo que no está?

Me pongo tensa. ¿Y ahora qué?

—Claro que estoy seguro. Hemos cerrado la puerta con el despojado dentro. ¿Acaso estaba destrozada cuando llegasteis?

Se me pone el corazón en la boca al deducir de sus palabras que el despojado que acaba de atacarme ha escapado de mi cuarto.

—¿Está implicando que el despojado ha abierto y cerrado la puerta él mismo? —El tono de Evans se vuelve mordaz—. ¿Qué? Claro que no es una broma. Le estoy diciendo que había un despojado dentro del dormitorio de Tori Baker. La ha atacado y lo hemos encerrado dentro. No puede simplemente haber abierto y... —Evans se detiene, de pronto, con los ojos muy abiertos y parece darse cuenta de algo—. Alguien se lo ha llevado —susurra más para sí mismo. Su tono cambia de indignado a uno más solícito—. ¿Pueden tomar muestras de huellas de la puerta? Sí, ya sé que los despojados no tienen huellas dactilares, pero creo que alguien lo puso ahí y después se lo llevó. Si hallamos las huellas de esa persona tendremos una pista sobre el paradero del despojado. De acuerdo, muchas gracias. Estaré a la espera de su llamada.

Tras colgar, Evans parece desconcertado.

—¿Cómo transportas a un despojado por la residencia de estudiantes con tanta facilidad? —
duda, confuso.

Suspiro, y trato de imaginarme a Parker moviendo un despojado sin que nadie lo vea a esas horas de la tarde. ¿Cómo lo hace? No es que pueda bloquearlos con su poder... No obstante, es un dámaro con mucho dinero y recursos. Si tiene a su disposición a gente como Diana y el hombre de la caja ... ¿Podrá el hombre de la caja encerrar despojados dentro de esta? Eso sería muy útil para Parker y explicaría como lo hacen sin que nadie lo vea.

—Yadra tiene muchos recursos —escucho decir a Evans y se me hunden los hombros.

—¿Por qué querría Yadra hacerme daño a mí? —espeto un tanto molesta con su fijación en culparla por todo lo que ocurre, incluso cuando no tiene ningún sentido.

Evans suspira y se frota la cara.

—No lo sé, estoy confuso —dice al fin. Tengo que morderme la lengua para no decir cómo de confuso creo que está.

5 EL FUNERAL

Evans y yo llegamos al templo de ceremonias fúnebres a las seis de la mañana. Se trata de un edificio circular ubicado sobre un promontorio a la entrada de Dámara. Las vistas a las luces de la ciudad desde ahí son preciosas, sobre todo a esa hora que el sol ha comenzado a salir, dotando el cielo de un bonito color rosado. La fachada externa se compone de altas columnas de mármol y de la piedra parece emanar el frío característico de la muerte.

Antes de que comience la ceremonia, encontramos a Cas y Drake en los jardines detrás del edificio. Están medio ocultos entre los rosales de un laberinto de arbustos y flores, pero Evans parece saber exactamente dónde. A pesar de que están en una zona recóndita del jardín del templo, discuten en susurros.

—¿Todo bien? —pregunta Evans, cuando se percatan de nuestra presencia.

—¿TODO BIEN? —repite Cas indignada, marcando sus palabras— ¿Te refieres a aparte de todos los asesinatos y el intento de asesinato de Tori?

Le doy un abrazo muy fuerte a mi amiga, porque sigo viva, ella también y es el único momento en el que puedo hacerlo sin miedo a rozarle la piel.

Evans inclina la cabeza hacia un lado, su rostro es una máscara de paciencia.

—Sí, me refería a aparte de eso —responde con cierta sorna.

—No, no está todo bien —interviene Drake. Mira de un lado a otro como si creyera que hay alguien oculto entre los setos para espiar nuestra conversación. Entiendo su paranoia con todo lo que está ocurriendo porque yo estoy igual—. Víctor Dobrev te estaba rastreando.

Evans enarca una ceja, pero no parece demasiado sorprendido.

—Tenía un historial con tu localización desde el día después del ataque en la escuela.

—Me imaginaba que el culpable estaría atento a mis movimientos después de nuestra intervención en el ataque de la escuela.

—Un momento —protesto, alzando una mano en el aire—. ¿Estás diciendo que Víctor Dobrev estaba detrás de los ataques y te seguía porque tú, Electric Blue y Ozrrat Halil intervinisteis en el de la escuela?

Evans asiente.

—¿Entonces por qué le han matado? —insisto, tratando de sacarle el sentido a todo eso.

—No lo sé aún —se lamenta él—. Pero cuando andas en asuntos turbios puedes acabar así. Quizá Yadra se ha librado de él para que no pueda traicionarla y contar que es ella la verdadera

arquitecta de todo esto.

—Pero... matar a Víctor no haría más que atraer más atención hacia ella. No tiene sentido.

—Me rastreaba, Tori.

—Lo que no significa automáticamente que sea el terrorista —rebato—. Piénsalo, si quieres descubrir quién está detrás de los ataques y lo único que sabes es que el copycat y sus nuevos amigos lo han visto venir antes de que ocurriera, ¿qué harías?

Evans se muerde el labio, considerando mi teoría. Está confuso y eso es bueno. Quiere decir que está abierto a otras opciones. Es mi momento de insistir para que dude de sus sospechas.

—Los seguirías para ver si te llevan a nuevas pistas. De hecho, Yadra habrá deducido que tus nuevos amigos son videntes. Es la única forma de que supierais lo que iba a ocurrir en la escuela. Tiene sentido que Víctor haya estado siguiéndote. Y ahora está muerto.

—Lo que tampoco prueba su inocencia —se resiste Evans, cruzándose de brazos.

—Si él es el terrorista, ¿quién iba a hacerle daño? —insisto.

—Ya te lo he dicho, Yadra por una disputa entre ellos o tal vez lo culpe de que halláramos el almacén con los despojados.

—Pero no es inteligente —prosigo, sin verle el sentido—. La muerte de Víctor atrae la atención sobre ella y hace que pierda poder en el Parlamento.

Evans tuerce la cabeza y se rasca la barbilla.

—Puede ser... hay algo que se nos está escapando.

—A mí se me está escapando todo —protesta Cas de morros—. ¿Alguien puede explicarme lo que está ocurriendo?

Después me echa un vistazo, notando, por primera vez, mi indumentaria o la falta de ella.

—¿Qué estás haciendo tú, así de desnuda?

Suspiro y me masajeo el puente de la nariz, abrumada por todos los frentes abiertos que tenemos a la vez. No puedo creer que hace apenas un par de semanas me aburriera hasta el punto de tragarme cinco capítulos seguidos de cualquier serie.

—Mi piel es inocua hasta las nueve de la mañana —me limito a decir.

Con los ojos desorbitados puedo ver cómo las ideas empiezan a discurrir de forma lenta por su mente como piezas mal engrasadas. Todos estamos agotados y saturados, por lo que le lleva medio minuto darse cuenta de que puedo tocar a Evans. Lo mira boquiabierto y le señala, luego me mira a mí y me señala. Una muda pregunta en sus labios.

Me pone triste que lo que está sospechando no haya ocurrido, quizá por eso soy un poco brusca al informarle del giro de acontecimientos.

—Y ahora soy lesbiana.

Cas pestañea varias veces y por un momento creo que sale humo de su cabeza.

—¿Que qué...? —consigue decir al fin con el ceño fruncido.

—¿Podemos dejar eso para más tarde? —le ruego cansada—. No hemos dormido nada.

—¿Os hizo daño? —pregunta Drake, refiriéndose al despojado de mi cuarto.

Se me pone la piel de gallina al recordar el dolor de los lametazos. Esta segunda vez ha sido como reencontrarme con un viejo trauma.

—Tori se llevó un par de lamidas, pero está bien, cómo puedes ver.

Me pregunto si a Drake le molesta que así sea. Después de lo que le he hecho, sería natural que fantaseara con verme despojada o en trance neural, el estado catatónico e irreversible que puede alcanzar un dámara si le lamen las suficientes veces para romper su mente, pero no las suficientes como para despojarlo.

—¿De dónde habrá salido ese despojado? —Inquieta Cas antes de tener un escalofrío—. Se supone que el almacén está siendo vigilado. ¿Y cómo llegó a tu cuarto a esas horas sin que nadie lo viera?

«En la caja del amiguito de Parker» pienso, y estoy cada vez más convencida de esa teoría.

—Alguien debe tener más despojados ocultos en algún otro sitio —se lamenta Evans, moviéndose sobre sus pies.

Nos callamos al escuchar que uno de los arbustos se sacude.

—Esa no es la muerte que vi para mi padre. —La voz de Electric Blue me llega por la espalda. Suelto una exclamación al verlo emerger de entre la vegetación, completamente desnudo. No obstante, él no parece consciente o preocupado por el hecho de estar en cueros en el jardín bajo la luz de las farolas.

—¿No lo es? —se interesa Evans.

Electric Blue se detiene frente a nosotros y me concentro en ser madura y no dejarme distraer por su desnudez. Cas no está haciendo un buen trabajo, y está mirándole justo ahí.

—La muerte de mi padre ocurría de forma pacífica y siendo anciano, esta es una nueva muerte que yo no he visto. Lo que significa que ha cambiado recientemente.

Mi corazón se acelera de golpe. No me gusta nada que las premoniciones de Electric Blue puedan cambiar. De hecho, me aterra. Sobre todo, si pienso en la maravillosa muerte que me mostró.

Electric Blue se aparta de los ojos un mechón de pelo casi platino en la penumbra que precede al alba.

—El hecho de saber lo que va a ocurrir, puede influenciar el presente y modificar el futuro —comienza en tono grave—. Lo que le ha ocurrido a mi padre es por mi culpa.

—No —la interrupción de Drake me sorprende, sobre todo por la firmeza con la que pronuncia las palabras—. No lo es, Kyle. La muerte de tu padre ha cambiado a raíz de un poder premonitorio, pero no el tuyo, sino el de Ozrrat Halil. Fue él quien vaticinó el ataque de la escuela y también lo del almacén. Víctor nos rastreó hasta el almacén y probablemente a casa de Halil también. Si no está detrás de todo esto, tal vez los terroristas le vieron husmeando y por eso lo han asesinado.

La teoría de Drake apoya la mía sobre que es Parker y no Yadra, quien está detrás de los ataques. Además, él gana más con la muerte de éste, ya que Yadra pierde el voto de Dobrev en el Parlamento. Quiero que Evans se de cuenta sin que sea yo quien se lo diga.

—Vamos —dice Electric Blue tras un instante de silencio en el que todos meditamos—. Tengo que decir adiós a mi padre.

6 EL RITUAL

Por dentro, el templo es un edificio de estilo renacentista con un patio central circular sin techo.

Acompañamos a Electric Blue al interior, y es extraño caminar tras un muchacho desnudo, mientras nos cruzamos con adultos trajeados, pero nadie parece estar de humor para fijarse en tales banalidades.

Algunos textos antiguos de la Fylgja dicen que los dámaros asesinados de forma violenta pueden llegar a mutar y convertirse en despojados si no se les efectúa el ritual de purificación a tiempo. Se supone que así es cómo surgió el primer despojado. Por esa razón y por simple tradición, los funerales dámaros se realizan de inmediato, antes de que pasen veinticuatro horas de la muerte.

Electric Blue se despide con un gesto de cabeza y acompaña al maestro de ceremonias a la sala adyacente a la entrada. Los demás tomamos la amplia escalinata de piedra que nos llevan a la planta superior con vistas al patio. He estado en el funeral de mis abuelos y en el de dos tíos. Pero nunca he asistido al de un élite que ha sido asesinado. Solo he escuchado las historias sobre estos.

Los miembros del parlamento están allí, sentados en el lado opuesto al nuestro. Los tengo justo de frente con las vistas al patio de la planta inferior entre nosotros. Se me acelera el corazón al ver a los Armstrong. Son tres de los seis miembros que configuraban el Parlamento antes de la muerte de Dobrev: Parker, el bloqueador, Cecily, la madre de Evans, la congelatiempos, y Bernadette, la abuela materna de Evans, la mentalista. Bernadette tiene la capacidad tanto de leer el pensamiento como de evocar ideas en la mente de otros. Lo que la convierte en una de las dámaras más poderosas de su generación. Es por ella, y no por Cecily, que Parker tomó el apellido Armstrong de su mujer en lugar de prevalecer el suyo al tener un poder más importante que el de su esposa. No es de extrañar que Evans resultara ser el copycat con esa genética en su árbol genealógico.

Su escrutinio me pone nerviosa. Por si fuera poco, Evans nota que estoy temblando. Me abraza por detrás y me aprisiona contra el balaustre.

—Tienes frío —susurra. En cualquier otro momento me hubiera resultado agradable notar su

calor alrededor de mi cuerpo, pero con el odio que me llega de sus familiares me pongo rígida como la propia piedra que me impide caer al patio—. Lo siento —murmura él, interpretándolo como rechazo. Me suelta y se coloca a mi lado dejando espacio entre nosotros.

Quiero decirle que lo ha malinterpretado, pero la mirada de Parker se me clava como un cuchillo afilado y decido callarme.

—Deberías contarle a tu familia que mi inclinación sexual ha cambiado para que dejen de preocuparse tanto por mí —le digo en voz baja. Cas me da un codazo a mi otro lado.

—¿Qué ha ocurrido?

Mantengo mi atención en el patio central, pero nada sucede allí y Electric Blue aún no está a la vista. Suspiro, antes de explicarme.

—Diana ayer usó su poder en mí, que es hacer que el mío solo funcione en mí misma. Por eso podéis tocarme de forma segura por las próximas dos o tres horas.

Cas reflexiona sobre mis noticias durante un instante y después me toma de la mano. Nos sonreímos sin poder creer que podamos estar piel con piel.

—¿Entonces en unas horas volverás a ser la de siempre?

—Sí, pero me he cambiado a mí misma.

—Eso también desaparecerá —su razonamiento coincide con el de Evans, al que echa una mirada significativa por encima de mi cabeza. Suspiro, notando como el cansancio de estar toda la noche sin dormir comienza a hacer mella.

—Mi poder es irreversible.

—No sabes cómo funciona en ti misma —protesta—. Drake puede volverse visible cuando quiera y yo puedo borrar las cosas que grabo a mi gusto. Los poderes no funcionan igual sobre uno mismo.

Debo de estar poniendo cara de corderito degollado, porque, de pronto, pasa su brazo alrededor de mi cintura.

—Ya lo verás, tonta...—me anima—, en un rato volverás a morirte por sus huesos, tanto como él por los tuyos. Lo arreglaréis, Tori.

Me emociona la posibilidad de lo que sugiere, pero sigo temiendo que no sea así.

En ese momento, llega la madre de Electric Blue, que se coloca a la derecha de los Armstrong, pero sin tomar asiento. Reese Todersen, el cuarto miembro del parlamento, con el poder de auto regenerarse, se levanta para abrazarla. Todo el mundo sabe que Víctor y Sheila Dobrev hace años que no viven como pareja, pero Reese parece creer que la viuda necesita su consuelo.

Más gente comienza a aparecer en la segunda planta y a tomar posiciones alrededor de la barandilla para ver la ceremonia. Deben ser familiares y amigos de Víctor o Sheila. Pocos rostros me resultan familiares, de todas formas, porque los Dobrev viven al otro lado de la ciudad.

El maestro de ceremonias aparece en medio del patio y pide silencio. Va vestido entero en un traje de color borgoña. Hasta la camisa y los zapatos son del mismo tono. Su cabello rubio y largo está trenzado con un lazo del mismo tono.

—Bienvenidos familiares y amigos a la ceremonia de purificación del alma del águila que habitaba dentro de Víctor Dobrev —comienza—. Como saben, cuando el animal abandona el cuerpo de un dámara su poder puede corromperse. Es por eso que, para permitir que su alma se eleve y regrese a la madre naturaleza, debemos asegurarnos de que la oscuridad no florece en este cuerpo que aún la encierra. Kyle Dobrev, el único hijo de Víctor, será el encargado de conducir esta purificación al estilo tradicional de Dámara.

El maestro de ceremonias desaparece por una de las puertas de la planta baja y de otra sala sale

Electric Blue aún desnudo con el cuerpo de su padre en brazos, quien también está desnudo. Hasta ahí se parece al funeral de mis familiares.

Lo lleva con cuidado, aunque es un poco difícil por su delgadez, incluso siendo Víctor más bajo. Lo acuesta en el suelo en el centro de la nave. La luz del amanecer está empezando a brillar y los rayos alcanzan a ambos cuerpos, dándoles un brillo que nosotros, los espectadores desde las sombras de la galería, no tenemos.

Electric Blue murmura algo en el oído de su padre. El cuerpo tiene un disparo en el centro del pecho obra de los supuestos ladrones. Después, se levanta y toma el hacha que el maestro de ceremonias ha dejado en el suelo. La iza por encima de su cabeza, pero antes de que descienda sobre el cuerpo de su padre, se oye un grito en la segunda planta.

—¡Deteneos! —Yadra aparece a nuestra izquierda. Se aproxima a la baranda y uno de sus acompañantes coloca un taburete para que se suba y no quede oculta por el pasamanos del balaustre. Mira directamente al parlamento.

—Exijo que abráis una investigación sobre el asesinato de Víctor —brama con toda la rabia que su voz infantil puede mostrar.

Los miembros del parlamento intercambian miradas antes de dirigirse a ella.

—Su alteza, una investigación policial supondría que se le realice una autopsia. Sabe que eso no es posible—responde Reese Todersen con un tono amable.

—¿Por qué no? ¿Por esta tradición arcaica y sin sentido? —replica Yadra apuntando al centro del patio, donde Electric Blue aguarda pacientemente—. ¿Hasta cuándo vamos a perpetuar esta majadería?

—Es lo que hubiera querido Víctor —la aplaca Todersen.

—Víctor hubiera querido que no le asesinaran e hicieran parecer que es un ridículo robo —espeta ella— ¡Oh, vamos, Todersen! Sabes que lo del asalto es una farsa. Nadie entra a robar en la casa de un dámaro.

Todersen duda y mira a los demás miembros del parlamento, pero ese no es el lugar ni el momento para forzar un cambio de protocolo dámaro. No van a permitirlo.

—Su alma de águila tiene que reunirse con la madre naturaleza sin miedo a que el cuerpo se corrompa —Bernadette se muestra inflexible y Yadra pone una mueca entre aburrida y molesta.

—Eso son tonterías... No se ha probado científicamente que los despojados surjan de esa manera.

La sala rompe en un murmullo tras ese comentario. Todos los dámaros son practicantes y creyentes. No puedo creer que Yadra se haya atrevido a decir eso en alto.

—Debería retirarse a descansar, alteza —escupe Parker, haciendo que el título suene como un insulto.

Yadra lo ignora y se inclina sobre la baranda para mirar a Electric Blue.

—Kyle, tu padre ha sido asesinado, pero no por unos ladrones.

Electric Blue asiente.

—Mi padre creía en estas cosas —declara en un tono firme y tranquilo—. Él querría que le hiciéramos la ceremonia completa. Descubriremos qué le ha ocurrido de otra manera.

Yadra se rinde y parece abatida. No puede negarse al hijo de Víctor ni a lo que ella misma sabe que eran sus deseos. Asiente y desciende de la baqueta. No quiere ver la ceremonia, aunque eso honre y ayude el alma de Víctor a llegar a su destino. Me pregunto si es por egoísmo o porque no cree en nada de ello.

Electric Blue hunde el hacha en el abdomen del cuerpo de su padre en la zona donde se supone

que está el bazo, como dicta la tradición. El espíritu del águila que habitaba el alma de Víctor ya puede abandonar su cuerpo con tranquilidad y unificarse con la madre naturaleza para el resto de la eternidad. El joven se seca el sudor de la frente con el dorso de la mano. Tiene salpicaduras de sangre en varias zonas del cuerpo.

—Estoy listo —exclama, respirando entrecortadamente. Pero eso no está bien. Creía que el familiar tenía que salir de la sala antes de que... El rugido del león rebota por toda la nave, y Cas y yo soltamos un grito al ver que lo han soltado antes de que Electric Blue se resguarde.

Evans me coge de la mano.

—Tranquila, es parte de la ceremonia.

—¿Qué? ¿Matar a su hijo con él? —protesto, desesperada.

—Tiene un hacha —suelta Drake entre dientes sin apartar la mirada del patio—. Hay carne fresca en el suelo, no tendrá problemas para salir. No parece muy seguro de lo que dice, más bien esperanzado.

Me agarro a la baranda con tanta fuerza que me hago daño en los tendones de los dedos. Electric Blue blande el hacha mientras contempla al león con atención y se desplaza muy despacio hacia la salida. El león vuelve a rugir, pero no intenta atacar, camina hacia el centro despacio olisqueando la sangre en el aire.

El vidente va hacia la salida sin desprender sus ojos del fiero animal y, en un momento de paranoia, me pregunto si esa es la muerte que vió para sí mismo. Está ya a la altura de la puerta, pero debe recorrer tres metros para alcanzarla. Empieza a mover sus talones hacia atrás despacio y el león gruñe, observándole. Se me pone el corazón en la garganta cuando el animal ruge y comienza a trotar hacia él. Electric Blue se queda congelado, mientras Drake grita su nombre y corre escaleras abajo.

De alguna forma reacciona y baja el hacha golpeándola contra el suelo, el estridente sonido parece amedrentar un poco al depredador, que acaba por agacharse sobre el cuerpo de Víctor y comienza a alimentarse de él.

Electric Blue corre hacia la salida y escucho el portazo, sin poder ver si se encuentra a salvo.

—Ya está, ya está fuera —susurra Evans, mientras me frota los hombros enérgicamente—. Estás temblando, Tori. Ya pasó.

—Que su alma encuentre el camino —empiezan a corear algunos de los asistentes mientras el león lo devora. Miran del patio al cielo como si creyeran que eso facilita el ascenso.

Después de presenciar esa ceremonia no puedo evitar darle la razón a Yadra. Todo esto es una majadería que tal vez tuvo cabida hace siglos, pero que no concuerda con el mundo en el que vivimos ahora.

7 LA FORMA DE MI CORAZÓN

Me resulta enfermizo dormir durante el día. Así que, después del funeral, no me queda otra que aguantar despierta hasta que llegue la noche y me siento como auténtica despojada. Evans no tiene ese problema. Cuando éramos niños y nos quedábamos hasta tarde viendo películas, charlando o jugando a la consola, al día siguiente tenía que esperar hasta la hora de la comida para hablar con él, mientras que yo me levantaba, como muy tarde, a las once de la mañana. Muerta de sueño, pero incapaz de seguir en la cama. Solía llamar a su casa varias veces, deseando que se despertara para poder contarle alguna chorrada. Recuerdo ese apego, esa necesidad de comunicarme con él, tan bien como recuerdo el vacío que dejó cuando salió de mi vida. Un agujero en mitad del pecho con el que se suponía que tenía que seguir viviendo. Tengo miedo de volver a sentirme así, de volver a acostumbrarme a la calidez de su presencia en mi vida. De acostumbrarme a él y volver a perderle. Porque la primera vez me dolió tanto que esas cicatrices han cambiado la forma de mi corazón.

Como no quiero dormir, accedo a pasar la mañana con él. Vamos a desayunar al centro comercial de Dámara Not y, a pesar del cansancio, me siento radiante por estar haciendo algo tan cotidiano con Evans. Me recuerda a los buenos tiempos, cuando éramos niños y solíamos ir a desayunar o comer allí casi todos los sábados. Pero también hay algo nuevo, la emoción de la novedad cuando bajamos del coche en el parking. Las chicas lo miran al pasar, ¿cómo no van a mirarlo? Cas tenía razón, ahora que el efecto del poder de Diana se ha disipado, vuelvo a ser heterosexual. Pero me asusta decir algo al respecto, porque Evans podría intentar repetir lo que pasó en su habitación, y eso sería muy peligroso para él.

Los recuerdos de esa noche me provocan mariposas histéricas en el estómago. La última prueba de que vuelvo a ser yo misma. Genial, mi poder no sería lo suficientemente irónico si me pudiera homosexualizar a mí misma. Casi parece que la idea es que me quede soltera y entera. Estoy tan absorta en mis pensamientos que Evans tiene que repetir dos veces su pregunta.

—¿Tori? ¿Qué quieres comer? —llama mi atención cuando es nuestro turno en la caja.

Pido avena con leche de avellanas, porque he descubierto que sabe como el Kinder Bueno y Evans se decanta por una hamburguesa. No sé cómo puede comer carne después de lo que hemos presenciado hace unas horas.

—Después de ti —indica, con la bandeja ya cargada de nuestro pedido. Cada vez que me mira, se me acelera el pulso, paranoica con que va a notar que me atrae de nuevo. Para ocultar mi sonrojo, me doy la vuelta y camino hacia una de las mesas que están junto a las escaleras mecánicas.

Evans coloca la bandeja encima de la mesa y se sienta, mientras yo rebusco en mi bolso hasta dar con mi cartera. Le ofrezco cinco damarines y él lo rechaza con un gesto antes de hincarle el diente a su hamburguesa. No me rindo y trato de meter el billete dentro de su cartera que sigue sobre la bandeja y acabamos forcejeando. Uno de sus tirones hace que caiga medio sentada sobre su regazo. Para mi alivio, hace más de una hora que volví a cubrir mi piel. Estamos muy cerca y la mitad de mi culo descansa sobre su regazo. Evans observa nuestras manos unidas a través del

látex de mis guantes y cuando sus ojos se encuentran con los míos, se me corta la respiración. Carraspeo y me levanto para sentarme al otro lado de la mesa.

—¿Cómo te sientes? —indaga, estudiando mi rostro con atención.

—Cansada —me hago la tonta, evitando su mirada. Sé perfectamente lo que está preguntando. Debería sentirme aliviada por estar un paso más cerca de estar juntos, pero el rostro desencajado de Drake la otra noche me viene a la mente, recordándome lo peligrosa que soy. Todo sería más fácil si hubiera cambiado para siempre. Evans estaría a salvo y con el tiempo ambos podríamos ser felices con otras personas.

Aunque imaginarlo sentando la cabeza con otra se siente igual que clavarme un tenedor en la garganta, me prometo a mí misma disimular y fingir que el efecto de Diana no era reversible. Por el bien de ambos.

Durante el desayuno, hablamos de la intervención de la Reina en el ritual. Su padre ha estado lavándole la cabeza sobre qué Yadra quiere destruir todas las tradiciones dámaras que tantos siglos llevan trayéndonos gloria y honor.

—¿Estás de acuerdo con él? —pregunto en tono diplomático.

—No del todo —concede y parece sentirse culpable por admitirlo en alto—. Me gustan algunas de las cosas que propone Yadra. No creo que los inválidos deban morir de hambre. Deberían tener algún tipo de subsidio.

—O poder trabajar por un sueldo —declaro, apasionada—. Pero para eso el estado Dámaro debería liberar el mercado. Nos iría mejor siendo capitalistas como los humanos. Por eso me gusta nuestra Reina.

—Yadra no es ninguna santa, Tori —contradice él, torciendo el gesto—. Lleva demasiados años viva y eso le hace cosas a la humanidad de una persona. Es la maldición de la inmortalidad.

—Nekrosenens —repito el término que hemos aprendido en la escuela y que se refiere a la degeneración que sufren las personas cuando viven durante siglos u ostentan poder por demasiado tiempo. Yadra es un caso de ambas, pero... ¿Y si la nekrosenens es solo un mito como tantas otras cosas que predica la Fylgja?

Él asiente al escuchar la palabra, demostrando que se refería justo a eso. Quiero decirle que me parece más empática que muchos miembros del Parlamento, pero este está compuesto prácticamente de su familia, así que me trago mis palabras.

Evans decide conducir la conversación a temas menos polémicos y acabamos comparando los cambios que ha sufrido el centro comercial desde que éramos pequeños. Nuestro restaurante favorito ha desaparecido, pero aún recordamos exactamente qué platos nos gustaban. Hay detalles en los que diferimos y los discutimos de forma amigable. De acuerdo, tal vez no es tan amigable y, mientras paseamos por los pasillos de tiendas de ropa y calzado, empieza a transformarse en tonto.

Delante de SuperDry, Evans clava sus dedos en mi cintura para hacerme cosquillas por algo que le he dicho. Me río como una tonta y noto un calor repentino subiendo por mis mejillas. ¿Esto es lo que me he estado perdiendo durante mi adolescencia siendo una repudiada?

—¿Quieres irte a dormir? —Examina mi rostro sonrojado con atención. Debería decirle que sí, pero estoy disfrutando demasiado como para ser prudente, así que niego con la cabeza.

Señala la entrada a una tienda con un movimiento de cabeza.

—Una amiga me ha aconsejado que me compre un par de camisetas —sugiere con una sonrisa pícaro. Debería salir corriendo.

En lugar de eso, le sigo hasta el interior.

—¿Qué color te gusta? —Señala una mesa con polos de varios colores. Solía ayudarlo con esas cosas y me trae tantos recuerdos que se me encoge el corazón. Mi mejor amigo sigue ahí, solo que ahora está metido dentro de un cuerpo de infarto.

—Ese rosa es bonito.

Evans rebusca su talla y cuando encuentra uno lo toma y se dirige al probador.

Busco con la mirada la zona de mujeres. No es que pueda permitirme una tienda como esa, pero ya que estoy puedo echar un vistazo.

—¿Dónde vas? —protesta, tomando mi muñeca antes de que pueda alejarme—. Ven a ayudarme.

Me arrastra hacia los probadores y escondo mis nervios detrás de una expresión condescendiente.

—Ya casi tienes edad de vestirme solo —ironizo. Amo la ironía. Lleva años ocultando sentimientos como miedo y tristeza. Es mi escudo—. Pero si quieres llamo a tu madre.

Evans pone una mueca que me dice lo poco divertida que me encuentra.

—No quiero que me vistas, solo que me ayudes a decidir. —Me empuja dentro de un probador y cierra la cortina. Suspiro, dándome cuenta de que mostrarme demasiado distante es tan sospechoso como babear por su culo. Necesito un término medio de lésbica indiferencia hacia su masculinidad.

Puedo hacerlo.

Solo es un chico.

No es para tanto.

Evans se quita la camiseta y mis ojos van directos a sus pectorales. Trato de mantener el rostro impassible, pero debo de estar poniendo una mueca extraña por el esfuerzo que me supone.

«Eso es Tori, mantén los ojos en su cara» me aliento a mí misma.

Mi pulso va a mil mientras trato de ignorar las maravillas de su torso expuesto en los distintos ángulos de los tres espejos. El reflejo frente a mi muestra su espalda, también.

—¿Sabes? La morada también era bonita —suelto de carrerilla—. Voy a por ella.

Evans me corta el paso con su brazo, obligando a que me pegue a la pared.

—Voy a probarme el modelo y la talla primero —me informa.

Mientras se pasa el polo por la cabeza, aprovecho para contemplar sus abdominales, pero tengo apenas un instante antes de que sus ojos vuelvan a estar sobre mí.

La prenda le sienta como un guante, quedando ancha solo alrededor de su cintura y ajustada en el pecho. Las mangas abrazan sus bíceps.

Maldito sea.

—Deduzco por tu expresión que me queda bien —comenta, colocándose los hombros y esbozando una sonrisa arrogante. Me cruzo de brazos a la defensiva.

—Vas al gimnasio para eso ¿no? —espeto—. No te hagas el sorprendido.

Evans sonríe travieso, parece que mi repentina irritación le satisface.

—¿Y ese mal humor? —se interesa.

—Tu falsa modestia me irrita. Como si no supieras que, hasta dos conchas de mar con purpurina en los pezones, te van a sentar bien. Bajarás bragas a tu paso y esas cosas.

Evans mira la camiseta en el reflejo del espejo y sus ojos conectan con los míos.

—Pero es tu aprobación la que quiero.

Se me acelera el corazón de nuevo y me muevo nerviosa sobre mis pies.

—¿Te pasa algo? —investiga él y se gira para ponerse justo de frente a mí, demasiado cerca.

Me apretujo más contra el espejo donde tengo la espalda apoyada. Me concentro en el frío que traspasa a través de mi camisa— ¿Pareces inquieta?

—Estoy bien... Es la falta de sueño y todo lo ocurrido.

Evans asiente, pero no se separa de mí. Para mi horror da otro paso más y apoya su antebrazo en el espejo sobre mi cabeza, arrinconándome en una esquina.

—Si has vuelto a la normalidad me lo dirías, ¿verdad, Tori? —Su insinuación sale en un susurro suave que acaricia mi rostro.

Cuando me doy cuenta de que lo estoy mirando con la boca abierta, la cierro de golpe y trago saliva. Está demasiado cerca de la piel de mi rostro y esa es justamente la clase de situación que necesitamos evitar. Lo que me da fuerzas para decir mis siguientes palabras con más convicción.

—No me siento atraída por ti, si eso es lo que insinúas.

Sus ojos brillantes analizan la profundidad de los míos en busca de la prueba de que miento. Sonríe entonces con una elegancia felina.

—No te creo.

Le empujo el pecho con mis manos enguantadas

—Incluso aunque te estuviera mintiendo, que no es el caso, eso no cambia nada entre nosotros Evans. Sigue siendo imposible y peligroso... ¿por qué lo obvias?

Evans no me responde, sino que me examina en silencio y una mirada de sentimientos parecen atravesar su rostro.

—¿Te acuerdas de que cuándo teníamos doce años e inventamos aquel baile estúpido que estuvimos practicando durante meses?

Parpadeo para ajustarme al repentino cambio de tema. Recuerdo que hicimos una coreografía con el tema de Blackstreet, No Diggity, y nos pasamos meses ensayando hasta que salió algo decente.

Asiento una vez y él continúa.

—Una tarde estábamos practicando en mi habitación y yo caí sobre la moqueta agotado de tanto repetirla, pero tú continuaste bailando. Te observé desde el suelo, notando los cambios en la forma de tu cuerpo y fue la primera vez que cambiaste el ritmo de mi corazón. Aquel día, deseé poder tocar tu pieñ y ya no hubo vuelta atrás. Me he imaginado muchas veces cómo sería tenerte sobre mí, Tori. Siempre ha sido mi fantasía más secreta y preciada; pero nada de lo que mi imaginación haya podido conjurar se aproxima a lo que Electric Blue me enseñó que podrías hacer conmigo. ¿Dime ahora que no anhelas lo mismo?

Mis huesos se derriten literalmente contra el espejo y mi aliento agitado escapa de entre mis labios.

Soy incapaz de negar nada y, cuando Evans entiende que no voy a hacerlo, una mirada de determinación invade su rostro.

8 LA CONSUMACIÓN DE LA CRIATURA

Aunque se han llevado al despojado de mi cuarto y el equipo de limpieza que ha enviado Evans ha hecho un trabajo decente, todavía noto el hedor de la sangre flotando en el aire. Hay manchas de polvo blanquecino en mi puerta, tanto por dentro como por fuera, y en las superficies de mis muebles. Han estado recogiendo huellas, con la esperanza de identificar a la persona que ha encerrado al despojado en mi habitación, pero dudo que el infractor sea tan torpe.

Recojo las cosas que necesito y las meto en una mochila, mientras Evans monta guardia en el rellano.

Después, me lleva a casa de mi madre y ensayo una excusa que explique por qué Evans y yo volvemos a ser amigos después de tantos años y que suene mejor que “alguien está intentando asesinarme”. Me siento culpable por todas las cosas que le estoy ocultando a mi familia en esas últimas semanas, pero les daría un síncope si supieran un diez por ciento. Estoy segura de que me encerrarían en mi habitación bajo llave.

—Deberíamos quedarnos en mi apartamento —insiste Evans por tercera vez.

Guardo silencio mientras observo la calle donde crecí a través de la ventanilla mientras él aparca. Tatiana Hemsworth está sacando la basura a uno de los contenedores que hay junto a su casa. Parece sentirse segura ahora que los despojados han sido encontrados y ajena a que alguien sigue teniendo despojados a su alcance. Yo podría ser como ella. No soy élite, no tengo por qué arriesgar mi vida ni preocuparme por esas cosas, pero, aun así, he acabado involucrada y ahora quieren asesinarme.

—¿Tori? —Me llama Evans en vista de mi silencio—. Podemos comer con tus madres y luego nos vamos a dormir a mi apartamento.

No pienso hacerlo. Sé exactamente qué va a pasar si nos quedamos solos allí. Y sí, estoy deseando que ocurra. Me recorren miles de mariposas por dentro solo de escuchar la invitación. Pero tengo que asesinarlas porque no voy a obviar lo peligroso que sería para Evans que acabáramos solos en su cuarto. Sobre todo, ahora que sabe que vuelvo a desearle, aunque yo no lo haya confesado en alto.

—¿Crees que Cas, Drake y Electric Blue corren peligro?

Evans no me responde, y termina las maniobras para aparcar en el hueco que hay junto a la acera, a tres metros de mi casa.

—Es difícil sorprender a Blue con su propia muerte, ¿no crees? —acaba por responder cuando nos bajamos del coche. Hasta ese momento no había entendido lo difícil de asesinar que resulta Electric Blue—. Cas vive en una casa con tres élites. No me preocuparía por ellos mientras estén allí.

—¿Y cuándo salga de casa? —Mi voz suena aguda por el miedo. A pesar de que creo que Parker solo va a por mi, no puedo descartar que quiera vengarse de todos.

—Si es lista, no irá a ninguna parte sin su hermano.

Nos bajamos del coche.

—¿Y qué hay de mí? —Cierro la puerta con demasiada fuerza. No vivo con élites. Evans me

echa una mirada de reojo, mientras caminamos hacia mi porche.

—Tú tienes al mejor niño de todo Dámara. —Me guiña un ojo y sonrío como una tonta. Mi mecanismo de defensa, el sarcasmo, se activa como una alarma protectora.

—Es curioso que te refieras a ti mismo como un niño en lugar de un guardaespaldas —me burlo de él con una sonrisa maliciosa. Corro la cremallera de mi mochila. No tengo ni idea de qué turno tiene mi madre esa semana y de si la casa está vacía o no. Quizá haya otro despojado esperándome en el interior.

Evans se recuesta en el marco de la puerta y me contempla mientras rebusco las llaves, con una pose perezosa que no encaja con el brillo malicioso de sus ojos.

—Niño es más adecuado a la madurez de mi cliente.

Le fulmino con la mirada.

—Puede que tenga menos experiencia que tú en “códigos de comportamiento mientras salvas el mundo” pero eso es porque no me han entrenado como élite y no porque sea menos madura que tú. De hecho...

Evans se carcajea de mi estallido. Coge entre sus dedos un mechón de mi pelo y lo aparta por detrás del hombro, en un gesto tan cariñoso que se me encoge el estómago.

—Me refería a tu madurez sexual —me susurra con una sonrisa ladina.

La puerta de mi casa se abre sola justo cuando me he puesto completamente roja y Evans sigue inclinado sobre mí.

Mi madre parpadea varias veces ante la inusual visión de su hija con un chico en el porche de casa. Lo que, para ser sinceros, sería igual de inusual en cualquier otro lugar de la geografía terrestre. Alguien que no me conozca hubiera pensado que estábamos a punto de darnos un beso. Pero el que me conoce sabe que eso es algo fuera de mi alcance.

—¿Evans? —Parece aún más desconcertada al reconocer al chico en cuestión.

—Alma —saluda él de vuelta.

Mi madre alza las cejas.

Cuando Evans era un niño siempre la llamaba señora Baker. Ahora que ya no está con mi padre, vuelve a ser una Thompson, ya que Baker es el apellido de él teniendo el poder de mayor importancia. Pero Evans parece haber crecido por encima de las formalidades.

—Evans —repite mi madre con el mismo tono y me doy cuenta de que estamos en un ciclo vicioso.

—¿Podemos entrar? —interrumpo.

Se da cuenta de que está bloqueando la entrada y se aparta para permitirnos el paso.

Ellie está en la cocina removiendo algo que huele a brócoli en una cazuela. Se vuelve al escucharnos llegar y abre los ojos mucho al ver que se trata de Evans. Me interroga con la mirada. Esto va a ser una tortura. Para mis familiares, Evans es el innombrable que rompió el corazón de su niña hace años.

—¿Podemos comer con vosotras? —pregunto, incómoda con el silencio que mantienen ambas. Solo se escucha el agua hirviendo en la cazuela y desearía que, al menos, tuvieran la televisión puesta de fondo.

—Claro —declara Ellie—, haré más chuletas.

Mi madre no es tan habilidosa disimulando. Dirige la mirada de uno a otro y decido romper el hielo.

—Evans y yo somos amigos otra vez —declaro con firmeza, en un tono que no deja lugar a discusiones.

Mis madres parecen sorprendidas con la afirmación, pero no tanto como yo al escuchar las siguientes palabras que salen de Evans:

—En realidad, ahora soy su novio.

Se me abre la boca y ellas registran la confusión en mi rostro. Eso parece enfurecerla aún más.

—No —declara Alma.

—¿No? —repito yo, perpleja. He perdido el control total de la situación.

—Sí, eso he dicho, que no —reitera mi madre y la conozco: está enfadada—. Es señora Thompson para ti, muchacho. Me da igual que seas el copycat. Y no, no puedes comer con nosotras ni jugar más con los sentimientos de mi hija. No estabas aquí cuando lloraba por tu culpa, pero yo sí. Y tu... nuevo aspecto no va a hacer que se me olvide, como parece haberle ocurrido a ella.

Estoy horrorizada y sin palabras, pero Evans parece más resignado que ofendido.

—Entiendo tus reparos Alm... señora Thompson. Y lo merezco todo, pero me temo que no me es posible alejarme de Tori ahora. No voy a dar explicaciones de por qué desaparecí de su vida hace años, pero sí que puedo asegurar que nunca he dejado de quererla—. Evans expone esto como quien discute la semana de lluvias que se avecina según las previsiones del meteorólogo, pero nosotras tres nos quedamos completamente impactadas por sus palabras. La determinación en su voz es tal que mi madre se relaja de inmediato, pasando de estar a la defensiva a estupefacta. Carraspea, intentando aclarar su voz antes de responder.

—Las palabras son muy bonitas, Evans, pero vas a tener que demostrarlo.

Él asiente y parece que parte de la tensión del ambiente se desvanece.

Ponemos la mesa mientras mi madre y Ellie cuchichean en la cocina, no muy preocupadas en ocultar que hablan de nosotros. Evans hace un buen trabajo fingiendo que no se da cuenta de nada. De hecho, finge de maravillas que no estoy a su lado, colocando servilletas o tenedores junto a los platos que va disponiendo sobre la mesa, después de soltar que es mi novio. No me ha mirado ni una sola vez después de su declaración y me da la impresión de que se siente tímido. En mi caso, estoy tan sonrojada que tampoco insisto en buscar su mirada. Tengo la imperiosa necesidad de sonreír como una boba cada vez que recuerdo sus palabras.

La comida es bastante más relajada y los cuatro nos aseguramos de tratar temas triviales. Ellie incluso cuenta algunos de nuestros momentos más adorables y traviosos de pequeños y nos hace reír a carcajadas.

Por suerte, ninguna de las dos menciona nuestra supuesta relación y lo agradezco porque yo misma no me he reconciliado con esa idea. Me siento como si Evans me estuviera gastando una broma.

Alrededor de las cuatro de la tarde, llaman a Ellie y se tiene que ir a trabajar, pero mi madre decide quedarse con nosotros. Quiero pensar que lo hace por disfrutar de nuestra compañía y no porque no se fía de dejarnos solos. Al fin y al cabo, no es como si pudiera quedarme embarazada o contraer una enfermedad de transmisión sexual.

Horneamos las galletas de chocolate y coco que solíamos preparar cuando éramos pequeños a petición expresa de Evans. Dejamos de hacerlas en casa después de distanciarnos y ahora entiendo que es porque siempre era él quien se acordaba de ellas.

Cuando están listas, a eso de las siete y media de la tarde, nos atiborramos sin remordimientos mientras vemos La Forma del Agua. Evans me sostiene la mano enguantada por encima de la manta y a mi madre no se le escapa el detalle.

Hasta la criatura de la pantalla encuentra una forma de consumir su amor, cuando ni siquiera

pertenece a la misma especie que su amada. Es como una burla directa hacia mi persona. Me encojo un poco en el sofá durante esa escena. No puedo dejar de imaginar lo que está pasando por las dos cabezas a mi lado. Mi madre debe estar tomándoselo como una señal de que Evans y yo también vamos a encontrar la forma de... “hacerlo” y voy a acabar embarazada de sextillizos. Evans debe estar pensando en que soy como ese monstruo y que va a tener que esconderme en la bañera de su casa. Ninguna de las dos opciones me hace feliz ni cómoda, por lo que, inevitablemente y muy a pesar de mi amor por Sally Hawkins, le cojo manía a la película. Cuando faltan diez minutos para que acabe, algo vibra en la pierna de Evans. Se saca el teléfono del bolsillo y creo que va a apagarlo, pero frunce el ceño y se levanta para salir al porche, antes de atender la llamada.

¿A qué viene tanto secretismo? Me pregunto observando la puerta por la que acaba de desaparecer.

—¿Así va a ser? —La voz de mi madre interrumpe mis pensamientos.

—¿Qué?

—¿Qué cómo pensáis llevar esta relación? ¿Tú con guantes dentro de casa para que pueda cogerte de la mano? ¿Y en verano también vas a ir completamente tapada?

Su ataque me deja muda.

—No es que vayáis a llegar a verano, claro —prosigue ella. No recuerdo nunca que haya sido tan cruel conmigo, pero parece enfadada— ¿Cuánto tiempo crees que un chico así va a aguantar sin sexo?

¿La palabra S? ¡Mi madre nunca utiliza la palabra S! No sé si estoy más chocada por el hecho de que me hable así o por el dolor que me está causando.

—¿Nunca has pensado que quizá Evans pueda aprender a bloquear mi poder? —Propongo con un hilo de voz.

—Parker Armstrong no quiere nietos Baker, Tori. Ni Thompson. Ese hombre es genetista y clasista a más no poder. Nunca va a permitir que Evans copie su poder y se empareje contigo —niega.

Aprieto los dientes e inhalo para controlar las lágrimas que amenazan con aparecer. Tengo un nudo en el pecho e intento deshacerlo recordando que. Electric Blue nos ha visto juntos... eso tiene que significar algo. También me mostró que tenía hijos y nietos, y aunque Evans no estaba allí tengo esperanzas de que serán suyos.

Evans regresa al salón, pero está tan abstraído que no se da cuenta de que tengo los ojos llorosos. Quiero preguntarle qué ocurre, pero no puedo hacerlo delante de mi madre, porque ella no sabe ni un cuarto de lo que andamos metidos.

Vemos la televisión en silencio, cada uno sumergido en sus propias cavilaciones y, para cuando empiezan las noticias de la noche, me estoy quedando dormida.

A mi madre le parece sospechoso que tengamos tanto sueño. No sabe que hemos pasado la noche en vela y jamás me voy a dormir antes de las once. Le pongo la excusa de haber madrugado para el entierro de Víctor Dobrev.

—¿Puede Evans pasar la noche aquí? No quiero que se duerma al volante —le suplico tan agotada que arrastro las palabras. Ella tuerce el gesto, para nada entusiasmada con la idea, pero acaba por asentir.

Nos levantamos del sofá y nos dirigimos a las escaleras

—¿Es que no vais a cenar nada? —se espanta.

—He comido suficientes galletas para mantenerme con vida durante las próximas dos semanas

—asegura Evans, acariciándose el estómago. Mi madre asiente, no muy convencida de vernos desaparecer escaleras arriba, y me llama en el último momento.

Le indico a Evans que continúe sin mí y regreso al salón.

—¿Qué...?

—Recuérdame otra vez porque dejo que te lleves un chico a tu cuarto —solicita con una sonrisa tensa.

—Uno: porque tengo veinte años y es ridículo que aún sea virgen. —Levanto el dedo índice para enumerar cada una de las razones—. Dos: porque soy la gay maker y si Evans me pusiera un dedo encima se le quitarían las ganas de hacerlo. Y tres: porque tengo tanto sueño que los dos primeros puntos ni siquiera importan —termino la lista con un bostezo.

Mi madre asiente satisfecha y, para qué negarlo, parece divertida. Me indica con la mano que puedo retirarme y devuelve su atención al telediario. Me alegra que mis desgracias hagan sentir mejor a alguien.

9 HUELLAS

Subo las escaleras de dos en dos, hasta chocarme contra algo robusto. Suelto un quejido y Evans me sujeta de los brazos para estabilizarme.
—Perdona. —Analiza mi rostro con atención—. Estás tan dormida que no ves por dónde vas.

Respondo a su acusación, enarcando una ceja. Es evidente que estaba ahí plantado tratando de espiar nuestra conversación.

—Necesitas una ducha —continúa y sin soltarme los brazos me empuja hacia el baño.

Una de las desventajas de que seamos amigos de la infancia es que conoce mi casa tan bien como yo misma. Cuando estamos dentro del pequeño espacio de mi servicio, Evans cierra la puerta y pasa la llave.

—¿Qué estás haciendo?

—Ambos necesitamos una ducha, ¿no crees? —se encoge de hombros y se quita la camiseta. Me quedo pasmada contemplando cómo se desabotona los vaqueros.

—¿Te has golpeado la cabeza? —Pregunto al ver que no piensa detenerse. Se está quitando también los calcetines. Me dedica esa sonrisa torcida que ha tenido que aprender en el mismo infierno.

—No irás a ducharte vestida, ¿verdad?

Sí, definitivamente ha debido golpearse la cabeza mientras yo hablaba con mi madre.

Ante mi falta de respuesta, suspira y se pone ambas manos en la cintura. Al menos se ha dejado los calzoncillos puestos. Se aproxima a la ducha y corre la mampara. Después juega con el monomando del grifo mientras prueba con la otra mano el agua que sale de la alcachofa, hasta conseguir la temperatura que desea.

Bajo la tapa del váter y me siento encima, después de echar un vistazo culpable a la puerta cerrada del baño. Si mi madre supiera lo que está pasando en la planta de arriba le daría un síncope. Pero el que no estemos solos en casa mientras hacemos algo indebido a escondidas, no hace más que incrementar mi entusiasmo.

Evans se vuelve hacia mí, sin cerrar la mampara. Cosa que tampoco cambiaría nada, ya que es transparente. Me sostiene la mirada y sus manos van directas a la cintura de sus calzoncillos. Suelto una palabrota y me tapo los ojos.

—¿No vas a mirar? —Su voz pretende sonar divertida, pero es casi un jadeo.

—No.

—Puedes mirar si quieres...

¿Puedo? Presenciar como Evans se da una ducha suena demasiado divertido como para que sea legal; pero acaba de darme permiso, así que me atrevo a echar un vistazo por un solo ojo. Nadie aparece para detenerme. Descubro que está de espaldas. Sonrío pensando que no es tan descarado como me quiere hacer creer.

Comienza a enjabonarse pecho y brazos de forma enérgica, creando un montón de espuma con la fricción. Se aceleran mis latidos y me tapo la boca con la mano.

Menudo espectáculo.

Me humedezco los labios dejando que mis ojos se deslicen por su piel moteada de diminutas partículas de vapor. Cuando se enjabona los hombros, la espuma se desliza por su espalda y sigo su recorrido con atención, apretando las manos para no acercarme y detener el avance con mis dedos. Su culo no me sorprende, es exactamente como dejaban intuir sus pantalones de deporte. Inclinando la cabeza hacia un lado, me pregunto si al tacto sus glúteos resultan tan recios como parecen.

Pero en ese momento, Evans se da la vuelta y parpadeo al visualizar la única parte de su cuerpo que aún no conocía. Me atraganto con mi propia saliva y me pongo a toser.

Cierro los ojos, pero los muy condenados vuelven a abrirse un segundo después sin mi permiso. No es que el miembro masculino me parezca algo bonito, como pueden serlo unos ojos o unos pectorales bien formados. De hecho, en mi falta de experiencia creí que sentiría cierto rechazo por esa parte de la anatomía de un hombre. Pero ahora que tengo delante el de Evans en particular, descubro que me parece perfecto e intrigante. Mientras pienso en todo esto me doy cuenta de que está creciendo y levantándose.

Miro al dueño con perplejidad, pero él se encoge de hombros con una actitud indiferente que no concuerda con la intensidad de sus ojos.

—¿Qué esperas, mirándome de esa forma? —exhala y mi corazón da un vuelco en mi pecho.

Cierro la boca porque de pronto se me ha secado. No sé qué esperaba de hoy, pero ciertamente no era ver como hago reaccionar físicamente a Evans con mi mirada. Él me dedica una sonrisa tensa, mientras se pone un poco de champú en la palma de la mano. No le queda otra que cerrar los ojos mientras se lava el pelo y eso me anima a reanudar mi escrutinio.

Cuanto más la miro, más me gusta... y no puedo creer que tenga ganas de tocarla, de notar como se ha puesto por mi culpa. Me sorprende ver que se ha transformado en una erección completa, siendo que su dueño está distraído aclarándose la cabeza bajo el chorro de agua.

—Me sigues mirando —protesta, en respuesta a mi inarticulada pregunta sobre porque su erección ha continuado creciendo.

Estoy fascinada con este nuevo descubrimiento. Es decir, ya sabía que le excitaba porque me lo había dicho, pero ver la prueba gráfica con mis propios ojos es otra cosa completamente distinta. Me levanto y me desabotono la camisa. Después me saco la camiseta que tenía debajo, tirando con fuerza cuando se engancha en mi pelo. Cuando la cremallera de mi pantalón resuena, Evans abre los ojos y me echa un vistazo.

Se aparta de la caída del agua hacia el extremo opuesto de la ducha para permitirme el paso,

apoyando una mano en los azulejos y la otra en la mampara. Es tan sexy con el pelo y la piel mojados y en esa postura que vuelvo a pensar que es una pena no hacerle un video o al menos un triste GIF que pueda ver más tarde. Me cuelo por el hueco y Evans enarca una ceja registrando el hecho de que aún llevo la ropa interior puesta.

—No voy a quitármela —declaro solemne y su cuerpo se tensa. Creo que le gustaría quitármela él mismo, pero no se mueve ni un centímetro. Tiene la cabeza un poco agachada en actitud de sumisión, pero sus ojos alzados hacia mí, muestran su verdadera personalidad alfa.

—Si te sientes más cómoda así —dice. Su tono es una mezcla de ternura y frustración.

Asiento, sintiéndome un poco menos violenta ahora que he establecido que no voy a desnudarme del todo. Podría estar en la ducha de la piscina con un montón de público, y eso no tendría nada de malo, ¿verdad? Sería algo completamente inocente, si no fuera por la humedad y la presión punzante que noto entre mis piernas.

Sin apartar los ojos de él doy un paso hacia atrás y dejo que el agua caiga por mi pelo, resbalando por mi cuerpo.

Su atención pasa a mi sujetador, mojado se ha convertido en una segunda piel que deja entrever mis pezones endurecidos. Comienzo a enjabonarme y no hay nada inocente en mi forma de hacerlo. Me vuelve descarada ver como aprieta los dientes mientras la tonalidad de sus ojos se torna más oscura.

—Vas a matarme un día de estos... —se queja con voz ronca y se frota la cara.

Sonrío nerviosa, y decido dejar de torturarlo. Voy a coger mi champú, pero él se me adelanta y gira el bote para verter un poco en la palma de mi mano, como si fuera un caballero sirviéndome una copa de vino.

Cuando me masajeo la cabeza con los ojos cerrados, entiendo como sabía que le estaba mirando aun sin verlo.

—Date la vuelta y te ayudo con el pelo —me indica.

Lo hago. Pongo mis manos contra los azulejos bajo la cascada de agua y me quedo muy quieta. Volvemos a estar en la situación peligrosa por la que su padre me quiere lejos de él. Odio darle la razón a Parker, pero, en esos momentos, la tiene.

—Ten cuidado —murmuro. Evans habla de su falta de voluntad y autocontrol, pero yo soy aún peor que él.

Me frota el pelo de la mitad a las puntas, es mi cuero cabelludo lo que sería peligroso para él, por lo que me permito a mí misma disfrutar de ese instante.

Cuando para y deja caer mi cabellera, cargada de champú, sobre mi espalda es una terrible decepción. Pero cuando pienso en darme la vuelta, me susurra que me quede muy quieta.

Un instante después noto su dedo en la tela del triángulo que mi tanga forma sobre los dos cachetes de mi culo.

—Evans... —adviento, pero hace caso omiso.

Su dedo continúa recorriendo el pequeño parche de tela y las cosquillas se extienden por mi piel. Son más intensas ahora que recuerdo el orgasmo que me provocó en su habitación.

—No te muevas —susurra en mi oreja, asomándose por encima de mi hombro. Posa su mano en la tela de mi sujetador. Exhalo y dejo caer mi cuello al otro lado para darle mejor visión y apartarme de su rostro. Las yemas de sus dedos se mueven deliberadamente despacio hasta pasar por mi pezón, casi como por accidente.

Quita la mano, dejándome terriblemente frustrada.

Su dedo aparece ahora en la costura delantera de mi tanga. Quiero decirle que tenga cuidado,

pero lo único que hago cuando abro la boca es exhalar ruidosamente. Agradezco que el ruido del agua ahogue el de mi respiración.

Evans dibuja un círculo con mínima presión sobre mi monte de venus y luego otro un poco más abajo. Para el siguiente círculo su dedo pasa por encima de mi clítoris y un gruñido de sorpresa sale de mi garganta.

No valgo para nada después de eso. Mis preocupaciones sobre seguridad se han ido a un rincón recóndito de mi mente, junto con toda la racionalidad. Solo quiero una cosa: que me toque ahí. Pero no lo hace. Evans sale de la ducha y me pregunta cuál es mi toalla como si nada hubiera pasado. Me doy cuenta de que está intentando torturarme a propósito. Una venganza por la forma en que me he enjabonado delante de él. Pues bien, lo ha conseguido. Mi frustración es tanta que aprieto los dientes mientras me aclaro el pelo e ignoro su pregunta.

—¿Hola? ¿Qué toalla? —insiste y asoma la cabeza. Le muestro la manicura de mi dedo de en medio y lo oigo carcajearse—. Tú misma, estoy empapando el suelo casi tanto como tus bragas —advierte, contemplando la calada alfombra verde botella, tan serio que tardo unos segundos en entender lo que acaba de decir.

Lo fulmino con la mirada y en un arrebato infantil que no puedo controlar, le salpico con las manos. Evans se pasa los dedos por la cara, mientras ríe.

—Voy a coger cualquiera y rezar porque no sea de alguna de tus madres.

—Hay toallas limpias en el segundo cajón del mueble —me apresuro en decir, señalando el lugar con un dedo. Ellie es tan escrupulosa que me asesinaría si viera a Evans enrollado en la suya.

Hay como cuatro grados menos fuera del baño. Tirito todo el camino hacia mi habitación mientras Evans parece completamente ajeno a la temperatura. Se sienta en mi cama con la toalla liada a su cintura y pone la televisión con el mando que había sobre la mesita de noche. Me castañean los dientes sin parar mientras voy de puntillas desde el mueble de la ropa interior al pijama que guardo bajo la almohada.

Cuando lo tengo todo preparado me atrevo a desenrollar mi toalla y Evans se gira hacia mí con la misma expresión de interés que pondrías al ver que están echando tu película favorita.

—No mires —protesto, mi enfado acrecentado por el frío.

Me sonrío con los ojos muy abiertos, dejándome claro que no piensa perderselo. Así que cojo las bragas y el pijama y salgo al rellano, cerrando la puerta a mi espalda. Me quito la ropa interior mojada y cuando me estoy poniendo el pijama, Ellie aparece por las escaleras.

—Buenas noches —saluda con las cejas levantadas.

—Evans está ahí dentro —explico y ella asiente.

—Nunca dejes que tu novio te vea desnuda —responde con sarcasmo.

—No es mi novio, no sé por qué ha dicho eso...

Se ríe de mí.

Regreso al baño antes de que mi madre o Ellie intenten usarlo y seco el suelo con mi toalla.

Después me tiro otros diez minutos con el secador de pelo hasta eliminar el ochenta por ciento de la humedad de mis cabellos.

Cuando regreso, Evans se ha quedado dormido con la tele puesta y el mando entre las manos. Me pongo los guantes y me viene un sabor amargo a la boca al recordar lo que ha dicho mi madre sobre cómo íbamos a mantener una relación de esa forma. Me pongo una cinta de pelo alrededor de la frente y una braga de cuello cubriendo la mayor parte de la piel de mi rostro y mi garganta, por si las moscas. Un segundo después, me vence el cansancio.

Me despierto horas más tarde con la voz de Evans hablando por teléfono en tono bajo. No estoy

segura de qué hora es o por qué lo hago, pero en lugar de moverme continuo con los ojos cerrados y escucho su conversación.

—¿Te has vuelto loca? —las palabras están cargadas de incredulidad, aunque trata de mantener un tono que no me despierte—. Creo que no te he escuchado bien.

Su interlocutor dice algo que hace que Evans contenga el aliento y guarde silencio por unos momentos. Se revuelve un poco entre las sábanas y percibo que las está apartando para sentarse en la cama.

—¿A qué despojados juegas? —Evans suspira cansado, como si creyera que le están gastando una broma de mal gusto cuando debería estar durmiendo. La otra persona, una chica, según he podido deducir, debe decir algo que hace que se calce las zapatillas deportivas que había dejado junto a la cama— ¿Dónde estás?

Se levanta y camina hacia mi escritorio donde ha dejado la chaqueta y se la pone.

—¿Estás en un motel con él? ¿Sola con él? —ahora suena enfadado, incluso asustado. Trato de no sacar conclusiones precipitadas. Se me pasa por la cabeza que es Diana y le está dando celos con otro hombre, pero esa idea es ridícula. Debe tener algo que ver con la investigación. Me planteo anunciar que estoy despierta y ofrecirme a ir con él, pero ya sé cuál va a ser su respuesta y no tengo energía para esa discusión. Tampoco la tengo para encontrarme con otro despojado. Ser atacada por dos en un solo mes es suficiente para mí.

Así que vuelvo a cerrar los ojos y trato de mostrarme relajada y respirar pausadamente cuando Evans se acerca de nuevo a la cama para darme un beso en la frente sobre la cinta de pelo. Le veo salir por la puerta y rezo porque lo que sea que va a hacer no sea peligroso.

Me toma horas dormirme de nuevo, pero al fin lo consigo y lo que me despierta a continuación es mi teléfono. La luz del sol se cuela por los agujeritos de mi persiana y por la rendija que he dejado abierta. Echo la mano a mi mesita de noche y cojo mi teléfono. Estoy tan dormida que me parece ver el nombre de Evans en la pantalla, pero, tras parpadear, descubro que se trata de Cas.

—¿Sí? —mi voz sale ronca.

—Tori, ¿estás bien? —se preocupa ella, malinterpretando mi tono. Debe ser más tarde de lo que creo.

—Sí —carraspeo—. Estaba durmiendo

—¿Evans está contigo?

—No —mientras lo digo, echo un vistazo al otro lado de la cama para asegurarme de que no soñé que se iba—. Recibió una llamada anoche y se marchó.

Cas suspira.

—Debe ser por lo de las huellas —conjetura y eso hace que me espabile del todo y que me siente.

—¿Qué huellas?

—¿No lo sabes? —parece ansiosa—. La guardia dámara ha identificado unas huellas en tu cuarto que no pertenecen a ninguno de nosotros.

—Bien —me animo. Los despojados no tienen huellas dactilares, así que deben pertenecer a Parker o a su secuaz, el hombre de la caja—. Deben ser de la persona que puso al despojado ahí.

—Umm —titubea Cas—. Joder, Tori, es tan extraño. No entendemos nada.

Yo sí. Parker Armstrong es el terrorista, y está intentando asesinarme. Ahora, por fin, todos van a saberlo.

—¿Os han dado el nombre? —Estoy deseando escuchar Parker Armstrong.

—¿Estás sentada? —dice ella, dando a entender que sus siguientes palabras van a chocarme. Aun

así, nada me prepara para lo que dice a continuación—. Las huellas son de Ozrrat Halil, Tori. El amigo vidente de Electric Blue y que se supone que es un despojado.

10 CORAZONES ROTOS

Cas y yo colgamos después de compartir varias teorías que no tienen ningún sentido sobre cómo las huellas dactilares de un dámaro que ha sido despojado llegaron a mi cuarto. Lo único que se me ocurre es que son antiguas y que Ozrrat Halil ha visitado mi dormitorio antes de que le despojaran. Pero... ¿para qué? ¿Por que allanaría un vidente que se negaba a pisar Dámara mi dormitorio? Estoy tan confusa que me dan vueltas la cabeza.

Me levanto y me miro en el espejo, acomodando mi pelo para que esté medio decente. El despertador de mi mesita muestra que son las ocho de la mañana, lo que significa que he dormido unas diez horas, interrumpidas sólo por la llamada que recibió Evans. ¿Quién será la mujer que lo ha llamado? ¿Tiene algo que ver con las huellas de Ozrrat? ¿Sería la madre del muchacho? No lo creo, la familiaridad en el tono de Evans mostraba que era alguien cercano a él. Y de todas formas... ¿Por qué iba a encontrarse con la madre de Ozrrat en un motel? ¿Y quién era el él al que se refería?

Le llamo para plantearle todas estas dudas antes de bajar a desayunar pero su teléfono está apagado. Se me aloja un peso en el pecho que casi no me deja respirar y me digo que está bien, que es el copycat y que sus poderes le protegen. Si ha estado toda la noche por ahí, lleva dos días sin ir a su cuarto y sin cargar su teléfono. Es normal que lo tenga apagado y tal vez esté durmiendo. Llamo a Electric Blue para preguntarle si Evans ha llegado ya al apartamento que comparten en el campus, pero tampoco me lo coge.

Bajo las escaleras colmada de ansiedad y hecha un manojo de nervios. Mis madres están desayunando en la mesa y comentan cuál es la mejor ruta para que Ellie visite a sus clientes, gastando menos tiempo y gasolina.

—¿Y Evans? —preguntan al verme aparecer. Tengo ganas de ponerme a llorar.

—Ha tenido que salir temprano —respondo y evito la mirada especulativa de mi madre. Me asomo por la ventana mientras me muerdo una uña. Hay un Ford Focus aparcado ahora donde estaba el coche de Evans. Noto una presión desagradable en la boca del estómago, ¿y si le ha ocurrido algo?

Me planteo a quién más puedo llamar si a Drake o a Karen, la hermana de Evans. Incluso se me pasa por la cabeza llamar a Diana. De nuevo me pregunto quién será la chica del motel.

Me decanto por Karen para saber si ha ido a dormir a la mansión de los Armstrong en lugar de a su apartamento, pero me interrumpe el timbre de la puerta. Sonrío, dejando el teléfono sobre la encimera de la cocina, segura de que es él. Pero cuando Ellie abre la puerta, no es Evans quien está al otro lado, sino dos guardias dámara. Se me hiela la sangre. Ese es el momento en el que me dicen que ha muerto.

—¿Tori Baker? —pregunta uno de los agentes, mirándome por encima de la coronilla de Ellie. Es un hombre alto y delgado con cabello rojizo. Su compañero es más bajito porque no logro verle el rostro.

Ellie se gira y me mira confusa.

—Soy yo —admito con un hilo de voz.

—Queda usted detenida por el uso ilegal de su poder para intimidar a un humano.

—¿Qué? —grita mi madre, interponiéndose entre ellos y yo—. ¿Intimidación de qué humano? Mi hija ni siquiera sale de Dámara. No trata con humanos.

—Tim Lewis ha interpuesto una denuncia por intimidación y agresión.

Abro la boca al escuchar el nombre del último violador que salí a cazar y que se me escapó por culpa de la intervención Evans. Me tiembla todo el cuerpo y mi visión se vuelve borrosa. Apenas soy consciente de que mi madre y Ellie están discutiendo con el agente pelirrojo. Y no me doy cuenta de que el bajito ha entrado en el salón hasta que noto que no puedo moverme y que casi no puedo respirar. El guardia está frente a mí, con ambas manos alzadas para inmovilizarme y que no pueda resistirme a la detención.

Es así como me llevan hasta el vehículo de patrulla, en medio de los gritos de protesta de mis madres. La puerta trasera del furgón donde me han metido se cierra y no tengo tiempo de dar explicaciones.

Existen sucesos que tu mente no logra asimilar conforme ocurren. Tu tiempo se detiene mientras el mundo continúa sucediéndose a tu alrededor y, de pronto, ya no perteneces a esa realidad porque estás en pausa. Atrapada en ese instante. A partir de ahí, todo lo que ven tus ojos y escuchan tus oídos parece una macabra representación ficticia de la que eres una mera espectadora.

Así es como me siento, mientras mi abogado de oficio recita lo que va a ocurrir a continuación. Mi madre asiente, su rostro tan desfigurado como debo tenerlo yo. Espero que ella sí esté prestando atención a algo de lo que nos explica. En mi caso, mi mente no deja de fijarse en detalles nimios como la forma en que su bigote se une por un hilo fino de pelos a su barba, o como la luz fluorescente de la sala de interrogaciones del centro de contención dámara parpadea con un crujido eléctrico a cada treinta segundos.

Alguien llama a la puerta de seguridad y suena como un anillo chocando contra la superficie metálica.

—Ya están aquí para la identificación —anuncia la recién llegada.

Mi abogado me indica que me ponga de pie y tengo que seguir a la mujer hasta la sala contigua.

Mi madre me sostiene del brazo con fuerza, como si temiera que fuera a desaparecer de un momento a otro, pero cuando vamos a entrar en la habitación detrás de la mujer, esta le indica que debo hacerlo sola. Nos miramos un instante, yo mordiéndome el labio y ella con los suyos

fruncidos.

—No te preocupes, Tori —dice, pero su voz alienada contradice sus palabras—. Acabará pronto. Asiento una vez con la cabeza, pero sé algo que ella no. Sé que las acusaciones son ciertas. Sigo a la mujer al interior de lo que resulta ser un pasillo estrecho y corto. Me indica que me detenga y que mire hacia el espejo.

—Manténgase quieta, erguida y con la vista al frente —ordena. Me doy cuenta de que, al otro lado del espejo, debe estar la sala en la que acabamos de reunirnos con el abogado y que pueden verme desde ahí.

La mujer sale de la habitación cerrando la puerta tras ella. Hago lo que me ha dicho y me mantengo estirada, mirando al mismo punto. Intento no fijarme en la patética imagen que me devuelve el espejo. Por primera vez, me alegro de que me hayan sacado de casa recién levantada, sin peinar y sin una gota de maquillaje. Quizá así Lewis no me reconozca.

Pasan dos minutos, que se hacen eternos, mientras imagino la silueta de Tim Lewis al otro lado del espejo, analizándome, tratando de decidir si soy la chica que casi cambio su orientación sexual. No entiendo cómo me ha encontrado, cómo ha sabido quién y qué soy. Podría haber sido cualquier chica humana, de entre los millones que hay ahí fuera. Quizá el hecho de que Evans lo lanzó por los aires le dio la pista de que soy dámara, pero incluso con esa información, es prácticamente imposible rastrearlo. Ni siquiera sabía que tramaba esa noche, ni cuál es mi poder.

Cuando creo que ya no puedo soportarlo, se abre la puerta y veo a mi madre parada junto al señor Brown, mi abogado. Camino hacia ellos.

—Es su palabra contra la de ella —está diciendo mi madre. Y esa sola frase me hace sentirme mejor. Yo no le he hecho nada a ese chico, no tiene pruebas de lo que tenía intención de hacer. Ni siquiera tiene pruebas de que estuve allí aquella noche.

—Ojalá fuera así —dice el señor Brown y levanta la vista al verme salir de la sala de reconocimientos. Sus siguientes palabras van dirigidas a mí —. Tienen un testigo. ¿Alguna idea de quién puede ser?

Al principio pienso que es imposible, porque el parque estaba desierto. Después, recuerdo a sus amigos, que vieron como se marchaba conmigo y se me cae el alma al suelo. Mis pulsaciones se aceleran y por primera vez parezco ser consciente de lo que está ocurriendo. El suelo parece moverse bajo mis pies, pero me concentro en no desmayarme.

La mujer, que aún está junto a la puerta, me llama por mi apellido.

—Tiene que regresar —dice, indicando la pequeña sala de reconocimientos—. El testigo también está aquí.

Noto náuseas, revolviéndome el estómago, pero respiro hondo y hago lo que me dice. No importa que sus amigos me vieran marcharme con él, no presenciaron nada más, no tienen nada contra mí.

«A no ser que esto llegue a la prensa y otra de tus "víctimas" te reconozca» me dice una voz que se siente como un puñal en mi estómago.

Regreso a la sala descompuesta y cierro los ojos con fuerza cuando dan un portazo detrás de mí. Lenta y mareada, me coloco en la misma posición y miro un punto del espejo. Si esto dura tanto como el anterior voy a vomitar o a desfallecer. Espero un minuto entero y en el silencio de la sala escucho los gritos de mi madre ahogados por la puerta. Debe de haber visto al muchacho, pero... ¿por qué le grita? Va a empeorar las cosas. Se oye un portazo en la sala contigua poco después y me froto la frente porque he empezado a sudar frío.

Fuera las voces han vuelto a la tranquilidad y me pregunto qué han hecho con mi madre. ¿La habrán metido en una celda como van a hacerme a mí? Antes de que termine ese pensamiento, mi puerta se abre y aparece un chico. Tiene la capucha de una sudadera puesta y una chaqueta de cuero demasiado grande por encima. Se pega a la pared como si se escondiera de alguien y yo lo miro boquiabierto.

—¿Tori Baker? —quiere saber. Frunzo el ceño, preguntándome si es uno de los amigos de Tim Lewis, pero me parece demasiado mayor y sus ropas demasiado ordinarias para ese grupo de esnobs que iba con Lewis.

—¿Quién eres?

El joven echa un vistazo al espejo, pero se mantiene concienzudamente oculto junto a la pared.

—Parker Armstrong quiere que veas algo —dice y extiende una mano casi oculta por la largura de su chaqueta. La pega al espejo y lo vuelve transparente.

Miro a través del agujero que ha creado. Al otro lado del espejo están Evans y Parker, con dos guardias.

Evans me mira directamente, pero no parece consciente de que yo también puedo verlo.

—Sí, es ella —oigo que dice.

—¿Está seguro de que esta es la joven que pretendía atacar al señor Lewis la noche de autos? —repite el detective dámalo en tono plano.

Evans mantiene sus ojos sobre mí un instante, hay un brillo en ellos, al ver que lo estoy mirando directamente. Después parpadea como si recordara que no puedo verlo a través del espejo y se vuelve al agente.

—Sí, estoy seguro. —Sin añadir nada más, sale de la sala. He perdido mi capacidad de reaccionar. Pero no la de sentir dolor.

Bajo la vista hacia mi pecho porque, por un instante, creo que hay un puñal clavado ahí. Lo noto físicamente, el dolor en mi corazón es tan real como mi propio cuerpo.

Entonces Parker se pone frente a mí. Él sí sabe que puedo verlo. Lo sé porque me sonrío triunfal. Ha encontrado la forma perfecta de hacerme daño de verdad. Ha descubierto como matarme sin dejar un cadáver.

11 CELDA DE CRISTAL

Mi celda es un cuarto con una decoración minimalista en la que predomina el tono blanco y cuatro paredes de cristal resistente. En el centro, hay un pequeño baño con paredes opacas que supone el único espacio de intimidad. Mi uniforme de presidiaria se reduce a una camiseta y pantalones de lino de color crema. Me entregan una muda limpia al día para que pueda cambiarme después de la ducha. El cristal está elaborado con ADN de bloqueador, lo que hace que mi poder, o el de cualquier otro dámara, no funcione en el interior. Es irónico pensar que podría abrazar a mis amigos, besar a alguien o incluso practicar sexo aquí dentro, sin consecuencias para esas personas. Por supuesto, no es una opción, ya que no se le permite entrar a nadie y tampoco quiero hacer ninguna de esas cosas delante de la cámara.

Cas y Drake me observan desde el otro lado a través del vidrio y deben estar preguntándose si poseo otros poderes ocultos, pues es totalmente innecesario encerrar a una dámara como yo en un lugar tan seguro.

—¿Tori? —titubea Cas. Su voz resuena en mi celda a través de un sofisticado micrófono.

—Te escucho —confirmo. Sé, por mis padres, que ella me oye con la misma calidad de sonido desde fuera.

—Por todos los despojados, ¿es esto necesario? —exhala, echando un vistazo a mi alrededor.

Me cruzo de brazos y doy varios pasos hacia ellos, alejándome de mi cama. Hay un escritorio con una silla ergonómica justo frente a los visitantes que es donde tengo la costumbre de sentarme cuando tengo uno.

—Resulta que solo hay un tipo de celda en Dámara y como los dámaros que acaban en la cárcel suelen poseer poderes más espectaculares que el mío, toda esta seguridad es necesaria.

Uno de los guardias me ha entretenido toda la semana, contándome anécdotas de mis predecesores y sus intentos de fuga. He visto cicatrices variopintas entre los guardias que vigilan la prisión.

—Me da igual que no tengan celdas normales, tú no deberías estar en ningún tipo de celda —responde mi amiga, enfurecida. Le echo una mirada a Drake y sonrío triste.

—Tal vez este sea el lugar ideal para mí.

—No digas tonterías. Evans...

—No lo menciones —escupo, mortalmente seria. Los hermanos López me contemplan sorprendidos por mi brusquedad—. No vuelvas a decir ese nombre delante de mí —le ruego y después intento suavizar mi expresión. Al fin y al cabo, ella no tiene la culpa de que Evans me rompiera el corazón, para años después coserlo con la única intención de hacerlo añicos más pequeños. He tenido mucho tiempo, durante esa semana de encierro, para cuidar y alimentar las semillas de mi nuevo odio por Evans. Ha crecido como una bonita planta en las circunstancias de luz, humedad y temperatura ideales. Ha echado raíces robustas en lo más profundo de mi mente.

Me doy cuenta de que nunca llegué a odiarlo de verdad antes de esto. Pensé que su decisión de romper nuestra amistad fue algo necesario para encajar en su círculo en Dámara y para no decepcionar a su familia. Pero ahora, ahora que me ha engañado y me ha hecho enamorarme completamente de él, mintiéndome descaradamente cada segundo que pasamos juntos, ahora sí que siento odio. Ya no hay rastro de amor, y eso me reconforta. Le detesto por ser capaz de

hacerme sufrir, ignorando por completo mis sentimientos y hasta usándolos en mi contra. Le detesto por creer que tiene derecho a lastimarme sólo porque no poseo un poder que nuestra sociedad considere valioso. Le detesto por encerrarme, porque trataba de "limpiar" las calles de violadores.

Él debe ser como ellos, para encarcelarme por esto. Evans está a la altura de Tim Lewis, metros por debajo del suelo que pisan mis botas y me da igual lo que diga Dámaras. Me niego a considerarme peor que él por las características de nuestras habilidades.

—¿Tori? —Drake ha debido decir algo que me he perdido. Me pregunto si le gustará verme encerrada, pagando por lo que le he hecho. No le culparía—. ¿Nos preguntábamos si sabes dónde está?

—¿Quién? —Parpadeo, confusa. Drake sonrío de lado, de una forma un tanto cohibida, y se encoge de hombros.

—Nos has prohibido que digamos su nombre.

Evans.

—¿A qué te refieres con que sí sé dónde está?

Cas se muerde el labio y da un paso hacia mi celda.

—Ha desaparecido, Tori. Nadie le ha visto desde que te encarcelaron —explica, muy seria—. Primero testifica contra ti y luego desaparece. Es muy extraño ¿no crees?

Me mojo los labios. Tengo la boca reseca, pero la última cantimplora de agua que me han traído está vacía.

—No es la primera vez que desaparece.

—Pero...

—No quiero saber nada de él —la interrumpo con un grito.

Los hermanos intercambian una mirada resignada.

—Hay algo más —comienza Drake en tono suave. Tiene una mano metida en el bolsillo del vaquero. Antes de continuar, echa un vistazo sobre su hombro—. Kyle dice que Ozrrat nunca pisó Dámara antes de morir. Se resistía a salir de Glinen y accedió de mala gana a instalarse en Beyshi con su madre a causa de los ataques.

—Bueno, es evidente que no lo conocía tan bien como él creía y que sí que estuvo en Dámara antes de ser despojado. —Me cruzo de brazos—. Que conozcas a alguien de toda la vida no quiere decir que tengas idea de lo que se le pasa por la puta cabeza —exhalo, y me detengo, al percatarme de que suena como si estuviera hablando de Evans otra vez. Tal vez, es así.

Los hermanos López intercambian una mirada, y es evidente que opinan lo mismo, que no puedo pensar en otra cosa que la traición de Evans.

—Kyle opina que hay algo extraño en todo esto —continúa Cas.

—¿Él cree? —mi ironía suena agria, así que trato de relajarme y concentrarme en el tema que me están planteando—. Ozrrat Halil me conocía de algo. Me llamó torna instintos en el salón de su casa. Es evidente que o tuvo alguna visión sobre mí o alguien le habló de mí. Pudo colarse en mi cuarto por las razones que sean.

Drake titubea.

—Kyle dice que no tenía razones para entrar en tu cuarto antes de morir —insiste y yo me muerdo la lengua para no volver a mencionar que uno no puede fiarse de sus amigos por mucho que haya crecido con ellos. Suspiro y echo los brazos al aire.

—¿Tiene alguna teoría, entonces, de cómo llegaron sus huellas a mi cuarto? —Trato de mostrarme más abierta y menos escéptica.

—No.

—Yo sí —digo tras unos instantes en los que los tres meditamos en silencio—. Yo digo que Ozrrat Halil ha fingido su propia muerte para quitarse de en medio de toda esta mierda. Creo que sigue vivo en algún lugar muy lejos de Dámara.

Vivo y feliz porque se ha quitado a Evans de encima. La última parte me la guardo para mí.

—Eso es imposible, cariño. —Electric Blue resurge de entre las sombras y se aproxima a nosotros. Ahora entiendo a quién ha estado lanzando miraditas Drake.

—¿Por qué? ¿Por qué lo viste morir? —pregunto desinteresada. Tampoco es que sea el número uno en mi lista de preocupaciones. La única ventaja de estar en la cárcel es que, al menos aquí, no pueden asesinarme—. ¿Cómo sabemos que dices la verdad? Tal vez, mentías para ayudarle a fingir su muerte y desaparecer.

Cas me mira horrorizada y como si no me reconociera. Es posible que ya no sea la misma persona que vio hace una semana. He cambiado, he cambiado para mal porque ya no me fío de nadie.

Electric Blue me observa, pero no parece ofendido. Más bien me evalúa igual que si fuera a tomar notas en un cuaderno para diagnosticarme de estrés post traumático.

—Esperadme en el coche —se limita a decir, sin apartar sus ojos de mí. Cas frunce el ceño y sé que hay mucho más que quiere discutir conmigo, pero no tengo ganas de hablar de nada de lo ocurrido, empezando por mis salidas para cazar violadores, de las que ella no sabía nada. La conozco y sé que no va a parar hasta que me desahogue y lo saque todo de dentro, pero tengo miedo de abrir esa puerta. Tengo miedo a derrumbarme más allá de lo recuperable. Por esa razón, no protesto cuando Electric Blue los echa. Ella parece dolida al ver que no voy a pedirle que se quede más tiempo y Drake intercambia una mirada ceñuda entre el vidente y yo.

—¿Por qué a solas? —le interroga en un susurro.

—¿Estás celoso? —lo provoca Electric Blue, sin apartar los ojos de mí. Drake se encoge ligeramente ante la acusación y acaba por retirarse de mala gana.

Cuando se han ido, Electric Blue se aproxima a la celda, me contempla con sus preciosos ojos azules y esboza media sonrisa. Lleva un jersey de cuello alto gordo, de un negro moteado de pequeñas partículas más claras. El tiempo ha debido cambiar fuera durante la semana que llevo aquí. Todos los días me sacan a un patio exterior para que me ejercite y tome el sol, pero este dispone de una bóveda del mismo material que mi celda y la temperatura interior está controlada. Algunos de los presos pueden usar bajas o altas temperaturas como arma.

—Cariño, ese color le da una elegancia regia a tu piel —dice, examinando mi uniforme—. Si alguna vez atiendes a mi boda, debes llevar algo en ese tono.

—Pensé que ibas a morirme dentro de poco —suelto mordaz y me arrepiento enseguida. No quiero que lo que me ha hecho Evans me reduzca de esta manera. Electric Blue sonrío de nuevo. Parece que es imposible de ofender u ofuscar. Ni siquiera mi crueldad sobre su supuesta corta existencia lo logra.

—Hay algo peor que la muerte, Tori, y es perder la esperanza cuando aún estás vivo —responde, entonces, y tengo ganas de llorar, porque yo sí que he perdido la esperanza. Lo noto en el agujero que tengo en mitad del pecho.

—No llores, cariño, me partes el corazón.

Bajo la cabeza y hago justo lo que me pide que no haga. Lloro enfadada, dolida, solitaria y rota. Rota más allá de lo reparable.

—Siento haber sido una zorra contigo —me disculpo, cuando consigo reponerme un poco.

—No he visto a ninguna zorra —me tranquiliza él—. Veo una herida abierta y no me gusta verte sufrir. Por eso me presenté en tu casa aquel día y te mostré tu muerte, Tori. No me empujes

nunca, cariño. Si el mundo te hace daño, abrázame más. Déjame ser tu tiritita.

Sus palabras me hacen llorar más, pero esta vez, siento alivio junto con el dolor. Siento amparo y consuelo. Cómo he podido dudar de que existen amigos de verdad. Él lo es, aunque no haga ni un mes que le conozco. Está en un lugar especial de mi corazón, junto con mis padres y Cas. Y ni siquiera Evans puede romperlo. Voy a aferrarme a ellos para sobrevivir a todo esto. Voy a lograr sobrevivir por ellos. Que le jodan al romance. Con una vida llena de un amor así, me considero afortunada.

—Gracias —murmuro de corazón—. Lo has vuelto a hacer. Has vuelto a unir mis pedazos y logrado que pueda respirar. Creo que llevaba una semana sin respirar.

Me seco las lágrimas con la manga y él me sonríe con ternura.

—También te creo sobre tu amigo. Si dices que Ozrrat Halil no fingiría su muerte ni entrará en mi cuarto para nada malo, entonces te creo.

—Oh, Ozzy era mil veces mejor que yo —declara, y sus ojos se inundan de tristeza y añoranza. Después se pone serio—. Y hay algo más. He pedido a la guardia dámara que analizara la sangre del despojado que te atacó en tu dormitorio.

Levanto mis cejas, intrigada por la expresión de su rostro.

—El ADN coincide con el suyo, Tori —me informa—. El despojado que te atacó era mi amigo.

Sacudo la cabeza, completamente descolocada con ese nuevo dato.

—Entonces... ¿en mi cuarto estaban las huellas de Ozrrat de antes de ser despojado, pero también su sangre despojada? —recapitulo confundida y Electric Blue asiente—. No lo entiendo.

—Ya somos dos —admite— ¿Evans te dijo algo antes de marcharse?

Suspiro, notando que regresa el dolor al escuchar su nombre.

—No, pero recibió una llamada extraña.

—¿Qué llamada?

—Solo sé que era una mujer porque la llamó loca y le hablaba con familiaridad. Dijo algo como “no puedes estar con él”. Sinceramente, parecía una riña de novios, pero no lo quise aceptar en aquel momento. Ahora me doy cuenta de que debió ser eso justamente.

Electric Blue frunce el ceño.

—No puede ser una riña de novios.

Suspiro, volviendo a enfurecerme.

—Escucha... ¿no puede ser que tus poderes fallen algunas veces? Evans y yo...

—Evans te ha colocado en el lugar más seguro del mundo, Tori —me interrumpe.

—¿Disculpa?

—Mira a tu alrededor, cariño —declara—. Nadie puede hacerte daño ahí dentro.

Su insinuación enciende una llama en mi pecho y me aterra que prenda fuego.

—No... por favor, no sigas por ahí —le ruego con debilidad. No podría sobrevivir a un tercer asalto.

—Escúchame, ¿de acuerdo? —pide—. Hoy vengo a compartir todos mis pensamientos contigo. Pero antes necesito entrar en esa celda y ponerte las manos encima. Lo he echado de menos, ¿sabes? —Electric Blue se vuelve hacia la zona cubierta por las sombras— ¿Puede venir un momento?

Llama con su mano a algún guardia, y cuando éste resurge de las sombras, veo que se trata de mi amigo Harvey. Mi carcelero favorito.

Se acerca y le dedica una mirada inquisitiva.

—Quiero entrar ahí con ella —solicita como el que pide una botella de agua en un

restaurante.

Harvey frunce el ceño, pero sonríe. Debe estar preguntándose si bromea, pero Electric Blue no suele hablar por hablar. Él dice que lo que de verdad piensa hacer o bien lo dice para que los demás reaccionemos de algún modo. Cuando Harvey se da cuenta de que habla en serio, sacude la cabeza, divertido.

—No puedes entrar ahí, muchacho.

El rubio se encoge de hombros con resignación.

—Tenía que intentarlo —dice y después le guiña un ojo—. Harvey, ten cuidado con llamar Robert a tu esposa.

El rostro de Harvey se vuelve pálido, de repente. Con los ojos muy abiertos, contempla a Blue y después mira hacia la salida de la sala, también oculta por las sombras. Sé que tiene el poder de congelar a alguien e incapacitar su movimiento. Por eso trabaja en la prisión de Dámara. Parece considerar la opción de congelar a Electric Blue, pero después lo descarta. Se saca un mando del bolsillo frontal del uniforme que sirve para desbloquear la entrada a mi celda.

—Da dos pasos atrás —me ordena antes de abrir la puerta. Sabe que no soy peligrosa, pero todos ellos cumplen el protocolo de forma rigurosa. Electric Blue le sonríe agradecido, como si no acabara de amenazarlo con sus palabras. Robert es otro de los guardias y me pregunto si están liados. ¿Cuántos dámaros homosexuales llevan una doble vida?

Electric Blue entra en mi celda. Harvey cierra la puerta tras él y se oculta de nuevo entre las sombras.

Mi amigo me da un abrazo que me sienta de maravilla, después de una semana sin contacto humano.

—¿Dónde está Evans, cariño?

Aprieto los dientes y me aparto de él, para ir a sentarme en la cama. Me sigue y se deja caer a mi lado.

—Dímelo tú —me limito a decir entre dientes, mientras me abrazo las rodillas contra el pecho.

—De verdad, no lo sabes —entiende, sorprendido—. Pensé que te lo diría antes de marcharse.

Resoplo y sacudo la cabeza.

—¿Por qué iba a decírmelo a mí?

—Porque te ama.

Eso me enfurece.

—Por favor, no hagas eso.

—Tu muerte no ha cambiado, cariño.

Abro la boca, pero quedo enmudecida ante el recordatorio de la muerte llena de amor que me mostró. Me froto la cara confusa.

—Sea quien sea, quien dices que va a amarme y a darme hijos, no es Evans —declaro. Le echo una mirada de soslayo para ver su reacción y saber si está de acuerdo con mi deducción y eso es porque todavía me importa. Así de patética soy.

—Intentemos comprenderlo juntos —sugiere y apresa mi mano entre las suyas—. ¿Qué te dijo antes de marcharse?

—Nada —suelto, con los ojos fuertemente cerrados. Al final, resulta que Electric Blue va a torturarme más que Cas.

—Debe tener algo que ver con Ozzy —deduce y los ojos le brillan al pronunciar el nombre de su amigo. Siento lástima por él. Debe ser terrible que encuentren huellas de tu mejor amigo

muerto y que nazca una ínfima esperanza en tu interior de que esté vivo para luego descubrir que de verdad ha sido despojado.

—¿Estás bien? —le pregunto, a pesar de que estamos en plena investigación. Electric Blue baja la cabeza. Observa nuestras manos unidas.

—Todo el mundo me da el pésame por mi padre, ¿sabes? —comienza en tono nostálgico—. Pero yo apenas conocía a Víctor Dobrev. Es mi amigo el que me está partiendo el corazón. Él era mi familia.

Asiento, intentando reconfortarle. Noto humedad en mis ojos, pues sé bien lo que es querer a alguien con quien has crecido. Sé bien lo que siente al perderlo, aunque sea de distinta forma.

—Tori... ¿cómo llegaron las huellas de su cuerpo vivo a tu cuarto? —Indaga y, por primera vez, no me oculta como de afectado está.

—No lo sé, es una locura.

—¿Cómo le llevaron hasta allí? ¿Cómo lo sacaron después? ¿Cómo controlas a un despojado de esa forma?

Me trago mi teoría. Estoy segura de que Parker utiliza al hombre de la caja para mover despojados, pero no puedo comentarlo si no estamos a solas. Nos apunta una cámara. Electric Blue tiene razón en que este es el lugar más seguro del mundo. No solo la celda en sí y los guardias. Todo lo que ocurre en el interior de cada celda se retransmite en una cadena de televisión las veinticuatro horas. Siempre hay alguien mirando desde su casa.

—De todas formas, hasta que descubramos que está ocurriendo, estás a salvo aquí —dice para animarme.

—¿Estás insinuando que Ev... —Me da un beso en la boca que me enmudece. Después me abraza y sisea en mi oído para que guarde silencio.

—Nunca sabes quién está mirando —susurra después.

Entiendo que no quiere que diga nada más al respecto, pero yo necesito seguir ese hilo de pensamiento. Necesito saber si lo que está insinuando es que Evans me ha metido allí para mantenerme a salvo.

—No he visto su muerte, ¿sabes? —continúa, hablando en tono bajo. Sus manos ahora me sostienen por los hombros—. La gente se muestra a mí o no de forma inconsciente, pero de él siempre me llega lo que tú le haces sentir. Lo lleva a flor de piel.

Después de soltar esa bomba, se inclina sobre mí para susurrarme al oído.

—Lo he presenciado tantas veces que es como si yo mismo te amara.

Se aparta y lo miro boquiabierto, pero su expresión me silencia. Quizá eso explica por qué Electric Blue fue tan cariñoso conmigo desde el principio.

—Ahora que te conozco en persona, tengo mis propias razones para quererte, gay maker. —Me toma la mano y me besa el dorso—. Tu piel me ha dado el regalo más grande de toda mi vida.

—Te refieres a Drake —deduzco. Electric Blue sonrío misterioso—. No creo que él lo vea de ese modo —replico alicaída.

—Dime una cosa, ¿has visto odio o rencor en sus ojos cuando te ha mirado?

Medito un instante sus palabras y recuerdo la forma en la que Drake me ha mirado todo este tiempo. Tiene razón. No hay odio, ni rencor.

—Nuestras vidas no hubieran sido lo mismo sin habernos encontrado el uno al otro, Tori —declara agradecido—. La vida no merece la pena sin ese gran amor que lo sacude todo a tu alrededor.

12 SORPRESAS

Dicen que hacen falta veintiún días para crear un hábito nuevo, pero después de pasar treinta y cuatro en mi celda no siento ni un ápice de familiaridad por este lugar. Ni he logrado caer en una rutina que me nuble la mente lo suficiente como para no rechazar mi situación a cada segundo.

El juicio es en tres días y, según mi abogado, tengo las de perder. Si Evans Armstrong o algunos de los violadores que transformé antes de intentarlo con Tim Lewis testifican en mi contra, voy a pasarme el resto de mi vida entre esas cuatro paredes de cristal, mientras algún salido con insomnio se pajea, mirándome desde el televisor de su casa.

Siempre supe que no tendría una vida adulta tradicionalmente feliz, con pareja, niños y un perrito, pero jamás creí que me pudriría en la cárcel. Con todo el mal que otros dámaros como Daniel Brown o Lara Sorensen provocan con sus poderes y salen de rositas, mientras que yo solo quería hacer del mundo un lugar mejor. No he tocado a ninguno de esos hombres, simplemente he sido una chica en una posición de desventaja que ha pedido ser respetada y ellos han decidido que no tengo derecho a eso. Todos ellos me tocaron en contra de mi voluntad, después de rogarles y advertirles que no lo hicieran, y han salido escarmentados. Ellos se merecen estar en la cárcel, no yo.

Pero mi vida nunca ha sido justa. O al menos eso estoy pensando cuando Harvey abre mi puerta y me sorprende. No es la hora de salir al patio.

Mi carcelero favorito me tira una mochila de animal print que creía que estaba en casa de mi madre. Está tan llena que la cremallera no ha cerrado del todo y queda tirante.

—Vístete Baker.

—¿Cómo dices? —Con la mochila entre mis manos y a medio levantar de la cama, parpadeo con confusión. Harvey se cruza de brazos y me contempla sonriente.

—Te vas a casa, gay maker —anuncia. Abro la boca demasiado petrificada como para moverme y Harvey se ríe—. Pensé que saldrías corriendo.

—Pero... ¿qué quieres decir con que me voy a casa?

—Significa que el mundo no es tan injusto como parecía y que toda esta pesadilla ha acabado —me interrumpe, sonriente—. Esa rata de Lewis ha retirado los cargos contra ti.

El restaurante al que me han traído está abarrotado de comensales que charlan animadamente. Me dejo envolver por la decoración acogedora, el maravilloso aroma a queso feta, pan de pita y verduras horneadas que flota en el ambiente y la alegre música folclórica, y noto que me animo. La comida Bolidiana es mi favorita, así que es todo un detalle que hayan pensado en reservar una mesa y traerme hasta Bólid para, según Cas, celebrar que he salido de prisión. Mientras el camarero nos lleva hasta nuestra mesa, bromea sobre que esa última afirmación la hace sentir como uno de los personajes de Ocean's Eleven.

—Ellos son ladrones de guante blanco y yo una agresora que se quita el guante —considero. Nos reímos y me alegra que estemos bromeando de nuevo, porque ha estado de lo más callada durante el trayecto en el coche y me preocupaba que lo de Drake y mi secreto sobre cazar violadores hubiera hecho mella en nuestra amistad.

El camarero sienta primero a Drake y a Electric Blue, y después nos indica a Cas y a mí que tomemos los asientos frente a ellos. Debe creer que somos dos parejas en una cita doble.

No hay casi espacio entre las mesas por lo que tengo que retirar mi silla con cuidado para poder sentarme y, aun así, acabo golpeando a la chica de atrás con mi bolso.

El restaurante está poco iluminado con un árbol compuesto por luces led en un rincón y de tarritos de cristal de yogur con una vela dentro sobre las mesas. Las paredes tienen un hermoso mural con un paisaje de un mítico pueblo de Bólid, con fachadas blancas, ventanas, puertas y macetas de color azul cielo, en un acantilado rocoso a orillas del mar. Me gustaría perderme en ese lugar y olvidar que Dámara existe, que yo misma existo.

La carta de platos tiene nombres peculiares que no entiendo en absoluto, ya que son distintos del restaurante bolidiano de Dámara que suelo frecuentar. Probablemente este es más auténtico y fiel a su gastronomía.

—¿Qué es un spanakopita? —pregunto confusa.

Drake deja el menú sobre su plato y toma aire antes de responder:

—Kyle y yo estamos saliendo —suelta de carrerilla y nos quedamos todos callados durante unos instantes, en los que parpadeo sorprendida.

—Umm, pero... ¿lleva queso? —digo para romper el silencio. Cas estalla en carcajadas nerviosas y Drake nos observa con el ceño fruncido.

—No es una broma —espeto, molesto—. Estamos juntos, Cas. ¡JUNTOS!

Ella intenta ponerse seria, pero no puede dejar de reír.

—Lo siento, Drake, pero es que me hace gracia que lo confieses como si no lo supiéramos —se burla.

—No es una confesión, es... una declaración para que lo aceptes de una vez —continúa Drake, enfadado. Cas abre la boca y toda la diversión abandona sus facciones. Se inclina sobre la mesa hacia su hermano.

—¿Por quién me tomas, Drake? —protesta ofendida—. Eres mi hermano. No voy a juzgarte.

—Entonces... ¿por qué estás tan rara?

Nos sumimos en el silencio y Cas agacha la cabeza, demostrando que tiene algo que esconder. Cuando me echa una mirada de reojo, sé que es por mí por lo que ha estado extraña y no por ellos.

—¿Qué ocurre? —Se me congela la sangre.

El camarero decide aparecer junto a nuestra mesa en ese preciso instante.

—¿Están listos para pedir? —pregunta sonriente y ajeno a nuestro pequeño drama.

—¿Puedes traer un Saganaki, una ensalada bolidiana y empanadillas de halloumi como entrantes? —solicita Electric Blue, devolviéndole el menú—. Los demás van a necesitar diez minutos más.

Cuando el camarero se retira, Electric Blue se da cuenta de que estamos todos mirándole.

—¿Qué? —se sorprende. Si no es capaz de comprender que hay momentos dramáticos en los que nadie, aparte de él, piensa en comida, no tiene sentido explicárselo.

Me vuelvo hacia Cas con recelo.

—Es por mí, ¿verdad? Estás enfadada por todo lo que ha ocurrido.

—¿Qué? —se espanta— ¡No! Es por... —se detiene, como si las palabras pesaran demasiado como para dejarlas salir sin más. Aprieta los labios, mientras registra el peso de nuestra atención sobre ella.

—Suéltalo Cas —la insta Drake.

—¿Podemos cenar primero? —ruega—. Mirad, ya vienen nuestros entrantes —celebra

aliviada, al ver que el camarero se aproxima con dos platos enormes.

—Dirás mis entrantes —la corrige Electric Blue, ceñudo.

Drake aprovecha para pedirle al camarero que nos traiga más cosas. No entiendo ni una palabra de lo que lee del menú, pero estoy demasiado preocupada con lo que nos oculta Cas como para pensar en eso. Electric Blue ataca su comida como si llevara siglos sin probar bocado. Cuando, en realidad, se ha comido un bollo de chocolate al montarnos en el coche.

Ella nota mi mirada, pero se mantiene concienzudamente concentrada en la cestita de pan y picatostes que nos han traído.

—Pan de aceitunas —exclama pellizcando un trozo—. Qué interesante.

—Cas...

Cierra los ojos un segundo, antes de mirarme y confesar.

—Evans ha vuelto.

Debo reconocer que me encojo un poco al escuchar la noticia, como si me hubieran dado un pinchazo. No me esperaba eso. De hecho, tenía la esperanza de que desapareciera otro año más. Me quedo sin palabras y mi corazón se ha acelerado como loco con solo escucharlo. No puedo permitirme eso. Debo ser indiferente. De hecho, he decidido que no quiero ni odiarle.

—Ha vuelto el mismo día que sales de prisión, ¿no crees que es extraño? —Cas se extraña con mi repentino silencio.

No sé qué decir. De pronto tengo un nudo en la garganta y me cuesta respirar. Cojo mi copa de vino y me trago la mitad de su contenido, bajo la atenta mirada de mis amigos. ¿Podría el testimonio de Evans hacer que volvieran a meterme en la cárcel si la propia “víctima” se ha retractado? ¿Habrá vuelto para eso, para testificar en mi contra y que me devuelvan a dónde cree que pertenezco?

—No ha pasado por el apartamento —declara Electric Blue con la boca llena, dando a entender que no sabía de su regreso. Debe haber ido directo a casa de sus padres.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunta Drake a su hermana.

—Nos hemos encontrado esta mañana, cuando he acompañado a mamá a la consulta de la sanadora.

Esa declaración consigue que deje de fingir que me estoy comiendo la ensalada, cuando en realidad solo le estoy dando vueltas en el plato.

—¿Le ocurre algo? —La pregunta se me escapa entre los dientes.

Cas pestañea y mira para otro lado. Me está ocultando algo importante y mi ansiedad crece hasta desbordarse.

—¿Está enfermo? ¿Herido? Dímelo, Cas.

Resignada se saca el teléfono del bolsillo del abrigo.

—Quería esperar a después de la cena para no arruinarte el apetito, pero... —Coloca su mano en la parte de atrás del teléfono y cierra los ojos para concentrarse. La pantalla se enciende y aparece la imagen de la madre de Cas, despidiéndose de la sanadora. Madre e hija salen de la consulta a la sala de espera y es ahí donde se topan con Evans.

Se me encoge el corazón al verle, por un lado, porque a simple vista parece estar bien, y por otro, porque tengo una amalgama de emociones hacia él apretujadas en mi interior a mucha presión.

La mueca de Evans al ver a Cas es de horror. Pero le perdemos de vista cuando los ojos de ella se desvían a la persona que lo acompaña. Se trata de una joven a la que no había visto antes. Es bajita, con las mejillas chupadas hacia adentro y la piel cetrina, incluso más pálida que Electric Blue. Tiene el pelo negro y, a pesar de su aspecto enfermizo, es muy guapa.

—Ivah—exclama Electric Blue con el ceño fruncido.

—¿La conoces? —pregunta Cas.

—Ivah es mi vecina en Glinen—. Se le nota confuso. Un estado para nada habitual en él, que siempre parece saberlo todo antes de que ocurra—. No tengo ni idea de qué está haciendo en Dámara, es humana.

—Yo sí —murmura Cas en tono ominoso y rebobina el vídeo porque al parecer nos hemos perdido algo.

—¿Evans? —exclama Cas en la grabación—. ¿Has vuelto? ¿Qué estás haciendo aquí?

—Yo... —comienza él mortificado, pero no termina su frase porque en ese momento Ivah sonriente, se abre la chaqueta para mostrar una incipiente barriga.

—Estamos embarazados.

13 EL HOMBRE INVISIBLE

No paro de beber hasta que alcanzo ese dichoso estado en el que mi mente enciende el piloto automático y no profundiza en ningún pensamiento el tiempo suficiente como para que me afecte. Mi lengua parece acolchada, mis labios adormecidos y a penas soy consciente de la música que resuena en la oscura y abarrotada discoteca. Luces blancas parpadean, mientras que rayos de colores cruzan la pista de baile, sobre una marea de cuerpos danzantes.

—¿Estás bien? —me grita Cas en el oído.

—Ahora sí —aseguro sonriente, pero debo parecer menos *cool* de lo que pretendo porque ella me da un abrazo. ¿Por qué me consuela?

Ah, sí... Evans. Por un instante se me había olvidado.

Quizá sea hora de pedir otra copa, antes de que mis pensamientos se vuelvan más claros. Pero cuando doy dos pasos hacia la barra vuelvo a tener la extraña sensación de que alguien me observa. Miro a mí alrededor, después a la planta de arriba que asoma a la pista de baile, pero no veo ni un solo rostro familiar o sospechoso. Tampoco es que mi visión esté en plenas facultades.

—¿Qué ocurre? —Cas me toma del brazo antes de que pueda alejarme.

Llevo toda la noche con la paranoia de que alguien me vigila, quiero decir. Pero lo que suelto en realidad es:

—Alguien observa.

Cas se aparta y sé por su expresión que no me ha entendido. Me concentro en controlar el movimiento de mi boca en un nuevo intento de comunicación.

—¿Qué alguien me está vigilando —grito.

Mi amiga se pone seria y echa un vistazo a nuestro alrededor. Estamos rodeadas de parejas y tríos de bailarines que se menean al ritmo de la música y, algunos, al de sus lenguas y caricias.

—Ahora vengo. —Aprovecho su distracción para ir a la barra. Cuando regreso con media copa ya vaciada, Cas está discutiendo con Drake. Me pongo a su lado, dándole vueltas a mi bebida con la pajita.

Drake está engullendo una hamburguesa, que no tengo ni idea de dónde ha sacado. Impresionante, teniendo en cuenta que hemos cenado hace como mucho tres horas. Cas deja a medias, su siguiente reproche al ver que he regresado. Estoy pensando que debe haber invisibilizado a Electric Blue en un ardoroso intercambio de saliva y que por eso vuelve a tener apetito, pero este aparece a espaldas del muchacho rodeándole la cintura con los brazos mientras Drake mastica.

—Está aquí, ¿verdad? —Escucho que Cas le cuestiona a su hermano. No tengo ni idea sobre qué hablan, pero ella parece molesta.

Drake traga de golpe, se limpia la boca con una servilleta arrugada, que guardaba en la palma de su mano, y aparta la vista de su hermana. Cas mira a nuestro alrededor con los labios fruncidos. Parece estar buscando a alguien. Ha notado, al igual que yo, que nos observan, pero no puedo terminar ese pensamiento porque ella me toma de la mano.

—¿Cómo puedes ayudarle después de lo que ha hecho? —le recrimina a su hermano. Me hace daño en la mano de lo fuerte que aprieta—. Dile que no se acerque a ella.

Dicho eso, tira de mí hacia la salida del club. Ambos chicos nos siguen fuera, donde hay un grupo de cinco jóvenes fumando en la entrada y dos chicos besándose sobre el capó de nuestro coche. Bueno, el coche de Drake.

—Mierda —exclama Cas molesta consigo misma—. Me hago pipí, ahora vengo.

Regresa al interior del club y uno de los humanos aprovecha para ofrecirme su cigarro. Niego con la cabeza y me mareo al hacerlo.

—¿Tan pronto te vas? —me pregunta antes de darle otra calada.

—¿Eres gay? —suelto de la nada. Estamos en una discoteca de ambiente, así que la mayoría de los humanos ahí lo son. El chico se ríe, dándose cuenta de que llevo unas copas de más.

—No, estoy aquí con unos amigos que sí lo son, pero yo soy hetero —detalla de buena gana.

—Te gusto —razono en alto. Vuelve a reírse.

—¿Quieres que te traiga una botella de agua? —propone solícito. Es un buen chico. No como esa basura de Tim Lewis.

—Ojalá pudiera.

—¿Ojalá pudieras beber agua? —ríe, entre extrañado y divertido.

Asiento, pensando que explicarle a qué me refiero es demasiado complicado.

—Vale, tienes novio —deduce de mi silencio y niego con la cabeza—. Eres lesbiana —prueba entonces.

—Hoy no.

Alza una ceja y da un paso hacia mí.

—Entonces... ¿por qué no puedes aceptar mi botella de agua? —Esboza una sonrisa tímida.

Abro la boca sin saber bien qué voy a responderle, pero antes de que pueda decir nada, su gorra cae hacia atrás. Simplemente, sale volando arrancada de su cabeza. Él frunce el ceño y gira en un círculo, pero no hay nada en su proximidad. Entonces, me mira desconfiado, registrando mis guantes. Sin añadir nada más, se retira y cuando regresa junto con sus amigos, solo entiendo la palabra dámaros de todo lo que dice. Un instante después han desaparecido al interior del club.

No es nada extraño que algunos humanos nos teman. Solo los más osados se atreven a mezclarse con nosotros.

¿Qué despojados le ha ocurrido a su gorra?

Me distraigo con la voz de Drake a mi espalda. Me doy la vuelta y veo que Electric Blue y él están muy cerca. El rubio tiene la camisa de Drake agarrada en su puño y el moreno la mano en

su nuca. Sus frentes están muy juntas y hay una sonrisa enamorada en los grandes labios de Drake.

—Para... no puedo besarte —le advierte—. O vas a volverte invisible.

Electric Blue alza su mano a la mejilla del joven.

—Si ese es el precio, me parece un regalo. —Se inclina más para besarlo, pero Drake pone una mano en su pecho, mientras ríe.

—El mundo merece verte.

Son tan adorables y están tan felices, que me enfurecen.

—Oh, parad, me dais asco —les grito, gruñona.

La pareja de chicos que estaban besándose sobre el capó, se indigna con mi declaración.

—Oh, no, no lo digo por eso. Me parece bien que sean dos hombres y se quieran... pero no quiero presenciarlo.

Uno de los chicos me mira boquiabierto y el otro le coge del brazo para llevárselo a otra parte. Probablemente, lejos de lo que han interpretado como comentarios homófobos.

—No me refería a eso, tampoco. Es que odio el amor en general —grito.

—Estás borracha, cariño. —Electric Blue se ríe de mí. Le enseño mi dedo de en medio con aspavientos exagerados que lo hacen reír aún más. En ese momento, ni siquiera recuerdo porque estaba triste antes y no me paro a pensar en ello.

—¿De qué os reís? —pregunta Cas al regresar del servicio.

—Recuérdame que no puedo volver a este club —me burlo de mí misma y entro en el coche de Drake. Electric Blue me hace cosquillas en el asiento de atrás y me da un ataque de risa tan fuerte que me duele la tripa. Cuando al fin logro parar, me empiezo a sentir mareada y mi estómago no parece conforme con la cantidad de alcohol que he ingerido.

—¿Aún nos está siguiendo? —oigo que Cas le pregunta a su hermano, que mira por la luna trasera y niega con la cabeza.

—¿Quién nos está siguiendo? —Pregunto, empezando a pensar que es posible que vomite.

—Nadie, cariño —me miente Electric Blue con una sonrisa. Me alisa el pelo para quitarme los mechones que han caído en mi cara.

—Te quiero, Electric —declaro en un arranque y le abrazo.

—Yo también te quiero, cariño.

—Os quiero a los tres —grito más alto, levantando mis brazos. No me hacen mucho caso, los muy antipáticos.

Me quedo medio dormida y cuando detienen el coche frente a la casa de mi madre, me siento incapaz de moverme. Me duele el estómago, pero si me levanto voy a devolver. Electric Blue y Drake me sacan del coche de alguna forma y me guían hasta la puerta de casa.

—¿Es peligroso el hombre que nos sigue? —le susurro a Electric Blue mientras me ayuda a subir por las escaleras.

—Solo para él mismo, cariño —responde, divertido.

No soy muy consciente de cuando desaparecen de mi habitación, pero un rato después, me despierto y tengo que correr al baño donde no me queda otra que echar lo que queda en mi estómago.

Después de lavarme la cara y beber del mismo grifo del baño, regreso a mi cuarto, pero antes de tumbarme en la cama, escucho que algo golpea mi ventana. Me acerco, la abro y me asomo fuera. No hay nadie en el tejado, ni en el jardín. Llueve a cántaros y el aire es frío, así que cierro la ventana y regreso al calor de mi cama con la cabeza dando vueltas.

Escucho un estornudo por fuera de mi ventana, pero me da pereza abrir los ojos siquiera. Un instante después estoy profundamente dormida.

14 LA CHICA DE AL LADO

Una vez leí que la resaca no es más que una deshidratación masiva. Tu cerebro se encoge, por la pérdida de líquido, y al hacerse más pequeño choca con las paredes del cráneo, provocando el famoso dolor de cabeza. Pues bien, cuando me levanto de la cama debo de tener el cerebro del tamaño de media nuez, porque parece un diminuto coche de choques dentro de mi gigantesco cráneo.

Hay varias cosas que necesito con urgencia: una ducha, lavarme los dientes para quitarme ese repugnante sabor de la boca y toda el agua que cabe en la piscina de los Armstrong. Hago una mueca mientras bajo las escaleras de mi casa y esta vez es por acordarme de cierta familia en lugar de por mi malestar. Tengo que borrarlos de mi mente para siempre, pero primero necesito agua para que mi nuez vuelva a tener el tamaño de los sesos de una mujer adulta.

Estoy llenando mi segundo vaso de agua mientras me arrepiento por haber bajado descalza. El suelo está helado, y la planta baja también. Mis madres no están en casa y no nos podemos permitir usar la calefacción a la ligera.

—Tienes mal aspecto.

Doy un grito. Se me cae el vaso sobre la encimera y acaba estrellándose en el suelo y haciéndose añicos. No sé cómo procesar todos estos hechos a la vez: hay una extraña en mi salón y estoy descalza, junto a un vaso roto. Lo que me impide moverme con la velocidad que requiere el primer hecho. Me retuerzo como puedo y miro a la joven que me ha hablado.

—Ivah —lo digo más para mí misma que a modo de saludo, pero ella lo entiende de otra forma. La he reconocido del video de Cas y por la barriga de embarazada.

—Sabes quién soy —nota en tono plano. Su acento glinean es tan bonito como el de Electric Blue.

Parpadeo y miro mis pies.

—Espera, no te muevas —sugiere, entonces. Se aproxima a donde estoy en la cocina y se acucilla para recoger los trozos más grandes de cristal.

—Ten cuidado con no tocar mis pies —le advierto, aunque una retorcida parte de mí cree que

homosexualizar a la novia de Evans sería la venganza perfecta.

En lugar de apartarse o asustarse, Ivah se ríe y me pregunta donde tengo la escoba y el recogedor. Es surrealista ver a la chica de Evans barrer a mí alrededor mientras no me muevo.

—¿Alguna vez has escuchado esa antigua superstición que dice que si te barren los pies jamás te casaras? —comenta mientras pasa el cepillo cerca de los míos. No sé si es una retorcida amenaza, si me está echando algo en cara o si simplemente ha recordado esa leyenda y la está compartiendo.

—Mi abuela solía decirlo —respondo, decantándome por la tercera opción. No pienso ser la típica mujer que odia a la otra cuando la única culpa es del hombre—. Pero en mi caso, no hace falta que me barran los pies. Ya nací con esa predicción.

Ivah alza la vista hacia mí, para echarme una mirada curiosa.

—¿Evans no te ha explicado mi poder? —Me cuesta pronunciar su nombre y más delante de ella.

—Sí —se limita a admitir.

—Bueno, me imagino que lo habrá llamado maldición —me río sin humor.

Ivah sonríe y me indica con la mano que ya puedo moverme.

—¿Tú lo llamas maldición? —quiere saber, a continuación. Su rostro tiene algo infantil e inocente, y a la vez sus ojos parecen ser los de una superviviente que ha pasado por muchas cosas.

—¿No lo llamarías tu maldición?

—Depende de para quién —comienza y apoya los antebrazos en la barra de la cocina—. Para Ellie, tu poder es una bendición, ¿no crees? Si no, no tendría el amor de tu madre. También lo es para mí.

Tardo un segundo, en entender lo que me está diciendo. Es un poco triste pensar que sólo puedes tener a un hombre porque otra mujer tiene una condición que les impide estar juntos, pero si a Ivah le vale, no soy quién para criticarlo. Sobre todo, cuando no puedo evitar notar su barriga que está incluso más grande que en el video de Cas.

No me molesto en preguntarle cómo conoce a Ellie. Ha debido ser ella quien le ha abierto la puerta antes de que yo despertara.

—¿No se te ocurre nadie más para quién tu poder haya resultado una bendición? —vuelve a la carga con genuina curiosidad.

Pienso en Electric Blue y lo prendado que está de Drake.

—Ah, así que hay más gente —deduce ella—. ¿Reconoces entonces que nada es blanco o negro y que, incluso tu poder, trae cosas buenas a este mundo?

Suspiro, incapaz de saber cómo interpretar o manejar a esta muchacha. Me tiene completamente confusa.

—¿Por qué estás aquí, Ivah?

—Soy tu niñera, mientras Evans se da una ducha y come algo. Ya sabes cuánto come... todos esos poderes a la vez —se estremece.

Parpadeo, incrédula. Evans ha enviado a su novia humana a vigilarme. Una desconocida que cree que ser la gay maker no es tan malo, pero la idea de ser el copycat y acumular poderes le da escalofríos. Sin duda, esta chica ha crecido lejos de Dámara.

—¿Es que cree que voy a salir esta mañana a cazar violadores? —Pregunto, remontándome al hilo de la conversación. Ivah abre mucho los ojos.

—¿Es qué haces eso? —Parece anonadada y vuelva a sorprenderme con su actitud.

—Lo he hecho algunas veces —reconozco con un tono más tranquilo.

—Guau, Tori. Eso es alucinante —celebra y hasta parece admirada—. Tenemos que cuidarnos las unas a las otras.

—Gracias, esa era la reacción que me hubiera gustado suscitar en los demás —digo sin saber muy bien qué está pasando aquí, ni qué clase de relación estamos estableciendo—. Si no es para evitar que salga a cazar violadores... ¿para qué te ha pedido que me vigiles?

—Porque su padre te quiere muerta... pensaba que lo sabías.

Me quedo literalmente boquiabierta. Ivah tuerce la cabeza como si acabara de comprender algo.

—A veces, a Evans se le da un poco mal compartir información.

—Ni que lo digas —respondo seca, echándole un vistazo a su barriga. Debe estar de siete meses.

Ivah sigue mi mirada.

—Ah, ¿esto? —Exclama, acariciándose la panza—. Esto no te lo ha contado porque es nuevo. Pero lo estamos haciendo crecer aceleradamente con la ayuda de sanadores. Estoy en la semana treinta de gestación, pero solo hace quince días que me quedé embarazada. Daré a luz el mes que viene.

No sé qué decir. Esta mujer me deja sin palabras. Literalmente, sin palabras.

Ante mi silencio anonadado, Ivah mira el reloj de su muñeca.

—Tenemos que irnos ya, ¿por qué no te das una ducha?

De todas las cosas que puedo preguntarle, me decido por la más simple.

—¿Ir a donde?

—No has visto las noticias porque estabas durmiendo, pero Yadra ha convocado al Parlamento. Tenemos una hora para llegar —me explica—. ¿Te importa que me haga algo de comer mientras te preparas? Tengo un hambre voraz por culpa de esta niña.

Es una niña. Evans va a tener una niña con esta chica que ha entrado en mi casa sin que la invitara. Mi vida sigue su curso surrealista...

—Ivah, te agradezco que hayas venido hasta aquí, pero no necesito que me lleves a ninguna parte. Lo veré por televisión y puedes decirle a Evans que no necesito niñera. —Trato de que mi tono sea lo más imparcial posible. La chica no tiene la culpa de nada, al fin y al cabo, y ser amable con ella me hace sentir en paz y en control de mí misma, dentro de lo descontrolada que es mi vida.

Le señalo la puerta con una sonrisa cordial y la joven pone una mueca apurada ante la perspectiva de que la eche.

—Tori, lo siento, no puedo dejarte sola —ruega incómoda pero categórica—. Es por una cuestión de vida o muerte. Estás en peligro y Evans está liado con otra cuestión de vida o muerte, ahora mismo. Si no quieres que te dirija la palabra, me quedaré en una esquinita y no te molestaré. Pero no puedo perderte de vista.

Me desborda la situación. No puedo imaginarme a mí misma arrastrando a una chica embarazada y simpática a la fuerza fuera de mi casa, y ya que no parece querer marcharse por su propio pie, accedo a ir con ella al Parlamento para enfrentarme directamente a Evans, que es el verdadero culpable de todo.

—Come lo que quieras. Yo voy a ducharme. —Señalo la cocina y me dirijo a la planta de arriba.

—Claro, te espero —responde, contemplando el interior de mi nevera con interés.

Suspiro, admitiendo que, contra todo pronóstico, no odio a la nueva novia del chico que no para de romperme el corazón.

15 AMISTADES INSOSPECHADAS

A pesar de lo joven que parece, Ivah tiene un Audi A4 recién matriculado, aparcado frente a mi casa. Cuando la veo abrir el coche con un bip de su mando y rodearlo para sentarse al volante me quedo momentáneamente paralizada. Después, no me queda otra que apresurarme en sentarme en el asiento del copiloto. Me maravillo con los detalles del salpicadero y la elegancia del interior. Se nota que no es el modelo más bajo, sino el que venía con todos los extras del mercado.

—¿A qué te dedicas? —curioseó cuando ya circulamos por las calles de mi barrio porque parece muy joven. Ivah me lanza una rápida mirada de sorpresa, antes de regresar su atención a la pantalla del navegador insertada en su salpicadero.

—¿Evans no te ha hablado de mí en absoluto? —Se sorprende y eso me hace apretar los dientes. Se me ocurre, entonces, que su relación probablemente tenga más de un mes y que estuvieron juntos durante ese año que pasó fuera. Lo que me convierte a mí en la amante. La idea me revuelve el estómago y acaba por dejarme una sensación de culpa y repulsión hacia mí misma, pero me recuerdo que yo no sabía de su existencia.

“Tenemos que cuidarnos las unas a las otras”. ¿Debería contarle a Ivah lo que ha habido entre Evans y yo desde que volvió de Glinen? Abro la boca al recordar su frase, pero mis ojos descienden a su abultado vientre, que casi le llega al volante y decido tragarme la información junto con el sabor amargo en mi boca.

Ivah está diciendo algo sobre que Evans es un cabezota y que cree que debe llevar el peso del mundo sobre sus hombros.

—Así que conoces a Electric Blue también —cambio de tema al escuchar que lo ha mencionado de pasada—. ¿No es el ser más maravilloso del Universo?

—No —declara ella, arrugando la nariz—. El más molesto, quizá.

—¿No te cae bien? —me extraño.

—A ratos... —reconoce y nos reímos.

—A mí me parece la mejor persona que he conocido —declaro.

Ivah parpadea y por un momento sus ojos parecen adquirir una tristeza descorazonadora. Su tono baja antes de pronunciar sus siguientes palabras:

—Ozzy era la mejor persona que he conocido —declara. La observo, por un momento y los sentimientos que me parece deducir en su rostro me hacen sospechar que lo amaba como algo más que un amigo.

—Lo siento... siento que le perdieras.

Ella asiente y se moja los labios en un intento de contener las lágrimas.

—¿Por qué estás acelerando tu embarazo? —Decido apartar la conversación de Ozrrat Halil. El semáforo en el que nos hemos detenido cambia a verde y ella arranca su flamante coche, pendiente del tráfico y los transeúntes.

—Porque me estoy muriendo.

Un momento de silencio sigue a esa confesión, en el que, yo contemplo su perfil, preguntándome si he escuchado mal, mientras ella intercala su mirada entre la imagen del navegador que le indica cómo llegar al Parlamento y la calle. Cualquiera creería que ha comentado algo sobre el clima.

Cuando parece que no va a tener que desviarse durante un par de kilómetros, me echa un vistazo.

—Lo siento —se disculpa—. Tengo esa forma de soltar las cosas.

—No...yo, yo lo siento —tartamudeo. Para mi propia sorpresa, se me humedecen los ojos y dudo de si pedirle más detalles o aguardar en silencio.

—Tengo cáncer de páncreas —continúa, al fin, con voz suave—. Ya sabes, el que suele diagnosticarse demasiado tarde como para hacer nada. Hace un año que lo sé, por eso hablo de ello con esta frivolidad.

El cáncer de páncreas actúa rápido y si hace año y medio que lo sabe... La palidez de su bonito rostro y las ojeras cobran peso en sus facciones, ahora que lo sé.

—¿Los sanadores?

—Es tarde —me interrumpe. Para alguien que está hablando de su propia muerte, lo dice con un estoicismo admirable—. Lo están ralentizando todo lo posible.

Estoy tan chocada que me siento tensa en el asiento y no sé qué decir o hacia dónde mirar, hasta que una idea cruza por mi mente. Electric Blue ha sido su vecino desde pequeños.

—¿Electric Blue no predijo tu enfermedad cuando erais niños? —No puedo evitar indagar, aunque sepa que es inútil. La razón por la que el cáncer de páncreas es mortal, es por lo tarde que se diagnostica, pero de saberlo a tiempo, podrían haberlo parado.

Ivah sonríe sin apartar la vista de la carretera.

—Electric Blue es la mayor ironía de mi vida —dice al fin, como si ya hubiera pensado en eso millones de veces—. El chico que creció en la puerta de al lado podría haber salvado mi vida, si yo le hubiera dejado. Si yo lo hubiera sabido... supongo que soy una víctima más de nuestra estúpida sociedad y el ansia de poder de algunos.

No entiendo a qué se refiere, pero no puedo hacerle más preguntas porque hemos llegado al aparcamiento del Parlamento y hay tantos automóviles en fila para aparcar que nos piden que bajemos.

Un teletransportador hará que el coche de Ivah desaparezca de ahí y reaparezca en un descampado a las afueras de la ciudad, donde han habilitado un parking enorme.

El Parlamento dámara es como un teatro clásico a la intemperie. Tiene capacidad para albergar a veinte mil personas. Solía ser suficiente en la época en la que se construyó, hace unos

dos mil doscientos años, pero actualmente la población mundial ha crecido y los dámaros no somos una excepción. Por esa razón, hay decenas de cámaras grabando el interior para retransmitir lo que ocurre a los dámaros que no han acudido por lejanía, trabajo, salud o falta de plazas.

A pesar de lo milenario del edificio, ha sido reformado una treintena de veces y ahora mismo es de lo más moderno. Conserva la forma redonda y los centenares de arcos superpuestos, pero en lugar de piedra arenosa, están hechos de yeso blanco intercalado con cristaleras azuladas.

Me encanta acudir al Parlamento y no es porque tenga gustos extraños. Yadra se ha encargado de hacer de la política algo atractivo para todos. Es por eso que no me sorprende escuchar Desert Rose de Sting cuando cruzamos una de las entradas. Millares de dámaros ocupan ya el interior, repartidos en grupos de distintos tamaños, aunque aún falte una hora para el discurso. Camareros humanos se pasean con bandejas cargadas de copas, champán y cava, o con aperitivos.

—Siempre me he preguntado por qué no usan inválidos en lugar de contratar a humanos para cosas como estas —se queja Ivah, mientras nos abrimos paso por el perímetro, directas hacia el patio central. No entiendo por qué una humana de Glinen se preocupa por esas cosas.

—Si un inválido trabajara para ganarse el pan en lugar de tener que depender de la caridad de sus familiares, se acabaría el mundo —respondo y ella me mira confusa, quizá preguntándose si hablo en serio. Aún no está acostumbrada a mis ironías—. Lo digo de verdad, sería el apocalipsis. La madre naturaleza nos castigaría por tremenda ofensa. Los inválidos no tienen alma animal y por eso merecen morir de hambre y todas esas idioteces.

Ivah suelta un bufido y pone los ojos en blanco.

—Esa es la mayor idiotez de todas las idioteces que se creen los dámaros —declara, y me sorprende lo molesta que parece. Por un momento me planteo que sea una dámara inválida fingiendo ser humana, pero, por otro lado, ella ha crecido junto a Electric Blue y a Ozrrat Halil. Tal vez por eso, está tan comprometida con la problemática social de mi especie.

Hay un malabarista lanzando incontables bolas mientras escupe fuego por la boca, también él es humano.

—Yo soy prácticamente inválida —razono, mirándola de reojo. Pensé que la odiaría en cuanto abriera la boca, pero Ivah ha resultado ser alguien con quien comparto opiniones—. Por lo de tener un poder que nadie quiere contratar... así que valoro tu idea de dar trabajos humanos a los inválidos. Odio pensar que tendré que vivir siempre de mis padres, ser una carga eterna...

—Y cuando ellos mueran, ni siquiera sabes quién va a estar ahí para darte de comer —termina por mí en tono apasionado. Cuando un dámara muere, todas sus posesiones pasan automáticamente al estado, sin que sus familiares tengan derecho a una parte. Por lo tanto, un válido puede vivir sólo del patrimonio de un familiar vivo. Ivah odia esa noción incluso más que yo. Estoy segura de que no es humana como cree Electric Blue. Tiene que ser una inválida sin familia, tratando de hacerse pasar por humana para sobrevivir. Entiendo que lo haga. Cuando mis padres ya no estén, me quitarán la casa. Sin poder ofrecer mis servicios como dámara no tendré derecho a vivienda ni a paga. Dependo de que algún familiar lejano se apiade de mí o podría acabar en la calle y en albergues de beneficencia humanos como tantos inválidos sin conexiones.

—Estoy segura de que hay humanos que contratarían tus servicios —me corrige con una sonrisa juguetona. Ivah le pide a un camarero una botella de agua, mientras considero sus palabras.

—Sin tan solo no fuera ilegal transformar heterosexuales en homosexuales porque alguien de su mismo sexo se ha encaprichado de ellos —bromeo y nos reímos.

—Recibirías un montón de llamadas para tocar a Adam Levine —me asegura..

—Adam Levine, ¿eh? —considero. Es mucho más del estilo de Ozrrat Halil que de Evans, lo que corrobora mis sospechas sobre que Ivah estaba enamorada del vidente—. ¿Es ese tu famoso favorito?

—Sí, ¿quién es el tuyo? ¿Con qué famoso te casarías? —me pregunta, intentando abrir la botella de agua sin éxito. Se la quito de las manos, estas cosas son más fáciles con guantes.

—James McAvoy —respondo, devolviéndosela.

Ivah va a responder algo, pero en ese momento Cas grita mi nombre y me agarra del brazo, apareciendo de la nada.

—Tori. —Su sonrisa se disipa al reconocer a mi acompañante—. Hola, otra vez —saluda a Ivah con una cortesía forzada y después me dedica una mirada de horror furtiva, preguntándose qué hago con el enemigo.

—Ivah y yo estábamos escogiendo a los famosos con los que vamos a casarnos —informo y entrelazo mi brazo con el de chica para demostrarle a Cas que no es mi enemiga en absoluto.

—Ah...

—Cas se casaría con Chris Hemsworth —declaro en tono oficial.

—No —me interrumpe ella—. Me casaría con su hermano pequeño, Liam.

Suelto el brazo de Ivah, mostrándome ofendida.

—¿Desde cuándo? —Enarco una ceja indignada por su cambio de opinión, como si estuviéramos tratando asuntos de estado.

—Desde esa escena en The Dressmaker cuando se desnuda para que la protagonista le tome las medidas... —responde Cas y suspira.

Electric Blue y Drake aparecen a su espalda.

—Ivah —saluda el primero en tono animado. Alza una copa casi vacía a modo de saludo—. Ivahhh, Ivahhh y el bebé de Evans también ha venido —declara, apuntando al vientre de la joven.

—Dobrev estás borracho, que sorpresa —ironiza ella, pero le mira con afecto. Electric Blue le da un beso en la frente y pasa su brazo libre por encima de los hombros de la muchacha que, junto a él, parece aún más diminuta.

—Tú sí que sabes sorprender a un hombre, nunca sospeché que el enorme pene de Evans estuviera entrando en ningún tipo de contacto con tu pequeña vagina.

—Aún puedo sorprenderte más querido vecino... y ¿cómo sabes que es pequeña? —rebate ella, inocentemente. Se nota que está acostumbrada a él, pero yo no estoy acostumbrada a escuchar sobre el pene de Evans y la vagina de otra. Es como si me hubieran clavado un cuchillo en mitad del estómago.

—Fácil, chica pequeña vagina pequeña —declara, tocándole la punta de la nariz con el dedo de la mano que sujeta el vaso. Después señala la altura de su propio cuerpo—. Chico largo, pene...

—Kyle —lo regaña Drake, pero parece más divertido que molesto.

—Dobrev, voy a parir pronto, lo último en lo que quiero pensar es en lo pequeña que es mi vagina. —Le de un codazo amistoso a su vecino.

—¿De qué os reíais antes de que llegáramos? —curioseas Drake.

—Elegíamos con qué famoso nos casaríamos —explico, deseosa de cambiar de tema. Me duele tanto el pecho, que se me están humedeciendo los ojos.

—Keith Powers —anuncia Electric Blue, dándome un beso en la mejilla.

—No sé quién es —replico pensativa.

—Scarlet Johanson —suelta Drake, provocando que todos nos callemos y lo miremos.

Electric Blue se aparta de mí, da un par de pasos hasta colocarse frente a Drake con una sonrisa ladeada y una expresión en los ojos que hubiera derretido toda la Isla de Hielo.

—Mi amor, tienes que actualizar tus preferencias —le recuerda con suavidad, mientras Drake pestañea confuso—. Lo haremos juntos —le promete con tono sugerente y le da palmaditas en el pectoral.

En ese momento, me parece percibir que alguien me observa. Se trata de Karen Armstrong. Está sentada en la barandilla de la primera planta del teatro. La saludo con la mano, pero ella me aparta la mirada.

—Ahora vuelvo —informo a mis amigos y me dirijo a las escaleras más cercanas para llegar hasta allí.

Karen que me acerco, y mantiene esa expresión imperturbable que tiene la mayor parte del tiempo. Normalmente, prefiero la gente expresiva, pero la hermana de Evans es una excepción a esa regla. Siempre me ha gustado su rostro. Es un enigma imposible, una antítesis donde parece tener miedo del mundo y a la vez ser alguien a quien el mundo debe temer.

—Karen —la saludo con una sonrisa cariñosa. Al fin y al cabo, la conozco desde pequeña— ¿Por qué me observas?

—¿Cómo estás Tori? —Sus ojos azules pálidos, ligeramente separados y su rostro redondeado apenas han cambiado con los años, pero noto madurez y tristeza en su mirada.

—Ignorada —le recuerdo, señalando el lugar desde el que la he saludado sin que me respondiera—. Pensaba que tú eras la única Armstrong que no me odia. ¿Me he equivocado?

Si alguien puede entenderme mejor que nadie es una inválida, especialmente una inválida en una familia de élites. Me dedica una sonrisa que dulcifica su rostro.

“Mi poder es más como un bonito regalo”.

Me pregunto si descubrir que se ha equivocado es la razón de esa nueva tristeza que adivino en sus ojos, o quizá sea vergüenza.

—Tengo razones para creer que tú odias a los Armstrong aún más de lo que crees que te odiamos nosotros a ti —responde.

—A ti no, Karen —le aseguro, seria.

Su sonrisa se esfuma casi como si no hubiera existido.

—Pues quizá deberías.

—¿Qué?

En lugar de responderme, echa un vistazo por encima de mi hombro.

—Me alegra que estés bien, Tori —declara y se tira hacia atrás por la barandilla.

Me asomo boquiabierto y la veo caer en la piscina que hay justo debajo. Con ropa y todo.

—Un placer charlar contigo —murmuro para mí misma, anonadada con su escape.

—¿Qué te ha dicho? —La voz de Evans me llega por detrás. Mi corazón se dispara al reconocerla, pero respiro hondo antes de darme la vuelta.

—Evans Armstrong —saludo con un entusiasmo fingido, mientras cojo una copa de la bandeja de uno de los camareros que acaba de pasar por nosotros. La levanto a modo de brindis y doy un trago largo—. Creí que desaparecerías dos años esta vez.

Evans inhala profundamente, con la expresión de un perrito que han echado al patio un día de lluvia por mearse en la alfombra y aún no está seguro de haber sido perdonado.

—¿Qué te ha dicho Karen?

—Así que has sido tú quien la ha espantado —me doy cuenta, ondeando mi copa en el aire—. Me ha esclarecido que todos los Armstrong me odiáis por igual —le respondo con una sonrisa fría.

Evans parece alarmado y aliviado a partes iguales por mi respuesta.

—Tori, ¿Podemos hablar? —ruega. Está pálido y ojeroso.

—Me estoy dando cuenta de algo. —Le obsequio mi copa y me aupo en la barandilla—. Al parecer no todas las mujeres quieren tirarse a Evans Armstrong. Algunas, cuando te vemos llegar, solo queremos tirarnos.

Dicho eso, paso mis piernas por el otro lado y me lanzo a la piscina, al igual que ha hecho Karen.

Los dámaros que estaban disfrutando de un baño empiezan a asustarse al verme dentro del agua con ellos.

—Oh, vamos... no convierto por agua —protesto, después lo medito un poco—, o eso creo.

Me carcajeo cuando los veo salir espantados de la piscina. Evans me observa desde el primer piso y aprovecho para hacer una reverencia como si acabara de terminar un espectáculo y él fuera mi público.

16 DIGNIDAD, ANTE TODO

Mis amigos, que siguen en el mismo lugar, sonríen al verme llegar empapada.

—¿Este comportamiento es común? —le pregunta Ivah a Cas, echándome una mirada de arriba abajo. Cas se encoge de un hombro, dudando de la respuesta.

—No hay un patrón con Tori, puede hacer cualquier cosa, incluso algunas que nadie imagina.

—Como salir a cazar violadores —razona Ivah, moviendo la cabeza de forma apreciativa.

—Por ejemplo...

Voy a responderles que simplemente tenía calor, pero Evans aparece y me quedo muda. Se acerca a Ivah y la observa con preocupación.

—¿Cómo te encuentras?

No debería sentir envidia de una chica moribunda, pero no hay otro nombre para el punzante amargor en mi boca. Me preparo para el beso de saludo entre ellos, pero no llega. Al menos tienen algo de respeto por mis sentimientos. En lugar de eso, Evans se vuelve hacia mí y me concentro el desterrar el dolor y los celos de mi rostro. Se coloca a mi lado, y cuando le echo una mirada de reojo aprovecha para iniciar una conversación.

—Sé que me odias ahora mismo, pero no puedo alejarme de ti, estás en peligro —susurra con discreción.

—No necesito niñero y menos que me persigas a todas partes —replico, paseando mi mirada por el público. El resto de los Armstrong deben estar por alguna parte—. Pero si te empeñas en que no esté sola, prefiero la compañía de tu chica.

—No es mi chica, Tori—alega, frotándose un ojo ¿Cómo se atreve a mostrarse hastiado conmigo? —¿Podemos hablarlo tranquilamente?

—Nah, no me apetece escucharte. —Uso un tono suave e indiferente.

—Tori, solo te pido que me concedas un momento para explicar...—le interrumpe un ataque de tos que no parece ser fingido. Le echo un vistazo de reojo, tratando de ocultar mi preocupación por su estado de salud.

—Alguien se pasó la noche a la intemperie y bajo la lluvia —declara Ivah, poniendo los ojos

en blanco—. Podrías haber ido a un sanador esta mañana.

—No he tenido tiempo —replica Evans. Gotas de sudor le perlan la frente y tiene la nariz y los pómulos sonrojados.

Ivah debe notar mi confusión porque me confiesa que Evans montó guardia en mi ventana durante toda la noche. Me deja atónita. Recuerdo la sensación de ser observada en el club, la gorra voladora del chico que me ofreció la botella de agua, la conversación que tuvo Cas con su hermano sobre alguien invisible que nos seguía, el ruido y el estornudo tras el cristal de mi ventana.

Era Evans. Montando guardia.

—No lo entiendo —siseo, molesta, confusa y con el corazón agitado—. Puede que Parker me quisiera muerta cuando creía que había algo entre nosotros, pero después de que declararas contra mí como testigo de Tim Lewis y de que hayas aparecido con una chica embarazada, debe haber captado el mensaje alto y claro de que no hay nada entre nosotros. ¿No crees?

Evans palidece aún más al escuchar mis palabras. Tengo la sensación de que va a desmayarse y le brillan los ojos como si tuviera fiebre.

—¿Cómo sabes... —comienza. Se mueve inquieto sobre sus pies y se frota la cara— ¿Cómo sabes que testifiqué contra ti?

—Te vi con mis propios ojos. Tu padre se encargó de que no me lo perdiera —le informo y esa revelación parece derrotarle.

—Joder, Tori... debes odiarme —se lamenta, cerrando los ojos. Se frota la frente sudorosa y me pregunto si está fingiendo estar enfermo para darme pena. No voy a permitir que funcione.

Ivah suelta una risotada, pero antes de que llegue a indignarme me doy cuenta de que se está riendo de él, no de mí.

—Qué desastre, Evans —declara la chica con la mueca de alguien que presencia algo doloroso que no le afecta directamente. Después se aleja de nosotros hacia Electric Blue. Una vez nos hemos quedado relativamente solos, Evans me contempla con cautela y traga saliva, indeciso. Después de un momento de titubear parece decidirse por algo.

—De acuerdo. Lo primero que necesito que entiendas es que sigues en peligro. Así que, por favor, no te apartes de mí o de Ivah. Es cierto que logré que mi padre me creyera indiferente después de declarar como testigo de Tim Lewis, pero ahora que le he obligado a retirar los cargos, es muy probable que Parker haya comprendido que se la jugué y vuelva a su plan inicial de hacerte desaparecer del mapa.

Resoplo y me cruzo de brazos. No puedo creer que la única puta ventaja de la traición de Evans, que era librarme del ojo de Sauron, se haya evaporado.

—¿Obligaste a Lewis a retirar los cargos? —me escucho decir, a pesar de que mi mente está inundada de preguntas y sentimientos contradictorios.

—Claro, ese era el plan desde el principio —replica él—. Necesitaba mantenerte a salvo de mi padre mientras yo...

No termina su frase porque le suena el teléfono. Cuando se lo saca del bolsillo y mira la pantalla su expresión se endurece.

—Tengo que encargarme de algo importante ahora, Tori —se disculpa agobiado—. Por favor, quédate junto a Ivah.

Le observo alejarse y hablar con alguien mientras medito sobre lo que acaba de decir. Electric Blue tenía razón. Evans me metió en la cárcel para mantenerme a salvo, pero eso no quita que lo hiciera para marcharse de Dámara y acostarse con otra.

—¿Y bien? —Ivah regresa al ver que me he quedado sola—. ¿Lo habéis hablado?

No estoy segura de a qué parte se refiere. Supongo que a la de Parker y a la de cárcel, porque dudo que sepa que hubo algo romántico entre Evans y yo durante su estancia en Dámara.

—Sí —respondo entonces.

La chica asiente y me da un apretón en el brazo.

—Me imagino lo que habrás pasado. Dámara es un infierno con Parker Armstrong en el papel de Satán.

Asiento, demasiado avergonzada como para reír. Su simpatía me hace sentir culpable por lo mío con Evans, a pesar de que yo no sabía de su existencia.

—Necesito preguntarle algo a Electric Blue —declaro como excusa para alejarme de ella hasta que logre reponerme y ordenar mis pensamientos.

Esquivo a Cas para plantarme frente a Electric Blue, que parece estar dándole la noche al pobre Drake.

—Cariño... —lo llamo, usando su apelativo favorito para mí, pero con un tono muy distinto. Electric Blue no parece intuir mi mal humor. Me abraza y me planta un beso en la mejilla.

—Siempre deberías ir mojada —me susurra al oído—. Pareces una Diosa.

Trato de no dejarme seducir por sus halagos y aferrarme a mi mal humor.

—Kyle Dobrev —enuncio solemne, apartándolo de mí.

—Debo estar en problemas —pone morritos al decirlo.

Con los brazos en jarras, lo fulmino con la mirada, intentando obviar el hecho de que está ebrio y de que no sé si mañana recordará algo de lo que voy a decirle.

—¿Cómo puede ser que no supieras que había algo entre Evans y Ivah? —le recrimino en voz baja—. Siempre lo sabes todo. Sabes con quién se acuesta gente con la que nos cruzamos por la calle.

—Ninguno de los dos me mostró nada —replica él, indiferente a mi congoja—. De Evans solo recibo su super polvo contigo y de Ivah... lo cierto es que nunca he visto nada de Ivah.

Su declaración me recuerda que, antes en el coche, la chica se lamentaba de que Electric Blue podría haberle salvado la vida de haber predicho su muerte a tiempo.

—Predecías su super polvo conmigo... —le corrijo—. En pasado.

—Pero sí que vas a acostarte con él, cariño. Continúo recibiendo la misma previsión —protesta él, enarcando una ceja. ¿Previsión? Ni que mi futuro sentimental fuera el pronóstico del tiempo. Probabilidad de lluvias con un noventa por ciento de humedad.

Alzo mis manos al aire, indignada. No sé muy bien si con él o con el universo en general.

—No, no puede ser —espeto categórica y sacudiendo la cabeza en negación. Me cruzo de brazos para acentuar la severidad de mis palabras—. Ya puedes cambiarlo.

Electric Blue pone los ojos en blanco y le echa un vistazo a su novio.

—Eres como Drake, piensas que es cosa mía con quien se acuesta la gente, pero ese no es mi poder.

—Tiene que ser cosa tuya, porque yo ni loca... —me interrumpe apretando mis mofletes con una mano hasta que pongo boca de pez.

—Cariño, no estás siendo realista —refuta sin soltar mi rostro. Percibo el olor a alcohol de su aliento—. Mírate—me baja la barbilla, para después subirla y girarla hacia Evans, que ha vuelto de su misteriosa llamada—. Mírale. Aunque a veces nos moleste, Evans es el codycat y probablemente el único hetero que algún día puede llegar a tocarte sin dejar de serlo. Además, casualmente te ama y tú le amas de vuelta. Es el destino.

Se me ocurre algo entonces.

—No le habrás dicho que la previsión sobre nosotros no ha cambiado, ¿verdad?

No me responde, pero su expresión es suficiente para que sepa la respuesta. Evans y él han debido hablar sobre que nuestra noche de sexo pasional aún va a ocurrir a pesar de todo lo que me ha hecho. Me cabreo muchísimo.

—¿Puedes hacerme un favor? ¿Puedes dejar de decirle al idiota con el que compartes piso que voy a acostarme con él? —Me es complicado mostrarme enfadada mientras mantengo el tono bajo, pero lo logro siseando entre dientes—. No ayuda a mi causa...

—¿Qué causa?

—A mi causa de no parecer patética y desesperada.

Electric Blue pestañea confuso y Drake trata de ocultar una sonrisa.

—Es una buena causa —dice el moreno y le dedico una mirada que le quita las ganas de bromear.

—Cariño —comienza Electric Blue, pacientemente—. Es evidente que Evans no está enamorado de Ivah, es evidente que sí que está enamorado de ti y es evidente que va a encontrar la forma de que podáis tocaros. De ahí mi visión.

Entorno los ojos, en lo que debe ser una extraña combinación con mis morros de pez.

—¿Estás diciendo qué debería acostarme con Evans a pesar de todo lo que ha hecho solo porque es el único hombre con el que puedo hacerlo? —pregunto indignada, mi voz sale graciosamente deformada por la presión de sus dedos en mis mejillas, restándole seriedad a mi drama.

Electric Blue alza las cejas como si la respuesta le pareciera obvia.

—Daaaa, por eso y porque... —vuelve a girar mi rostro hacia Evans—, mírale.

Pongo los ojos en blanco. Que Evans esté bueno no quiere decir que deba dejar que pisotee mi dignidad y mis sentimientos.

—Pero le odio —protesto.

—Pero no te odias a ti misma, ¿verdad? —rebate él—. Cariño, lo he visto varias veces y, aunque era desde la perspectiva de Evans, tú no tenías pinta de estar sufriendo precisamente. ¿Qué vas a hacer si no? ¿Morir virgen?

Me enfurece lo que dice, porque me pone en un callejón sin salida. Mi estúpida vida es tan ridícula que ni siquiera puedo mandar a la mierda al idiota que no para de pisotear mi corazón. Pues bien, mi dignidad no me lo permite. Agarro su muñeca para apartarle la mano de mi cara.

—Moriré virgen si es necesario —sentencio decidida y él esboza media sonrisa.

—Eso dices ahora.

17 INTRIGAS Y TRAICIONES

Una ronda de aplausos irrumpe en el teatro dando por zanjada nuestra conversación. Yadra camina entre los asistentes, que se van apartando para abrirle paso y permitir que llegue al escenario erigido en el centro del atrio. Su *look* es de lo más dramático, con pantalones de cuero gris, una falda de tul corta y un chaleco también de piel. Sus brazos están adornados por cadenas de oro que caen desde el hombro hasta los codos. Lleva una especie de corona en la parte frontal de su cabeza, con pequeños cuernos que van en todas las direcciones. Un claro tributo al ciervo, símbolo de gentileza y feminidad.

Por la entrada opuesta, están llegando los miembros del parlamento vestidos con el tradicional traje pardo de cuadros que es la etiqueta de estos eventos. Parker Armstrong lleva una bufanda marrón peluda, anudada en el cuello, evocando el pelaje del oso. Es curioso que haya elegido honrar a este animal, que es símbolo de fuerza e independencia, cuando es un miembro del Parlamento, que respalda el poder compartido.

Cecily Armstrong, la madre de Evans, lleva el pelo impolutamente planchado en una coleta alta, dejando a la vista pendientes y un collar de herradura. Le rinde tributo al caballo, como símbolo de libertad, y me pregunto si elegir ese animal en concreto es su idea de rebelarse.

Bernadette Armstrong, la abuela de Evans, lleva maquillaje negro difuminado alrededor de los ojos, como si se hubiera ido a dormir sin desmaquillarse. Lleva un jersey de pelo blanco con las mangas negras. El panda se considera el restaurador del equilibrio y la paz... una farsa, sin duda, pero una elección bastante más diplomática que la de su yerno.

Los miembros del parlamento van acompañados de sus dámaros de confianza. Junto a Parker, reconozco al hombre calvo que me encerró en una caja el día de la paliza. Le pregunto a Drake y me dice que su nombre es Timothy Fox, aunque yo le apodo terrorista para mis adentros.

En contraposición, Yadra se mantiene fiel a su costumbre de ir sin escolta, demostrando que es la élite por excelencia. Me es extraño no verla acompañada por Víctor Dobrev, como en cada una de sus apariciones públicas de la última década. Es como un gran vacío a su lado y si lo noto

yo... me pregunto cómo debe ser para ella.

Los cinco miembros vivos del Parlamento se reúnen en el escenario, dejando a sus escoltas a nuestro nivel. Intercambian el saludo oficial de los dármaros, palma de la mano abierta y alzada junto a la frente del otro.

Cecily Armstrong inicia la sesión con las investigaciones de la masacre de Bólid y como están trabajando en encontrar al culpable. Centra el éxito de su trabajo en el hallazgo del almacén con los despojados que atacaron Bólid. Una victoria que nos pertenece a nosotros, pero es común en la política adjudicarse los méritos de otros.

Yadra espera pacientemente a qué termine sus explicaciones sin interrumpir ni una sola vez. Siempre me ha gustado eso de ella. Como mujer y dámara, nacida hace siglos, sabe la importancia de que todas las voces puedan ser escuchadas, incluso si no concuerda con sus argumentos. Aun cuando planea destruirla con su respuesta.

—Es una pena que no estéis usando el mismo ímpetu en la investigación del asesinato de Víctor Dobrev —comenta, cuando la madre de Evans hace una pausa. Mientras escucho el murmullo que recorre a los asistentes, me doy cuenta de que nadie esperaba que Yadra fuera a sacar eso a relucir en plena sesión pública. Menos aún, que lo llamara asesinato cuando han cerrado el caso como un simple homicidio accidental en un robo.

La consecuencia es que Yadra ha perdido el voto de Víctor Dobrev y aunque todo el mundo sabe que Reese Todersen la favorece, sigue estando en desventaja ante los tres Armstrong. Lo que, según la reina, los convierte a ellos en los principales sospechosos.

Cecily parece haber olvidado sus siguientes palabras y Parker contempla a la Reina con un brillo triunfal en los ojos, corroborando mis sospechas sobre que él también está detrás del asesinato del padre de Electric Blue.

—¿Está segura de que quiere escarbar ahí, majestad? —suelta Parker, provocando un vocerío casi ensordecedor. Miro a Electric Blue de soslayo. Es el asesinato de su padre lo que están discutiendo.

Bernadette ha cerrado los ojos un instante como si no pudiera creer la majadería de su yerno. Yadra y Parker se están lanzando acusaciones descaradas delante de todo Dámara, haciendo del Parlamento todo un espectáculo.

—Le demandaría por eso, Parker, pero estoy segura de que un médico puede excusarle fácilmente —contraataca Yadra, mostrándose serena.

—Guau, van más a la yugular que de costumbre —susurra Drake a mi lado.

La tensión entre nuestros dirigentes es palpable y eso es algo que nunca favorece a nadie. Cuando los líderes se lanzan cuchillos es el pueblo el que acaba sangrando.

—Gracias, Cecily —interviene Bernadette, deseosa de interrumpir la guerra verbal entre Yadra y Parker—. Le rogamos que nos mantenga informados de la evolución de las investigaciones. No pararemos hasta encontrar al culpable.

No mira a Yadra al decirlo, pero su tono se tensa cercano a la amenaza. Han tenido que ser ellos: los Armstrong. Ellos han orquestado el ataque a Bólid y han asesinado a Víctor para quitarse a Yadra de encima. Para no tener que cambiar las cosas, para no prescindir de sus generosas pagas de élites, para no perder su estatus y su puta superioridad. Quieren que nos mantengamos estáticos en creencias prejuiciosas y tradiciones estúpidas que ya no acompañan los tiempos en los que vivimos, porque así es como mantienen sus privilegios. Y Yadra no para de presionarlos hacia el lado contrario.

Lo veo tan claro que se me corta el aliento y temo que lo consigan. Me da pánico imaginar

Dámara sin Yadra. Más humillación y desigualdad para los que son como yo. Más gloria y presión para los que son como Evans.

—Disculpe Bernadette, pero Cecily aún no ha terminado —interrumpe Yadra y la madre de Evans se extraña—. Aún tienes que dimitir, Cecily —le recuerda la Reina entonces. Su forma de decirlo indica que lleva tiempo esperando ese momento.

—¿Qué? —Bernadette parece perder la calma, característica del animal simbólico que ha escogido hoy. Contempla a Yadra con los ojos entornados y los labios tan apretados que me pregunto si sigue respirando.

Parker suelta una carcajada enloquecida y mira a la Reina como si fueran viejos amigos gastándose bromas pesadas.

—Era de esperar que los bolidianos pidieran la cabeza de nuestra responsable de seguridad— indica Yadra con tono práctico. Se saca un sobre del bolsillo de su ajustada chaqueta y se lo entrega a Reese Todersen, con un brillo en los ojos y una calma helada. No es solo política, es su propia venganza contra los responsables de la muerte de Víctor.

—Qué conveniente para ti, ¿verdad? —le responde Parker con una mueca sardónica y los brazos cruzados.

—Basta, Parker —grita Bernadette, perdiendo el control.

Es de conocimiento común que Cecily no es más que un pelele de su madre y su marido. Su voto en el Parlamento es un refuerzo del deseo de estos, pero si Yadra la elimina puede solventar su pérdida de poder tras la muerte de Víctor.

Reese Todersen termina de leer el documento que le ha entregado la Reina y mira al resto de los miembros para asentir, corroborando la noticia.

—La condestable de Bolid y la presidencia de Deremen exigen la dimisión inmediata de nuestra Hersir Cecily Armstrong —resume Reese en alto

El revuelo alrededor de mí se vuelve más intenso, pero estoy concentrada en la furia incrédula de Bernadette y en la sonrisa salvaje y un poco loca en el rostro de Parker. Ya se veía venir ese movimiento. Tal vez, por eso se adelantó y se deshizo de Víctor Dobrev para evitar que Yadra tuviera más votos que él.

Lo que sucede a continuación me llega de forma difusa, porque estoy absorta, dándome cuenta de que desde hace tiempo ha estado en marcha una guerra entre la monarca y los Armstrong. Las muertes que nos han sorprendido tanto son inevitables consecuencias de un conflicto que apenas ha comenzado.

Cecily Armstrong renuncia a su cargo como jefa de seguridad y miembro del parlamento dámara.

Busco a Evans con la mirada. A pesar de mi rencor, siento un nudo en el estómago al imaginar lo que debe estar pasando al presenciar la destitución de su madre.

Él observa la escena con los ojos vidriosos y el rostro inexpresivo. Parece incapaz de moverse o reaccionar, pero, justo cuando estoy a punto de acercarme a él, toda la ira olvidada, Electric Blue me agarra de la muñeca.

—¿Cariño? —Su mirada no está en mí, sino en el escenario. Su rostro es serio y si lo conozco bien, sé que está considerando algo realmente importante—. ¿Crees que el collar de la Reina va bien con su atuendo?

No lo conozco tan bien...

—¿Qué? —me indigno ¿En serio está pensando en el estilo de Yadra mientras se desarrolla una guerra justo frente a nosotros?

—¿Combinarías ese collar con ese conjunto? —repite, y aunque quiero creer que está bromeando, su expresión es completamente seria. Drake también le dirige una mirada de incredulidad a su novio. Es cierto que el collar de plata no cuadra con su ropa y los demás accesorios dorados, pero... —¿Por qué llevarlo entonces? —continúa Electric Blue, inmerso en lo que parece ser una investigación de moda primordial.

—Kyle, no creo que eso sea importante ahora —lo instruye Drake con paciencia.

—Porque no quiere despegarse de él ni un segundo, por eso —concluye su razonamiento, ignorándonos—. Nadie sospecharía nada extraño de un collar, ¿verdad? Pero resulta que lo conozco. Pertenecía a mi padre.

Empiezo a entender la obsesión de Electric Blue con el complemento.

—Entonces lo lleva por eso —tercio, considerando esa información—, porque fue un regalo de Víctor y tiene un valor sentimental.

Electric Blue hace un rectángulo con sus dedos y observa a Yadra a través de ellos con una expresión indescifrable. Luego baja las manos y se vuelve hacia mí.

—Le das demasiado sentimentalismo a alguien que lleva tanto tiempo en el juego. —Sus palabras me recuerdan a las de Evans. Después, dirige sus hermosos ojos hacia Drake y su siguiente pregunta me deja completamente desconcertada—. ¿Sabes a qué hora se duchan las reinas, amor?

18 EL COLLAR DE LA REINA

Cuando nos detenemos frente a la valla que rodea la mansión de Yadra, me duele el cuello después de cinco kilómetros soportando los constantes acelerones y frenazos de Cas al volante del coche de Drake. Los gritos del chico durante la caótica conducción de su hermana aún resuenan en mis oídos, y mi teléfono no deja de vibrar en mi bolsillo. Es Ivah, preguntándome dónde estoy para cumplir con su turno de vigilancia.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —inquire Cas, aún aferrada al volante con fuerza mientras escudriña el muro de la mansión. Estaba tan concentrada en conducir y en las indicaciones históricas de su hermano que ni siquiera se dio cuenta de a dónde íbamos—. Esta es la casa de Yadra, ¿no?

Nos miramos en un silencio tenso y Cas frunce el ceño, volviéndose hacia nosotros en su asiento.

—¿Hola? ¿Por qué me habéis traído aquí?

—Técnicamente nos has traído tú —le recuerdo, ganándome una mueca por su parte.

—Vamos a robarle un collar a Yadra mientras se ducha —responde Electric Blue con el mismo tono casual con el que diría "Vamos a ver la última de Avengers mientras cenamos una pizza".

Cas mira al rubio durante medio minuto sin expresión alguna, hasta que finalmente parpadea e inclina la cabeza.

—¿Por qué?

Guardamos un silencio tenso.

—¿Y bien? —insiste nuestra conductora.

—Porque no va a ducharse con él puesto —razona Electric Blue, pacientemente.

Cas entrecierra los ojos, quizás preguntándose si se está burlando de ella o si es así de ingenuo.

—Me refiero a por qué vamos a robar joyas de Yadra. ¿Ahora hacemos eso? ¿Ahora

robamos? ¿A la Reina?

—Ese collar era de mi padre —explica Electric Blue y abre la puerta del coche sin más dilación. Le agarro de la muñeca para evitar que se baje.

—¿Cómo sabes que se estará duchando? —exhalo, ansiosa. Lo último que quiero es volver a la celda dámara de la que hace dos días que salí. De hecho, ni siquiera comprendo cómo me ha convencido de ayudarme a hacer esto. Es como si una vez que has estado en la cárcel no pudieras parar de delinquir.

Electric Blue saca el teléfono del bolsillo de la chaqueta y lo enciende antes de pasármelo. Leo un mensaje de alguien llamado Trevor, quien le dice que Yadra suele ducharse sobre las nueve de la noche.

—¿Quién es Trevor? —pregunto confusa.

—El chófer de Yadra. No le permiten conducir por su estatura, así que Trevor la lleva a todas partes.

—¿Por qué te cuenta eso?

—La gente es muy abierta conmigo cuando les explico que conozco algunos de sus secretos —responde sin una pizca de remordimientos. Recuerdo al profesor que dejó que me sentara en su regazo en clase y el carcelero que le permitió entrar en mi celda—. Vamos, falta poco.

Dicho esto, me quita el teléfono de la mano y se lo guarda. Nos bajamos del coche y noto que me tiemblan las piernas.

—Quédate dentro, pero no al volante por si tenemos que huir —le indica Drake a su hermana.

—Pensé que estabas borracho.

—Ya han pasado varias horas, además... allanamiento, hurto, no creo que conducir bajo los efectos del alcohol empeore mucho la situación si las cosas se ponen feas —razona él, como si nada, mientras que yo tiemblo por esa perspectiva—. Voy a invisibilizar todo el coche.

Drake y Cas hacen su ritual para volverse invisible, y, como están tocando el automóvil con la piel, este también desaparece. Después, Drake se vuelve hacia mí y levanto mi dedo enguantado hacia su boca. El chico lo observa con incredulidad.

—Tori, me he acostado con Kyle más de veinte veces... es un poco tarde para tus guantes, ¿no crees? —dice con una sonrisa pícar.

¿Veinte veces? Mi padre siempre dice que en el mundo no falta ni sobra nada, simplemente está mal distribuido. Ahora sé quién se ha estado llevando toda la acción que me falta.

Drake me mete la lengua y la saca tan rápido que casi no me entero. Después hace algo muy distinto con Kyle, que dura lo suficiente como para que Cas y yo intercambiemos una mirada. Han estado a dieta de besos para que Kyle no desarrolle inmunidad mientras continúe la investigación de los ataques. Y se nota que no la llevan bien.

Ahora que los cuatro somos invisibles, nos dirigimos rápidamente hacia el muro de la mansión mientras Cas espera en el coche.

Nuestro invisibilizador, siendo el más alto, llega arriba primero. Se tumba y me ofrece una mano. Desde abajo, Electric Blue me da un empujón en el culo, lo que me hace soltar una risa nerviosa mientras Drake me recuerda que sus poderes no nos hacen inaudibles. Eso solo provoca que me ría aún más, y Electric Blue aprovecha para darme un azote en el trasero. Por suerte, consigo controlar mi risa. En silencio, examinamos el perímetro bajo el muro. Estamos cerca de un enorme ventanal que da a una estancia con la luz apagada. Por el estilo de la ventana, deduzco que es el salón.

Mientras discutimos si entrar por esa ventana, Drake saca una bolsa de M&Ms de chocolate y

se llena la boca con ellos.

—Necesito azúcar —se justifica con la boca llena. Pero cuando intenta guardársela en el bolsillo, se vuelca y las bolitas ruedan, golpeando uno de los focos de luz del suelo que se enciende e ilumina la fachada.

Escuchamos los ladridos justo antes de ver a los dos dobermans que aparecen debajo de nosotros. Dejan de ladrar solo para olfatear el chocolate y el aire, captando nuestra fragancia.

—Mierda, ¿y ahora qué? —susurro, tratando de mantener la calma. Pensaba que nos topáramos con un ejército de Dámaros con poderes impresionantes, protegiendo a la Reina, pero parece que prefiere la ayuda de dos perros guardianes. Tiene su lógica si eres inmortal y tu mayor enemigo es un bloqueador.

—No pueden vernos, pero nos huelen —informa Drake, lo que ya sabemos—. Vale, voy a distraerlos mientras entráis.

Dicho eso se quita la chaqueta, y después la camiseta, y se la frota bajo las axilas.

—¿Esto es para distraer a los perros o para distraerme a mí? —bromea Electric Blue, admirando las vistas con una sonrisa perezosa.

Drake no parece encontrar gracia en la situación; está concentrado en los guardianes de cuatro patas. Se pone la chaqueta y se aleja de nosotros por el muro de piedra. Cuando está a unos seis metros se tumba sobre su estómago y sacude la camiseta lo más bajo posible, captando la atención de los perros, que se alejan de nosotros para olisquear la prenda invisible.

Con el corazón en la garganta, descendo el muro y sigo a Electric Blue hasta la ventana. Por suerte está abierta y no nos cuesta demasiado saltar dentro.

El interior no resulta ser una sala de estar, sino la cocina. Me muero de envidia al ver la enorme isla del centro, rodeada de muebles modernos. Debe ser una delicia tener esa cocina, especialmente durante el día con toda la luz que debe penetrar por el ventanal.

No nos entretenemos en husmear. Con paso sigiloso y agudizando el oído, ascendemos a la segunda planta. La luz del pasillo está encendida al igual que la de varias estancias. Yadra, vestida solo con una camiseta interior y bragas, está bailando y cantando al son de Feel it Still de Portugal. The Man. La canción me parece perfecta para ella.

Ooh woo, I'm a rebel just for kicks, now
I been feeling it since 1966, now
Might be over now, but I feel it still
Ooh woo, I'm a rebel just for kicks, now
Let me kick it like it's 1986, now
Might be over now, but I feel it still.

Electric Blue y yo nos lanzamos una mirada cómplice, agradeciendo el estruendo de la música que enmascara nuestros movimientos y los ladridos de los perros. Nos apoyamos contra los barrotes de la escalera, aguardando a que Yadra termine su danza y se retire al baño. Por suerte, no lleva el collar, probablemente lo ha dejado en algún rincón de su habitación junto con la ropa que vestía en el anfiteatro.

—Parece haber superado rápido su duelo —murmuro, cuando finalmente desaparece tras la puerta del baño. Cruzamos el rellano hacia la habitación de la Reina. Electric Blue no parece enfadado por su falta de afligimiento.

—Nekrosenens —responde él. Me molesta pensar que Yadra está sufriendo de esa aflicción

porque me parece que es lo único bueno que le ha pasado a Dámara en mucho tiempo y no quiero pensar así de ella. No obstante, tanto Evans como Electric Blue opinan lo mismo y yo estoy un poco decepcionada. Parecía estar genuinamente afligida en el funeral de Víctor, y ahora me siento decepcionada. De todas formas, si pienso en cuántas veces habrá amado en su larga vida, cuántas veces habrá presenciado la muerte de su amado... Debe hacerse más fácil con el tiempo.

El cuarto de Yadra está impecable, lo que facilita la tarea de localizar las prendas que acaba de quitarse, que es lo único fuera de lugar. Ha dejado la falda de tul en el suelo, junto al chaleco. Sobre este, bajo la luz de la lámpara, reluce el famoso collar de los Dobrev.

Electric Blue lo ha visto al mismo tiempo que yo y lo engancha entre sus dedos largos. Lo examina de cerca unos instantes, mientras yo miro ansiosa sobre mi hombro.

—Vámonos, el collar no es invisible... —le recuerdo en un susurro. Yadra se ha llevado la música con ella al baño y no parece ser de las que se dan duchas rápidas, pero es arriesgado permanecer allí más tiempo del necesario.

—No voy a llevármelo —dice y sonríe, acariciándolo con su pulgar.

—¿Qué quieres decir con que no vas a llevártelo? —Mi desconcierto me hace hablar más alto.

—Me la suda el collar, Tori —responde. Se quita un guante y presiona el colgante con sus manos hasta que cede y se abre, mostrando un pequeño compartimento en su interior. Electric Blue lo vuelca para sacudirlo y algo diminuto cae sobre la palma extendida de su mano—. El lugar perfecto para esconder algo, ¿no crees?

No me da tiempo a ver de qué se trata, antes de que lo oculte en su puño. Cierra el colgante, vuelve a ponerse los guantes que le he prestado en el coche y limpia las huellas con su camiseta, para colocarlo sobre el chaleco tal como lo hemos encontrado.

Sin saber bien qué está ocurriendo, lo sigo al exterior de la casa y cuando saltamos por la ventana, los perros nos escuchan caer sobre el césped, e ignoran a Drake para correr, ladrando hacia nosotros.

Doy un grito cuando se aproximan. Aunque nos huelen, no pueden vernos, por lo que logramos escabullirnos hacia la muralla y comenzar a trepar sin que ellos sepan exactamente dónde estamos. Les vuelve locos saber que hay algo que no ven. Ladran tanto que Yadra puede haberlo escuchado, incluso a pesar de la música. Nos apresuramos en entrar en el coche y Drake nos saca de allí a toda prisa.

19 LA JOYA DE LA CORONA

—¿Lo tenéis? —pregunta Cas por encima del chirrido de las ruedas y el motor acelerado.

—No —se me adelanta Electric Blue, sorprendiéndome con su mentira—. No estaba por ninguna parte.

Le echo una mirada que él ignora, mientras Drake y Cas se lamentan por el hurto fallido. Electric Blue no dice nada, hasta que pasamos por el centro de Dámara.

—Vamos a comer algo —sugiere con las manos metidas en los bolsillos.

—Somos invisibles —le recuerda Drake, girando por una calle desierta. Ha evitado el tráfico porque nadie puede ver nuestro vehículo, pero, aun así, han estado a punto de chocarnos en varias ocasiones—. No quiero problemas.

—Vosotros y vuestras restricciones... Yo uso mis poderes cuando quiero.

Drake lo mira por el espejo retrovisor.

—Sí, pero tú eres el niño salvaje criado por monos. Nosotros tenemos normas —bromea, mientras conduce hasta el campus—. Cas, pide comida al apartamento de Kyle.

Mi cuello se mueve como un resorte.

—No, ahí no —protesto—. No quiero ver a Evans.

—Vamos al de Tori, que no tiene compañera de cuarto —propone Cas.

—Bueno, a veces la comparto con un despojado —bromeo para espantar el miedo que me entra al recordar las advertencias de Evans—, le encanta que lleve amigos, aunque luego no sabe comportarse.

Los demás se ríen, pero Electric Blue está serio y callado. Me intriga saber qué pasa por su mente y por qué ha mentido sobre el collar. Hasta que recuerdo que la sangre del despojado era de su amigo y me siento mal por haber hecho una broma tan inoportuna. Antes de que pueda disculparme, Drake pega un frenazo porque un hombre se lanza a la carretera sin ver nuestro automóvil. El transeúnte parpadea, asustado por el ruido y mira de un lado a otro. Nos quedamos en silencio hasta que se aleja.

—Voy a aparcar y seguimos a pie —anuncia nuestro conductor, jadeando un poco.

—¿Qué pasa si alguien intenta estacionar aquí? —pregunta Cas y Drake golpea el volante, frustrado.

—Recordadme que no vuelva a invisibilizar el coche —ruega y retoma la marcha más despacio.

—Mejor reservarlo solo para cuando hagamos allanamientos —ironizo y Cas suelta una risita nerviosa.

Guardamos silencio hasta que llegamos a la calle del apartamento de Evans. Estoy a punto de protestar cuando Electric Blue abre la puerta de un garaje y entonces entiendo por qué estamos aquí. El coche de Evans no está, y tampoco el de Ivah, lo cual me alivia porque significa que no están en casa.

Cuarenta minutos más tarde, el repartidor de Tacos y Rancheras no parece sorprenderle que alguien invisible le abra la puerta ni que le pague con dinero flotante. Cosas más raras se verán en Dámara.

Devoramos la comida rápidamente y cuando ya casi hemos terminado, volvemos a ser visibles. Drake se levanta del suelo de un salto, aún masticando. Se limpia las manos en los pantalones y anuncia que va a mover el coche, por si vuelve Evans.

—¿Puedes traer helado? —le pide Electric Blue con la boca llena. Drake asiente, pero se detiene para mirarle con ojillos de enamorado.

—¿Vienes conmigo?

El rubio niega con la cabeza.

—Prefiero darme una ducha —responde y me echa una mirada disimulada. Quiere librarse de los hermanos López.

—¿Cas? ¿Puedes ir con él y traerme... compresas? —suelto lo primero que se me ocurre. — Puedo traerlas yo, no hay problema —me asegura Drake con el ceño fruncido. Mierda, ¿por qué tiene que ser tan maduro?

—Vale, ¿puedes traerme las de flujo medio, con alas, pero sin perfume? —Mi intención es confundirlo, pero él asiente con seguridad chafando mi plan. Cas se ríe al comprender lo que trato de hacer.

—¿Qué quieres? Tiene una hermana... —se burla, mientras se pone de pie y agarra su chaqueta. Sabe que quiero quedarme a solas con Electric Blue, pero me advierte con la mirada que exigirá explicaciones más tarde. Debe creer que vamos a hablar de Evans, pero yo estoy más interesada en lo que hemos sustraído de la casa de Yadra.

En cuanto se va, rebusca en su bolsillo y saca lo que parece ser una tarjeta telefónica.

—¿Cómo sabías que iba a estar ahí?

—Cuando era pequeño, mi padre solía esconder una tarjeta telefónica con otro número distinto al suyo en el interior de ese collar. Cuando he visto que Yadra lo llevaba, he creído que quizá encontráramos algo de provecho en su interior. Alguna pista sobre su muerte.

Saca la de su teléfono para poder meter la que hemos hallado dentro del collar de Yadra. Pero cuando lo enciende nos pide el código de acceso.

—Era de esperar —me lamento.

Mi compañero de fechorías no parece perturbado por el contratiempo, se levanta y se marcha a su dormitorio. Un momento después, regresa con un portátil y lo utiliza para hacer una videollamada.

—Emma, necesito entrar en un teléfono, pero no tengo la contraseña de la tarjeta —resume

sin más introducciones. Me sorprende los recursos que tienen esos dámaros exiliados.

La voz de una chica con marcadisimo acento glinean le empieza a dar indicaciones de qué botones apretar a la vez. Aparecen letras en blanco en la pantalla con fondo negro. Ella le pide que cliquee en resetear y me opongo antes de que puedan hacerlo.

—Emma, esto no borrará los archivos del teléfono, ¿verdad? —insiste Electric Blue antes de seguir sus indicaciones—. El contenido es muy importante.

La muchacha insiste en que haga lo que le dice y luego le pide que borre algunas carpetas que aparecen en una lista larga. Cruzo los dedos rezando por que no desaparezca nada que nos pueda resultar útil. Cuando reinicia el teléfono, no vuelve a pedirnos la contraseña y Emma le guía a través de los pasos para poner una nueva, que decidimos entre los dos. Después cuelgan.

Electric Blue entra en la pantalla de inicio y comienza a curiosear. Hay varias carpetas, pero solo hay una con nombre y apellido.

—¿Quién es Sierra Karalis? —pregunto al leerlo y él clica sobre esa carpeta. Dentro hay varios archivos. Un mapa y una especie de horario que narra la rutina de alguien. Una estudiante a juzgar por los horarios de la escuela, y actividades extraescolares, como la pintura. Explica todo lo que hace a lo largo de una semana.

—¿Quién despojados es esa chica y porque la espiaban? —pregunto, pero Electric Blue está tan confuso como yo—. ¿Te suena su nombre? —insisto, pensando que tal vez fuera una conocida de su padre.

Él niega con la cabeza. Saco mi teléfono y busco una de las calles que marca el mapa, la dirección es de la ciudad de Bólid, al igual que el apellido de la chica. Se me pone la piel de gallina por la sospecha de que tenga algo que ver con la masacre.

Tecleo Sierra Karalis en el buscador de Google y me lleva a uno de los múltiples reportajes sobre la masacre de Bólid. Según narra, Sierra fue una más de las víctimas de esa madrugada. Hay un artículo sobre ella porque no la atacaron en la ciudad, sino que encontraron su cuerpo en el puesto de vigilancia de la muralla. Fue probablemente la primera víctima de aquella noche. Además, se investiga sobre ella en particular porque su madre denunció su desaparición la misma noche del ataque, horas antes de que empezara. La moto de un amigo de Sierra se encontró a las puertas de la ciudad a pocos metros del cadáver.

Electric Blue y yo nos miramos pasmados cuando termino de leer el artículo.

—¿Por qué está el horario de esa chica en el teléfono de Yadra? —Mi voz sale estrangulada, mi corazón va a mil por hora y me sudan las manos.

—¿Tú qué crees, Tori? —responde él, serio como nunca antes le había visto.

—No puede ser —niego, tengo ganas de llorar, de gritar. Estaba segura de que Parker estaba detrás de los ataques—. Quizá Yadra esté investigando sobre lo ocurrido.

Electric Blue baja la vista al teléfono y va directo a los mensajes. Hay siete conversaciones distintas, pero sin nombres reales. El primero es una simple A, y presiona para abrir ese hilo. La fecha es del día del ataque sobre las dos de la mañana.

X: ¿Estatus?

A: El cebo está de camino, debería llegar a la ciudad sin problemas.

X: ¿La siguen?

A: Claro, si no, te lo hubiera dicho

X: Estoy nerviosa

A: Nunca te había visto nerviosa. ¿La joya de la corona está contigo?

X: No, de camino a Glinen

A: Ten cuidado con ella, tiene poco que perder

X: Tranquilo, Pender le ha borrado la memoria, no recordará nada, y tiene mucho que perder...

Quince minutos más tarde:

X: Dime algoooooo

A: Ya están dentro... me largo de aquí

X: De acuerdo, que se queden un rato y después, llevarlos al almacén.

A: Esto es una locura, están llenos de energía. Es muy peligroso. Sería mejor guiarlos de vuelta a la montaña.

X: No, teletransportalos al almacén como planeamos. Quizá los necesite de nuevo.

A: Quizá esta sea mi última noche.

X: No seas tonto, hazlo como planeamos. Utiliza el furgón blindado. Todo irá bien si te ciñes al plan.

Me da vueltas la habitación, mientras mi mente intenta procesar lo que estamos leyendo.

—Esto es una conversación entre los autores de la masacre —mi voz sale débil, extraña en mis propios oídos.

—Está claro que son mi padre y Yadra —asegura Electric Blue. Tiene los hombros y la cabeza caídos y se ha quedado muy quieto y desinflado, mientras yo no puedo dejar de moverme.

—Pero... —me resisto—. No puede ser. Estaba tan segura de que había sido Parker.

—¿Por qué? —duda él sorprendido—. La masacre ha ocasionado la destitución de Cecily, lo que favorece a Yadra, no a los Armstrong.

He empezado a sentir náuseas. Jamás pensé que fuera ella. Nunca pensé que fuera capaz de algo así.

—No lo entiendo, parece tan cuerda, sus argumentos son razonables.

—Lleva mucho tiempo viva y en una posición de poder, Tori —tercia Electric Blue—, es imposible que sienta como lo hacemos nosotros. Sus ideas e intenciones son buenas, pero llevaba tiempo frustrada por el bloqueo del Parlamento. Tal vez se haya cansado de esperar.

Asiento, exhalando por la boca. Evans me dijo algo parecido, pero creí que estaba cegado por su propio apellido. He sido la única idiota que no lo ha visto venir. Yadra lleva décadas intentando cambiar las cosas a mejor sin que se lo permitan. Debe ser frustrante y agotador.

—¿Qué vamos a hacer? —Por primera vez entiendo las consecuencias de lo que hemos descubierto. Yadra irá a la cárcel, para... ¿siempre? ¿Se puede hacer eso? Es inmortal, al fin y al cabo. No pueden condenarla para el resto de la eternidad ¿o sí? Sea lo que sea tendrá que renunciar a su cargo—. No podemos hacerlo —protesto y me pongo de pie.

Los sabios ojos azules del vidente me estudian con atención.

—¿Hacer el qué?

—Denunciarla, mostrar esta tarjeta a alguien... no podemos hacerlo aún, Electric. Yadra tendrá que renunciar, y ¿qué nos quedará entonces? ¿El Parlamento dominado por los Armstrong? Son unos retrógrados. Jamás dejarán de humillar a los inválidos, de impedirles trabajar, de aumentar las diferencias de sueldo entre élites y válidos, de condenar la homosexualidad... Todas las cosas que Yadra ha conseguido se irán a la mierda.

—¿Qué sugieres que hagamos? ¿Dejar que siga y arriesgarnos a otra masacre? —Se frota la nariz, pensativo.

—No, no exactamente. —Niego con la cabeza—. Tú mismo lo has dicho, Yadra no está loca, es solo que ha perdido la sensibilidad con los años y la frustración la ha llevado a esto. Sin embargo, ya ha conseguido lo que quería, destituir a Cecily. No tiene razones para ejecutar otro ataque. Tenemos que esperar y ver como progresa el Parlamento antes de actuar.

Electric Blue suspira, considerando lo que le propongo. Me acucillo frente a él.

—No puedes contárselo a nadie, Kyle. Ni siquiera a Drake —le hablo con toda la seriedad y decisión que puedo—. Mucho menos a Evans. Él no entendería que no la denunciemos de inmediato, su sentido del honor no se lo permitiría. Pero tú y yo sabemos que las cosas tienen que mejorar y que, ahora mismo, sin ella, solo van a ir a peor.

Pasa un instante en el que ni siquiera respiro, pero, al fin, asiente.

—De acuerdo, podemos aguardar y ver cómo evoluciona la situación. No se lo contaré a nadie. Drake nunca entenderá lo que es ser como nosotros —me asegura—. Aún menos Evans. Además, sé que sabe algo de cómo llegaron las huellas de Ozrrat a tu cuarto y se niega a contármelo... No, este será nuestro secreto. Si nos equivocamos con Yadra, será solo culpa nuestra, cariño. ¿Puedes vivir con eso?

Asiento, notando el peso de la responsabilidad sobre mis hombros.

Drake y Cas abren la puerta en ese momento. Me pongo de pie deprisa, intentando adoptar una postura relajada. Antes de que lleguen al salón, Electric Blue y yo hemos sellado el pacto con una mirada.

20 AL AJEDREZ JUEGAN DOS

Ha pasado una semana desde la destitución de Cecily y desde que Electric Blue y yo descubrimos que Yadra estaba detrás del ataque de Bólid. Las cosas están calmadas porque todas las reformas constitucionales permanecerán bloqueadas hasta que el Parlamento vuelva a completarse con los dos nuevos miembros que le faltan.

La votación es esta noche y hay tres candidatos para los dos asientos libres: Melisa Rowell, cuyo poder es incendiar cualquier objeto o cuerpo con sus propias manos. Un truco muy útil si te encuentras frente a frente con un despojado. Lleva quince años siendo jefa de la guardia de la muralla de Deremen y organizando la seguridad de la ciudad, lo que la convierte en la candidata ideal para ser la nueva Hersir. El dilema está en el segundo asiento, el que ha dejado disponible la muerte de Víctor Dobrev.

Subo los pies en el respaldo de la silla que tengo delante. Aún no se ha llenado el salón de actos de la escuela, sino que soy de las primeras. Pongo mi mochila en el asiento de mi derecha, mi abrigo en el siguiente y el de Cas a mi izquierda. Mi amiga ha ido a por café y sándwiches, mientras que Electric Blue y Drake han desaparecido, como de costumbre. La asistencia es obligatoria, por lo que sé que aparecerán en cualquier momento con sonrisas bobas en la cara. Les odio.

Alguien da toquecitos en mi hombro y cuando me giro, me encuentro con que Evans se ha sentado justo detrás de mí. Lleva una semana haciendo turnos con Ivah para tenerme vigilada, solo que a Ivah la invito a pasar a mi casa y vemos la televisión juntas, mientras que a Evans lo dejo en el porche igual que un perro guardián. He ignorado todos sus intentos de mantener una conversación conmigo y él ha respetado mis límites de forma estoica. No entiendo a qué vienen los toquecitos ahora.

Ignorando la punzada en mi pecho y la forma en la que mi pulso se acelera un poco, vuelvo a

mirar hacia delante.

—Pero si es mi dóberman —saludo. Me meto la mano en el bolsillo de la sudadera como si fuera a sacarme algo—. ¿Quieres un hueso, chico?

—Ja, que graciosa —replica sin una pizca de humor, pero tampoco parece molesto. No entiendo cómo tolera el trato tan frío que le doy y sigue montando guardias de dieciséis horas frente a mi puerta o bajo mi ventana. Me irrita, de hecho. Una voz en el fondo de mi mente insiste en que tiene que amarme para cuidar de mí de esa forma y estoy cansada de decirle a esa perra que se calle. No quiero escucharla.

—¿No te aburres de pasarte el día vigilándome? —rompo el trato silencioso porque la curiosidad me está matando.

—Estás viva, ¿no? —escucho que responde—. Eso es lo que importa.

Aprieto los dientes tanto que parece que se me van a partir y decido volver a ignorarle. Tras un minuto, vuelve a darme toquitos en el hombro.

—No me toques —gruño.

Tiene una expresión tan feliz que me embargan varios sentimientos a la vez. Por un lado, me odio por alegrarme de verle bien y por otro me fustigo por preocuparme de que vaya a sufrir cuando la chica que parece hacerlo tan feliz muera.

Soy una idiota.

—¿Por qué estás tan de buen humor? —No sé por qué le pregunto si no quiero escucharlo. Puede que me venga bien terminar de romper lo poco que me queda de corazón.

—¿Y tú por qué estás de un humor de despojados? —responde él con otra pregunta.

—Tu cara me pone así.

—Así que mi cara te pone —malinterpreta a propósito.

Pongo los ojos en blanco, indicando la poca paciencia que me queda con él, a lo que digo mientras le analizosonríe divertido. Después, se aproxima más a mí antes de susurrar.

—¿Puedo sugerir un poco de sexo para ese mal humor?

Le fulmino con la mirada. ¿Cómo se atreve?

—Tengo todo el sexo que necesito, gracias —refuto, dejándome llevar por la irritación.

—Contigo misma no cuenta, Tori. —Lo dice sin maldad, pero me enfada igualmente.

—¿Sabías que la nariz de los hombres sigue creciendo a lo largo de su vida? —digo mientras le analizo—. La tuya parece igual, debe ser que lo que te crece a ti es la estupidez.

Esboza media sonrisa y abre una bolsa de patatas fritas que me ofrece antes de empezar a engullir.

—Hay algo que me crece cuando te veo, pero no es la nariz —suelta, con la atención puesta en su snack. Me pongo roja. Sí, lo sé. Yo también me abofetearía a mí misma si pudiera, pero por suerte Evans no me está mirando, así que intento recomponer mi rostro.

—Eres asqueroso.

No me responde, sino que hace mucho ruido masticando. Siempre ha comido como un cerdo, pero el desgraciado es tan sexy que hace que ese defecto parezca un detalle encantador. Estoy indignada, con él por atreverse a tontear conmigo teniendo una novia embarazada y conmigo misma por reaccionar físicamente a su insinuación. ¿Dónde está Diana cuando la necesitas?

—Me refiero a que eres asqueroso porque aprovechas que tu novia enferma y embarazada no está para lanzarme insinuaciones —aclaro, enfureciéndome más conforme lo pienso. Ivah ahora es mi amiga.

—Ya te lo he dicho, no es mi novia —me responde serio—. Puedo decírtelo delante de ella si

lo prefieres, pero mi estilo es hacer estas cosas en privado.

Aprieto los dientes tanto que creo que me los voy a partir. Debo mostrarme fría. La indiferencia es la mejor actitud en estos casos. Respiro hondo.

—Os aplaudo por vuestra relación abierta, pero eso no es lo mío. Así que, por favor, no vuelvas a insinuarte a mí. No estoy interesada.

Sonríe mientras termina de engullir su snack.

—Siempre has mentido fatal. —Deja la bolsa vacía a sus pies y se frota las manos para quitarse los restos aceitosos y se inclina hacia delante con una sonrisita resabida—. Te conozco, Tori. Sé que sí que querías patatas, pero no quieres comer algo tan calórico y sé que aún quieres acostarte conmigo, pero no quieres admitirlo.

Finjo que vomito y él se ríe. Maldito Blue y sus predicciones pornográficas que le ponen la vida patas arriba a todo el mundo. Voy a coserle la boca.

Evans mira por encima de mi cabeza. Drake y Electric Blue suben las escaleras hacia nosotros.

—¿Qué les pasa a esos dos? —me pregunta, como si todavía fuéramos amigos que chismorrear sobre sus otros amigos.

—Se aman, tú no lo entenderías.

—Pero Drake no es...

—No tienes ni idea, Drake es bisexual y nos acostamos los tres. —No sé de donde salen las palabras, pero tampoco me arrepiento cuando están fuera y veo su reacción. Se le ha borrado la sonrisita.

—Aunque eso fuera verdad, que lo dudo —comienza tratando de parecer tranquilo—, en cuanto tocas a Drake dejaría de ser bisexual.

Detalles... detalles...

—Solo toco a Electric Blue, mientras Drake mira —me apresuro en aclarar, recordando lo que el rubio le propuso a Evans la noche que lo conocí.

Evans cierra la boca y traga saliva.

—No es verdad —rechista al fin, pero hay un brillo de duda en sus ojos y le echa un vistazo receloso a la pareja mientras se sientan a mi lado. Sonríe misteriosa y bailo las cejas de manera insinuante.

Electric Blue ignora a Evans, creo que sigue enfadado por lo de Ozrrat, pero Drake le choca la mano y a pesar de que responde al gesto, el copycat lo observa con cierta desconfianza cuando este se da la vuelta.

Me giro hacia la pantalla para que no me vea reír. Después le doy un beso en la mejilla a Electric Blue a modo de saludo, más cariñoso de lo necesario.

—Sígueme el juego —le susurro al oído. Sabe que lo hago por Evans sin necesidad de más explicaciones porque es el mejor amigo del planeta.

—Cariño, que guapa estás hoy —ronronea y pasa el brazo por encima de mis hombros. Me da un beso en la sien, antes de murmurar—. No te pases o Drake te va a sacar los ojos.

Me río, como si me hubiera dicho algo tronchante y pongo mi mano en su muslo.

No me sorprende al notar otra vez toquecitos en mi espalda. Me doy la vuelta con una mueca de inocencia, pero me congelo al ver la expresión de sufrimiento de Evans.

—¿Podemos hablar? —ruega, y digo ruega porque su tono es cercano a la súplica—. ¿Puedes sentarte un momento aquí conmigo?

Suelto un largo suspiro, debatiendo conmigo misma sobre qué hacer. Al final, cedo, pero para

llegar hasta la fila de atrás tengo que pasar por la pareja. Cuando estoy saltando las piernas de Drake, paso mis dedos por sus bonitos rizos y le guiño un ojo. El muchacho parece preguntarse qué drogas he consumido, pero por suerte Evans no puede verlo.

Me dejo caer a su lado, fingiendo estar relajada, cuando, en realidad, su perfume me trae recuerdos que quiero olvidar. Él tiene los labios fruncidos y me observa dolido. Se lo ha tragado. ¿Y por qué no? Tanto Electric Blue como Drake son dos personas muy sexuales y yo estoy de buen ver, no tendrían por qué rechazarme.

—¿Y bien? —Mi tono es impaciente.

—Tenemos que hablar —declara serio, tocándose la barbilla. Se ha hundido más en su asiento y ni siquiera me mira.

Una parte de mí tiene hasta curiosidad por saber qué puede decir que explique el hecho de que ha embarazado a otra chica.

—Dos palabras —concedo, cruzándome de brazos.

Me mira de reojo.

—¿Qué?

—Qué te concedo solo dos palabras para que te expliques.

No dice nada, claro, porque no hay nada que pueda decir en dos palabras para que lo perdone. El problema es que tampoco lo harán mil. Hago el amago de levantarme, pero entonces habla, ciñéndose a las dos palabras como le he pedido.

—Te amo.

Se me humedecen los ojos. Mis latidos retumban en mis orejas y paso de la estupefacción a la rabia.

—¿Por qué me haces esto? —me enfurezco, pero necesito más. Empiezo a golpearle, llamando la atención de los presentes. Él deja que lo vapulee con toda la paciencia del mundo. Lo que me irrita aún más. Me detengo y me pongo seria.

—No quiero que sigas viniendo a mi casa —espeto—. Lo digo en serio, Evans. Me da igual que tu padre me quiera muerta. De todas formas, tu bebé con Ivah debería convencerle de que no hay nada entre nosotros. ¿Sabes qué más podrías hacer? —Mi tono es tan sarcástico que esconde mi dolor—. Podrías matarme tu mismo, eso convencería a Parker de una vez por todas de que estás de su lado—. Me golpeo la frente con la mano— ¿Cómo no se nos ha ocurrido antes?

Evans no parece encontrarlo divertido.

Me toma de la mano, aguardando a que me tranquilice.

—¿Me has escuchado? —susurra serio, compungido, incluso. Aprieta mi brazo para reforzar sus palabras—. Te amo, Tori.

Es demasiado. Resoplo, me dejo caer sobre la silla y libero mi brazo para frotar mis sienes.

—Vale —digo al fin, cuando me repongo y mi corazón se tranquiliza un poco—. Ámame, como yo amo los bolsos de Prada, en la distancia y sin mancharlos con mis manos.

Dicho eso, me levanto y vuelvo a mi asiento junto a los chicos. Evans no vuelve a dar toquécitos en mi espalda, pero noto su presencia con más intensidad que de costumbre.

Cas llega, ajena a todo, y reparte comida, mientras se termina de llenar la sala. Me como mi sándwich sin ganas y sin participar en la conversación que entablan los demás. Mi corazón se retuerce en mi pecho.

Poco después, cuando el reloj marca la una de la tarde, la enorme pantalla del salón de actos comienza a retransmitir el debate electoral entre los cuatro candidatos. Pero me cuesta concentrarme en eso también.

La cuarta candidata es Lola García. Una mentalista con la capacidad de retener y entender toda la información que entra por sus ojos. Es, por lo tanto, una experta en ciencias, sociología, medicina y biología, entre otras ramas. Pero eso no es suficiente para que nuestra estúpida sociedad la considere élite. Por lo tanto, y como primera candidata válida al Parlamento, es la menos favorita, aunque sea la que más se merece el asiento de Víctor Dobrev. Por desgracia, en política no siempre el puesto va para la persona más capaz y preparada, sino que se lo acaba llevando el candidato "capaz" de hacer favores a la gente correcta. Para Parker Armstrong es Timothy Fox, el calvo que me encerró en la caja mientras él me golpeaba. Mientras que para Yadra, es Pender Olicast, el borrador de memorias al que mencionaba en sus mensajes con Victor Dobrev. Debió de prometerle un puesto en el parlamento si la ayudaba con su horrible plan.

Ninguno de los dos tiene la ética y la moral que debería esperarse de alguien que se encarga de aprobar leyes. Uno es un matón asalariado y el otro es capaz de participar en una matanza para llegar al poder. Sin embargo, Yadra y los Armstrong han convertido la campaña electoral en su propio juego de poder.

Melisa Rowel habla de su experiencia en el muro de Deremen y cómo cree que debieron usar un bloqueador, un borrador y un teletransportador para el ataque de Bólid. Me impresiona lo acertada que es su teoría y el hecho de que tiene al borrador de memorias en cuestión delante: Pender Olicast. Sé que el teletransportador era Víctor Dobrev, pero es su mención al bloqueador, la que me confunde. No hay ningún otro en los registros dámaros, aparte de Parker Armstrong. Lo que no quiere decir que no exista en exilio, fingiendo ser humano o inválido. Alguien a quien Yadra ha encontrado y utilizado en su maquiavélico plan para destituir a Cecily.

Cuando termina el debate es obvio que van a elegir a Melisa Rowel para el asiento de Cecily y también pasará a ser la nueva Hersir, pero no estoy segura de lo que va a ocurrir con el asiento de Víctor Dobrev. Lo que no nos esperamos ninguno de los presentes, incluida la propia Yadra, es que antes de que Pender Olicast tenga la oportunidad de hablar, Timothy Fox, el candidato de Parker, se adelanta proponiendo incluir a válidos e inválidos en el viaje anual de esquí a las montañas del Bajo Glinn por la celebración navideña de la Fylgja Dámara. Pender Olicast iba a usar esa baza, ya que Yadra lleva años declarando su intención de hacer eso mismo. Y todos los años el Parlamento, por voto de los Armstrong, rechaza la propuesta.

Se hace el silencio en la sala. Puedo ver en la expresión de Yadra que no se esperaba esa jugada y, en la Bernadette, que Parker se ha sacado esa decisión de la manga sin consultarla con el resto.

—¿Qué está pasando? —Pregunta Cas a mi lado tan anonadada como el resto de nosotros.

—Parker se está quitando al candidato de Yadra de en medio a cualquier costa —murmura Electric Blue.

Gastar dinero dámaro para invitar a unas vacaciones en la nieve por la Fylgja a un grupo de válidos e inválidos es lo opuesto a las creencias de Parker Armstrong. Por eso todo el mundo está tan petrificado.

Pender Olicast echa una mirada confusa a Yadra. ¿Qué va a hacer ahora? ¿Qué puede ofrecer él, si Parker le ha robado el as de la manga?

Al fondo, los demás miembros del Parlamento cuchichean tan desconcertados como la propia Reina. Todos menos Bernadette, que mira a su yerno, anonadada, y por un instante estoy segura de que está planeando su asesinato.

Me doy cuenta de que Parker está jugando a un juego distinto al de sus familiares. Está

librando su propia guerra. Nos hemos estado preocupando por Yadra, cuando hay alguien incluso más aterrador y a su misma altura. Un verdadero fanático con poder.

21 INVÁLIDOS

Si hay algo que siglos de historia dámara han dejado claro es que el populismo funciona.
Se te presentan tres opciones de voto:

1. Alguien capacitado para el puesto que parece saber de qué habla, pero crees que vas a desperdiciar tu voto porque nunca va a salir electo.
2. Alguien cuyos cambios en educación y legislación van a solucionar, de forma lenta pero efectiva, fallos de nuestra sociedad y cuyos resultados se harán visibles décadas más tarde.
3. Alguien que te promete la posibilidad de pasar tres lujosos días esquiendo en las montañas de Gelia.

Por supuesto, la mayoría de los dámaros válidos e inválidos ha escogido la tercera opción. No es que el viaje vaya a solucionar sus problemas, pero la idea de ver un cambio inmediato con su voto es más tentadora que la idea de reeducar a toda la jodida sociedad para que deje de dar tanto asco. Eso, por supuesto, si entiendes que tu sociedad debe ser reeducada. Hay muchos que se creen perfectos y opinana que el problema son otros: los inferiores.

Como consecuencia de ambas visiones, Timothy Fox es el nuevo miembro que completa el Parlamento dámara. El que se ha quedado con el asiento de Víctor Dobrev, mientras que Melisa Rowel ocupará el de Cecily. El nombramiento del hombre de la caja ha inclinado la balanza de poder de nuevo hacia los Armstrong. Yadra sigue en minoría y la muerte de decenas de bolidianos no ha servido de nada. La guerra entre la Reina y los Armstrong ha vuelto al punto inicial. Claro que solo unos pocos sabemos eso. El resto debe creer que ha votado lo correcto.

Tenemos a un fanático del elitismo dámara con dos votos en el parlamento y a una inmortal con nekrosenens, dispuesta a hacer una matanza con despojados para quitárselo de encima. Debería estar respirando dentro de una bolsa de papel, preguntándome cómo vamos a controlar a Yadra y a Parker, pero en lugar de eso me estoy carcajeando conforme mi trineo baja veloz por la nieve. Sí, he sido una de las dámaras válidas agraciadas en el sorteo. ¿Casualidad? No lo creo, Evans ha debido meter mano en los resultados, aunque lo niega rotundamente.

—Tori, frena, ¡frena! —grita conforme descendemos por la montaña. Su brazo rodea mi cintura con fuerza y usa sus pies para oponer resistencia contra la nieve. Me ha prometido que no

va a usar su poder para sacarnos de esta. ¿Qué emoción tendría si no? La posibilidad de hacerme daño es lo que vuelve locas a las mariposas de mi estómago. Me pasa en un trineo y me pasa con él.

Cuando volcamos de lado por su uso brusco del freno derecho, no puedo parar de reír a pesar de que me he golpeado el hombro en la caída.

—¡Estás loca! —acusa, pero cuando veo que tiene el pelo y la barba llenos de nieve me carcajeo de nuevo—. Ni siquiera has intentado frenar.

Tengo las piernas metidas en el trineo volcado y la espalda sobre la nieve, pero mi acolchada ropa de montaña hace bien su trabajo. El hombro de Evans está enterrado junto al mío, mientras me mira ceñudo. Cuando levanto la mano y le sacudo la nieve de la barbilla, sus ojos se ensanchan sorprendidos.

He accedido a montarme en ese trineo con él. He fingido que todavía somos amigos, porque estoy de demasiado buen humor para negarme. Además, es parte de mi grupo de amigos y de mi vida, y no me gusta estar enfadada con alguien. El rencor es peor para la salud que tragarse el orgullo. Así que, desde que hemos llegado, procuro darle el mismo trato amistoso que le doy a Drake y parece que eso le hace más daño que mi hostilidad.

Por supuesto, a Drake no le hago caricias en la nieve. Ni nos miramos en silencio con los ojos húmedos de la risa. Pero ahí tirados en el pacífico silencio de la montaña, es como si el resto del mundo no existiera. Ni los Armstrong, ni Ivah, ni su bebé...

Hasta que escucho el grito de Cas y la risa maquiavélica de Drake.

Evans carraspea y se incorpora, para inmediatamente ofrecerme su mano. Todos llevamos guantes ahí arriba y eso me hace sentir normal para variar. El trineo de los hermanos López choca contra un árbol cercano a nosotros y corremos hacia ellos para comprobar si están bien.

Aunque Cas está pálida como un fantasma, no tarda en reaccionar y empezar a darle golpes en el hombro a su hermano, quien se ríe tanto que acaba cayéndose del trineo.

Nos sacudimos la nieve y los recogemos para regresar a la cima y lanzarnos de nuevo.

—Vamos a buscar a Kyle —propone Drake, con innegables síntomas de abstinencia. Llevan dos horas separados y ya empieza a faltarle el aire. Electric Blue es un loco del snowboard por haberse criado cerca de las montañas del alto Glinen y no hay forma de separarle de las pistas expertas. Como mis padres no son élites, yo nunca he esquiado. Cas y Drake se turnan para estar conmigo en las pistas de principiantes y Evans... bueno, Evans no se ha separado de mí ni un instante. Dice que no tiene ganas de esquiar, pero le he visto contemplar las bajadas difíciles con anhelo.

Ivah, más embarazada y enferma cada día que pasa, se ha quedado en el hotel del pueblo. Sus padres han venido de Glinen para cuidarla. Son una pareja encantadora y educada que me ha dado buenas vibraciones desde el principio.

Parecen resignados ante la enfermedad de su hija y me pregunto qué opinan de su decisión de tener un bebé con un dámara en su estado de salud. Pero si están en contra, no han dado señales de ello, sino todo lo contrario. La miran con amor y agradecimiento, como si fuera su pequeño ángel en la tierra.

Regresamos al pueblo en el telesilla. Drake y Cas parecen dar por hecho que Evans y yo somos una unidad indivisible, porque nos dejan tomar el primero.

Admiro el impresionante paisaje desde las alturas, fingiendo lo mejor que puedo que no noto la mirada de Evans. La montaña está parcheada de zonas blancas y marrones que me recuerda a la piel de una vaca. Las pistas se localizan en las mejores zonas de nieve, por la que descienden

pequeñas hormiguitas humanas y dámaras, desde la cima hasta el pueblo. Las bonitas y estrechas casas de distintos colores, con tejados de pizarra a dos aguas cubiertos de nieve, son mi parte favorita.

No permiten llevar los trineos en el telesilla, para evitar que caigan sobre los transeúntes y los coches, por lo que Evans los hace flotar frente a nosotros con su telequinesis. Me pregunto si la usa también para hacerme cosquillas por la piel, o si eso es culpa de la maldita química que hay entre nosotros.

—¿Te lo has pasado bien? —rompe el silencio, justo después de pillarme infraganti.

—Hacía tiempo que no me reía tanto —respondo, apreciando el paisaje.

—Siempre he querido traerte aquí, sabía que lo amarías.

Los élites pueden traer dámaros válidos si son menores de edad a su cargo. Es por eso que Cas es invitada cada año a Gelia, a pesar de no ser élite. Pero mis padres y yo nunca hemos tenido ese honor.

—No ha acabado aún —continúa Evans—. La mejor parte es volver cansado y darte un baño caliente en el hotel. Después, cenar y tomar chocolate a la taza junto a la chimenea de los salones con vistas a las pistas iluminadas. Luego hay música y películas hasta tarde.

Suena genial. No me extraña que haya sido una tentación tan grande para los votantes. Además, deben de creer que Timothy Fox es tan moderno y progresista como Yadra y que este viaje no es más que el principio del cambio hacia una sociedad más tolerante.

—Hay algo redentor en saber que la montaña está limpia de despojados —comento, tras un instante en silencio. Toda la zona del Bajo Glinn lo está, desde Brunem hasta Gelia. Me siento segura aquí.

—Sí, pero no podemos aniquilar a los despojados de nuestras montañas —me recuerda—, merecen nuestro respeto.

—¿Tú crees? —Ahora que hemos empezado a reconsiderar las ideas de la Fylgja, ya no lo veo de ese modo—. Realmente el despojado ya no es un dámaro y nunca lo será. La persona en él ha muerto para siempre. Sería más fácil exterminarlos del todo.

—Yo no estaría tan seguro... —No es más que un murmullo para sí mismo, pero lo percibo.

—¿Por qué?

Parece debatir consigo mismo en silencio.

—¿Evans? ¿Por qué dices eso? —insisto—. ¿Tiene algo que ver con Ozrrat Halil? ¿Con cómo aparecieron sus huellas en mi cuarto?

Le brillan los ojos y abre la boca para decir algo, pero, por desgracia, llegamos a la estación y no me queda otra que saltar para que no me lleve de vuelta a la cima. Quiero sonsacarle más información sobre el amigo de Electric Blue, pero Cas y Drake también han llegado.

—Voy a buscar a Kyle —anuncia Drake, con el teléfono ya pegado a la oreja.

—Date prisa, han pasado tres horas, quizá ya se ha olvidado de quién eres —se burla Cas, sacándome una risotada.

Drake tuerce el gesto, probablemente preguntándose por qué no podemos ser todos Electric Blue, para que no tenga que tratar con nadie más, y se aleja, despidiéndose solo de Evans.

—Alguien está muy pillado —comenta este.

—Yo quiero un amor así —suspira Cas en tono melodramático. Entrelazo mi brazo con el suyo. Lo abultado de nuestros abrigos y las muchas capas de ropa que llevamos dificulta un poco la tarea.

—Y yo quiero un amor de cualquier tipo —bromeo—, me valdría hasta si ocurre todo solo en

mi cabeza y la otra persona me pone una orden de alejamiento, mientras yo creo que tenemos una relación.

Ella se carcajea.

—Seguro que la orden de alejamiento te parece una carta de amor.

—Decís muchas tonterías —nos regaña Evans, pero está sonriendo—. Vamos, ya es la hora del check-in.

Nos conduce al hotel al que ha ido Ivah y que está a menos de un minuto de la plaza del pueblo.

—¿Cómo sabéis que nos alojamos aquí? —Me siento como una pardilla mientras hacemos cola en la recepción.

—¿No te llegó una carta? —se extraña Cas. Niego con la cabeza y nos aproximamos al mostrador, donde uno de los recepcionistas ha quedado disponible. Nunca había estado en un hotel. Es así de triste. Solo los élitos y los válidos con familia élite van de vacaciones. Soy tan nueva en todo esto que los imito y saco mi carné de identidad.

—Habitación 215. —El recepcionista le da la bienvenida a Evans y le entrega una tarjeta con el logo del hotel.

—Tengo la 122 —me informa Cas poco después, mientras espero que encuentren mis datos en el ordenador.

—Disculpa —llama mi atención la mujer que me está atendiendo—. Señorita Baker, me temo que este no es su hotel.

—Pero... mis amigos están aquí —protesto, confusa. Ella me dedica una sonrisa incómoda y baja la voz antes de darme explicaciones.

—Los inválidos se alojan en las cabañas de Poltrent. —Señala el lugar en un mapa de papel con un bolígrafo azul y arranca la hoja para entregármela—. Están en la zona de hielo.

—¿En la zona de hielo? —repito, desinflada—. ¿Fuera del pueblo?

Asiente y se desentiende de mí, llamando a los siguientes clientes de la fila con la mano.

—¿Qué ocurre? —Evans observa el mapa entre mis manos con el ceño fruncido. Respiro hondo antes de responder. Me estaba sintiendo demasiado bien durante todo el día, no podía durar.

—Resulta que estoy en otro hotel con los inválidos, en la zona de hielo —explico avergonzada.

—¿Qué? —Cas pone una mueca de incredulidad.

—No puede ser —espeta Evans entre dientes—. Voy a hablar con ellos.

—No —le ruego, sosteniendo su brazo—. Por favor, no. Bastante humillante es ya.

Ambos me miran incómodos y me gustaría que dejaran de hacerlo, que hicieran como que es normal. Toda mi vida me han tratado así. Debería ser normal para mí. No sé por qué sigue doliendo.

—Pero no eres inválida —protesta Cas.

—Es como si lo fuera, nadie me contratará para nada. No voy a generar dinero para el maravilloso estado de Dámara —murmuro, antes de rogarles que lo dejen estar. Me dirijo a la salida sin esperar a que me respondan.

Una vez en la calle, respiro hondo el aire helado de la montaña mientras contemplo el cielo rosado del atardecer sobre el precioso pueblo. Es un lugar mágico, así que me digo que es suficiente con estar ahí y ver todo eso.

—Puedes quedarte en mi habitación —ofrece Cas, apareciendo a mi lado. Niego con la

cabeza.

—No vamos a compartir cama, es peligroso —le recuerdo.

—Quédate conmigo —propone Evans entonces, ignorando lo que le acabo de decir a mi amiga. No tengo fuerzas para contestar, solo quiero olvidarme del tema. Doy dos pasos, pero me doy cuenta de que no tengo ni idea de a donde ir o qué hacer.

—¿Dónde están nuestras maletas? —pregunto seria.

—Las dejan en tu habitación —me explica Cas.

Asiento y hago el amago de irme otra vez, pero no sé cómo llegar a la zona de hielo.

—¿Cómo subo allí? —Abro el mapa y lo coloco para que esté en la misma posición que yo.

—Debe haber un autobús —responde mi amiga, pero se ve disgustada.

Evans avanza para cogerme del brazo y tirar de mí hacia el otro lado de la calle.

—No vas a coger ningún bus. Te acerco yo y cuando termines de ducharte vuelvo a por ti —asegura, enfadado. Sé que no está enfadado conmigo sino con su padre. Parker debe haber organizado todo esto para que pongan a los inválidos fuera del pueblo como a unos apestados.

Camino a su lado en silencio.

—Lo siento —digo al fin cuando nos montamos en el vehículo. Me echa un vistazo antes de volver la cabeza para dar marcha atrás.

—¿Estás de broma? —Está más cabreado de lo que creía, se nota por su forma de conducir.

—Ten cuidado, la calzada está helada —le recuerdo, sintiéndome aún peor. Disminuye la velocidad, pero sigue callado.

—¿Alguna vez fantaseas con que mi poder fuera otro, con que fuera élite? —Me duele imaginar que desearía que yo fuera distinta—. ¿O tal vez sueñas con no haberme conocido nunca?

Evans frena el coche en mitad de la carretera. Por suerte no hay mucho tráfico ahí arriba. Se gira hacia mí y me mira fijamente a los ojos.

—Baker —comienza enfadado—. Eres lo mejor que me ha pasado nunca y me odio a mí mismo, a mi familia y a esos putos elitistas por cada vez que te hemos hecho sentir menospreciada. No lo eres, ¿vale? No vales menos que ninguno de nosotros.

Parpadeo, sorprendida y emocionada por sus palabras. Sin saberlo, siempre he deseado que alguien me dijera justamente eso. Pero que venga de él... empiezo a llorar. Sollozos que se escuchan demasiado en el silencio del automóvil.

—¿Por qué lloras? —pregunta, horrorizado.

—Porque...me...me has emocionado —consigo soltar con dificultad, a lo que él sonríe y alarga la mano para acariciar mi coronilla.

—Ten cuidado —le grito, apartándome. No lleva guantes y si sus dedos llegaran a tocar mi cuero cabelludo...

—Eres tú la que debe tener cuidado conmigo. —Sus ojos muestran un brillo travieso.

—¿Por qué lo dices? —pregunto, pero se limita a dedicarme una sonrisa misteriosa y vuelve a poner el coche en marcha. La carretera sube hasta llegar a una parcela con cabañas adosadas, que están literalmente aisladas del mundo. No hay nada más allí arriba.

Ni siquiera hay recepción, solo unas taquillas con nombres y ahí sí que figura el mío con una llave para la cabaña número cinco. Me alojo en un dormitorio compartido con otros cinco desconocidos. La enorme estancia es rústica y acogedora, con una chimenea de piedra, dos lámparas de hierro forjado con aspecto medieval y cuernos de animales decorando las paredes. Cada cama está situada en una especie de alcoba ovalada con cristaleras a la montaña y cuentan

con una cortina para separarla del resto de la habitación.

Evans no comenta nada sobre el hecho de que tenga que compartir estancia con desconocidos y yo tampoco quiero quejarme. Lo cierto es que es bonita y las vistas son espectaculares.

—¿A qué hora quieres que vuelva? —pregunta, cuando encuentro mis maletas junto a una de las camas.

—El baño es compartido —me informa una chica que está sentada sobre una de las camas con los pantalones de esquí puestos—. Yo soy la siguiente, pero después puedes ir tú.

Asiento y le dedico una sonrisa de agradecimiento.

—¿Cómo se va al pueblo?

—Hay un autobús a cada hora —explica, mirando a Evans con curiosidad. Sé lo que está pensando. ¿Qué hace un élite con una inválida? Hasta su flamante Audi destaca aparcado en la puerta.

—Bajaré en el siguiente bus —decido. Evans me fulmina con la mirada y le echa un vistazo a la chica. Después, corre la cortina para darnos algo de intimidad.

—Seré tu chófer estos tres días, Baker —asegura, cruzándose de brazos—. Acéptalo. No verás el interior de ese autobús. Pongo los brazos en jarra.

—No hay nada indigno en un autobús, niño pijo —me burlo, para disimular que estoy encantada con sus atenciones.

—No lo hay, pero los autobuses son para la gente que no tiene un chófer personal —declara. Me quedo boquiabierta y entonces él da dos pasos hacia mí— ¿Necesitas ayuda para quitarte toda esa ropa?

Abro los ojos mucho e indico la cortina con la cabeza, por si se ha olvidado de que no estamos solos, y él se ríe.

—Regreso en una hora —amenaza y se marcha.

22 ERES BELLEZA

Antes de que se cumpla la hora, estoy lista y calentita en el interior del autobús que se han molestado en fletar para trasladar a los inválidos. Me relajo sobre el confortable asiento y toqueteo curiosa los botones de la tablet que cuelga del reposacabezas del asiento delantero. La tapicería y el plástico huelen a nuevos. Puede que Parker no sea tan malo después de todo, puede que solo le cueste más modernizarse que a los demás, pero lo esté intentando

Es cierto que ha intentado asesinarme para evitar que su hijo procreé con mis genes deficientes, pero no puedo evitar pensar que con padres inválidos debió sufrir vejaciones y maltrato durante su infancia. El dolor de ciertas heridas puede cambiarte para siempre. Aunque yo no me dedico a asesinar y a humillar a gente, como hace él, cada uno tenemos una forma distinta de responder ante los traumas.

Llegamos al pueblo tan rápido que me da hasta pena desperdiciar la maravillosa biblioteca de música y películas. Ahora que ha caído el sol y las pistas han cerrado, las calles están abarrotadas e inudadas de un ambiente animado. Me cruzo con senderistas y esquiadores de todas las edades. Algunos van de gala para la cena de Agradecidos o víspera de Navidad, sin son humanos, mientras que otros, caminan con sus peculiares zapatos de esquí aún en sus coloridas ropas de nieve. Mi humor festivo me ayuda a entrar con la cabeza alta en el hotel del que me han echado.

He quedado con Cas en el salón del reno y es todo un placer ver la sorpresa en el rostro de Evans cuando aparezco. Me echa un vistazo de arriba abajo, apreciando mis medias negras con perlititas blancas y mi vestido burdeos de terciopelo. Después, se mira el reloj, alarmado, creyendo por un instante que se le ha pasado la hora de recogerme, pero le dedico una sonrisa de autosuficiencia para que le quede claro que he bajado por mi cuenta.

Amplios sets de sofás y sillones descansan bajo los enormes ventanales del salón del reno y al fondo se erige una majestuosa chimenea de piedra con decoración y luces de Navidad. Las conversaciones animadas se mezclan con las dulces notas de un violonchelo y me siento rica por un instante.

Cas me pasa una copa de vino tinto y enarco una ceja.

—No pasa nada —susurra, chocando la suya para brindar conmigo—. Hoy somos adultas y sofisticadas.

Me río, pero tengo la sensación de que me están observando y cuando miro por encima de mi hombro me encuentro con los ojos de Evans. Tiene el culo apoyado en el respaldo del sofá donde están sentados Daniel Brown y otros de sus amigos élites. No parece estar prestando atención a la conversación.

Le guiño un ojo y me desentiendo de él. Desde que se convirtió en el copycat se acostumbró a

ser el centro de atención. Pues bien, lo mejor que puedo hacer para volverle loco es no convertirle en mi centro de nada.

—¿Cómo estás? —susurra Cas, atrayendo mi atención de nuevo.

—Perfectamente —le aseguro—. Fui demasiado dramática antes. Las cabañas de arriba están muy bien y tienen unas vistas preciosas a las montañas.

—Genial, ¡qué ganas de despertarme allí mañana! —celebra.

—¿Qué? —pregunto confusa y ella sonríe con autocomplacencia.

—Drake y Kyle han hecho un trato con tus compañeros de cuarto que no han podido rechazar.

—¿Qué trato?

—Les hemos cambiado las habitaciones. Drake dice que estaban encantados —explica y me deja atónita.

—¿Vais a ser mis compañeros de cuarto? —recapitulo sin creérmelo, y cuando ella asiente, suelto un grito de lo más infantil.

—Ya verás qué bien nos lo vamos a pasar allí arriba a nuestro aire... —promete Cas igual de entusiasmada—. Ha sido idea de Kyle.

Vuelvo a gritar, dando saltitos y le doy un abrazo con cuidado.

—Ayyy, me acabas de hacer muy feliz. No me apetecía nada subir más tarde a dormir con extraños y ahora estoy deseando que vayamos.

Cas me sonríe de vuelta y da un trago a su copa con toda la naturalidad que consigue conjurar, pero yo la conozco bien y sé que está casi tan fuera de su elemento como yo.

—No dirás lo mismo cuando tengamos que atar a mi hermano y a Kyle en distintas camas para dormir tranquilas —se burla en un susurro, por si alguien nos escucha. Nos estamos riendo cuando alguien me pellizca el culo.

Voy a darle un bofetón a quien sea, pero la sonrisa de dientes largos y separados que me encuentro me apacigua al momento. Electric Blue tiene el pelo elegantemente peinado hacia un lado, hasta da el pego y parece alguien presentable y bien educado. Nunca lo había visto tan elegante. Camisa blanca con pajarita y una americana de color azul eléctrico hecha seda brillante. Le acaricio las solapas de la chaqueta que son de un tono más oscuro.

—Si tuvieras una ropa oficial, sería esta —le digo admirada.

—Es mi chaqueta para ocasiones especiales —explica.

—Es tan tú, que cada vez que cierre los ojos y te imagine, te imaginaré con ella.

Electric Blue se carcajea y se me acerca al oído.

—Pero solo con ella y nada más —sugiere. Al otro lado de la sala, Drake y Evans nos espían nada entusiasmados.

Cas dice que ha sido idea de él cambiarles la habitación a los huéspedes con los que iba a compartir. Es por eso y no por hacer daño que le acaricio la mejilla, notando que las tiene quemadas por haber estado todo el día en la nieve, pero en lugar de eso digo:

—Eres belleza, Kyle Dobrev...tanto por dentro como por fuera, eres pura belleza.

—¿Sí? —sonríe pletórico, pero sus rasgos vuelven a tensarse cuando echa un vistazo sobre su hombro—¿Entonces por qué mi novio se avergüenza de mí?

Drake está fingiendo escuchar lo que le dice Lara, pero en realidad nos observa enfurruñado.

—Habéis discutido —deduzco y él pone los ojos en blanco.

—Me ha pedido que no sea cariñoso en público —replica.

Por mucho que mi lealtad sea toda para él y no para Drake, tengo que defender al moreno en

esta ocasión. Electric Blue no sabe lo que es criarse en Dámara y toda la presión social que conlleva.

—Sabes que la homosexualidad no está aceptada en Dámara como en el resto del mundo —razono—. Nuestro valor radica en nuestra utilidad. La única razón por la que se nos permite enamorarnos es porque de ahí salen más dámaros, más herramientas, más esclavos... —Mi propio discurso me recuerda las palabras de Parker cuando me dio la paliza.

“Le aseguro Baker, que el legado de los Armstrong no se perderá en unos hijos maricones con un poder insignificante o ridículo como el suyo”.

El recuerdo está tan fresco, tan cargado de dolor y humillación como si hubiera ocurrido ayer. ¿Cómo he podido pensar que Parker no era tan malo solo por habernos puesto un autobús decente? ¿Cómo de baja es mi propia estima para disculpar algo así, como para alabarlo por tan poco?

—No es fácil deshacerte de años de programación mental —continúo—. Dale tiempo.

Mi amigo da un sorbo a su copa y después observa su contenido.

—El tiempo no se da, cariño, se pierde. Es el tiempo lo que un día miraremos atrás y desearemos haber apreciado por encima de todo lo demás.

No puedo discutirle eso. Su poder le ha hecho único. Sabio y libre de la forma en la que todos deberíamos ser.

—Bailemos —me dice, tras dejar su copa sobre en una de las mesas.

—Pero nadie más está bailando.

—Eso nunca me ha disuadido. —Me guiña un ojo y me coge de la mano—. Baila cuando te dé la gana, baila, aunque nadie más lo haga.

Esa actitud es lo que más admiro de él. Damos vueltas por la sala, a veces su mano está en mi cadera, otras, me hace girar sobre mí misma. Todo el mundo nos mira y no puedo parar de reír. Que les jodan si no cabemos en sus moldes, si no hemos salido según sus bocetos, si no cumplimos sus propósitos, que les jodan a todos. Sufrir por decepcionar las expectativas de otros es el verdadero delito.

Las bandejas con comida y bebida se suceden sin pausa y, cuando han pasado cuarenta minutos, estoy a punto de reventar. También estoy borracha.

Mi buen humor no parece deberse sólo al alcohol, sino a las carcajadas constantes con Cas y Electric Blue. Siempre me he considerado una desgraciada por haber sido marginada por mis compañeros de escuela, pero esta noche me doy cuenta de que soy todo lo opuesto. Veo a Drake entre amigos crueles con los que no puede ser él mismo. Parecen perfectos y superiores por fuera, pero soy yo la que tiene la suerte de haber encontrado a dos personas maravillosas, que me aceptan como soy y viceversa.

Una vez fuera del hotel, de camino hacia la pista, paso mis brazos por los hombros de ambos. No es una postura cómoda, debido a lo abultados que son nuestros abrigo. Debería tener las piernas congeladas por ir en medias, pero casi no lo noto.

—No voy a hacer el descenso de agradecimiento porque...bueno porque me partiría el cuello, pero quiero daros las gracias aquí mismo. Quiero daros las gracias por ser mis amigos y por quererme defectuosa como soy —declaro con cierta dificultad, mi lengua está un poco atontada.

Cas se detiene en seco.

—Defectuosa —repite y debe ser lo más divertido que he dicho nunca, porque se dobla sobre sí misma, carcajeándose.

—Oh, no... —se lamenta Electric Blue—, Cas es una de esas borrachas plomo.

No entiendo a qué se refiere y me doy cuenta de que lleva una botella de champán en la mano. Tiene mucho aguante bebiendo porque, a pesar de no haber parado, es el más fresco de los tres.

—Ya sabes, de esas que se paran todo el rato y no consigues que avancen —Lo dice como si estuviera describiendo a una asesina de cachorros. Me entra un ataque de risa y acabo contagiándolo.

—¿Estáis bien? —La voz de Evans me hace sentir que mis padres me han pillado en plena travesura. Estoy tirada en la acera congelada al lado de mi amiga que está de rodillas.

—No —responde Electric Blue con los brazos en jarra—. Tus amigas son borrachas plomo ¿Por qué nadie me avisó de esto?

Por si fuera poco, junto con Evans aparecen los López.

—¡Mierda! Mis padres —exclama Cas, tomándome del brazo, antes de susurrar—. Disimula.

Quiero decirle que será complicado disimular y fingir estar sobria cuando estamos tiradas en la calle, pero es demasiado cómico verla poner cara de inocente en una posición tan ridícula. Me da otro ataque de risa y se me humedecen tanto los ojos que tengo que secarme las lágrimas con las mangas.

—¿Cas? ¿Qué estás haciendo? —pregunta su madre, alarmada—. Vas a resfriarte, levántate.

—Yo me ocupo, mamá —la tranquiliza Drake y toma a su hermana de la cintura para levantarla en volandas.

—Ya no bebas más —la regaña su padre de brazos cruzados.

Cas asiente con una seriedad forzada que me hace reír de nuevo a pesar de lo incómodo de la situación.

—Drake, cuida de tu hermana, ¿quieres? —ordena su madre antes de alejarse en dirección a la pista. Mi risa se corta cuando noto que alguien me levanta a mí también por los aires. Evans ha pasado su brazo por debajo de mis piernas y me encuentro con su cara a pocos centímetros.

—Así me gusta, no las soltéis o no vamos a llegar a tiempo —se agobia Electric Blue.

Drake se coloca a su hermana a caballito.

—¿Vas a llevarme en brazos todo el camino? —Le preguntó a Evans, taladrando el perfil de su rostro con mis ojos. Llegamos a las escaleras que llevan a la plaza principal del pueblo y que están solo a trescientos metros de pie de pista.

—No pesas tanto —me asegura, mientras se concentra en que no nos caigamos en los escalones. Cuando alcanzamos la plaza, me echa un vistazo, consciente de que le estoy mirando fijamente— ¿Prefieres ir a caballito como tu amiga?

—No —murmuro. De pronto estoy fascinada por su rostro y no quiero perderlo de vista. Quizá sea el alcohol, pero no me contengo y lo analizo con la boca abierta—. Te sienta bien el azul.

—¿Por qué lo dices tan enfadada? —Un brillo divertido asoma en sus ojos.

—Siempre he odiado que seas guapo —confieso, dándome cuenta de que nunca se lo había contado—. Me gustaría que fueras muy feo, que tuvieras trece verrugas peludas en la cara, que tus ojos fueran de otro color... cualquiera menos el que tienes ahora. Me gustaría mirarte y no sentir nada.

Evans se pone serio y me deja sobre el suelo. Estamos parados en mitad de la plaza, mientras no para de pasar gente que va hacia la pista para ver el espectáculo de agradecimiento. Pero, por un momento, me es como si estuviéramos solos en una burbuja.

—Pues ya somos dos —me responde entonces—. Es gracioso que hayamos deseado lo

mismo durante años.

—No, no lo es —protesto—. En realidad, es muy triste.

Evans me mira a los ojos un instante y sonrío con ternura.

—Ya no, Baker. Ya no es triste.

Frunzo el ceño sin entender a qué se refiere, pero él me coge de la mano y tira de mí hacia los demás.

—Vamos, tengo que llegar antes que el mogollón.

—¿Por qué? —le pregunto, temiendo su respuesta. Su silencio es suficiente—. Evans Armstrong, ni se te ocurra pensar en soñar con imaginar hacer el salto de agradecimiento.

Se carcajea por lo enrevesada que es mi frase.

—No bebas más, Baker —sugiere en lugar de responder—. Tengo planes para ti esta noche.

—Si sobrevives, querrás decir —preciso, demasiado preocupada con su seguridad como para preguntar acerca de esos planes.

23 AGRADECIDOS

Conforme nos acercamos al pie de la pista aumenta la aglomeración de gente. Evans nos abre paso entre la multitud hasta la puerta de la telecabina.

—¿Ves a tu amiga? —Señala la zona que han habilitado justo donde acaba la rampa—. Puedes ver los saltos desde allí con ella.

Toma los esquís que le ofrece uno de los empleados de la estación.

—Evans, no...

—Tengo que hacerlo, Tori. —Sonríe de forma tranquilizadora—. Estaré bien, espérame en la pista.

—Eres un idiota. Si te matas no voy a llorar una mísera lágrima por ti —grito, mientras se sienta para ponerse las botas—. Si te matas haré una fiesta el día de tu entierro y prepararé tus galletas favoritas con mi madre y no podrás probarlas.

El conductor del telecabina se muestra perplejo, pero Evans está acostumbrado a mis arrebatos y no reacciona.

—Estaré bien, Tori, ya te he dicho que tengo planes para ti esta noche —repite antes de que las puertas se cierren entre nosotros. Golpeo el cristal con rabia para llamar su atención y le enseño mi dedo de en medio, provocando su risa. Cuando la cabina desaparece de la estación, suelto un bufido y salgo de la caseta hacia la zona de observación.

—¿Dónde está Electric Blue? —pregunto cuándo alcanzo a los hermanos López.

—Creía que estaba contigo —me responde Drake, ceñudo.

Por mucho que me suba la bufanda, hace un frío espantoso sobre la pista. Sobre todo, cuando el viento sopla en nuestra dirección, lanzando la nieve artificial que despiden los aspersores para mantenerla en buenas condiciones. Las farolas iluminan la caída y la pista de aterrizaje mientras que la montaña y el cielo permanecen sumidos en un invernal rosa oscuro. La belleza de las vistas quita el aliento.

Desde el punto en el que estamos, hay buena visibilidad al trampolín por donde saldrán propulsados, en unos instantes, los dámaros más valientes o insensatos. Siempre lo he visto por televisión, pero es emocionante y mágico estar aquí en persona y empaparse del ambiente. Las cadenas estatales de Dámara TV y Dar TBT están sobrevolando la zona en dos helicópteros, pero también tienen un par de cámaras a pie de pista para immortalizar el aterrizaje. Han colocado pantallas en ambos laterales para que podamos ver de cerca a los saltadores momentos antes de lanzarse y seguir también el descenso.

Los dámaros no celebramos la Navidad como el resto de la humanidad. La noche de agradecimiento es la celebración más parecida. Algunos van más allá y hacen un salto en trampolín. Si logran caer con gracia y descender hasta pie de pista, demuestran así su profunda gratitud por alguien en particular. Es un gesto bonito y de gran significado.

—¿No ha empezado todavía? —Ivah acaba de llegar hasta nosotros. Tiene su brazo entrelazado al de su padre, quien observa los alrededores con la misma expresión ilusionada que debo de tener yo. No es el único humano. Más de la mitad de los asistentes a esa costumbre

dámara lo son, pero solo los dámaros saltan.

—No, pero ya no falta nada —respondo, castañeando los dientes.

—Hemos traído chocolate caliente —anuncia la madre de Ivah, sosteniendo un portavasos de cuatro en cada mano.

—Os adoro. Tengo tanto frío que es posible que haga el salto para agradecerse —exagero. La madre de Ivah se ríe y ofrece los demás vasos a Drake y a Cas, antes de ponerse junto a su marido.

Drake llama de nuevo a Electric Blue sin respuesta.

—Estará meando —bufa Cas—. ¿Recuerdas cómo respirar sin él? Tomas aire por la nariz y después lo sueltas. Si lo haces bien no te morirás, aunque Kyle no esté cerca.

Su hermano le aparta la vista, avergonzado y ella me guiña un ojo.

—¿Qué?

Cas no me responde, sino que mira hacia la pantalla con una sonrisa misteriosa y da otro sorbo a su chocolate.

Suena Don't let me down de The Chainsmokers cuando la primera saltadora aparece en la pantalla. Es una mujer de unos veintitrés años a la que no conozco, pero debe ser élite. Los válidos no tenemos experiencia en la nieve. La mujer le habla al micrófono mencionando a su madre y explicando que le da las gracias tras ayudarla con su recién nacido. Lleva las orejas de un zorro, haciéndole tributo a ese animal y un ramo de diminutas flores azules pegado a la espalda. Deben ser las favoritas de su madre, como dicta la tradición.

Realiza un salto perfecto y una caída perfecta. Drake nos explica que es de las mejores esquiadoras dáraras que tenemos y que todos los años se luce en las pistas. Su sueño hubiera sido dedicarse a ello profesionalmente, pero claro, es dárara. No tiene la libertad de hacer lo que quiera.

Evans no está en esa situación y todos los años se hacen daño varios saltadores.

—¿Sabías que Evans planeaba hacer el descenso? —le pregunto a Ivah, mientras me pego el vaso caliente a la mejilla.

Ella asiente.

—Le he dicho que no era necesario —replica ella—. Pero ya sabes lo cabezota que es.

Noto una punzada de envidia al saber que Evans va a hacer el descenso en agradecimiento al hijo que Ivah va a darle. Hubiera sido bonito que fuéramos él y yo en unos años. Supongo que es pedir demasiado a la vida.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —La voz de la joven me saca de mis pensamientos amargos.

—¿Por qué no estáis juntos? —Su pregunta me sorprende. Nunca creí a Evans del todo cuando me aseguró que no era su chica— ¿Es por su familia?

Niego con la cabeza, pero ella no deja de observarme con curiosidad.

—¿Tú qué crees? —murmuro entre dientes y tratando de aferrarme al humor festivo.

—¿Por esto? —El tono de sorpresa va acompañado por un masaje sobre su abultada barriga.

—Claro —respondo, casi atragantándome por lo difícil que se me hace hablar justamente con ella sobre la traición de Evans.

—Vaya —exclama entonces, abriendo mucho los ojos—. No pensé que, dadas las circunstancias, fuera a importarte el embarazo.

—¿Disculpa? —casi grito y derramo un poco de mi chocolate.

—Dadas las circunstancias... —Ivah se detiene al ver mi expresión ultrajada y se retracta—. Vale. Entiendo que no es una píldora fácil de tragar que tu chico embarace a otra, pero tampoco

es que ninguno de los tres tuviéramos alternativas. Las circunstancias eran drásticas y no es como si hubiera algo romántico entre Evans y yo.

—¿Crees que el hecho de que fuera sexo sin amor debería consolarme? —Resoplo y sacudo la cabeza.

—¿Sexo? —Repito Ivah con una mueca de disgusto—. ¿Crees que hubo algo remotamente erótico o recreativo en la creación de este bebé? Por todos los despojados Tori, ni siquiera estábamos solos. Hubo un sanador presente en cada coito, guiando las cosas, provocando que el embarazo se produjera. Igual que se hace con los humanos que tienen problemas para concebir. Inseminación asistida, ¿es qué Evans no te lo ha explicado?

No, no me lo había explicado. Más allá de negar que Ivah fuera su chica y de pedirme que lo habláramos con tranquilidad, a lo que yo me había negado en rotundo y Evans ha respetado mis deseos pacientemente.

No sé cómo me siento con esa nueva información. Estaba segura de que lo que había entre ellos, si no romántico, al menos había sido una aventura. Que no se hayan acostado por placer sino única y exclusivamente para concebir es... no sé lo que es. Por un lado, siento un gran alivio al saber que no se gustan, pero por otro... ¿en qué estaba pensando Evans para hacer algo así?

“Dadas las circunstancias” las palabras de Ivah regresan a mí con más peso y quiero preguntarle al respecto, pero me interrumpe Drake.

—Nuestra canción —exclama cuando empieza a sonar Delicate de Taylor Swift— ¡Es nuestra canción!

Mira de un lado a otro buscando a alguien. Presto atención a la letra y entiendo enseguida porque sienten que es su canción. Parece que se ha escrito para ellos.

This ain't for the best
My reputation's never been worse, so
You must like me for me
We can't make
Any promises now, can we, babe?
But you can make me a drink

Dive bar on the East Side, where you at?
Phone lights up my nightstand in the black
Come here, you can meet me in the back
Dark jeans and your Nikes, look at you
Oh, damn, never seen that color blue
Just think of the fun things we could do

Electric Blue aparece en la pantalla demostrando que no ha sido una casualidad.

—¿Kyle? —Por la expresión de Drake es obvio que no sabía nada de las intenciones de su novio. Pero Cas sí parece saberlo, porque tiene una sonrisilla cómplice en los labios.

Electric Blue lleva los ojos pintados en forma de gato con las orejas del mismo animal.

—Mi nombre es Kyle Dobrev y hoy salto por una persona que está en el público. Al escuchar esta canción, ya sabes quién eres... —sonríe cariñosamente—. Debo agradecerte mucho —sigue pausado, tomándose su tiempo con las palabras como si hablara en la televisión delante de tanta gente todos los días.

El público está especialmente callado, todos se encuentran fascinados por el magnetismo de los ojos más bonitos que jamás hayan visto, por su rostro, dulce y duro al mismo tiempo, y por la belleza del acento glinean tan poco común en una dámara.

—Gracias por lo que me has enseñado. Gracias por mostrarme que se puede vivir sin corazón. Que no duele nada que te lo roben cuando van a cuidarlo. Que ni siquiera lo quieres de vuelta cuando te gusta más verlo latir en otro pecho.

Después de esa original y preciosa declaración de amor, que nos deja a todos boquiabiertos, Electric Blue realiza el salto. Su técnica deja mucho que desear en comparación con la saltadora anterior, pero el silencio concentrado del público demuestra que ha logrado fascinar de otras maneras. Estoy segura de que Drake no es el único con el corazón latiendo a mil por hora entre el público, pero sí que es el único al que dejan pasar a pie de pista para recibir al saltador. ¿Es Drake consciente de que toda Dámara descubrirá que están juntos si hace eso? Mis dudas se disipan cuando los veo besarse en la cámara. Al parecer lo sabe y ya no le importa. Me alegro por ellos. Que le jodan a Dámara y a sus prejuicios.

Para cuando le toca a Evans saltar estoy completamente sobria y congelada.

—Mi nombre es Evans Armstrong y hoy salto por Ivah Tilly. Gracias por hacer posible que mi mayor sueño se cumpla.

Esta vez las palabras de Evans no me duelen, porque sé que no se refiere al amor de Ivah. No entiendo en absoluto la naturaleza de la relación entre ellos. Por primera vez, quiero explicaciones y las quiero esta misma noche.

Drake es el único que no ha bebido, acostumbrado como está a ser el conductor, por eso, en lugar de tomar el autobús, subimos a mi cabaña en su coche. Durante el trayecto nos acabamos la botella de champán que Electric Blue ha robado del hotel.

Mi opinión de la cabaña es totalmente distinta ahora que estoy con mis amigos. Ponemos música y colocamos uno de los colchones en el centro de la habitación para tirarnos sobre él.

—No paran de llamarme —murmura Drake, apagando su teléfono y lanzándolo sobre la cama—. Mis padres, Lara...

—Están sorprendidos, Drake —refuta Cas—. Dales tiempo...

El muchacho se tumba sobre su espalda y apoya la cabeza en el regazo de Electric Blue.

—¿Podemos quedarnos aquí para siempre? —gime, pinchándose el puente de la nariz con dos dedos. Pobre Drake, no está acostumbrado a ser el blanco de prejuicios, toda su vida ha sido el dámara perfecto.

—Yo voto que sí —declaro solemne, levantando mi vaso de agua—. Queridos, estoy agotada. ¡Y esto solo ha sido el primer día! Me voy a dormir.

En realidad, lo que quiero es llamar a Evans, que ha desaparecido después de la ceremonia de agradecimiento y no ha respondido a mi mensaje.

—Yo también, esta última botella de champán me ha dado más sueño que otra cosa —concuerta Cas, levantándose con torpeza—. Buenas noches.

La observo caminar hacia su cama y correr la cortina para encerrarse en la intimidad de su alcoba. Con un vistazo sobre mi hombro veo que la mía ya está cerrada, aunque no recuerdo haberla dejado así.

Me levanto y compruebo mi teléfono, pero aún no hay respuesta de Evans. Drake y Electric están en su propia burbuja y paso de preguntarles al respecto.

—Lo dicho, buenas noches, pareja —me despido y Electric me lanza un beso. Camino hacia mi cama—. Espero que no haya un despojado al otro lado de esta cortina —bromeo conmigo

misma al apartarla para pasar al otro lado.

La silueta junto a la ventana me hace ahogar un grito y detenerme en seco. Me relajo al ver que es Evans, sentado en el alféizar.

—Casi parece que preferías a un despojado. —Frunce el ceño y se cruza de brazos, ofendido.

24 ACLARACIONES TARDÍAS

—No lo dudes —le provoco en voz baja. Los demás tampoco le han visto llegar— ¿Qué haces aquí?

Levanta la pantalla de su teléfono para mostrar mi mensaje. No era mi intención hablar con él en persona y a solas en mi dormitorio. No era mi intención en absoluto.

—Me refería a que me llamaras, no a que te presentaras aquí —le saco de su error, un poco avergonzada.

—El colchón que habéis pisoteado es el mío —responde y vuelve a mirar por la ventana.

¿Eso qué quiere decir? ¿Qué piensa compartir mi cama? ¡Ni en broma! Doy varios pasos hasta colocarme frente a él.

—Largo.

—Creí que querías hablar.

—Hablaemos por la mañana.

—¿Y por qué no ahora? —Por su forma de sonreír parece saber que me pone nerviosa estar detrás de esa cortina con él, a oscuras y sin que nadie lo sepa. Aún suena la música que hemos puesto al llegar y la habitación es lo suficientemente grande como para que no nos escuchen si hablamos en voz baja—. Ya lo hemos pospuesto demasiado, ¿no crees?

¿Soy yo o todo lo que dice parece ir con segundas? Debe ser el brillo burlón en sus ojos.

Me quito los guantes bajo su atenta mirada. Si cree que después de todo lo que ha hecho y ocultado voy a desnudarme frente a él para su propio disfrute igual que aquella noche en mi dormitorio del campus, ya puede ir despertando.

—No quiero hablar contigo ahora. —Pongo mi mano desnuda frente a su rostro en una amenaza muda. Evans sonríe de lado y la analiza sin parecer muy impresionado.

—Te da miedo estar conmigo de noche —susurra—. Porque ya sabes cómo suele acabar.

Se me acelera el pulso y se me agita la respiración. Espero que piense que es por irritación. Doy un paso más, colocando mi mano a escasos centímetros de su rostro y enarco una ceja en actitud desafiante. Él ríe con suavidad, antes de salvar la poca distancia que he dejado y besar la palma desnuda de mi mano.

Suelto una exclamación de sorpresa e intento apartarla, pero él me sujeta. Sus cálidos dedos directamente sobre la piel de mi brazo.

—¿Qué haces? —me escandalizo. ¿Es que se ha vuelto completamente loco?—. Suélt... —Se me atragantan las palabras cuando su pulgar empieza a acariciar el interior de mi muñeca y la base de mi mano. Las cosquillas que provoca su piel sobre la mía me dejan muda, y no soy capaz de reaccionar cuando vuelve a posar sus labios en el centro de mi mano. Va depositando besos lentos y deliberados, subiendo por el interior de mis dedos, mientras mi corazón late frenético y mis rodillas ceden un poco hacia delante. En vista de ello, pasa su brazo por mi cintura y me apoya contra su pecho.

—¿Evans? —advierdo, sosteniéndome en una de sus rodillas. Aún está sentado en el alféizar de la ventana.

—Por fin puedo hacer esto, Baker —susurra contra mi boca justo antes de besarme. Sus

labios tienen la temperatura ideal y su suavidad compensa el roce de su barba. No tarda en profundizar el beso, dejándome probar el calor y el sabor del interior de su boca. Su forma de explorarme con su lengua es maravillosa. Ni demasiado lento, ni demasiado rápido. Me pregunto si alguien le ha instruido en mis gustos, porque es perfecto. Quiero ser besada así para el resto de mi vida... y a la vez, una vocecita en el fondo de mi mente me recuerda que no puedo estar haciendo eso con él. Pero la idea no llega a convertirse en pensamiento. No es hasta que mi cadera choca contra el asiento de la ventana, que recupero la cordura. Empujo sus hombros para apartarme de él y dar dos pasos hacia atrás. Veo impaciencia en sus ojos, a pesar de que se obliga a respetar mi ritmo.

—Supongo que tienes preguntas —jadea sin aliento y se frota la cara para recomponerse—. Por cierto, eso ha sido alucinante.

Parece tan desconcertado como yo. Conuerdo, aún reponiéndome de las sensaciones que acabo de experimentar. Nuestras respiraciones agitadas se despliegan entre nosotros, ¿de qué me serviría negarlo?

—Tenemos una química brutal, Tori —asegura y aprieta el banco del alféizar con sus manos, creo que para obligarse a mantenerlas ahí. Trago saliva imaginando todo lo que eso puede significar. Si he experimentado todas esas sensaciones con tan solo un beso...

«Céntrate, Tori. No dejes que te distraiga con tentaciones».

—Supones bien... tengo muchas preguntas —me apresuro en soltar, cruzándome de brazos para recuperar algo de control sobre mí misma. Quizá sea mejor que me aparte un poco más de él, decido, reculando hasta la cama—¿Por qué me has tocado?

—Ahora soy bloqueador.

Mis ojos se ensanchan por la sorpresa y me da vueltas la habitación.

—¿Tu padre...? —¿Es posible que Parker está cambiando de verdad? ¿Qué se haya arrepentido de todo?

—No, Ivah —me sorprende él—. Mi padre... —se detiene como si le costara decir sus siguientes palabras—. Mi padre quiere hacerte daño, Tori. Por eso Ivah o yo siempre estamos contigo. Por eso te metí en la cárcel antes de marcharme a Glinen.

Toda esa información me abruma. Necesito ir paso por paso porque hay mucho que no entiendo.

—Electric me dijo que era humana —comienzo por Ivah.

—Porque eso es lo que él cree. Conoce a Ivah desde pequeño y siempre la creyó humana. Blue nunca vio la muerte de Ivah, pero él no es capaz de ver a todo el mundo. Hay gente que no le muestra nada. Él creyó que Ivah era uno de ellos, pero, en realidad, ella lo estaba bloqueando. Sabes que los bloqueadores se manifiestan poco después de nacer. La exiliaron a Glinen en secreto y casi nadie sabe que existe y es bloqueadora. No está en los registros.

Trago saliva asimilando toda esa información. Me viene un recuerdo de lo que me dijo aquel día en su coche

“Electric Blue es la mayor ironía de mi vida. El chico que creció en la puerta de al lado podría haber salvado mi vida, si yo le hubiera dejado. Si yo lo hubiera sabido... supongo que soy una víctima más de nuestra estúpida sociedad. Una víctima más del ansia de poder y el egoísmo de dámaros y humanos”.

—¿Quién la exilió? ¿Quién quería ocultar su poder? —cuestiono, preguntándome a quién se refería Ivah. Alguien le pidió que guardara su poder en secreto y al bloquear a Electric Blue evitó que este predijera su cáncer a tiempo.

—Yadra —responde Evans—. Tiene una lista de exiliados no registrados a su disposición. Tener un bloqueador a tu servicio y en secreto es de lo más útil ¿no crees?

Todo encaja entonces.

—La joya de la corona —murmuro para mí misma. Era Ivah. Yadra utilizó a Ivah para sacar a los guardias dámaros del muro de Bólid la noche del ataque y después Pender le borró la memoria antes de despacharla de vuelta a Glinen. La bloqueadora ni siquiera sabe que formó parte del ataque.

—¿Cómo sabes que Yadra la llama así? —me interroga con el ceño fruncido—. La ha estado usando durante años y ese es, digamos, su nombre en clave.

Cierro la boca de golpe. «Yo también tengo mis secretos, mi querido Evans».

—¿Tori?

Doy dos pasos hacia él dejando caer mis brazos.

—Este no es mi interrogatorio, Armstrong. Es el tuyo —le recuerdo con tono firme—. ¿Cuál fue tu trato con Ivah?

Evans suspira antes de rendirse y continuar.

—Durante el año que estuve fuera, me dediqué a buscar bloqueadores, ya que mi padre se negaba a enseñarme. Conocí a Ozrrat Halil y a Electric Blue en Glinen. Ellos me presentaron a Ivah como su vecina humana, pero cuando Ivah descubrió que yo era el cypcat vino a hablar conmigo. Me contó que era bloqueadora, me lo demostró cuando no la creí. Le pedí que me enseñara a bloquear y ella me dijo que lo haría encantada si la dejaba embarazada a cambio.

—¿Por qué? —pregunto horrorizada, a pesar de que ya conozco esa parte.

—Porque se está muriendo Tori. Sus padres son inválidos y, al contrario que ella, sí que están registrados como dámaros. No pueden trabajar. Ella ni siquiera tiene una paga, ya que nadie sabe que existe aparte de la Reina. Yadra los mantiene a los tres, pero Ivah sabe que cuando muera sus padres se quedarán en la calle. No tienen más familia. Está segura de que con mi poder y el suyo, produciremos un élite, que cuidará de sus padres durante el resto de sus vidas.

—Por todos los despojados... —Mi nivel de perplejidad me roba las palabras. Todo empieza a cobrar sentido en mi cabeza. ¿Cómo puede alguien estar tan desesperado como para recurrir a eso? ¿Cómo de jodido es nuestro sistema?

—Por supuesto, le dije que no. Le prometí dinero si me enseñaba a bloquear, le aseguré que cuidaría de sus padres, pero ella no confía en nadie que no sea familia. No quiere morir sin estar segura de que sus padres no acabaran mendigando por las calles.

»Me negué a dejarla embarazada y regresé a Dámara con la intención de buscar otra solución o con la esperanza de que mi padre claudicara. Pero cuando me enteré de que estaba intentando asesinarte supe que se había vuelto completamente loco y que tenía que detenerle. Necesitaba aprender a bloquear, Tori, para protegerte de mi padre. Porque no importa cuántos poderes acumulo, él los bloquea todos. Necesito su poder para controlarle, y tú y yo lo necesitamos para estar juntos, de todas formas.

—Así que me metiste en la cárcel para mantenerme fuera del alcance de Parker y volviste a Glinen para dejarla embarazada —termino por él, con los ojos húmedos. Me da vueltas la cabeza.

—Necesito que sepas que no fue sexo, lo hicimos mediante inseminación asistida y hubo un sanador con nosotros en cada uno de los intentos. No hay nada entre ella y yo, Tori. Nada en absoluto. Creo que estaba enamorada de Ozzy. Las... sesiones fueron algo desesperado, mecánico, frío... Pero definitivamente no era erótico. La primera vez me negué porque creí que

no sería capaz de pasar por algo así hasta que tu vida corrió peligro.

»Sabes que no suele haber más de uno o dos bloqueadores al mismo tiempo en el mundo. Si mi padre te odiaba tanto como para quererte muerta nunca iba a enseñarme a bloquear y Ivah se muere... no había otra alternativa para ti y para mí que acceder a sus condiciones.

—¿Por qué no me contaste todo esto? ¿Por qué decidiste denunciarme y meterme en la cárcel? —Exijo saber. Me cuesta dejar ir todo mi enfado. Evans se pasa la mano por la cara y se levanta para ponerse justo frente a mí—. Me mentiste en todo, me dejaste creer que me odiabas y me querías en prisión. Regresaste con otra chica embarazada de ti...

—Tori... mi padre me vigilaba. No sabía cómo lo hacía sin que me diera cuenta hasta que conocí a su amiguito, Timothy Fox. Ese hombre puede seguirte y estar a tu lado sin que lo sepas. No podía comunicarme contigo sin arriesgarme a que se enterara. Tampoco sabía que tú me habías visto el día del reconocimiento. No tenía ni idea de que creías que te estaba denunciado de verdad y que yo era el testigo de Lewis. Ahora me imagino lo que tuviste que sentir.

»Mi primera idea fue llevarte conmigo a Glinen, pero sin ser bloqueador no podía mantenerte segura. Mi padre todavía podía eliminar todos mis poderes. Y como Ivah y yo teníamos que... ausentarnos a la vez, podían haber usado esos momentos para hacerte daño. Karen tenía razón: el lugar más seguro para ti era esa celda y que Parker creyera de verdad que yo te había metido en ella por voluntad propia. Le convencí de que me parecía mal que salieras a cazar violadores y él me creyó. Te dejó en paz por eso.

Por mucho que odie reconocerlo, Evans tiene razón. Además, si hubiera tenido que ir a Glinen con él y saber que estaba practicando coito mecanizado por un sanador con Ivah para solucionar nuestro problema, hubiera sido una auténtica tortura.

—Todo lo que he hecho Tori, ha sido por nosotros, por tu seguridad y por nuestro futuro juntos. Perdoname si te hice daño, si me equivoqué en las formas... —suspira y se frota la cara de nuevo—. Tal vez, toda esta responsabilidad me supera. Tal vez, no soy lo suficientemente bueno, pero hice lo que pensé que sería mejor.

Exhalo, contemplando su rostro. Es cierto que estoy enfadada con él y sus mentiras, pero sigo viva y mi amor por él también. Sus decisiones no eran fáciles y no puedo pedirle perfección cuando yo misma no soy perfecta.

—¿Tori?

Asiento despacio y Evans suspira aliviado. Da un paso hacia mí, buscando mi mirada.

—Toda nuestra vida nos han tratado como si fuéramos ADN andante. Primero me hicieron sentir que mi existencia era inútil y decepcionante para mi familia y para Dámara porque era un inválido. De pronto, soy el copycat y paso a tener toda la responsabilidad del mundo sobre mis hombros. Te perdí en el proceso, perdí mi libertad y me perdí a mí mismo. Volver a tenerte cerca es lo único que me hace sentir que vuelvo a ser yo, que merece la pena todo esto.

Noto un escozor en los ojos porque sé a qué se refiere. Yo también pierdo parte de mi identidad sin él, igual que si me faltara un pedazo de alma. Y ahora que ha vuelto a mi vida, hay una parte nueva que me gusta. Me gusta quién soy cuando estoy con él. Pero no puedo condonarle tan rápido, así que en lugar de hacer lo que parece que espera de mí, me cruzo de brazos.

—¿Qué quieres decir con que Karen tenía razón? —continúo y él se acomoda de nuevo en el asiento al ver que el interrogatorio no ha acabado.

—Meterte en la cárcel, hasta que regresara a Dámara siendo bloqueador, fue su plan y... lo cierto es que era brillante.

Me viene el recuerdo de nuestro extraño encuentro en el Parlamento.

—Tengo razones para creer que tú odias a los Armstrong aún más de lo que crees que te odiamos nosotros a ti —dijo.

—A ti no, Karen —la tranquilicé, a lo que ella respondió:

—Pues quizá deberías. —Y después, antes de tirarse a la piscina, añadió—. Me alegra que estés bien, Tori.

Ahora entiendo esa conversación.

—Aquella noche en mi casa, antes de que desaparecieras y vinieran a detenerme, alguien te llamó por teléfono. Era una chica —No sé por qué importa, pero el caso es que quiero saberlo.

—Era Karen —revela—. Estaba en un motel con... —se detiene y parece alarmado por lo que ha estado a punto de soltar.

—¿Con...? —le incito a seguir. Se muerde el labio y se frota la nuca.

—Aquella noche Karen me contó que papá estaba intentando hacerte daño y entonces me dio la idea de la celda dámara —responde en lugar de terminar la frase anterior. No me va a contar con quién estaba Karen, así que decido enfocarlo de otra manera.

—Tú sabes cómo llegaron las huellas de Ozrrat Halil a mi puerta, ¿verdad? —Es más una afirmación que una pregunta

Evans no responde, es algo de lo que no quiere hablar. Se me pasa por la cabeza que Ozrrat era la persona con la que estaba Karen en ese motel, pero no tiene sentido.

—No puedo decírtelo aún. En Dámara no hace falta querer contar un secreto para que te lo roben —decide decir, bajando la voz aún más. Pienso en su abuela y en mentalistas como ella, que pueden leer tus pensamientos más ocultos—. Es peligroso para alguien muy importante para mí. ¿Lo entiendes?

Entorno los ojos. Si no fuera porque yo también tengo mis propios secretos, le daría una patada justo entre las piernas.

—De acuerdo —concedo en un tono igual de bajo y doy otro paso hacia él—. No vas a contármelo aquí y ahora, pero vas a contármelo pronto.

Tras un instante, Evans asiente de mala gana. Nos quedamos mirándonos en silencio. Ahora que las cartas están sobre la mesa... ¿ahora qué? ¿Debería hacer caso a mi corazón, tomar lo que siempre he querido y ser la novia de Evans Armstrong? ¿O debería hacer caso a mi orgullo y castigar sus mentiras y su falta de comunicación un poco más?

Durante mi debate interno, él me observa con atención, intuyendo la discusión silenciosa que se está librando en mi cabeza. ¿Amor u orgullo? ¿Amor u orgullo?

Electric Blue aún recibe la misma previsión de que seré el mejor orgasmo de Evans. Lo que quiere decir que en algún momento voy a acostarme con él.

Me ama, aunque sus métodos no sean ortodoxos. Algo común entre los Armstrong y, en general, entre los dámaros.

Y luego está el hecho de que yo también lo amo. Electric Blue tiene razón en algo. No perdonarle nunca sería más un castigo para mí misma que para Evans.

De pronto, le sonrío. Ya me he decidido.

25 LA QUÍMICA DE LA VENGANZA

Me sonrío de vuelta, aliviado. Cree que voy a ser una gata dócil y que voy a frotarme contra su pierna antes de tumbarme en su regazo.

—¿Baker? —me llama—. Tengo la sensación de que estás pensando cómo asesinarme sin que nadie lo descubra.

Le miro de arriba abajo.

—Evans Armstrong, asesinarte sería un desperdicio. Al fin y al cabo, eres el único hombre heterosexual que puede tocarme y no eres precisamente repugnante. Puede que tenga otros planes para ti —trato de sonar fría y calculadora.

—Bueno, también está mi padre —bromea, pero no logra ocultar que le afecta mi nueva actitud. Sus labios se separan y me contempla con mucha atención. Sus ojos relampaguean con deseo contenido.

Comienzo a desabotonar el cuello de su camisa. Después la sacó del pantalón y él me ayuda, pero se mantiene receloso. Seguro que había imaginado que lloraría y luego me lanzaría a su cuello, profesando mi profundo amor eterno y mi felicidad por convertirme por fin en su novia.

Evalúo la piel tersa sobre los sólidos músculos de su torso. Mi respiración se agita un poco con las magníficas vistas. ¿Quién dice que no puedo divertirme mientras le castigo?

Levanto una mano y la detengo justo antes de tocar su abdomen. Aún no entiendo cómo funciona el bloqueo y si debe prepararse para que mi tacto no le afecte.

—¿Puedo?

Evans asiente. Sus ojos brillan como el acero, pero con una calidez incendiaria.

—Te estoy bloqueando todo el tiempo —me tranquiliza. Me humedezco el labio inferior y estudio su cuerpo, notando como su torso se ensancha en el pecho y se estrecha en la cintura. Mis dedos rozan su cinturón. Llevo tanto tiempo creyendo que no puedo tocarle, que me cuesta dejarme ir, pero Evans no es precisamente descuidado y siempre ha demostrado tener un control total sobre sus poderes. Mi mano sube y mis dedos rozan la piel de su abdomen que está más caliente que la mía.

Pierdo la timidez rápido y recorro sus abdominales, los oblicuos de su cintura y acabo pegando la palma de mi mano sobre el agradable calor de sus pectorales. Sé que lo estoy tratando

como a un objeto, pero es justamente lo que buscaba para quitarle romanticismo al momento. Lo que no había anticipado es que me iba a ser tan fácil concentrarme en su cuerpo y olvidar todo lo que ha pasado.

Evans exhala cuando cubro sus pectorales con ambas manos. Levanto los ojos a su rostro, fascinada con esa reacción y veo puro fuego en sus pupilas.

«Céntrate, Tori. Estás de misión».

Acaricio sus hombros y desciendo por sus brazos, encantada con la maravillosa sensación de sus músculos y su piel contra mis dedos. No sé si es por la rutina de gimnasio que sigue o por el uso de la hipervelocidad, pero esa es la parte más desarrollada de su cuerpo.

—¿Te estás divirtiendo? —me pregunta. Trata de mostrarse sarcástico, pero le falta el aliento. Le molesta que me comporte como si estuviera sola con su cuerpo, pero eso es parte del castigo.

—Ssshhh —siseo, poniendo mi pulgar contra sus labios sin mirarle a la cara—. Esta es mi primera exploración del cuerpo masculino —uso el tono más analítico que puedo.

Tomo la cintura de sus pantalones.

—¿Puedo? —pregunto antes de atreverme a desabotonarlos.

Evans parece descolocado por la forma en la que me estoy conduciendo, pero al mismo tiempo se muestra determinado a ser paciente conmigo.

—Puedes hacer lo que quieras conmigo, Baker.

Sus palabras hacen que una oleada de calor y entusiasmo inunde mi cuerpo. Libero los botones de su bragueta hasta que la cintura cede y los dejo caer a sus pies. Lleva unos calzoncillos ajustados de color burdeos, como mi vestido.

—Tori —susurra mi nombre en tono de advertencia cuando mis dedos se cuelan por el elástico de su ropa interior.

—Shsss, nada de tela, quiero sentir tu piel ahora que puedo.

—Vas muy rápido, debería... —intenta quitar mi mano, pero le detengo con la otra—. Estate quieto, solo quiero explorar.

Lo oigo tomar una punzante bocanada de aire cuando ahueco la mano sobre su erección.

—Siempre me he preguntado cómo sería el tacto y no estoy para nada decepcionada.

—Me alegro —responde entre dientes.

—¿Estás bien? — Me fascina su reacción, casi parece que le duele.

—No... No era como lo tenía pensado.

—¿Quieres que pare? —le doy una oportunidad.

—No, joder, no quiero.

En vista de su consentimiento, lo tomo en mi mano y la muevo de arriba abajo, sin estar segura de si estoy ejerciendo la presión correcta. Me ayuda estudiar su reacción mientras lo hago. Su expresión me da toda la información que necesito.

—Pobre Evans... —jadeo contra la piel de su cuello—. A merced de alguien por una vez en su vida.

Cuando veo que se rinde y relaja los hombros, me detengo y aparto la mano. Su expresión de profunda decepción casi me da remordimientos.

—Suficiente por ahora —declaro sonriente y me aparto de él para ir hasta mi cama.

Me quito el vestido, ignorando su presencia a mi espalda. Me quito el sujetador y él cierra los ojos y se frota la frente. Me pregunto si le estoy provocando un dolor de cabeza. Me pongo el pijama antes de meterme bajo las gruesas mantas. Al otro lado del cuarto cortan la música y es posible que, si hacemos ruido ahora, se escuche.

Me tumbo de espaldas y Evans me observa con una expresión de derrota. No es esto lo que

había imaginado.

—¿Puedo? —solicita en voz baja, indicando mi cama con la cabeza. Aparto una esquinita del nórdico, dándole permiso. Él se tumba cuidadosamente a mi lado.

—Sigues enfadada, por lo que veo —deduce, mientras contemplamos el techo sin tocarnos.

—¿Por qué lo dices? —Soy pura inocencia. Él resopla y dobla un brazo por debajo de su cabeza.

—Tengo mucha paciencia.

—Mentiroso. —Tiene la paciencia de un niño de tres años. Cuando éramos pequeños, solía buscar los regalos de la noche de Hamingja antes de tiempo y cuando se compra ropa nueva la estrena enseguida

—Vale, pues la tendré contigo. Tendré toda la paciencia del mundo y cuando se agote, tendré más —asegura, y sus palabras me enternecen.

—Bien, porque pienso agotarla toda —prometo, sonriéndole al techo con malicia. Me observa unos segundos en silencio.

—Ya te lo he dicho, Tori, puedes hacer lo que quieras conmigo —lo dice con mortal seriedad como prueba de su compromiso.

Giro sobre mi costado y me apoyo en un codo para contemplarle también.

—¿Vas a soportarlo todo sin quejarte? —compruebo y él asiente—¿Todas las torturas retorcidas que se me ocurran?

—Sí.

—¿Por qué?

Sin previo aviso, empieza a acariciar mi muslo con sus dedos.

—Porque te amo.

Me muerdo el labio y me dejo caer de vuelta en el colchón sin responderle. No puedo dejar que tres palabras le rediman, necesito que aprenda la lección. Me quedo callada mientras mi atención se centra en el agradable calor de su mano en mi pierna, y cuando apoya toda la palma en mi rodilla casi ronroneo por lo agradable que es. Se ha girado sobre su costado y me observa, pero no me importa que vea lo mucho que me gusta. Tendría que estar muerta para que no me gustara lo que me está haciendo, e incluso entonces creo que reviviría.

Las puntas de sus dedos hacen cosquillas en la parte interna de mi rodilla y es maravilloso. Me tenso cuando ascienden por mi muslo, acercándose a mi ropa interior. Creo que va a detenerse, intimidado por esa parte de mi anatomía, por vergüenza, respeto o algo por el estilo, pero me equivoco. Sus dedos me acarician por todas partes sin saltarse las que me hacen revolverme en la cama y que se me salga el corazón por la boca. Lo hace de pasada y continúa ascendiendo, colando la mano por debajo de la blusa de mi pijama. Se me eriza la piel a su paso y me vuelvo un mar de sensaciones. Parece que las terminaciones nerviosas de mi piel se han triplicado. Nunca nadie me había tocado así y definitivamente, no se parece en nada a cuando lo hago yo misma.

Ahora que ha levantado mi blusa, el aire frío de la habitación endurece mis pezones. Evans cubre uno de mis pechos con su mano y lo palpa con adoración.

—Me vuelves loco, Tori —jadea, justo antes de atrapar el otro entre sus labios. Me tengo que cubrir la boca con mi propio brazo para ahogar los ruidos que salen de mi garganta. Veinte años sin contacto humano y ahora el chico más sexy de la escuela tiene mi pezón en su boca... es posible que se me pare el corazón de un momento a otro.

Dejo que me bese, que pasee su lengua por mi estómago, que sus manos prendan fuego a mi piel, mi pobre miel dámara, desatendida durante tanto tiempo. Hundo mis dedos en su cabello y

me gusta tener su rostro entre mis pechos, ver como le fascinan. Noto su erección en mi cadera y es excitante e intrigante a partes iguales. Se supone que iba a detenerle, pero soy incapaz de hacerlo aún.

Evans asciende un poco más para besarme con lengua y tanta habilidad que me mareo, después sus labios pasan a mi mejilla y descienden a mi garganta. Siempre llevo cuellos cisne, bufandas o pañuelos. Tal vez, por eso, la piel de esa zona es hipersensible y sus jugueteos mandan oleadas de placer por todo mi cuerpo, especialmente cuando usa los dientes, con suavidad y pericia. Me estremezco, es delicioso ser tocada por otro ser humano con tanta pasión y cariño. Ser tocada en absoluto, por alguien que te gusta. Creí que nunca llegaría a descubrir lo que se siente y ahora tengo ganas de hacer el descenso de agradecimiento para Ivah también. Gracias a ella puedo tocar al chico de mis sueños, a pesar de que ahora mismo no hago mucho porque me tiene atontada. Quiero hacerle esas cosas también, quiero llegar a ser igual de buena y afectarle como me está afectando él a mí, pero no tengo nada de experiencia. Ni siquiera puedo reaccionar por lo abrumada que estoy con el solo hecho de que me toquen. Eso me fastidia porque se supone que soy yo la que lo tiene que torturar a él, pero mi inexperiencia no me lo permite. Me tranquiliza recordar que Electric Blue prevé que le provocaré su mayor orgasmo en algún momento de nuestras vidas. Solo necesito práctica. Bueno, primero necesito acostumbrarme a todo esto para ser capaz de reaccionar, de moverme o hacer algo más que jadear, sentir y retorcerme debajo de él.

Una de sus manos regresa a ese punto entre mis piernas y mis planes de tomar el control y dejar de ser tan pasiva se van a la mierda.

—Shss, Tori, van a escucharnos —susurra entre excitado y divertido. Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba haciendo ruido— ¿Vas a estar callada?

Asiento, aunque no estoy segura de ello. Me besa de nuevo para sellar mi ruidosa boca y entonces uno de sus dedos se cuela despacio dentro de mí. Evans absorbe mi gruñido de sorpresa con su propia boca. Al menos, hasta que me tapo la boca yo misma con la mano y arqueo la espalda hacia él, deseando que vuelva a hacerlo.

No me decepciona. Coordina sus dedos para acariciarme por dentro a la vez que presiona mi clítoris y hace verdaderos estragos en mi cordura. No le queda otra que usar su otra mano para intentar amortiguar mis gemidos. Pierdo un poco la noción del tiempo y la realidad cuando aumentan la cadencia de la fricción y acabo acumulando tanta tensión que exploto de placer.

Cuando el terremoto de sensaciones empieza un lánguido descenso, recobro la cordura y me empiezo a preocupar de si nos han escuchado.

Mis ojos se encuentran con los suyos, y tengo que controlarme para no decirle que lo amo con todo mi ser y mi existencia. Debe intuir algo en mis ojos porque me responde con media sonrisa cargada de autosuficiencia y me sonrojo recordando mi comportamiento de hace unos momentos.

Trago saliva, y me consuelo con que mi inesperado orgasmo no estropea para nada mis planes de torturarlo. Levanto la cabeza de la almohada para darle un beso rápido.

—Gracias por eso, no... no me lo esperaba, así tan rápido. Normalmente, me hace falta bastante más para llegar hasta ahí.

—Soy un hombre eficiente —responde, echándose a un lado. Puedo ver en su rostro que está autocomplacido, pero también feliz.

—No podría contradecirte, incluso si quisiera... —reconozco, y me giro para que estemos de frente.

—¿Vas a admitir que me amas ahora? —Me reta, con una sonrisa pletórica.

—Tu primero.

Evans se moja los labios y se inclina para darme un beso más tierno que erótico.

—Te amo, Tori Baker. A ti, tu peculiar humor, tu extraño cerebro y cada centímetro de ese cuerpo.

—Ohhh —suspiro, enternecida—. Qué bonito —admito, y después uso mi pie para empujarle fuera de la cama. Evans cae con un sonoro topetazo y me inclino para mirarle por el borde de la cama.

—Hora de volver a tu colchón pisoteado, Armstrong.

Intento no reírme al verlo tirado en el suelo, con una expresión confusa y ultrajada.

—Tori...

—Si fuera tu novia, a la que le cuentas todo y con la que compartes responsabilidades, podrías dormir conmigo, pero eso no es lo que somos, ¿verdad? —le explico y el tono dulce de mi voz que no concuerda con mis palabras—. Que descanses.

Me doy la vuelta para que no me vea sonreír. Tras unos instantes se levanta y sale de mi alcoba. No puedo evitar reírme.

Primer asalto: Baker 1 - Armstrong 0

26 ASOCIACIONES INESPERADAS

Cuando me despierto a la mañana siguiente y los recuerdos de la noche anterior regresan a mi mente, siento cosquillas en el estómago y me ruborizo. Después pongo los ojos en blanco, molesta con mi propia reacción.

Me levanto de la cama y aspiro entre dientes al notar el frío que hace fuera de las mantas. La calefacción debió de apagarse en algún momento de la noche y todo el calor se ha esfumado.

Me pongo el pijama, unos calcetines gordos y el abrigo por encima de este, y abro la cortina con sigilo. Todas las alcobas están cerradas, menos la de Evans, cuya cama está vacía. Por mucho que me fastidie, su ausencia me decepciona. Va a ser complicado mostrarme fría y torturarlo, si no consigo pasar ni una hora sin querer correr a sus brazos. Por suerte, el hecho de que no esté me exime de tener que poner a prueba mi autocontrol.

Cojo mi teléfono y veo que tengo un mensaje suyo.

Buenos días, Maléfica. Dormir solo y en el suelo me ha provocado una lipotimia, estoy en el hospital... vale, no estoy en el hospital, pero Ivah ha notado contracciones, voy a acompañarla a un sanador. Es pronto, así que probablemente sea una falsa alarma. Si es así, puedo subirte algo de desayunar de la pastelería que hay en el pueblo.

Suspiro, notando que ya no me afecta como antes el hecho de que Evans vaya a tener un hijo. Tecleo mi respuesta mientras sonrío como una tonta. Estoy tan feliz que es ridículo.

Quiero un croissant de chocolate. El de Cas con azúcar glas y para Dryle... trae todo lo que tengan en la panadería ¡¡¡agota existencias!!!

Me siento sobre el alféizar de mi ventana y disfruto de las maravillosas vistas de la montaña al amanecer. Levanto mi teléfono para inmortalizar los colores del cielo sobre la nieve en una foto, pero antes de hacerlo, vuelve a vibrar.

¿¿¿Dryle????

Me río y tecleo.

Dryle viene de Drake y Kyle. Es que los shippeo fuertemente... No es ni normal lo mucho que me fascina verlos juntos.

Evans no tarda nada en responderme.

Demasiada información, Baker

Adjunta un GIF de un actor poniendo una mueca de disgusto que me hace reír. No le respondo a eso. Aprovecho para tomar la foto antes de que acabe el espectáculo. Después apoyo la cabeza en el cristal helado y contemplo absorta el bonito lugar en el que aún me quedan dos días completos. Creo que hacía tiempo que no me sentía tan bien. Ahora que Evans es consciente de la locura de su padre y puede bloquearle, se ocupará de él y solo voy a tener que preocuparme de Yadra. Pero no estoy sola, tengo a Electric Blue para ayudarme con la Reina.

Se me ocurre algo entonces. Electric Blue ha debido cruzarse con Yadra alguna vez, teniendo en cuenta que salía con su padre. ¿Me pregunto si ha visto algo de su muerte? ¿Qué puede ver de alguien que es teóricamente inmortal? Tomo una nota mental para preguntárselo más tarde, y me distraigo cuando mi ojo capta un movimiento a pie de calle. Pego la nariz a la ventana para curiosear, creyendo que debe ser algún huésped madrugador. Solo hay dámaros inválidos alojados aquí arriba y es extraño que se levanten tan pronto cuando todos celebramos Agradecidos la noche anterior. Me llevo una sorpresa al ver de quién se trata.

Karen Armstrong está de pie frente a una especie de sótano que hay delante de nuestra cabaña. Y no está sola, la acompaña un hombre de color, al que no he visto nunca antes, y un muchacho alto y delgado. ¿Qué despojados está haciendo la niña a esas horas aquí arriba con esa gente?

En ese momento diviso el rostro del chico y suelto un grito porque no es otro que Ozrrat Halil, el amigo de Electric Blue, que murió despojado hace unos meses. O eso creía. Según ven mis ojos, está vivo y coleando, y con toda su piel intacta. Lo que explicaría como aparecieron sus huellas en mi dormitorio.

Los observo durante unos instantes, parecen discutir sobre algo y Karen señala el sótano. Ahí está pasando algo muy extraño y debe tener que ver con Parker Armstrong, si Karen está de por medio. Quizá el hombre que los acompaña es uno de los secuaces de Parker.

Salto del alféizar y me coloco las botas sin molestarme en abrocharlas. Voy hasta la alcoba de Electric Blue y me asomo a través de la cortina. Drake y él están dormidos sobre su cama.

—Electric —lo llamo con tono suave pero firme. Drake levanta la cabeza, adormilado y frunce el ceño.

—¿Qué quieres? —se queja y me retuerzo las manos, ansiosa.

—Está ocurriendo algo extraño.

Drake pestañea como si no lograra verme bien y se frota los ojos. Impacientada, rodeo la cama y me inclino sobre el rubio platino que descansa boca abajo.

—Electric —insisto.

—Eres una ilusa si crees que vas a despertarle así —me asegura Drake con voz rasposa.

Me empiezo a poner nerviosa. Sea lo que sea lo que está ocurriendo ahí fuera, tenemos que darnos prisa.

—Tengo que despertarle. —Decido empujar su hombro—. ¡Electric, despierta!

Ni se inmuta.

—En serio, Tori, necesitas una trompeta o algo así para traerle de vuelta —se burla Drake, sin dar importancia a mis palabras. Es la gota que colma mi vaso. Me pongo de rodillas sobre la espalda de Electric Blue y empiezo a sacudirlo con todas mis fuerzas. El joven da un salto de la cama y me mira con sus bonitos ojos azules desconectados de la realidad. Después parpadea y parece reconocermme.

—Tori, puedes saltar en mi cama si quieres, pero preferentemente cuando no esté durmiendo —me regaña. No le río la gracia.

—Está ocurriendo algo extraño—. Mi siguiente pregunta es delicada y no estoy segura de cómo formularla—. ¿Tu amigo, Ozrrat Halil, tenía un hermano gemelo?

Me contemplan en silencio durante un instante.

—No que yo sepa... ¿por qué lo dices?

Me da mucho miedo decirle que he visto a su amigo y darle esperanzas de algo que no es para nada seguro.

—Porque acabo de ver a Karen Armstrong ahí fuera con alguien que se parece mucho a él.

—Lo has soñado, Tori —me asegura Drake y vuelve a recostarse. Electric Blue apoya la cabeza en el pecho del moreno y me analiza con curiosidad y cierta tristeza.

—¿Qué más pasaba en el sueño? —quiere saber. Cojo la almohada y les golpeo con ella por pura irritación.

—No ha sido ningún sueño, acabo de verlos por la ventana. Siguen ahí —chillo.

—¿Qué ocurre? —Se queja Cas a mi espalda. Está despeinada, descalza y parece molesta—. ¿Tenéis que gritar a estas horas?

—Venid a verlo —señalo mi ventana. Electric Blue suspira resignado y se levanta tan desnudo como el día que nació. Cas y yo nos fijamos en ese detalle, pero mientras que la joven lo mira fijamente, yo cojo la primera manta que veo y se la lanzo para evitar que acabe con una pulmonía. Después le tomo del brazo y tiro de él hacia la ventana.

Cuando nos asomamos no hay nadie allí. Estoy a punto de soltar un bufido de irritación cuando veo asomar una cabellera rubia por la puerta del sótano. Karen sale seguida del misterioso hombre que la acompaña.

Contengo la respiración y aprieto la muñeca de Electric Blue a la espera de que el siguiente en salir sea su amigo o, al menos, alguien con su aspecto, pero nadie más emerge del sótano.

Karen le indica algo al hombre y este la ayuda a retirar la escalera que es el único medio para descender. Después cierran la puerta y se alejan de allí portando la escalera con ellos.

—¿Qué despojados hacen? —escucho decir a Drake. Él y Cas se han colocado detrás de nosotros y observan la escena.

—Había un chico con ellos y se parecía mucho a Ozrrat Halil —les informo—. Creo que quizá lo han encerrado ahí dentro. Por eso se han llevado la escalera.

Parecen tan desconcertados como yo, pero la situación es lo suficientemente extraña como para abrigarnos rápidamente y bajar a investigar.

La casa está en completo silencio. Todos nos acostamos tarde la noche anterior y hace tanto frío que nadie más ha salido de su cama. Cuando llego al recibidor empiezo a rebuscar entre las herramientas hasta que encuentro un hacha con pinta de poder reventar una cerradura. Drake ha

encontrado una cuerda en alguna parte.

Salimos de la casa y caminamos hasta las pequeñas puertas dobles de las que ha salido Karen. Hay un candado custodiando la cerradura y Drake me quita el hacha para hacerlo añicos.

Cuando abrimos las portezuelas está demasiado oscuro dentro como para divisar nada, pero apuntamos las linternas de nuestros teléfonos y logramos ver partes de la estancia. Contiene los trastos habituales de un sótano desperdigados por los rincones, herramientas, cajas de vino y Coca-cola apiladas, un congelador rectangular, varios armarios y un arcón metálico en mitad de la sala que no encaja con el resto. Se escucha un golpe proveniente de dentro que parece indicar que hay alguien encerrado en el interior.

Me fijo en que el gorro de lana blanco que llevaba el muchacho al que he identificado como Ozrrat Halil está tirado en el suelo.

—Debe ser el chico que he visto con ellos el que está dentro. Él llevaba ese gorro puesto —le explico a Electric Blue apuntando con la linterna de mi teléfono—. Deben de tenerlo secuestrado.

—Vamos a comprobarlo —se decide.

—Pero se han llevado la escalera —nos recuerda Cas. Hay unos dos metros de distancia al suelo.

—Por eso he traído esta cuerda —intercede Drake, atando un extremo de esta al árbol más cercano—. Podemos descolgarnos hasta y saltar desde ahí.

Drake es un atleta nato, por eso explica su plan como si fuera pan comido, pero yo sin duda me romperé el cuello si intento algo por estilo. Por suerte, él es el primero en llevarlo a cabo. Baja por la cuerda a fuerza de bíceps con relativa facilidad y realiza un salto perfecto.

Electric Blue, es el siguiente. Cuando aterriza me piden que les lance el hacha para golpear el candado de la cerradura. ¿Por qué encerrarían al muchacho en un arcón de metal? Parece la jaula de un animal grande y peligroso.

Antes de que Drake dé el primer golpe, Electric Blue le detiene.

—Hay una llave aquí encima. —La toma y se la lanza a Drake—. Debe ser del candado.

Drake la recibe en sus manos y se dispone a abrirlo. Se escuchan más golpes desde el interior del arcón. Sea Ozrrat Halil o no, al menos sabemos que está vivo.

Electric Blue encuentra el interruptor de la pared y enciende la luz. La estancia se ilumina y él mira a su alrededor con una expresión de lo más extraña.

—¿Qué ocurre? —me preocupo.

—Conozco este lugar —murmura entonces.

—¿Lo conoces?

Frunce el ceño, observando los detalles de la habitación con una expresión grave y entonces parece darse cuenta de algo.

—He visto este lugar muchas veces...

27 EL PRINCIPIO DEL FIN

Al mismo tiempo que Electric Blue llega a esa conclusión, Drake abre el arcón y un rugido furioso emerge de este. —¡Joder! ¡Un despojado! —exclama tratando de cerrar la puerta de nuevo, pero el despojado es más fuerte y escapa de su celda como una bestia embravecida. Va directo hacia Drake, que se vuelve invisible de inmediato y parece esquivarlo. El monstruo olfatea el aire confuso e intuye por el olor que Drake se ha movido a su derecha. Consigue asirlo y el chico grita, aún invisible.

En vista de que el despojado tiene a Drake enganchado de la ropa, Electric Blue toma una botella de vino del montón y le golpea con esta.

El despojado ruge y sacude la cabeza, pero, lejos de desmayarse, se da la vuelta y localiza a su agresor, dejando a Drake libre.

Mis gritos y los de Cas son inútiles. El monstruo se lanza sobre Electric Blue y Drake chilla su nombre, volviéndose visible de nuevo para tratar de atraer la atención del despojado hacia él y quitárselo de encima a su novio. Los dos intentan empujarlo de vuelta a la celda, pero el monstruo es demasiado fuerte. Con un par de zarpazos furiosos los manda a ambos al suelo. Entonces, fija su mirada en Drake, quien parece haber quedado fuera de combate tras el golpe. Se inclina sobre él, aplastándolo contra el suelo del sótano. Le lleva un momento apartar la ropa invernal que protege a nuestro amigo, pero lo logra y comienza a lamer la piel de su abdomen.

Cas llora y grita el nombre de su hermano, desesperada. Pero no hay nada que podamos hacer desde ahí.

—El arcón... —le grito a Electric Blue —meteos en el arcón, e iremos a buscar ayuda. Electric Blue asiente y coge una caja llena de botellas de Coca-cola y se la estampa en la cabeza al despojado que se desploma en el suelo.

Marco el número de Evans con dedos temblorosos sin apartar la vista de la escena. Electric Blue arrastra a Drake por los pies para sacarlo de debajo del despojado y lo levanta con dificultad para meterlo dentro del arcón.

—Solo cabe uno —se lamenta Cas. Evans no responde a mi llamada y el despojado ha

comenzado a moverse recobrando la consciencia.

—Mierda, solo cabe uno ahí dentro —repito lo que él ya sabe. Ha colocado el candado de nuevo para reforzar el arcón con Drake en su interior.

—No, no, no... —profiero, viendo como el monstruo se levanta—. Mátalo, usa el hacha. Ve a por el bazo.

Electric Blue levanta la mirada hacia nosotras. Los tiene encharcados de líquido azul eléctrico.

—No puedo matarle —me asegura. El líquido de sus ojos es como una triste premonición de que no va a hacerlo—. Siempre fue mi mayor honor, cariño, saber que moriría por amor—. Es lo único que alcanza a decir antes de que el monstruo se lance sobre él, lo empuje contra el suelo y empiece a lamer su espalda.

Suelto un alarido, lloro y aporreo el suelo. Grito su verdadero nombre entre lágrimas y le ruego que intente usar el hacha, pero el despojado lleva demasiadas lamidas y los gritos de Kyle cesan, indicando que no hay vuelta atrás.

Se oyen más gritos frente a la casa. Hay tres personas frente a una de las cabañas, contemplando horrorizados al horizonte. Cuando giro la cabeza, para seguir la dirección de sus miradas diviso las figuras ensangrentadas que resaltan en la blancura de la montaña. Son dos despojados y corren hacia nosotros.

Cas tira de mi brazo y corremos hacia la cabaña, donde la mayoría de los dámaros se han despertado con los gritos. Soy consciente a medias del llanto de dos niños mientras dos personas me ayudan a empujar el sofá del rellano contra la puerta. Rápidamente, apilamos cajas y todos los muebles y objetos pesados contra esta, pero me preocupan las ventanas. Las casa de las ciudades del Bajo Glinn no están reforzadas como las de Dámara porque llevan siglos limpias de despojados.

—Tenemos que volver a por Drake —solloza Cas, temblando de la cabeza a los pies—. Tengo que salir a por él.

—Cas, hay dos despojados ahí fuera, no podemos salir. —Le sujeto los hombros con fuerza.

—Pero Drake... —protesta. Suspiro, pasándome las temblorosas manos por la cara y noto lágrimas formándose en mi garganta, pero me las trago determinada a no llorar.

—Drake está dentro del arcón, está seguro ahí —le recuerdo para su tranquilidad. De hecho, está más seguro que cualquiera de nosotros.

Por suerte la ventana del rellano es bastante más pequeña que los ventanales de las habitaciones, pero necesito encontrar una forma de asegurarla. Los dámaros que me han ayudado a reforzar la puerta están pensando en lo mismo porque comienzan a empujar una estantería delante de esta. Movemos todo lo que podemos contra la estantería, pero cuando los despojados alcanzan la puerta la sacuden con tal fuerza que nuestra improvisada barricada se tambalea. Los niños gritan con cada embiste y todo ese ruido no hace más que volverlos más violentos y deseosos de alcanzarnos.

—Vamos, todo el mundo a la planta de arriba y guardar silencio —ordena una de las mujeres más proactivas. Toma a uno de los niños en brazos y yo cojo al otro.

—Hay gente ahí fuera —dice un hombre mayor, que se mueve nervioso sobre sus pies. Su barba cobriza está mezclada con canas—. En las otras cabañas...

—Tendrán que esconderse por su cuenta —susurro, tomándole del brazo. Se me ocurre la retorcida idea de que, si hacen más ruido que nosotros, nos los quitarán de encima.

Cas coge al niño de mis brazos en vista de que, tal vez, tenga que forcejear con el señor.

—Vamos —lo insto, tirando de él escaleras arriba.

En la primera planta les pedimos a todos los que siguen haciendo ruido que se callen. Nos metemos todos en un cuarto y bloqueamos la puerta apilando todas las camas contra esta.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunta el padre de uno de los niños. Se escuchan gritos y golpes fuera y cuando me asomo por la ventana veo que uno de ellos ha cogido a una mujer y la está despojando. La cabaña de al lado tiene la puerta abierta y, aunque no logro ver que está sucediendo en su interior, estoy segura de que el otro despojado ha entrado en esta, dejando despejada nuestra entrada.

Si esperamos más tiempo, en lugar de dos despojados habrá... a saber cuántos.

—Están distraídos —aviso a los demás.

—Tenemos que aprovechar para salir ahora —dice un muchacho de unos trece años—. Llegar hasta el autobús.

—No hay autobús, muchacho, se han llevado todos los automóviles —sentencia un hombre de unos cuarenta años—. Estaba todo preparado, nos quieren muertos.

Me muerdo el labio sin estar segura de si es mejor huir al exterior o quedarnos donde estamos.

—Entonces no podemos salir. Si huimos a pie, nos verán y nos matarán —dictamina el hombre de barba canosa—. Son demasiado rápidos.

—Pero si no nos ven, podemos alejarnos lo suficiente como para llegar al telesilla —propone la mujer que me ha ayudado con la barricada.

Miro a los niños que no paran de llorar. Son cinco, de edades comprendidas entre los dos y los once. Sin contar con el muchacho de trece y su amiga, que parece tener la misma edad. Después estamos Cas y yo, la mujer de unos treinta, el hombre canoso de unos sesenta y otras tres parejas de mediana edad que, a juzgar por cómo abrazan a los niños, deben ser sus padres. Uno de ellos está hablando por teléfono con la guardia dámara.

—Llegar a los telesillas es nuestra mejor opción —concierda el adolescente. ¿Cómo vamos a sacar a los niños de aquí en ese estado?

—Cállate Owen, si salimos nos matan —le espeta su amiga, frotándose los brazos, inconscientemente—. Tenemos que esperar a que vengan los guardias.

Cas y yo intercambiamos una mirada. Dos despojados sueltos no es algo fácil de contener, van a necesitar reunir al mejor equipo. Lo que no va a ocurrir con rapidez. Sin contar con que están despojando a otros dámaros ahí fuera. Igual que Electric Blue, recuerdo notando que una dolorosa punzada atraviesa corazón.

No puedo pensar en él ahora, tengo que mantener la cabeza fría. Para cuando vengan los refuerzos habrá más de dos despojados.

—La guardia dice que nos quedemos dentro hasta que lleguen —nos informa uno de los hombres al colgar el teléfono.

—Tardarán horas y para entonces tendremos aún más despojados ahí fuera de los que preocuparnos. —La mujer que me ha ayudado a mover muebles parece determinada a no quedarse—. Eso si no vuelven a intentar derribar la puerta en cuanto acaben con los dámaros que quedan ahí fuera.

Mierda, tiene razón. Nos miramos unos a otros conscientes de eso.

Mi teléfono suena, interrumpiendo el momento de deliberación. Lo cojo sin mirar de quién se trata con las manos tan temblorosas que casi se me cae.

—¿Tori? —La voz de Evans suena alarmada—. Por Dios, Tori, ¿estás bien?

—Evans —empiezo a llorar en cuanto oigo su voz y mis siguientes palabras salen deformadas por mi llanto—. Electric Blue está muerto.

—¿Qué? —se horroriza—. ¡Joder! ¡Joder! —Su tono se vuelve más emotivo— ¿Tú estás bien, Tori? ¿Los demás? ¿Dónde estás?

—Dentro de la casa, hemos montado una barricada en la puerta y están distraídos con los dámaros de fuera, pero no van a tardar en volver a por nosotros.

—¿Dónde están ahora? ¿Puedes verlos?

Me asomo a la ventana, pero lo único que veo fuera es el cuerpo ensangrentado de la mujer a la que estaban atacando. Pronto será una de ellos.

—Está despejado ahora, creo que están dentro de la otra cabaña.

—De acuerdo —asimila el joven más sereno, y me doy cuenta de que se escucha un motor de fondo—. Estamos llegando.

—No —le grito—. No te atrevas a venir. Es peligroso, ¡joder!, no hay nada que puedas hacer... ¡Para el coche ahora mismo! ¿Me oyes?

Le oigo respirar en el auricular.

—Estamos llegando. Voy a sacarte de ahí, Baker.

—No... —protesto, desesperada por hacerle cambiar de idea, pero Evans corta la llamada, y me pongo a llorar de los nervios. Cas me abraza y tiritó entre sus brazos, mientras soy vagamente consciente de la discusión entre los demás.

Cinco tortuosos minutos más tarde, Evans vuelve a llamarme, y esta vez sí que se me cae el teléfono de los nervios.

—¿Tori? —susurra al otro lado de la línea cuando consigo atender y llevármelo a la oreja.

—¿Evans? ¿Dónde estás? —Me apresuro en preguntar, temiéndolo peor.

—¿Cuántos sois? Tenemos el coche a unos metros de la casa.

—Evans, te van a ver... —Me muevo agitada sobre mis pies delante de la ventana, pero no logro divisarle a él o a su automóvil.

—Creo que siguen dentro de la casa, ¿cuántos sois?

—Unos dieciocho, y hay niños...

—¡Joder! ¿Cuántos niños?

—Cinco.

Los padres me miran interesados y cogen a sus hijos en brazos para acercármelos como si tuviera jodidas alas y pudiera sacarlos volando.

—¿Van a llevárselos?

—Hay un coche —reconozco, viendo la esperanza en sus caras.

—Los niños primero —exige una mujer con su pequeña en brazos.

Exhalo y les doy la espalda para concentrarme en la conversación.

—¿Cuál es el plan?

Evans duda un instante antes de responderme.

—Quizá podamos meter a todos en mi coche —propone no muy seguro.

¿Dieciocho personas en un solo coche? Difícil, pero se puede intentar. Me asomo por la ventana para comprobar que sigue sin haber despojados en los alrededores de la salida.

—¿Hacia dónde vamos? —le pregunto a Evans, bajo la atenta mirada de los presentes.

—Estoy aparcado detrás de la casa a cincuenta metros. No me he acercado más para que no escuchen el motor.

Asiento a pesar de que no puede verme. Tengo el teléfono agarrado con tanta fuerza que me

duelen los huesos de los dedos.

—Vamos a salir —informo decidida.

Bajamos al rellano y apartamos la montaña de muebles y cajas con todo el sigilo que podemos. Los padres son los primeros en salir con sus hijos en brazos, mientras les tapan la boca a los que son demasiado pequeños como para comprender que deben estar muy callados.

Evans está junto al sótano y le lanza la llave a una de las madres con una niña pequeña en brazos. Ivah le acompaña y cuando veo a Karen junto a ellos me vuelvo loca.

—Tú —rujo con el tono más bajo que mi rabia me permite. La sostengo de los hombros y la sacudo, fuera de mí—. Has matado a Electric Blue.

Sus extraños ojos están aún más abiertos que de costumbre. Evans me agarra de un brazo e intenta tranquilizarme.

—Tenemos que irnos, Tori.

—No sin él —exige Karen, mirando a su hermano con fijeza. Evans frunce el ceño y Karen apunta al sótano.

—Sí, tenemos que sacar a Drake —concuerda Cas, sujetando a Evans de un brazo.

Karen frunce los labios y tira de su hermano hasta que puede ver el interior del sótano. El cuerpo de Electric Blue yace en el suelo ensangrentado, y el despojado está sentado en una esquina, más tranquilo ahora que no tiene nada que comer, pero al vernos se levanta.

—Sácalo —ordena Karen—. Sácalo o no me iré de aquí.

Alucino al darme cuenta de que se refiere al despojado.

—Karen...

—Lo digo en serio, Evans, no me iré sin él.

Cas y yo nos miramos anonadadas. ¿Karen tiene un despojado en propiedad al que usa para atacar a gente cuando le viene en gana?

—Lo pusiste ahí para nosotros, ¿verdad? —la acuso, colérica—. Para que nos atacara.

—No —se indigna, chocada por mis palabras—. Nadie debía entrar en ese sótano. Lo guardé ahí para protegerlo.

—¿Te has vuelto loca? —Le grito en la cara. Me da igual que tenga doce años, Electric Blue ha muerto por su culpa, porque le ha dado por tener un despojado como mascota.

Karen tiene la osadía de mirarme con impaciencia, me esquivo para centrarse en su hermano.

—¡Sácalo antes de que nos encuentren los demás!

Evans suspira y nos indica a Cas y a mí que nos apartemos.

—Primero saca a Drake —le ruega Cas sin echarse atrás—. Está dentro del arcón.

Evans rompe el candado con su telequinesis y eleva el cuerpo de Drake mientras el despojado de Karen intenta alcanzarlo, pero él lo lanza fuera con rapidez.

Cas y yo lo ayudamos a levantarse.

—¿Qué está pasando? ¿Dónde está Kyle? —grita Drake. Le tapamos la boca, rogándole que guarde silencio.

—Ahora él —insiste Karen, impacientándose.

—Apartaos —nos indica Evans sin aliento. Está agotado, pero se esfuerza en elevar al despojado por los aires y dejar que caiga en la nieve.

—¿Qué cojones estáis haciendo? —exige saber Drake, aún más confuso.

Estoy demasiado petrificada con lo que está pasando como para decir nada, simplemente observo como el despojado que ha matado a Electric Blue se levanta y va corriendo hacia la persona que tiene más cerca, que es Karen. La niña, lejos de huir, se vuelve hacia él, con la

misma expresión de muñeca que tiene siempre. Cuando el despojado llega hasta ella, pestañea y el monstruo cae al suelo fulminado. Pero no parece haber muerto. Se remueve e intenta levantarse, y cuando lo hace, no es un monstruo lo que vemos, sino a Ozrrat Halil cubierto de sangre, pero perfectamente vivo.

28 MI DESTINO

A parte de Evans y Karen, quienes ya parecen estar familiarizados con la recuperación de un despojado, Drake, Cas, Ivah y yo nos hemos quedado completamente atónitos.

Ozrrat le dedica una mirada inquietante a la niña, ignorándonos al resto.

—¿Qué ha pasado? —pregunta. A pesar de la sangre que lo cubre parece encontrarse bien.

—¡Vámonos! —apremia Evans, mirando de un lado para otro. Karen toma la mano de Ozrrat con más adoración de la que he visto nunca en su inanimado rostro y tira de él hacia nosotros.

—¿Qué...pero... cómo? —intento, pero Evans me fuerza a avanzar. Una idea cruza por mi cabeza y me paro en seco.

—Tienes que sacar a Electric Blue y que Karen lo cure.

Pone una mueca en respuesta que no me gusta nada.

—No es posible, Tori. Lo siento. —Pasa su brazo por mi cintura para obligarme a seguir. No se lo pongo fácil.

—¿Cómo que no? ¡Acabo de verla hacerlo con mis putos ojos!

—¿Qué pasa? —pregunta Drake confuso—. ¿Dónde está Kyle?

—Está en el coche, te lo he dicho —miente Cas, preocupada con la reacción de su hermano. Me pongo a llorar. No puedo evitarlo. Solo de pensar que Electric Blue no está en el coche, sino en ese sótano a punto de transformarse en un monstruo... solo de pensar en cómo se va a sentir Drake cuando lo sepa. Evans me abraza y me levanta en volandas.

—Lo siento —susurra en mi oído.

—¿Qué pasa? ¡Me estáis mintiendo! —protesta Drake, intentando acercarse a mí. Le aparto la mirada y hundo mi nariz en el pecho de Evans. incapaz de dejar de llorar.

—Tenemos que salir de aquí, Drake. —La orden de Evans es intransigente, pero cuando llegamos al lugar donde habían dejado el automóvil, no hay rastro de él.

—¡Serán hijos de puta! —se enfurece Cas.

—Iban con niños, les ha entrado el pánico —los excusa Evans y aprovecho para que me deje en el suelo.

—El telesilla —propongo, secándome las lágrimas. Puede llevarnos hasta el pueblo. Después, miro a Ozrrat Halil mistificada por su presencia entre nosotros. Su traje de nieve blanco está moteado de manchas rosas por toda la sangre. Quiero hacerle tantas preguntas, pero Evans nos pone en marcha. Él podría simplemente alcanzar el telesilla en unos segundos, pero se queda junto a nosotros y avanza a nuestro ritmo, ayudando como puede a Ivah.

—Estamos a unos diez minutos de allí —jadea cuando apenas hemos empezado a caminar. La nieve y el hielo nos ralentizan y la pobre Ivah tiene que cargar con su pesada barriga, pero no se queja ni una sola vez.

—¿Le ha pasado algo verdad? —El tono de súplica de Drake me parte el corazón— ¿El despojado le ha matado? ¡Decídmelo! —chilla de pronto y Ozrrat parece horrorizado.

—¿Qué despojado? —pregunta y mira a Karen con desconfianza.

—Ha sido un accidente —se excusa la niña. Casi a la vez se escurre en la nieve y Ozrrat se apresura en levantarla. A pesar de que parece colérico, le sacude la nieve de las rodillas.

—¿Qué has hecho Karen?

—Sí, ¿qué cojones has hecho? —grita Drake fuera de sí.

Karen se esconde detrás de Ozrrat. Se me ocurre que quizá pueda transformarlo de vuelta en despojado cuando quiera y que Drake no tiene ni idea de a qué se está enfrentando.

—¡Basta! —ruega Evans tratando de hacerse oír sin levantar el tono—. No quiero ni una puta discusión más hasta que estemos todos a salvo.

Caminamos todo lo rápido que podemos con los tobillos hundidos en la nieve, hasta que llegamos a una carretera y, a partir de ahí, avanzamos más rápido. Por fin, veo los cables del telesilla en el horizonte.

—Ahí está. —Apunto hacia el cielo. Nuestra salvación espera a unos metros.

Corremos hasta quedar justo debajo de las fuertes cuerdas negras por las que se conducen las pequeñas ruedas. Las sillas se mueven a paso lento por encima de nuestras cabezas, pero a una altura donde no podrán alcanzarnos los despojados en el caso de que aparezcan.

—Voy a levantaros uno por uno —nos informa Evans. Levita a Cas hasta sentarla en una de las sillas, después a Drake y lo coloca junto a ella. Después me lanza a mí por los aires hasta sentarme en la siguiente y hace lo propio con Ozrrat, colocando al vidente a mi lado.

Ahora que tengo una posición privilegiada en la altura, los veo aproximarse.

—Evans, vienen los despojados —adviento, señalando el horizonte. Son siete y avanzan con una rapidez inhumana, repletos de energía dámara, hacia nosotros atraídos por nuestro olor, las huellas en la nieve, el ruido que hemos hecho o... tal vez, todo junto. Divisarnos los motiva a correr más rápido.

Evans se apresura en subir a Ivah y a su hermana y después intenta impulsarse a sí mismo para llegar a la silla. Se le ve extenuado por el abuso de su poder, pero, para cuando los despojados nos alcanzan, estamos todos en lo alto. Dan saltos y gruñen intentando llegar a nuestros pies.

Ivah saca cruasanes de su bolso y se los ofrece a Evans. Deben ser las cosas que habían comprado para el desayuno.

—Come algo o vas a desmayarte —le dice y nuestro copycat se apresura en masticar y tragar sin degustar la comida, mientras los despojados rugen. Aunque no pueden alcanzarnos, tenemos un problema mucho peor y es que van a seguirnos todo el camino hasta abajo.

—Joder —mascullla Evans al darse cuenta también—. No podemos conducirlos al pueblo.

Levanta las manos y se concentra tratando de detener el mecanismo que mueve las sillas. Las

ruedas chirrían y se balancean, peligrosamente sobre la cuerda. Karen, Ivah y él tienen que sostenerse con fuerza para no caer mientras su asiento se estabiliza.

—Mierda, no puedo detenerlo sin provocar un descarrilamiento —se lamenta Evans con la frente empapada en sudor a pesar de que no hace nada de calor—. Van a seguirnos hasta el pueblo y será una jodida masacre.

Por supuesto, no podemos dejar que eso suceda. Si no se nos ocurre otra forma de hacer que dejen de seguirnos entonces tendremos que bajarnos del telesilla y lanzarnos a su merced.

—Voy a bajar y a conducirlos lejos —anuncia Evans.

—¿Qué? —protesto—. Ni hablar.

—Es la única opción, Tori. No podemos conducirlos al pueblo.

—Pues bajamos todos.

—¿Para qué cojones vamos a morir todos? —grita él, reconociendo que sabe que es una misión suicida.

—No vas a hacerlo, Evans ¿me escuchas? Deja de creer que el peso del mundo entero está sobre tus hombros. Esa es la mierda que te han metido en la cabeza, pero no tienes por qué sacrificarte así.

—No pienso causar la muerte de un montón de gente por cobardía —insiste él, levantando la barra de seguridad—. Los conduciré de vuelta a la cima y luego trataré de despistarlos en hipervelocidad.

—Estás agotado —interviene Ivah—. Has gastado tus fuerzas con la telequinesis y apenas has comido nada. No vas a poder usar la hipervelocidad, estando drenado.

—Evans, por favor. —Le ruego desesperada—. Pensaremos en otra cosa.

—No hay otra forma, Tori —se lamenta él, al ver que vamos a alcanzar las primeras casas en breves. Están apartadas del resto del pueblo, pero pronto empezará a haber gente. Dámaros y humanos. Por la expresión en su rostro y la forma en la que me aparta la mirada, Ivah tiene razón sobre que no le quedaran fuerzas para usar la hipervelocidad y escapar de los despojados así.

—Ozrrat ya es un despojado, debería ir él —propone Cas.

—Lo haré —dice Ozrrat—. Evans vuelve a sentarte, no vas a ninguna parte.

Dicho eso, el vidente levanta la barra de seguridad de nuestra silla, pero antes de saltar me echa una mirada inquietante.

—No va a servir de nada, Tori —susurra.

—¿Qué? ¿Por qué no?

—No estoy seguro, quizá porque estoy cubierto de sangre con toxina de despojado y no reconocen mi olor como humano. El caso es que no van a seguirme a mí —explica en voz baja—. No puedes dejar que Evans se sacrifique. Lo entiendes ¿verdad?

—Yo... no, no estoy segura —tartamudeo, sin entender qué está insinuando. ¿Quiere que salte yo? ¿Que haga de cebo en lugar de Evans?

—Tori —Ozrrat pronuncia mi nombre con tanta suavidad que por un momento me parece que es el viento en mis orejas, pero me está mirando fijamente y en sus ojos percibo que sabe cosas. Cosas que aún están por pasar en el mundo, pero no tiene tiempo de explicarlas—. Todos nacemos por una razón. Sé que has sentido que tu vida no tenía significado. Has debido creer que eras un error, que no tenías propósito, pero no es así, Tori Baker. Hoy es el día en el que haces del mundo un lugar mejor. Tú puedes salvar muchas vidas.

Exhalo y se me humedecen los ojos. Las palabras de Ozrrat Halil van justo a un lugar que duele, a un sueño recurrente. Mi deseo de ser alguien válido, alguien útil que puede traer cosas

buenas al mundo y salvar a los demás. Hasta este momento no era consciente de lo mucho que deseaba ser una heroína para variar. Sumar en lugar de restar.

—¿Qué... qué debo hacer? —pregunto sin aliento, aunque ya sé lo que va a decir.

—Salta —responde con una simpleza aplastante—. Es lo único que tienes que hacer, Tori. Deja que te toquen.

Miro los monstruos a nuestros pies y se me encoge el corazón al pensar en lanzarme a ellos, pero si no lo hago Evans lo hará por mí. Trago saliva tratando de poner en orden mis pensamientos, aislar las voces de mis amigos mientras discuten. Karen no quiere que Ozzy salte y Ivah tampoco. Drake dice que va a hacerlo él porque se le mete en la cabeza que uno de ellos es Electric Blue y Cas forcejea con él para que no lo haga mientras le pide a Ozzy que se lance de una vez. Me decido cuando Karen razona en alto que los despojados no van a seguir a Ozzy si está cubierto de su propia sangre de despojado porque le van a percibir como uno de ellos. Ahí es cuando sé que se me acaba el tiempo, porque si Evans cree que el vidente no es una opción, va a lanzarse él mismo.

Sin decir nada y aprovechando que Ozzy ya ha levantado nuestra barra de seguridad, me pongo de pie y me tiro.

Aterrizo segundos después. La capa de nieve es tan densa que amortigua mi caída y consigo levantarme a toda prisa.

—Tori—grita Evans. Trata de levantarme de nuevo, pero solo consigue que flote un metro y vuelva a caer. Está agotado.

Me apresuro en ponerme de pie y me permito solo un segundo para despedirme con una mirada. Después, giro sobre mis talones y corro hacia la cima de la montaña.

Echo un vistazo para comprobar que me han visto y me siguen. Se han olvidado del telesilla ahora que tiene una presa a su mismo nivel.

Corro como nunca lo he hecho en mi vida, corro ignorando el frío punzante en mi garganta, el dolor en mis piernas y el escozor en mis pulmones. Me reconcilio con la idea de que estoy a punto de morir pero que, por lo menos, voy a hacerlo sabiendo que le he salvado la vida a la gente que más quiero y a un montón de desconocidos.

Todos gritan a mi espalda Evans, Cas, Karen, Ivah... pero no entiendo lo que dicen porque los rugidos de los despojados que me siguen ahogan sus voces. No es el final que Electric Blue vio para mí, y eso me entristece tanto que las lágrimas empapan mi visión y se escurren por mi rostro. Pero es un final mucho más heroico de lo que pensé que tendría.

El primer despojado me alcanza y agarra mi abrigo por detrás, ocasionando que me caiga. El orgullo de saberme una heroína se disipa en vista de mi muerte inminente y es sustituido por el pánico más acuciante que he sentido jamás. Voy a morir de verdad. Me quito el abrigo y lo dejo ir, haciendo que el despojado trastabille y caiga, derribando a dos de los que iban tras él. Corro más rápido de lo que jamás creí poder hacerlo y en un momento de lucidez mental me viene el recuerdo de una de las cosas que me estaban gritando mis amigos antes de alejarme. Es la voz de Ozrrat Halil quien ha vuelto ha repetir lo que me llamó aquella noche en su casa: La torna instintos.

Hace meses, cuando me lo dijo por primera vez, creí que era un eufemismo por cambiar la orientación sexual de los heterosexuales, pero... ¿por qué no vuelvo hetero a los homosexuales? ¿Por qué funciona en un solo sentido? ¿Por qué inventaría la naturaleza algo así? Una imagen de lo ocurrido en el almacén aquella misma noche regresa a mi memoria con más claridad. El despojado que me lamió atacó al otro despojado.

La torna instintos. Cuanto más lo pienso más siento que soy ella, que esa es mi verdadera identidad, mi verdadera razón para haber nacido.

Me detengo y me doy la vuelta. Los despojados vienen hacia mí, mis amigos gritan desde el telesillas y Evans corre hacia nosotros. Espero estar en lo cierto, porque si no van a despojarle a él cuando terminen conmigo.

Me quito los guantes y en lugar de huir, voy hacia los despojados. Dejo que me rodeen y trato de tocarlos a todos con mis manos, mientras los esquivo como puedo para que no puedan empujarme contra el suelo.

Lo intentan, me sostienen con fuerza y tiran de mí a la vez, igual que una muñeca de trapo por la que se pelan varios niños. Me hacen daño y creo que van a desmembrarme entre todos, hasta me tiran del pelo y aullo. El dolor me da fuerzas, pataleo, golpeo, arañeo, uso mis codos... y recibo golpes furiosos como respuesta. Uno de ellos conecta con mi cráneo y caigo de rodillas subyugada por el dolor que atraviesa mi cerebro. Se abalanzan sobre mí y sé que lo peor, el dolor de la lamida, está por llegar. Uno me da tirones en el hombro tratando de arrancarme la prenda como puede mientras noto el viento frío en la piel sobre mi riñón donde otro ha logrado levantar mi ropa, arañándome con uñas destrozadas. Me preparo para reencontrarme con la agonía de su lamida, pero... no llega. Los dos últimos en sostenerme me sueltan. Aun de rodillas en el suelo, me aparto el pelo de la cara y parpadeo para escurrir las lágrimas y enfocar la mirada y es entonces cuando logro ver lo que está ocurriendo a mi alrededor. Un espectáculo que jamás imaginé que podría ocurrir. Los siete despojados forcejean entre ellos.

Evans llega corriendo. Se detiene y contempla el panorama anonadado. Los despojados pelean entre sí, tratando de lamerse unos a otros. Forman un círculo a mi alrededor, respetando mi espacio. También ignoran a Evans que está parado fuera del círculo. Nuestras miradas se encuentran entre sus cabezas y le sonrío con lágrimas en los ojos.

—¿Tori? —duda.

—La torna instintos —respondo, mientras los despojados luchan a muerte entre ellos. Ya no son una amenaza para ninguna persona—. Soy la torna instintos.

29 DESPUÉS DE LA TORMENTA

Todos nos observan.

Es algo a lo que estoy acostumbrada, solo que esta vez es distinto. Estamos en el restaurante del hotel rodeados de un silencio roto por murmullos discretos. Hemos venido aquí directamente al bajar del telesilla porque Evans y yo estamos hambrientos, pero destacamos en el impoluto y lujoso salón donde se está sirviendo el desayuno como si nada acabara de ocurrir. Los demás huéspedes nos observan, porque estamos manchados de sangre, sudor y tierra, y probablemente todavía no se han enterado del ataque.

—No deberías haber hecho eso —me increpa Evans cuando parece haber tragado la suficiente comida como para no parecer a punto de desmayarse. Drake ha tenido que ayudarlo a llegar hasta aquí medio cargando con él.

—Ni tú deberías haber venido detrás de mí —espeto de vuelta, con la boca llena. Esto es hambre y lo demás son tonterías. Me arrepiento de haberme burlado de ellos todas esas veces en las que comían como leones por haber usado sus poderes. No tenía ni idea de que era para tanto. Sudores fríos, mareo, debilidad, un ansia por devorar como ninguna otra cosa. Debe ser como lo que experimenta un diabético en una bajada de azúcar, pero mil veces peor.

—¿Vais a explicarme de una puta vez dónde está Kyle? —chilla Drake. Si antes ya nos estaban espiando, ahora se hace el silencio y todas las cabezas se vuelven hacia nosotros. A Drake le da igual la atención que suscita, y se centra en Ozrrat Halil, que sigue siendo humano, pero da miedo con su traje blanco manchado de rojo y toda la parte visible de su piel cubierta de sangre seca—. ¿Y tú cómo despojados estás aquí?

—Soy recuperadora —anuncia Karen, mordiendo una tostada con mucha más contención que nosotros. Su poder no debe darle tanta hambre—. Puedo traer de vuelta a un despojado.

—¿Dónde está Kyle? —insiste Drake y se nota que está a punto de perder la poca paciencia que tiene. Cas y yo intercambiamos una mirada y se me humedecen los ojos.

—Segue en el sótano —le informo. Drake da un golpe sobre la mesa que hace tintinear toda la vajilla.

—¿Qué cojones hacemos aquí? —se pone de pie—. Vamos a por él.

—Es un despojado —chilla Cas sin poder aguantarse más. Debe tener miedo de que su hermano suba a por su novio.

—¿Qué? No... no puede ser —niega Drake, moviéndose nervioso sobre sus pies. Se frota la cara con ambas manos— ¿De qué mierdas estáis hablando?

—Ozrrat... bueno, la versión despojada de Ozrrat, le convirtió después de que él te metiera dentro del arcón —explico y me falla la voz conforme pronuncio las palabras.

Ozrrat deja caer la cabeza sobre la mano y cierra los ojos, hundido al escucharlo.

—Joder —gime Drake, cubriéndose los ojos con las manos. Cuando las baja, los tiene enrojecidos y llorosos. Niega con la cabeza, se mueve sobre sus pies y se frota la nuca—. No, no... no puede ser.

—Karen va a... —comienza Ozrrat, pero la niña se levanta de golpe y lo interrumpe.

—Vámos, no hemos acabado —declara y toma a Ozrrat del brazo

—¿No has acabado con qué? —pregunta Evans, con desconfianza mientras su hermana arrastra a Halil entre las mesas.

—Id a buscar a Kyle —chilla Ozrrat en su camino hacia la salida—. Guardarle en un lugar seguro.

Drake asiente con vehemencia y Evans se pone de pie y lanza su servilleta sobre el plato.

—Podemos usar el arcón para transportar a Blue de vuelta a Dámara —propone y Drake parece listo para partir. Ni siquiera se ha quitado el abrigo.

—Evans, es peligroso —le recuerdo para que lo planee bien antes de lanzarse a lo loco—. Iré con vosotros.

—No —replica, y le echa un vistazo pensativo a Drake. No tengo ni idea de lo que se le pasa por la cabeza y por qué no quiere mi ayuda para transportar a Kyle—. Quédate aquí, Tori. Estoy bien, estoy recuperado. Nos haremos invisibles, y le meteremos en el arcón entre los dos.

—¿Estáis locos? —Cas está horrorizada— ¿Para qué queréis un despojado?

—Es Kyle —protesta su hermano.

—Ya no, Drake. Tu novio se ha ido —trata de hacerle razonar, pero Drake no parece inclinado a escucharla—. Vamos, antes de que los guardias lleguen a él y se lo lleven.

Evans asiente y se marchan.

—Tenemos que detenerlos —dice Cas, mirándonos a mí y a Ivah. El caso es que no quiero hacerlo, no quiero que se lleven a Electric Blue con los demás despojados.

—Tienen que ir a buscarle, Cas. Si Ozrrat Halil ha vuelto quizá también podamos recuperar a Electric Blue —digo esperanzada e ignorando las palabras de Evans sobre que no era posible. Me pellizcan el corazón de forma dolorosa.

Tres horas y una ducha más tarde, Evans me llama y me confirma que tiene al despojado de Electric Blue en un lugar seguro, y que hemos sido convocados al Parlamento de inmediato.

Nos esperan en el salón principal del hotel donde la noche anterior bailé con Electric Blue. Los recuerdos me torturan y me cuesta creer que se haya marchado de mi vida para siempre.

No lo acepto. Si Ozrrat Halil está de vuelta... si Karen es capaz de traer a un despojado de vuelta... Pero Evans me dijo que no era posible y que su hermana no podía recuperar a Electric Blue.

Los pensamientos me abruman y me veo obligada a dejarlos a un lado porque el lugar está repleto de élites que nos observan con curiosidad. Algunos están tomando chocolate caliente y

castañas asadas y otros han empezado ya con el champán y los canapés que sirven varios camareros. A través de las ventanas, se ve el bonito pueblo de piedra gris y tejados de pizarra negra, rodeando la plaza principal con la blanca montaña y el cielo rosado de fondo.

Reunidos alrededor de un sofá enorme junto a la chimenea, están todos los miembros del Parlamento. Están acompañados de varios periodistas y cámaras de televisión de distintos noticieros sedientos de información sobre lo ocurrido. Me recorre un escalofrío al ver a Parker Armstrong, el hombre que ha planeado todo el viaje para borrarle del mapa junto con un grupo de inválidos inocentes. Trato de no encogerme sobre mi misma al percibir su furia ante el hecho de que siga con vida.

La rabia está mezclada con confusión porque aún no sabe lo de mi poder y estoy deseando ver su cara cuando lo descubra. En lugar de apartar la vista, como haría normalmente, me obligo a mantener su mirada. La muerte de Electric Blue es su culpa y eso es algo que no puedo condonar. Desearía desenmascararle ahora mismo y que toda Dámara sepa que es un radical peligroso y capaz de terribles brutalidades. Quiero verle en una celda para el resto de sus días. No obstante, Parker es un hombre de recursos y muy meticuloso. Saber que es el artífice del ataque, no es suficiente si no puedo demostrarlo.

—Evans, gracias por venir —dice Bernadette, su abuela, al vernos llegar.

Ni siquiera me saluda, y me pregunto si Drake me ha invisibilizado y no lo recuerdo. Es la clase de detalle al que estoy acostumbrada y que me solía parecer normal. Sin embargo, los acontecimientos de los últimos meses me han hecho replantearme la estúpida pirámide dámara.

—Mi nieto, Evans Armstrong, es el copycat y ha salvado a un grupo de personas esta mañana.

Las cámaras enfocan a Evans y los reporteros lo atosigan con sus micrófonos y una cascada de preguntas que le van arrojando conforme tienen oportunidad.

—¡Tori! —me llama Cas cuando me localiza, ajena al público tan notorio que tenemos. Tampoco parece importarle interrumpir la entrevista de Evans y salir en las noticias de todo el mundo. Alguien carraspea, no estoy segura de quién, pero es suficiente para que dejemos nuestro reencuentro para más tarde y les prestemos atención.

—Nos alegra que estéis bien —dice Reese Todersen con una sonrisa amable. Tiene la decencia de incluirnos a Cas y a mí en esa afirmación—. Es casi un milagro.

Los ojos de Parker brillan sobre mí y sé que está de acuerdo con esa última parte. También cree que es un milagro que yo siga viva, uno muy desafortunado.

—¿Podéis narrar lo que ha ocurrido allí arriba? —Prosigue una de las reporteras—. ¿Por qué había un grupo de dámaros en la zona del ataque?

—Yo me alojaba en el lugar del ataque —le respondo, alzando mi voz con toda la decisión que consigo reunir—. Junto con otros dámaros inválidos.

Es mi intención que eso último suene a insinuación y a Bernadette no se le escapa mi tono acusatorio. Levanta las cejas con sorpresa, entendiendo que no puede ser casualidad que los inválidos invitados por primera vez a Gelia fueran aislados en la zona donde ocurrió el ataque. La veo apretar los dientes y alcanzar la botella de vino que hay sobre la mesa. Está llegando a la conclusión de que su yerno, el que tiene reconocidos prejuicios contra los inválidos en general y contra mi persona en particular, lo ha organizado todo.

Evans relata lo ocurrido esa mañana desde su punto de vista, dejando convenientemente a su hermana Karen y el falso mensaje de Ivah sobre que tenía contracciones, fuera de la historia. No me sorprende que trate de proteger a su hermana. No es más que una niña manipulada por su

padre, pero si Karen es el único camino para demostrar lo que Parker Armstrong ha hecho y que pague por sus crímenes, yo no pienso ser tan considerada con ella.

—Entonces, cediste tu vehículo a los supervivientes con niños y condujiste a tus amigos al telesilla —resume Bernadette cuando Evans concluye la primera parte de la narración de los hechos. Debe estar haciendo cálculos de cómo explotar la heroicidad de su nieto para salvar el apellido Armstrong en caso de que se demuestre la culpabilidad de Parker.

—Sí, pero surgió el problema de que los despojados comenzaron a seguirnos a pie y nos dimos cuenta de que eso los conduciría al pueblo —continúa Evans—. Fue entonces cuando Tori Baker decidió lanzarse del telesilla y atraerlos de vuelta hacia la zona de hielo.

Todos enmudecen ante esa declaración. Sus expresiones de incredulidad pasan de Evans a mí y sé que están pensando que es tan poco probable que alguien como yo, una casi inválida, decida emprender un acto tan heroico y suicida, como el propio hecho de haber sobrevivido a ello.

Los reporteros mueven sus micrófonos y sus cámaras hacia mí.

—Supongo que no llevó a cabo sus amenazas o no estaría entre nosotros ahora mismo —exclama otro reportero—. ¿Cómo solucionaron la situación?

—Estoy segura de que Evans tiene una buena respuesta para eso —intercede su abuela con una sonrisa constreñida. Parece querer hacer que se cumplan sus palabras a fuerza de enunciarlas en alto—. La situación era difícil, pero, al fin y al cabo, Evans es el copycat y a su corta edad ya cuenta con un impresionante repertorio de poderes.

—Tori hizo exactamente lo que acabo de decir —impugna Evans, irritado por la actitud de los presentes.

—Eso no es posible —replica Parker irritado—. ¿Cómo sobreviviría a siete despojados?

¿A siete? Me pregunto porque Parker ha decidido mencionar el número de despojados cuando solo uno bastaría para matar a alguien como yo. O al menos al yo sin un poder élite que él cree conocer.

Un murmullo se sucede entre los presentes. Están empezando a dudar de nuestra narración. Se escuchan cosas como “su novia” “enaltecer a los inválidos” y “debe estar bromeando”. Al menos hasta que Cas se aproxima a la televisión, la toca y nos muestra la imagen que ha grabado esa misma mañana del momento en el que salí corriendo por la nieve, gritando para atraer la atención de los despojados.

Desde la posición privilegiada de Cas, los vemos seguirme a toda carrera. Mi yo de la pantalla se detiene cuando falta poco para que me alcancen y me vuelvo hacia ellos. No se oye ni un murmullo en la sala, todo el mundo está contemplando las imágenes de mi suicidio en potencia.

Los siete despojados se abalanzan sobre mí y yo me estiro tratando de tocarlos cuanto antes con mis manos desnudas. Para el que no conozca mi poder, debe parecer una locura ver a una chica acariciando a esas bestias sanguinolentas.

Tres de ellos me dejan en paz y comienzan a atacarse entre ellos. El ambiente en la sala se puede cortar con un cuchillo, es como la escena más chocante de una película de horror, pero sabiendo que ha ocurrido de verdad.

Uno tras otro, se apartan de mí para atacarse entre ellos. Algunas personas pasan su vista de la pantalla a mí intermitentemente sin comprender cómo pudo ocurrir algo así.

La imagen se aleja de nosotros conforme el telesilla de Cas baja hacia el pueblo, pero no antes de que quede constancia visual de cómo los despojados formaron un círculo a mi alrededor para atacarse los unos a los otros. Cas detiene la imagen cuando la montaña obstaculiza su visión de la escena. El silencio que reina en el gran salón del hotel, donde puede haber perfectamente

cincuenta personas, es turbador. Todos me miran boquiabiertos, aunque hay un rostro que veo con más claridad que el resto: el de Parker Armstrong. El hombre, que se supone que valora la lucha contra los despojados por encima de todo, curiosamente no parece nada contento con mi hazaña.

—Tiene el poder de hacer que los despojados se ataquen entre ellos —musita Reese Toderesen anonadado, expresando en palabras la conclusión a la que ha debido llegar todo el mundo.

—Magnífico —exclama Melisa Rowel, la nueva hersir.

—Las posibilidades...

—¡Puede detener a una horda!

Mi respiración se hace pesada y mis pulsaciones se aceleran. Nunca he sido más que un cero a la izquierda o, aún peor que eso, una burla a la raza dámara. Una persona con una habilidad incómoda para los desconocidos y trágica para los allegados. Y de pronto, soy alguien capaz de detener a una horda de los despojados.

—Supongo que eres consciente de que ahora eres una élite —declara Reese Toderesen con una sonrisa orgullosa. Sus palabras me golpean como si me hubiera tirado un balde de agua fría encima.

“Soy élite”

Esa idea retumba en mi cabeza con un eco ensordecedor. No, no lo había pensado... No he tenido tiempo de hacerlo.

La Torna Instintos. Nacida para detener el ataque de despojados. Aún tengo que hacerme a la idea de que mi piel puede salvar vidas. Después de veinte años sintiéndome culpable por haber homosexualizado a mis padres, entre otras personas, y resulta que eso es solo un efecto colateral de un poder mucho más importante.

Parker Armstrong me mira entre atónito y rabioso. Puedo ver en sus ojos brillantes y en la palidez de su semblante que se le están pasando un sinfín de cosas por la cabeza, que le debe de estar dando vueltas la sala. La niña a la que despreció durante años y que trató de alejar de su hijo hasta el punto de intentar asesinarla, es en realidad una élite con uno de los poderes más útiles de la historia dámara. Él, quien cree que el servicio dámara de protección de los humanos y el potencial bélico de nuestros poderes son lo más importante del mundo. Él, quien cree que la gloria del guerrero dámara es donde radica nuestro valor como personas. Ahora tiene que enfrentarse al hecho de que lo he sobrepasado.

Mis elucubraciones se ven interrumpidas por el suave carraspeo de Bernadette Armstrong, quien parece un tanto molesta con la atención que estoy recibiendo. Me da la impresión de que mi heroísmo repentino ha intercedido con sus planes para la tarde.

—Gracias a ambos por vuestra magnífica actuación, que ha salvado incontables vidas y ha evitado una catástrofe inimaginable —declara en voz alzada. Avanza para colocarse estratégicamente entre Evans y yo, dejándome fuera del alcance de las cámaras. Le empuja de los hombros y lo acerca al foco de atención—. Evans Armstrong puede responder al resto de preguntas que tengan sobre lo ocurrido en la rueda de prensa de esta noche. Ahora, si nos disculpan, tenemos una reunión parlamentaria y no podemos hacer esperar a su majestad.

Algunos periodistas me echan miradas desilusionadas, pero deben creer que formo parte de esa reunión, ya que no se quedan para hacerme más preguntas.

Evans trata de regresar a mi lado, pero su abuela lo toma del brazo y le dice algo que lo hace dudar. Se saca su teléfono del bolsillo y me lo muestra, conforme abandonan la sala.

Un momento después recibo un mensaje suyo.

**“Quieren que esté presente en la reunión del parlamento por si tienen más preguntas.
Te llamaré en cuanto termine”**

Lo que Bernadette quiere es colocar a Evans en el asiento de su padre cuando este caiga o quitárselo de encima en vista de que no puede controlar a Parker.

—No puedo creer que Bernadette Armstrong esté preocupada con que tú le quites protagonismo a su nieto —dice Cas cuando nos quedamos solas.

—Lo sé, nunca pensé que llegaría ese día.

—Es como si hubieras pasado de ser un meme que se ha hecho viral a estar en la portada de Forbes —bromea, provocándome una sonrisa que acaba en lágrimas. Me abraza entendiendo sin necesidad de palabras porque he pasado de la risa al llanto.

—No acepto que le hayamos perdido. —Mis palabras salen amortiguadas por su hombro. Me aparto de ella al darme cuenta de que Evans no está cerca y no me está bloqueando—. ¿Cómo está Drake?

Se pone muy seria y suspira.

—Nunca le había visto así, Tori —se lamenta—. Y no sé cómo consolarle.

Tampoco yo. Electric Blue era demasiado especial como para superar su muerte, ni siquiera con el tiempo. Lo único que me tiene de una pieza es la sensación de que no es real. De que esa mañana no ha podido ser la última vez que le vea.

30 ESCOGE A TU VILLANO

Mi nueva habitación de hotel es una pasada. Tengo una cama doble para mí sola con sábanas de algodón egipcio, bombones de chocolate sobre la almohada, una tarjeta de bienvenida escrita a mano por el director del hotel, un bol de frutas recién cortadas y un baño más grande que mi casa de Dámara.

Es ridículo. Soy la misma persona a la que hace dos días rechazaron en recepción y enviaron a una cabaña fuera del pueblo, como si fuera una apestada. Hace dos días, no me merecía lujos, sino ser aislada de mis amigos y mi familia de una forma un tanto humillante. Sin embargo, ahora porque tengo un poder que, según sus estándares, se considera élite, paso automáticamente a ser merecedora de esta suite.

No estoy contenta, sino repugnada. Solo se ha solucionado mi situación, pero no la de millares de inválidos que siguen siendo tratados como basura, o válidos con poderes maravillosos que viven justos de dinero como mis padres, mientras los élites están rodeados de lujo y derroche. No es justo, no está bien y no voy a fingir que lo está solo porque me han dejado entrar en su club exclusivo. Pero... ¿qué puedo hacer yo al respecto? La única arma que tengo en mi mano es el conocimiento de que la reina Yadra es la terrorista que acabó con la vida de los estudiantes y los bolidianos que murieron la noche del ataque. Esa información solo favorecería a la parte conservadora del Parlamento. Y la única persona que comparte ese dilema conmigo y puede ayudarme a decidir qué hacer al respecto, ya no está.

Se me humedecen los ojos al recordar que no podré invitarle a este cuarto y descubrir qué opina de mi cambio de situación. Él, que cambió su magnífica habitación para venir a hacerme compañía en mi alojamiento compartido. Nunca ha habido nadie con un corazón como el de Electric Blue. Sabía que moriría joven y lo llevaba con una entereza admirable. Podía haberlo cambiado, pero decidió salvar a sus dos amigos y sacrificarse por ellos.

Llaman a la puerta de mi habitación y me seco los ojos y las mejillas tratando de borrar el rastro de mi tristeza. Mi primer impulso es abrir la puerta sin más, pero después de recuerdo que Parker Armstrong se aloja en ese mismo hotel y decido preguntar quién es.

—Soy Reese Todersen —escucho que responde la voz masculina al otro lado de la puerta. Me sorprende que un miembro del Parlamento, con el que ni siquiera tengo trato, haya venido a buscarme a mi habitación. Abro la puerta y lo saludo con cordialidad tratando de ocultar mi asombro.

—Señorita Baker —me saluda de vuelta con una sonrisa amplia—. ¿Le gusta su nueva habitación?

—Ah... sí, me gusta mucho, gracias.

—No quiero entretenerla demasiado, he venido por una razón en particular. En realidad, he venido como representante de otra persona. Su majestad se ha enterado de lo ocurrido con los despojados y ha tomado cierto interés en su persona. Por lo que me ha dicho, usted tiene una ideología parecida a la nuestra. No, no se moleste en preguntarse cómo lo sabe. Yadra tiene sus fuentes —me interrumpe él con un gesto de mano, pareciendo adivinar que le iba a preguntar justo eso. Ni siquiera sabía que la Reina era consciente de mi existencia—. Yadra cree que usted, alguien joven y que ha sido considerada una inválida durante toda su vida, sería una candidata perfecta para el Parlamento.

—¿Qué?

Todersen ríe.

—Por supuesto, dada su juventud, necesitaría cierta formación complementaria, pero su majestad estará encantada de explicarle los pormenores del funcionamiento del Parlamento y compartir con usted su amplia experiencia en política.

Estoy tan aturdida por la sorpresa y por las dudas que empiezo a tartamudear antes de decidirme por una pregunta en particular.

—No lo entiendo... ni siquiera hay un puesto vacante en el Parlamento ahora mismo.

—Nunca se sabe cuándo habrá una oportunidad —dice y esboza una sonrisa misteriosa—. Uno debe estar preparado, ¿no cree?

—Eh, supongo... yo...

—Señorita Baker, algo me dice, y creo que Yadra también lo opina, que es usted una idealista que no se conforma con la situación tal y como está. Quiere mejorar las cosas para los desfavorecidos. Déjeme decirle, desde mi experiencia, que la política es el camino idóneo para lograr los cambios que uno quiere ver a su alrededor —. Dicho eso, Todersen me entrega una tarjeta con los datos de la secretaria de Yadra—. Piénselo y contacte con su Majestad cuando lo desee.

—Gracias —respondo, sacudiendo la tarjeta en el aire.

—A usted por su tiempo —replica el hombre con una inclinación de cabeza y se aleja hacia el ascensor.

—¿Qué despojados acaba de pasar? —exclamo en voz alta, mirando la tarjeta por ambas caras. Tiene el sello real y parece bastante oficial.

Cierro la puerta y me pellizco la mejilla para saber si estoy soñando, pero la tarjeta sigue en mi mano tan auténtica e impresionante como antes. ¿De verdad me ha ofrecido Yadra ser parte del Parlamento?

Si alguien me hubiera dicho que algo así iba a suceder hace unos meses me hubiera carcajeado y después me hubiera puesto a dar botes imaginando todas las cosas que puedo lograr con mi líder favorita. No obstante, ahora que sé que Yadra está lejos de ser un modelo a seguir y que su falta de escrúpulos a la hora de conseguir sus objetivos ha causado varias muertes, no estoy tan entusiasmada con la oferta.

De todas formas, ¿cuáles son mis opciones? Si acuso a Yadra ahora, perderemos toda posibilidad de forzar un cambio a mejor en Dámara y ella es la única con poder suficiente para ayudarme a desenmascarar a Parker Armstrong y hacer que pague por lo que ha hecho. No, debo aguardar a estar en una posición privilegiada, antes de perder a una aliada como la Reina, y rezar para que, mientras tanto, no sea vea forzada a hacer nada semejante de nuevo.

Con la cabeza dando vueltas, me pongo el pijama y me meto en la cama. La televisión que hay anclada en la pared frente a mi cama no logra distraerme de los recuerdos que me invaden por orden de acontecimientos: la fiesta donde encontré a Electric Blue tirado en el césped, nuestra peculiar conversación, cuando me lamó la mejilla y la forma en la que me trató como su mejor amiga desde el principio... Distintos momentos vividos con él me visitan hasta que me duermo agotada después de horas de llorar y rodeada de pañuelos de papel arrugados.

Me despierta un ruido en la puerta. El reloj de mi teléfono marca las once y diez de la noche. De mala gana me levanto.

—¿Quién es?

—Evans.

Ha debido volver de la reunión, al igual que Reese Todersen. Hago un ademán de abrir, pero después me recuerdo a mí misma que debo ser más fría con él.

—¿Qué quieres?

—¿Puedes abrirme, Tori? Hace frío en el pasillo.

—¿Qué hay de tu habitación? —insisto, queriendo saber que excusa tiene para venir a mi cuarto a las once de la noche—. ¿Es que no te funciona la calefacción?

Evans guarda silencio durante unos instantes y pego la oreja a la superficie de la puerta, preguntándome si se ha marchado, pero un segundo después vuelve a hablar.

—¿Puedes abrir un momento? No quiero andar gritando desde el pasillo.

Cuando abro la puerta me lo encuentro con una chaqueta de béisbol azul oscura y una sudadera gris con capucha por debajo que le queda genial. Sus ojos grises me provocan un cosquilleo inesperado en el estómago.

—¿Y bien? —Trato de disimular el efecto que tiene sobre mí y él parece un poco desmoralizado por mi actitud, como si no se hubiera planteado que le cuestionaría la razón de su visita.

—Mi padre se aloja en este hotel —dice al fin—. No sé cómo va a tomarse que sigas con vida y el cambio de rumbo en los acontecimientos.

—Has venido en calidad de niñera ¿entonces? —gruño. En vista de mi actitud, él se da media vuelta enfrentando el pasillo y se cruza de brazos.

—Puedo montar guardia desde aquí —declara, mostrándose flexible y dócil. Me siento tentada en dejar que haga eso mismo, pero la nieve que veo golpear furiosa el cristal de la ventana del pasillo me da remordimientos de consciencia.

—Pasa —murmuro y regreso a la cama sin esperar su respuesta. Dentro de la habitación, con la chimenea eléctrica puesta, el ambiente es cálido y, para mi fastidio, romántico.

Evans se mete las manos en los bolsillos de los joggers que lleva puestos y analiza la estancia, mirando para todas partes menos a mí. Me da rabia que resulte tan atractivo con ropa de deporte holgada, aunque los joggers se le ciñen en el trasero y yo... no me estoy fijando en su culo ahora mismo. Aparto la vista al darme cuenta, antes de que me pille infraganti.

—¿Vas a quedarte ahí de pie toda la noche? —Recuerdo que me dijo algo parecido, aquella vez en su cuarto.

Evans está analizando el sofá que hay junto a la ventana y que es demasiado pequeño para su fornido cuerpo, mientras que la cama es enorme, lo suficiente para que duerman cuatro personas. Obviando ese pequeño detalle, se dirige hacia el sofá y se quita la chaqueta y la sudadera. No me fijo en cómo la tela de algodón de su camiseta perfila los músculos de su espalda y cómo las mangas abrazan sus bíceps. Pongo los ojos en blanco cuando coloca los cojines y se recuesta. Incluso así, reclinado, se le salen los pies por el extremo.

—Me he dado una ducha —informo casual—. Estoy segura de que no huelo tan mal.

—No quiero molestarte. Además, solo tienen que echarme a patadas de la cama una vez para que capte el mensaje —continúa, haciendo referencia a lo sucedido anoche. Coge el mando de la televisión para hacer zapping sin prestarme atención. O eso parece hasta que añade—. Y hueles genial.

Me alegra que no vea la expresión de mi rostro en ese momento. Decido prolongar ese juego un poco más. Dejo que vea la televisión desde el sofá durante unos minutos, pero nos interrumpe el ruido de un carro en el exterior seguido de un golpe en la puerta.

—Servicio de habitaciones —llama la voz al otro lado. Me levanto de la cama, pero Evans da un salto, quedándose sentado en el sofá.

—Déjalo, Tori —ruega y después levanta la voz para que le oigan desde fuera—. Se ha confundido de habitación.

—Habitación 116. Tori Baker —recita el hombre confuso, desde el otro lado.

Evans pone una mueca incómoda, casi avergonzada, que me hace abrir la puerta por pura curiosidad.

—Soy yo —le informo al desconcertado botones. Empuja un carrito hacia el interior de la habitación y lo deja junto a la mesa.

—Qué lo disfruten —se despide y desaparece.

Evans se rasca la cabeza con la mirada fija en la pantalla, sin mostrar curiosidad por lo que contienen las bandejas. Levanto la tapa de plata y me encuentro con una botella de champán, dos copas, una docena de rosas blancas, un bol con ositos rojos de gominola y una nota que dice:

Ahora te ven como te veo yo, como siempre te he visto.

La persona más jodidamente especial del mundo.

Te amo, Tori.

Siempre lo he hecho y siempre lo haré.

—Me pregunto quién lo habrá enviado —bromeo en voz alta, aunque tengo lágrimas en los ojos.

—Supongo que tienes muchos pretendientes —murmura él—. Aunque creí que las gominolas lo aclararían.

Cojo uno y me lo echo a la boca. El sabor es delicioso y me recuerda a nuestra infancia, que, a pesar de todo, fue feliz. Con él fui muy feliz. Mis mejores recuerdos son de los dos juntos.

—Sabes que la *gay maker* tiene cientos de pretendientes —ironizo.

—Nunca te he contado como se hizo viral tu apodo, ¿verdad? —salta de pronto y no entiendo por qué quiere sacar a relucir algo así cuando su intención es alisar las arrugas entre nosotros.

—No, pero si me lo cuentas ahora es posible que acabes durmiendo en el pasillo.

—Una vez vinieron Drake, Lara y Daniel a casa para hacer un trabajo de ciencias dármas. Necesitaba varios espejos para llevarlo a cabo y mi madre me dijo que encontraría algunos viejos

en la buhardilla. Los chicos y yo subimos a echar un vistazo y Daniel se encontró un dibujo mío antiguo. Seguro que lo recuerdas. Nos dibujé a los dos como súper héroes con antifaz y capa. Encima de tu cabeza decía *Gay Maker* y encima de la mía Fallo de Sistema.

Era el apodo de Evans cuando aún creíamos que era inválido y nos reíamos de nosotros mismos. Se suponía que él era un fallo del sistema Armstrong.

—Me costaba aceptar que fueras tan cruel como para difundir ese apodo a propósito, pero creerlo me ayudaba a odiarte —le respondo, sorprendida con lo bien que me hace sentir saber que no fue así.

—Lo siento, Tori.

Sacudo la cabeza.

—No tienes la culpa de que Daniel sea un capullo —le digo—. Aunque nunca entenderé por qué tú y Drake sois amigos de gente así.

Evans baja la vista, pensativo.

—No quiero que suene a excusa porque no lo es, pero creo que la crueldad está tan normalizada en mi vida que le he quitado importancia durante mucho tiempo.

—Tú y el resto de Dámara.

—Tú no, Tori —declara con un brillo de admiración en los ojos—. Tú nunca has sido cruel con nadie. Defendiste a Cas de Lara sin conocerla de nada y sabiendo que eso te pondría en su mira.

—Porque sé lo que es sufrir vejaciones desde pequeña. —Me muerdo el labio, incómoda—. El sufrimiento nos hace más empáticos.

Evans niega con la cabeza.

—No es eso, eres tú. Tu fuerza y tu valentía. A algunos el sufrimiento los vuelve aún más crueles.

Se me humedecen los ojos y se me calientan las mejillas. No tenía ni idea de que Evans pensaba esas cosas de mí. Sin saber muy bien cómo reaccionar a sus cumplidos, descorcho el champán, lleno dos copas y le acerco una.

—Vamos a brindar por el día que descubrimos la realidad de nuestros poderes —propongo, disimulando mis lágrimas—. Creo que nunca llegamos a celebrar lo tuyo.

—Porque teníamos doce años y no bebíamos champán —replica él con una sonrisa, mientras acepta la copa que le ofrezco.

—Habla por ti —bromeo y choco nuestros vasos en un tintineo—. Por la *Gay Maker* y el Fallo de Sistema, y la sorpresita que le hemos dado a todos.

Evans ríe.

—Por mandar a la mierda las etiquetas y darnos cuenta de que valemos lo mismo con o sin ellas —añade él. Después de muchos años, volvemos a tener algo muy importante en común.

Un par de copas de champán más tarde, el ambiente entre nosotros se ha relajado. Aun así, evitamos la cama y compartimos el sofá mientras charlamos con la televisión de fondo.

—¿Cómo ha ido la reunión con el Parlamento?

Evans se encoge de hombros. No estoy segura de si contarle lo de la propuesta de Yadra.

—Nada nuevo, no entiendo para qué me han invitado.

—Es obvio, tu abuela quiere que ocupes el asiento de tu padre.

Evans me echa una mirada peculiar y me pregunto si Bernadette le ha comentado algún plan para librarse de Parker. Si lo hacen y Yadra me presenta como candidata, Evans y yo competiríamos por el mismo puesto. Al darme cuenta de eso me alegra no habérselo contado.

Aún no estoy preparada para esa conversación y, de todas formas, Parker sigue impune.

—Tu padre... —comienzo, tratando de formularlo con tacto.

—No te preocupes por él, Tori.

—¿Por qué? Sabes algo ¿verdad?

Evans suspira.

—A partir de mañana, no deberías tener que preocuparte por él nunca más.



31 LA CAÍDA DEL OSO

El molesto tintineo de un despertador me saca de un sueño profundo y placentero. Abro los ojos, desorientada por un instante, hasta que veo copos de nieve golpeando la ventana de la habitación. Ha amanecido ya, pero casi no luce el sol entre las nubes grises. Levanto la cabeza en busca del maldito teléfono que emite la alarma y me doy cuenta de que no estoy sola en la cama. El teléfono no es mío, sino de Evans. Él está acostado a mi lado, boca abajo, con el brazo bajo la almohada y aún dormido. Gracias a su calor corporal, no hace frío a pesar de que la chimenea lleva horas apagada. Su pierna descansa sobre mi cadera y no lleva puesta la camiseta. Me pregunto en qué momento se la habrá quitado, mientras repaso los recuerdos de la noche anterior. Compartimos una botella de champán, charlamos sobre todo y nada en particular y, cuando el sueño me venció, lo invité a la cama. Evans vio los pañuelos arrugados y hablamos sobre Electric Blue, mientras me abrazaba para consolarme. También creo que yo le consolé a él, porque a pesar de las provocaciones de Kyle, se habían convertido en verdaderos amigos. Nos quedamos dormidos entre lágrimas y risas, rememorando momentos con él. Pero definitivamente estábamos vestidos.

De hecho, yo sigo con mi pijama puesto. Aliviada, me incorporo y trato de alcanzar su ruidoso teléfono en la mesita de noche de su lado. Evans debe notar el cambio de peso en el colchón porque se remueve y respira como alguien que está despertando.

En ese momento, ocurre algo tan gracioso como incómodo. Evans interpreta mi movimiento para alcanzar su teléfono como un acercamiento. Me agarra de la cintura y cambia la posición de nuestros cuerpos para que yo quede debajo. Sus ojos adormilados me miran con tanto ardor que siento que mis mejillas se ruborizan.

—Buenos días —saludo, incómoda.

—Buenos días, Baker —replica con voz ronca—. Estás muy sexy con el pelo alborotado. Sus palabras me provocan cosquillas en el estómago, pero trato de disimularlo.

—¿Puedo preguntar por qué no llevas camiseta?

Evans se mira el torso sorprendido.

—He debido quitármela mientras dormía —responde—. Suelo hacerlo cuando tengo calor.

Y hace mucho calor en esta cama de hotel en la montaña nevada de Gelia junto a Evans Armstrong. Nos miramos en silencio durante un instante, hasta que se da cuenta de que tengo su teléfono en la mano y parece entender su error. Sus ojos reflejan tristeza y decepción de primeras, pero un instante después se muestra determinado a ser paciente conmigo. Hace el amago de retirarse, pero abrazo sus caderas con mis rodillas, ocasionando que su entrepierna encaje con la mía. Se me corta el aliento por el calor de su cuerpo y el contacto de esa zona de su anatomía con esa zona de mi anatomía. Es nuevo e interesante. Definitivamente interesante.

Evans se queda paralizado y me contempla con expectación.

—No hemos terminado nuestra conversación —me apresuro en decir, tratando de sonar segura, pero tengo que aclararme la voz.

Nos miramos a los ojos en silencio, conscientes de que la atención de ambos está fija en ese punto de contacto entre nuestros cuerpos, en el calor que pasa de uno a otro y nuestras respiraciones agitadas, mezclándose en el escaso espacio que nos separa.

—¿No? —inquire él en un susurro.

—No —respondo yo y lo atraigo por la nuca para besarlo.

Nuestras lenguas se encuentran en una sincronía perfecta. Su forma de besar me seduce y me derrito sobre las sábanas. Mi mente deja de funcionar y soy todo sensaciones. Solo puedo centrarme en lo bien que se siente hundir mis dedos en su pelo y embriagarme de su fragancia, una mezcla entre su perfume y su piel, que es maravillosa.

Dejo que mis manos vaguen por los sólidos músculos de sus tríceps y su espalda, fascinada por lo agradable que es sentirlo con mis manos. El tacto es algo que siempre me ha sido negado. Una carencia con la que he crecido y en estos momentos, tocar un cuerpo como el de Evans, es como darse un festín después de una vida de dieta estricta.

Mi atención está fragmentada entre el apasionante duelo de lenguas en el que estamos enfrascados y mi sentido del tacto, que no puede creerse todas las partes de mi cuerpo que están rozándose contra la calidez seductora de Evans.

Entonces, él desliza su mano por debajo de la blusa de mi pijama. Despacio, sube por las costillas hasta mi pecho y lo cubre con suavidad. Arde contra mi sensible piel y cuando usa sus dedos para jugar con mi pezón, no soy capaz de sentir nada más que sus caricias y el calor pulsante que sale de mi interior.

Su otra mano sube por mi muslo y se cuela por la cinturilla de mi pijama. Acaricia mi cadera, dejando un rastro de cosquillas deliciosas a su paso, pero se detiene un instante antes de deslizarlos hacia abajo.

—¿Tori, te... te parece bien? ¿Quieres seguir?

Me complace que me pregunte, aún cuando he empezado yo y que sea respetuoso con el hecho de que puede haber un conflicto entre mi cabeza y mi cuerpo. Me gusta que no utilice sus habilidades de seducción y mi inexperiencia en mi contra. Asiento en plenas facultades y sintiendo que le importo por encima de su propio goce. El sexo con buena química debe ser genial, pero si además hay una historia, una amistad y sentimientos mutuos, es una bendición que nunca creí que llegaría a experimentar.

Como respuesta a mi consentimiento, Evans esboza media sonrisa traviesa y me pongo nerviosa, imaginando lo que va a ocurrir a continuación. No solo soy virgen, sino que además tengo experiencia nula en juego previo. No obstante, sus besos hacen que olvide mis temores.

Sus manos acarician mis caderas, mientras me baja la cintura del pantalón. Después me toma por las nalgas y me frota contra su erección. Es muy agradable, pero hace que vuelva la incertidumbre a lo que supone la penetración. No puedo evitar preguntarme si será doloroso o molesto.

Evans no retira nuestra ropa interior, sino que cuela su mano por la mía y comienza a acariciar ese punto que hace que todo mi sistema colapse en oleadas de placer intenso. Pierdo la razón y ya no hay cabida para preocupaciones en mi mente. Me retuerzo en la cama, arqueando la espalda y jadeando. No me avergüenzan los sonidos que provienen de mi boca porque los ojos de Evans, rotos en mil fragmentos, me dicen que está tan consumido por el fuego como yo. Me mira y me toca como si fuera lo más hermoso ypreciado del mundo.

Cuando la tensión dentro de mí comienza a ser demasiado, noto esa parte de él contra mi entrada y, lejos de asustarme, levanto las caderas para acercarme más.

Evans entra con cuidado y desciende sobre mí poco a poco, a pesar de que tiro de él para que termine con esa dulce tortura. Le rodeo con las piernas para atraerlo aún más cerca y trato de acompañar su ritmo. Mis movimientos le hacen perder el control y acelerar. Cada embestida envía una oleada de placer por todo mi cuerpo y comienzo a palpar mientras nuestro sudor y jadeos se mezclan al ritmo de nuestros movimientos.

—Joder, Tori —habla sin aliento y con la voz ronca. Me sujeta la cadera con una expresión de sufrimiento—. Estate quieta o no voy a poder...

Le ignoro, marcando mi propio ritmo. No había intuido que podía aprender tan rápido, pero me dejo llevar por el instinto y, por las reacciones de él, parece funcionar. Cierra los ojos con fuerza y echa la cabeza hacia atrás, luchando contra su propio placer. Al ver que está perdiendo la batalla cambia el vaivén por un movimiento circular que consigue acariciar ese punto palpitante en mí y la combinación se hace demasiado. Me veo arrastrada por un orgasmo maravilloso y, en vista de ello, Evans deja de contenerse y me acompaña.

Una hora y media más tarde, nos separamos el uno del otro de un salto, cuando las puertas del ascensor del hotel se abren y entran varios huéspedes. Por la expresión de sospecha y diversión de algunos, deben haber intuido lo que estaba ocurriendo en el interior. Evans está despeinado y tiene restos de carmín en la comisura de la boca del mismo color que llevo yo puesto.

No había sido mi intención acercarme a él, pero en cuanto nuestras miradas se han cruzado en la intimidad del ascensor, ha sido inevitable. Mi espalda contra la pared, sus manos en mis caderas, mis dedos en su pelo... hasta que nos han interrumpido, claro.

—Esta es nuestra planta —anuncia, después de carraspear. Contengo una sonrisa y sorteo a los huéspedes que se interponen entre la salida y yo.

—Vas a tener que aprender a controlarte —le recrimino, usando un espejo del pasillo para limpiarme el pintalabios corrido.

—Has sido tú la que me ha atacado.

—Tú has pulsado el *stop*.

—Estaba tratando de pulsar el botón de emergencia para pedir ayuda —protesta con fingida inocencia.

Le sigo por el pasillo que nos lleva a la suite de los Armstrong. Evans ha reiterado que Karen no puede recuperar a Electric Blue, aunque todavía no entiendo por qué. Lo que tengo claro es que, si no lo puede traer de vuelta, al menos va a tener que ayudarme a vengar su muerte. Karen

conoce los detalles del plan de Parker, y pienso convencerla de testificar contra él para redimirse de su participación en el ataque. Según me ha explicado Evans, Parker la amenazaba con hacerle daño a Ozrrat si Karen no le ayuda con su horrible plan.

En ese momento, escuchamos un alboroto al final del pasillo. La puerta de la suite de los Armstrong se ha abierto y salen dos agentes dándonos arrastrando a Parker a punta de pistola, mientras él grita que le han tendido una trampa.

No puedo creerlo. De hecho, me planteo que sigo durmiendo en la cómoda cama de mi habitación y lo sucedido con Evans y lo que ven mis ojos en esos momentos es todo parte de un sueño maravilloso. Pero está ocurriendo y lo más extraño de todo es que Evans no parece sorprendido.

—¿Cómo despojados lo ha hecho? —murmura a mi lado.

—¿Quién? —quiero saber, pero nos han alcanzado y contengo el aliento cuando los ojos enfurecidos de Parker se posan sobre nosotros. Parece querer decirnos algo, pero decide callárselo. Los agentes le meten en el ascensor y las puertas se cierran, dejándonos solos.

—Dime que no estoy soñando —me maravillo ¿De verdad acaban de llevarse a Parker Armstrong detenido?

—No estás soñando —replica serio—. Han detenido a mi padre por el ataque en Gelia.

—Tú lo sabías... ¿has sido tú? Pensé que tenía una coartada y testigos. Pensé que había destruido todas las pruebas. ¿Cómo...?

—No tengo ni idea —me interrumpe, tan confuso como yo.

—Pero tú...

—No he tenido nada que ver —me asegura.

—¿Entonces quién?

Evans parece dudar y echa una mirada a la puerta de la suite de los Armstrong.

—Mi padre tiene más enemigos aparte de nosotros —se limita a responder. Medito su respuesta mientras continuamos hacia la suite.

—Ha sido la Reina, ¿verdad? —Tiene que haber sido Yadra. Ella odia a Parker lo suficiente como para urdir toda una estrategia y es la única con recursos para conseguir imputarle a pesar de que el plan de Parker estaba muy bien hilado para no dejar pruebas incriminatorias que apuntaran en su dirección. Parker pasó toda la noche en el bar del hotel acompañado y le bastaría con destruir el vehículo que se usó para transportar a los despojados, lo que constituía la única prueba. ¿Cómo ha conseguido Yadra demostrar su culpabilidad entonces?

Evans llama a la puerta y, unos segundos después, nos abre Cecily con el rostro encendido y los ojos muy abiertos

—Tu padre... —comienza a decir, visiblemente alarmada.

—Lo sé. —Evans asiente. Entramos en la espaciosa y luminosa suite y Cecily se retuerce las manos.

—Yo lo pensé... sospeché que había sido él, pero no creí que nadie pudiera probarlo.

No sé si le angustia o le alivia lo ocurrido, porque está demasiado sorprendida como para mostrar su opinión al respecto.

Karen está sentada en el sofá con los ojos rojos y las mejillas mojadas. Quiero odiarla por ayudarle y por mostrarse triste, pero no puedo evitar entender que es solo una niña manipulada por un adulto cruel y que es normal que haya roto a llorar durante la detención de su padre. Le ha debido asustar la escena de dos guardias irrumpiendo en su habitación, o tal vez teme las consecuencias que eso vaya a tener para ella.

Por eso, a pesar de todo, me saco del bolso un clínex y se lo tiendo.

—Todo va a ir bien, Karen —trato de consolarla.

Pero cuando miro a Evans, preguntándome si va a darle un abrazo a su hermana pequeña, me lo encuentro observándola con una expresión de lo más peculiar. Sospecha, eso es lo que leo en su rostro. Parece que Evans no se cree ni sus lágrimas.

32 LA ESPERANZA MUERE POR ÚLTIMO

Regresamos a Dámara en una furgoneta con el espacio suficiente para transportar el arcón que contiene el despojado de Electric Blue. La primera mitad del viaje la hacemos en un silencio ceremonioso porque no estamos de humor para hablar junto a nuestro querido amigo caído y porque nuestras voces podrían sacarlo de su estado de hibernación, a pesar de que lo ha reforzado para insonorizarlo.

Drake está pálido, al menos para los estándares de su piel morena, y ojeroso. No se ha afeitado en días, algo nuevo para él, y creo que no anda comiendo demasiado. Se sienta en el suelo del furgón y apoya la espalda contra la celda que contiene lo que queda de su novio, mientras juguetea con sus propios dedos con la mirada ausente. Cas lo observa con preocupación la mayor parte del tiempo. Evans nos echa vistazos de reojo por espejo retrovisor, de vez en cuando. Karen está a su lado con el cinturón abrochado y la atención puesta en el paisaje. Y Ozrrat va tumbado en el suelo, junto a Drake y el arcón, como si le faltaran fuerzas para mantenerse sentado. Tiene el rostro girado hacia ellos y los observa con una expresión inescrutable.

Esa mañana, cuando he visto la jaula de Electric Blue he roto a llorar desconsoladamente. Ahora que por fin he conseguido cerrar el grifo, llevo hora y media petrificada. Creo que he derramado tanto llanto que me he anestesiado por dentro.

Hasta que veo las lágrimas silenciosas que descienden por las mejillas de Drake y empiezo de nuevo.

—Karen va a traerle de vuelta. —Ozrrat rompe el silencio y todos los que estamos en la parte de atrás del furgón nos volvemos hacia él con esperanzas renovadas.

—Dijiste que no se podía —le recrimino a Evans tratando de no elevar el tono demasiado.

—Y no se puede —declara su hermana tajante.

—Sí, se puede —le discute Ozrrat.

—He dicho que no.

—Karen... —usa un tono de advertencia y ella lo fulmina con la mirada.

—¿Puedes traer a Electric Blue de vuelta y te niegas? —me indigno. Cuando Drake absorbe mis palabras pone cara de que va a asesinarla.

—Bajad el tono o vais a despertarlo —advierte Evans.

—Solo puedo traer a Ozzy —me responde.

—¿Qué quieres decir? —insisto, desesperada. Ahora que existe una ínfima esperanza de que

Electric Blue vuelva, no pienso rendirme— ¿Por qué solo a él?

—Porque es así como funciona mi poder —replica ella, perdiendo la paciencia. No quiere hablar del tema.

—Miente —interviene Ozrrat, con calma.

—No miento. Así es como funciona mi poder —insiste la niña.

—De acuerdo, no has mentido en eso, pero sí en que solo puedes recuperarme a mí —especifica él y estoy cada vez más confusa.

—¿Me podéis decir de qué cojones va todo esto? —se enfurece Drake demasiado alto. Despierta al despojado, que empieza a dar golpes en la puerta de su celda y se le escucha rugir. Lejos de asustarse, Drake apoya la cabeza contra la superficie y cierra los ojos.

Le amaba... le ama... ya no sé como conjugar los verbos cuando pienso en Kyle Dobrev.

—¿Puede volver o no? —insisto, quiero sonar enfadada, pero se me escucha más desesperada que otra cosa.

Karen suelta un bufido hastiado. Nuestros deseos de ver de nuevo a nuestro amigo con vida la están importunando. Me enfurece su actitud, pero trato de recordar que solo tiene doce años.

—Para recuperar a otro despojado tengo primero que despojar de nuevo a Ozzy —explica, al fin, de mala gana—. Solo puede devolver a la vida a uno por vez.

Evans suspira con resignación. Ya lo sabía, por eso me dijo ahí arriba que no se podía hacer nada.

—No importa, volverás a despojarme a mí y traerás a Kyle en mi lugar —declara Ozrrat con calma.

—Ya te he dicho que no lo voy a hacer. —El tono de Karen es totalmente inflexible. Tengo la sensación de que nada puede hacerle cambiar de idea—. Es mi poder, hago lo que quiero con él.

—Pero yo no quiero vivir, si significa la muerte de mi amigo —insiste él, cansado. Intuyo que no es la primera vez que se lo discuten.

—Pues aprende —replica ella, mordaz y se coloca los auriculares que van unidos a su teléfono para escuchar música y aislarse de nosotros.

Miro a Ozrrat Halil con curiosidad. No le conozco bien, pero me choca que alguien hable de su propia muerte de esa manera. Ni siquiera duda.

Tanto Electric Blue como Ivah me dijeron que era la mejor persona que conocían y ahora les creo. Odio que tenga que ser él o Electric Blue, que no puedan vivir los dos. Es demasiado injusto.

—Tiene que haber una manera de que volváis los dos —habla Drake entonces. Parece engañosamente calmado.

—Me temo que no —replica Ozrrat—. Hemos probado el poder de Karen muchas veces. Solo funciona con uno por vez.

Se hace un silencio descorazonador después de eso.

—Y si Evans aprende el poder de Karen —propone Cas justo cuando acabo de tener esa misma idea. Evans se remueve en su asiento y nos echa un vistazo a través del espejo retrovisor

—Lo he pensado —admite—. No estoy seguro de si funcionaria, pero vamos a intentarlo.

—¿Por qué no lo has dicho antes? —protesto, elevando el tono y el despojado vuelve a rugir y a golpear la puerta.

—No quería darle falsas esperanzas a nadie —se defiende el copycat—. No sabemos si va a funcionar, pero esa es la razón por la que le traigo con nosotros.

Ahora entiendo porque Evans hace algo tan poco característico en él como guardar a un

despojado. Algo que está prohibidísimo por la ley y penado con la cárcel.

Trago saliva, pensando que no hay razones para que no funcione. Dos personas distintas deberían poder recuperar a dos despojados distintos. La ilusión se abre paso en mi pecho como un cuchillo de luz cortando la más densa oscuridad. Me fijo en la expresión de Drake, parece trastornado por la idea de que pueda volver a tener a Electric Blue entre sus brazos, y entiendo mejor porque Evans no ha querido mencionarlo antes.

—Por eso no querías que te ayudara a atrapar a su despojado ¿verdad? —deduzco, recordando que rechazó mi ayuda en el restaurante justo después de echarle un vistazo a Drake.

—No sabemos que puede pasar con su... orientación sexual si lo tocas en su forma de despojado —admite Evans—. Probablemente nada, pero no quería arriesgarme.

Lo ha hecho por Drake y Electric, para que nada se interponga entre ellos si consigue traer al joven de vuelta. Me llena de ternura que haya sido tan considerado. Habla mucho de lo que ha sufrido por nosotros y por el hecho de que nuestro amor fuera imposible durante tanto tiempo.

—Hay esperanza, entonces —declara Cas, animada.

—Sí, hay esperanza —concede Evans—. En cuanto lleguemos, empezaré a estudiar el poder de Karen.

Drake se tapa la cara con ambas manos al escuchar eso y todo su cuerpo se sacude. Me arrastro desde mi sitio para abrazarle y lloramos juntos, en silencio, con solo el motor de la furgoneta y los rugidos del despojado de Electric Blue de fondo.

EPÍLOGO UN BONITO REGALO

MANSIÓN ARMSTRONG. UN AÑO MÁS TARDE

Golpeo mi bolígrafo rítmicamente sobre los folios que tengo repartidos por la encimera de la enorme isla de cocina de los Armstrong. Intento concentrarme de nuevo en los informes históricos que prueban que en la Edad Media los inválidos desempeñaban trabajos humanos como artesanos y campesinos para poder subsistir. Subrayo los párrafos que me interesan. Mi intención es recordarle al resto del Parlamento que la inmoralidad de que un inválido desempeñe un trabajo humano y reciba un sueldo por este es una tradición que empezó en el renacimiento durante la reforma estadocentrista dámara. En aquel momento el gobierno dámara comenzó a administrar todo el capital que entraba en Dámara. Desligar esa ley de la Fylgja me ayudará a que sean más receptivos a mis propuestas de enmienda. Yadra y yo llevamos todo el año trabajando en esto y estamos cerca de conseguir la aprobación de todo el Parlamento.

Lo sé, trabajar con alguien que ha perpetrado varios ataques terroristas no es lo ideal, pero sin ella, no habría avanzado nada. Hay muchos dámaros inválidos muriéndose de hambre, y muchos trabajadores válidos, pasando penurias con sueldos indignos. Debo pensar en ellos primero.

Cuando Evans aparece y abre la nevera para sacar una cerveza fría, me rindo. No hay forma de que me concentre, estoy demasiado inquieta. Apoyo la barbilla en la mano y me fijo en cómo su camiseta se ajusta a cada músculo de su espalda. Cuando se da la vuelta y me pilla infraganti, procuro mirar mis apuntes fingiendo estar enfrascada en la lectura.

—¿Cómo lo llevas? —se interesa. Da la vuelta a la isla de cocina y se asoma por encima de mi hombro.

—Estoy subrayando textos medievales donde se mencionan a inválidos desempeñando cualquier tipo de trabajo y siendo pagados directamente por los humanos.

Evans se coloca a mi lado y asiente.

—Esta mañana, Kirah me ha despertado muy pronto, como de costumbre. Así que después de alimentarla y de que se volviera a dormir, he estado leyendo sobre eso. Menudo timo se marcó la familia Procter, para echarle el guante a todo el dinero que entraba en Dámara.

—¿Lo has subrayado? —le pregunto interesada.

—No tenía nada a mano.

Pongo una mueca de fastidio.

—Evans, tendré que buscarlo otra vez.

—Te marqué la página —se defiende y me relajo. Después doy un respingo cuando la fría lata de cerveza de su mano se apoya en mi espalda.

Evans se aparta con una sonrisa malvada que me indica que no ha sido un accidente. Me planteo ir a patearle el trasero, pero eso es justo lo que quiere, mi atención. Así que le ignoro.

Abre una bolsa de patatas y empieza a degustarlas mientras me observa con evidente

frustración.

—¿Estás durmiendo lo suficiente? Tienes mal aspecto —ataco sin mirarle. Si hay algo nuevo que he aprendido de él es que es un hombre vanidoso. Frunce el ceño, pero, al final, parece darse cuenta de que lo he dicho sólo para fastidiarle.

—Duermo lo que me dejan, Baker —responde con un brillo travieso en los ojos, que me hace sonrojarme y apartar la mirada de nuevo a mis apuntes. Su forma de decirlo deja claro que no se refería a su hija pequeña, sino más bien a mí.

Kirah vive con sus abuelos entre semana y con Evans los fines de semana. Por eso me culpa a mí de sus pocas horas de descanso. Suelo quedarme a dormir con él varias veces por semana.

Por suerte para mí, entran Ozrrat y Karen en la cocina. El primero le pregunta a Evans si me está bloqueando y cuando este le responde que sí me da un beso en la mejilla y se sienta en el taburete a mi lado. La segunda abre la nevera, ignorándonos a todos.

—Buenos días, Karen —la saludo con retintín.

Ozrrat sonríe y sé que es con él con quién está enfurruñada la niña, aunque lo pague con todos. Bueno, no sé si debería llamarla niña. Este último año Karen ha cambiado bastante. Sus caderas se han ensanchado y su rostro está cobrando cierta madurez. Ozzy la mira de arriba abajo como si se estuviera dando cuenta de lo mismo.

—¿Cómo estás? —Le doy un apretón a su hombro delgado.

—Estoy bien —asegura el vidente con tranquilidad.

—Lo que vas a hacer es muy bonito —halago y él me dedica una de esas expresiones enigmáticas que solo tienen los videntes.

—Y lo que vas a hacer tú es un estropicio.

Frunzo el ceño y me giro, golpeando mi jarra de café con el brazo. No obstante, Ozzy la sujeta antes de que llegue a volcarse. Me sonríe porque sabía que iba a pasar. Siempre es así con él.

—Estás seguro ¿entonces? —insisto, cubriendo su mano con la mía.

—Totalmente, lo hubiera hecho antes si no fuera por la muñeca diabólica —acusa, observando de nuevo a Karen. Pero ella lo está ignorando concienzudamente, mientras se acerca a su hermano. Intenta quitarle la bolsa de patatas fritas, pero Evans la empuja y forcejean, mientras Ozzy y yo intercambiamos una mirada divertida.

Karen ha mejorado mucho desde que Parker no está en su vida. Tiene el corazón de Evans, pero, aun así, hay algo oscuro en ella que me recuerda a su padre. Al fin y al cabo, fue ella quien puso a Ozrrat en mi habitación, aunque lo hizo por orden de Parker y bajo amenaza. Además, Ozzy le aseguró a la niña que su despojado no podría matarme. El vidente no mentía, él sabía que con mi poder no podría hacerme daño. Lo que no sabía es que Diana me había afectado momentáneamente con su poder, haciendo que el mío solo funcionara sobre mí misma. Como consecuencia, el despojado de Ozrrat sí que podía hacerme daño aquella precisa noche. Así fue como llegaron sus huellas a mi cuarto, porque entró en forma humana y salió en forma humana.

Quien sí lo sabía todo era Parker. Él estuvo presente en el almacén la noche que descubrimos a los despojados de Yadra. Él y Timothy Fox, ocultos ambos dentro de la caja dimensional del secuaz. Por eso los poderes de Evans y Drake fueron bloqueados de forma intermitente. Por eso presencié lo que yo había provocado en el despojado y entendí mi habilidad para hacer que se atacaran entre ellos. Sabiendo eso, le pidió a Diana que usara su poder en mí antes de obligar a Karen a que llevara a Ozrrat a mi habitación. No obstante, Parker no sabía que yo era inmune a la toxina. Eso lo hemos descubierto hace unos meses, mientras me hacían pruebas.

Hace un año, cuando Parker ideó el plan de Gelia, creyó que unos cuantos despojados a la vez sí que me lamerían lo suficiente como para despojarme o provocarme un trance neural irreversible. Su segundo intento de asesinar me porque no sabía que yo jamás podría ser una despojada.

Una piensa que su suegro al fin la va a aceptar en la familia cuando descubre que tiene un poder élite, pero Parker sigue odiando la idea de que le dé hijos homosexuales a Evans, por lo que, incluso después de entender mi habilidad aquel día en el almacén, no me quería en su familia. Aún me duele pensarlo, aunque Parker se esté pudriendo en una celda dámara fuera de nuestras vidas.

Timothy Fox, al contrario de lo que sospeché el día del almacén, no puede salir de su propia caja, así que transportar despojados dentro le es imposible. Le atacarían. Parker necesitó manipular a Karen para dejar al despojado de Ozzy en mi cuarto, y para transportar a los tres despojados a la cima de Gelia, uno por uno. Entiendo que es solo una niña y que estaba siendo coaccionada por su padre, pero no podemos ignorar el hecho de que accedió a poner en peligro a un grupo de inválidos. Debo vigilarla de cerca, como vigilo a Yadra. Sobre todo, ahora que Ozzy no va a estar para sacar su lado bueno.

Evans se va al salón para evitar que su hermanita le robe la comida y cuando Karen trata de seguirlo, Ozrrat la detiene. Veo la sorpresa en el rostro de la chica al observar los dedos del vidente alrededor de su muñeca. Ozzy es muy cariñoso, la clase de persona que utiliza el tacto constantemente para comunicarse con sus amigos, así que no entiendo a que viene su asombro.

—Estás cambiada —dice él, con una expresión guardada, casi como si hubiera confesado un secreto ilícito. La reacción de ella es incluso más interesante porque se sonroja y, creo que es la primera vez que la veo azorada en toda mi vida. Ozzy traga saliva y se aparta rompiendo el contacto entre ellos— ¿Me vas a dar un abrazo de despedida? ¿O te vas a arrepentir mañana cuando me eches tanto de menos que no lo soportes?

—¿Un abrazo? —repite ella, marcando las palabras. Parece dudar de sus propios oídos. Su incredulidad hace que Ozzy dude y me eche un vistazo incómodo.

—Olvidalo.

Karen no permite que se aleje del todo. Lo toma por la camiseta y tira de él para abrazarlo con tanta fuerza que se me saltan las lágrimas.

Después de un año con Ozrrat, tengo que decir que es el chico más dulce que he conocido en mi vida. No solo es una buena influencia para la niña, sino para todos nosotros. Es la clase de persona que basa todas sus acciones en la ética, pero, a pesar de su superioridad moral, nunca te juzga. Todo lo contrario, puedes contarle lo que sea, él te presta toda su atención y te hace sentir comprendida y arropada. A menudo, acudo a él cuando no sé qué hacer respecto a algo. Es como mi guía espiritual y voy a echarle de menos.

Evans está tirado en el sofá, terminándose las patatas y viendo como Drake anda en círculos por el salón. Me recuerda a los leones enjaulados del zoo.

—No está nada nervioso —me susurra Ozzy y nos reímos.

—Hola —saluda el moreno y vuelve a pasearse por la alfombra, donde va a abrir agujeros con sus zapatos de seguir así.

—¿Estáis preparados? —Pregunta Ozzy, e irónicamente es el más tranquilo de todos.

Salimos por la puerta trasera de la cocina al bosque que hay detrás de la casa de los Armstrong, y sorteamos árboles en un silencio tenso.

Nos detenemos frente a una trampilla en el suelo. Parker solía usar ese sótano para esconder

al despojado de Ozrrat, hasta que un día, por casualidad, Karen lo encontró. El mismo día que descubrió que sí tenía un poder y que, como bien nos había dicho de pequeña, es como un bonito regalo.

Aquel día, Karen entró en el sótano para curiosear y cuando un despojado se abalanzó sobre ella pensó que su vida había acabado, pero el despojado se transformó de vuelta en Ozrrat Halil. Parker descubrió que tampoco la pequeña Armstrong era inválida. No, en realidad, Karen puede retornar a un despojado a la vida y volver a despojarlo con solo desearlo. Un truco muy útil para su padre, el fanático. Un truco que Parker aprovechó todo lo que pudo a través de amenazas contra Ozrrat y su madre, a la que tuvo secuestrada para chantajearlos a ambos.

Drake suspira y se coloca frente a Ozrrat, tomándolo de los hombros.

—¿Estás seguro de esto? —insiste. Cuando Ozzy asiente y sonríe, Drake tira de él y se besan profundamente. Ozzy no se vuelve invisible porque los besos con lengua entre esos dos ocurren a diario y tiene una inmunidad temporal.

Karen aparta la mirada, corroborando mis sospechas sobre la naturaleza de sus sentimientos por el vidente. Debe ser difícil para ella ser tan solo una niña, mientras el hombre al que ama es tratado como un arma, usado en su contra para manipularla y, cuando por fin supera eso, verlo mantener una relación con otro.

Y ahora lo va a hacer desaparecer de su vida. Siento pena por ella, porque sé lo que duele perder a la gente a la que más quieres.

Evans teclea un código y la maciza puerta del sótano se abre. Tomo una bocanada de aire profunda a sabiendas de lo que hay en el interior.

Bajamos las escaleras, demasiado emocionados como para hablar. El despojado que hay en una celda de seguridad lleva tiempo durmiendo, porque entran en un sueño profundo cuando no hay estímulos a su alrededor.

No obstante, el ruido de nuestra llegada lo despierta. No tarda nada en lanzarse contra la puerta, rugiendo como una bestia salvaje. Si no fuera porque la celda está reforzada para soportar la fuerza de un despojado, esto sería muy peligroso.

Drake y Ozrrat caminan hacia otra jaula idéntica. El vidente entra en esta y le aparta un mechón rizado de la frente.

—Te echaré de menos, lo sabes, ¿verdad? —dice Drake y Ozzy asiente. Para Drake ha sido un año muy difícil. No solo perdió a Electric Blue, sino que se ha tenido que enfrentar a su decisión de salir del armario durante la ceremonia de agradecimiento. No es nada fácil ser homosexual en Dámara. La mayoría lo lleva en secreto. Drake pasó de ser el chico perfecto a un marginado de la noche a la mañana, y Ozrrat ha sido un gran apoyo para él durante ese tiempo tan difícil.

—Dale recuerdos de mi parte, ¿quieres? —pide el vidente. Drake se muerde el labio y parece sufrir.

—Seis meses, ¿vale? —le recuerda, mirándole profundamente a los ojos.

—Lo sé —sonríe Ozzy y cierra la puerta. Drake la bloquea despacio, casi reacio a hacerlo.

La pega del poder de Karen, que no hace que sea el mejor de la historia en lugar de solo un bonito regalo, es que solo puede recuperar a un despojado por vez y, por alguna razón, Evans no logra copiarlo. Llevan tiempo intentándolo, sin obtener resultados.

Karen observa la superficie de la puerta cerrada de la jaula de Ozzy con los ojos enrojecidos. Un instante después, parece haberse repuesto y abre la otra jaula. El despojado que hay dentro se abalanza sobre ella. Ahogo un grito por el susto, pero no llega a tocarla, sino que cae al suelo.

Casi al mismo tiempo, Ozrrat golpea su jaula desde dentro y ruge. Vuelve a ser un despojado.

Todos miramos al chico que se levanta frente a Karen. Empiezo a llorar cuando vuelvo a ver los ojos más bonitos del mundo. Los ojos que creía que nunca volvería a ver.

Electric Blue nos mira y sonrío de lado.

—Pero ¿qué habéis hecho? —Sacude la cabeza, probablemente preguntándose cómo puede estar de vuelta de la misma muerte que tantas veces vio para sí mismo. Estamos todos petrificados. Yo en llanto vivo, Drake pálido como la pared y hasta Evans lo contempla con los ojos muy abiertos.

Karen es la única que reacciona y le ofrece una toalla.

—Vamos, tenemos que salir de aquí para que Ozzy se relaje.

—¿Ese es Ozzy? —pregunta Electric Blue, tomando la toalla. Karen asiente y hace un movimiento de cabeza para que continuemos con la conversación fuera del sótano.

Torpes e incómodos subimos la escalera, como si no supiéramos bien cómo comportarnos. Evans cierra la puerta, y Electric Blue parpadea y levanta el brazo para proteger sus ojos de los rayos de sol que se cuelan entre los árboles.

—Estoy tan contenta de verte —sollozo como una tonta. Doy un paso para abrazarle, pero me detengo, notando que está cubierto de sangre.

—¿Cuánto me amas cariño? —pregunta, burlón, adivinando mis reparos. No me lo pienso más, me lanzo a sus brazos, con sangre y todo, y lloro, mientras él me acaricia la espalda.

—¿Qué habéis hecho? —Repite cuando al fin le dejo ir. Nos mira a todos, pero especialmente le lanza una mirada a Drake que está enmudecido y se mantiene a distancia.

—Tengo el poder de traer a un despojado de vuelta. Se le llama el retornado y solo puede ser uno por vez, así que te toca —explica Karen, encogiéndose de hombros. Es la única que está tranquila, porque no conoce bien a Electric Blue y su regreso no le afecta.

El rubio empieza a carcajearse. Después mira hacia la puerta del sótano.

—Así que el bueno de Ozzy me ha cedido su sitio, ¿eh? —dice, entendiéndolo.

—¿Estás bien? —le pregunta Evans, reaccionado mejor que Drake y que yo. Da un paso hacia él y se abrazan, llenando la camiseta del Evans de sangre.

—Estoy perfectamente, ¿cuánto tiempo ha pasado?

—Un año —informa Karen.

—Te hubiéramos traído de vuelta antes, pero Karen no ha querido colaborar hasta hace dos días... —me disculpo, retorciéndome las manos. Sigo sin entender que le ha hecho cambiar de opinión de un día para otro.

Electric Blue le echa un vistazo a la chica y vuelve la sonrisa de quien sabe todos nuestros secretos. He echado tanto de menos esa sonrisa.

—La pequeña Karen debe tener sus razones, ¿verdad? —dice y ella se sonroja—. ¿Cuánto tiempo tengo?

—Seis meses —le respondo, mordiéndome el labio—. Seis meses tú, y seis meses Ozrrat. Creemos que es lo más justo.

Él asiente despreocupado con el hecho de que solo vaya a vivir a cada seis meses.

—¿Habéis cuidado bien de mi dulce Ozzy?

—Unos más que otros —espeta Karen, echándole una mirada de soslayo a Drake que sigue sin reaccionar. Electric Blue no necesita mucho para entender. Su fascinante mente funciona con poca información y siempre sabe más de lo que parece. Contempla a su novio, quien tiene cara de que va a desmayarse en cualquier momento, y camina hacia él.

—Pero que regalo del cielo es poder verte de nuevo —susurra, analizando su rostro con reverencia. Drake se viene abajo, empieza a llorar desconsoladamente y Electric Blue lo abraza. Me pongo a llorar con ellos.

—Tenías razón Kyle —le oigo decir entre sollozos—. Se puede vivir sin corazón. Llevo un año haciéndolo.

Electric Blue sisea en su oído para tranquilizarle, mientras le abraza fuerte.

—Estoy aquí ahora, mi amor.

—Kyle, ¿por qué lo hiciste? —increpa Drake, de pronto enfadado—. Tenía que haber sido yo. Tú eres único y especial.

—Para mí no hay nada más especial que tú, mi amor. —Niega con la cabeza con una sonrisa cariñosa y le pasa el pulgar por la mejilla.

Drake se mira los pies, frunciendo el ceño. Creo que se siente culpable por haber mantenido una relación con Ozrrat durante ese año y por eso le preocupaba enfrentarse a Kyle.

—Yo... yo no he dejado de amarte ni un solo segundo. Por favor, no creas que... —comienza a disculparse, pero Electric Blue le interrumpe con un beso de labios cerrados.

—Me hace muy feliz que os hayáis consolado el uno al otro. Me alivia saber que no has estado solo. Saber que le tienes a él cuando sea mi turno otra vez —asegura, y el alivio en el rostro de Drake es visible.

—¿De verdad?

—De verdad —repite—, pero déjame que te recuerde algo.

Tira de la nuca de rizos morenos y se besan con tanto sentimiento que ni siquiera pestañeo, y hasta Karen abre la boca.

El beso termina en un abrazo, aunque ahora Electric Blue es invisible y parece que Drake está abrazando el aire.

—Mierda, no me ha dado tiempo a hacerles una foto para Cas —me quejo con el teléfono levantando a medias. Evans pasa el brazo por encima de su hermana para empujarme.

—Muy maduro, Evans —me quejo, sacándole la lengua.

—Los dos sois muy maduros —ironiza Karen y pone los ojos en blanco. Nos echamos a reír.

Evans se pone serio y hace un giro de ciento ochenta grados.

—Echabas de menos hacer eso ¿verdad? —le dice a la nada mientras se cruza de brazos. Con “eso” creo que se refiere a Electric Blue pellizcándole el trasero cuando es invisible. Es prácticamente una tradición entre ellos.

—Solo comprobaba que todo sigue en orden y que no has descuidado tus rutinas de ejercicio —el acento glínean acentuado por el descaro de nuestro chico invisible me hacen reír.

Un instante después noto un brazo largo y delgado por encima de mis hombros.

—Volved a la casa. Tori y yo iremos en un rato, tengo que ponerme al día con mi mejor amiga —prácticamente los echa de nuestro lado. Evans y Drake no parecen especialmente felices con la idea, se me olvidaba lo celosos que se ponían con nuestra amistad.

Cuando ya se han alejado lo suficiente vuelve a hablar.

—Cuéntame cariño, ¿Qué ha pasado con nuestra diminuta reina? —indaga mientras esquivamos árboles— ¿Está en la cárcel?

Ahora es cuando va a echarme la bronca.

—De momento la necesito, pero la vigilo de cerca. No ha vuelto a hacer nada violento —me excuso—. El que sí está en la cárcel es Parker Armstrong.

—¿El asesino de mi padre? Bien hecho, cariño —me felicita—. ¿Cómo lo has conseguido?

—Yadra lo hizo —me alivia decir—. Por cosas así, aún no podemos delatarla.

No se que cara pone porque no le veo.

—¿El Parlamento? —pregunta a continuación.

—Podría acostumbrarme a tener información que tú no —celebro y él me sacude ligeramente.

—Podrías ir a la cárcel por zarandear a un miembro del Parlamento —le amenazo, haciéndome la interesante. Se detiene en seco y aunque no puedo leer su lenguaje corporal intuyo que está alucinando.

—Repite eso.

—He sustituido a Parker, ya que no está permitido ser parte del Parlamento desde la cárcel —entono y le oigo soltar una carcajada incrédula.

—Guau, eres muy eficiente cariño.

—El mérito es de Yadra. Pero también me he convertido en élite y salvado a un pueblo mientras dormías.

—Vas a tener que darme más detalles —exige—. Ahora sigue con el resumen. ¿Cómo van las cosas con nuestro delicioso copycat?

Me río.

—Me trata como a una diosa y me hace ridículamente feliz —admito.

—Bien. Si eso cambia, avísame. Le convertiremos en despojado y tú y yo haremos un cuarteto con Ozzy y Drake.

—No suena mal, ¿sabes? —le sigo el juego, y aprovecho para cotillear un poco— ¿A Ozrrat también le gustan las chicas?

—Sí, es bi. Tuvo algo con Ivah y por eso Ivah me odia. Nos peleábamos por él, aunque ninguno de los dos le merece... —noto que se detiene al ver la expresión grave de mi rostro. No me hace falta ponerlo en palabras para que lo entienda.

Guardamos un silencio triste durante un momento hasta que escucho que chasquea la lengua.

—Yo podría haberle salvado la vida.

—No es culpa tuya que ella siempre te bloqueara.

—Este mundo es una mierda —se lamenta.

—Lo es —coincido. Ivah se convirtió en mi amiga en poco tiempo y fue muy duro decirle adiós. Decirle adiós a dos amigos en un solo año me destrozó. Pero, por lo menos, él está de vuelta—. Dime una cosa, ¿sentías algo cuándo estabas despojado?

—Nada de nada —responde—. Para mí es como si solo hubiera pasado un día desde la montaña.

Me consuela saber que Ozzy ahora mismo solo está durmiendo.

—Además, los despojados no envejecen, así que, si Ozzy y yo hacemos esto de turnarnos, nos mantendremos jóvenes y frescos por más tiempo. —Como siempre, saca el lado positivo a las situaciones más funestas.

No me queda otra que reírme y admitir que no había caído en ese detalle.

Hemos llegado a la casa, pero antes de entrar aprovecho para seguir con el tema de la Reina.

—Llevo tiempo queriendo preguntarte otra cosa. ¿Alguna vez has visto la muerte de Yadra?

—No.

—Oh.

—Eso no significa que nunca vaya a morir, no veo la muerte de todo el mundo, cariño.

Su respuesta me decepciona y debe verlo en mi rostro porque me ofrece otra cosa.

—Pero sí que vi su mayor orgasmo —confiesa, bajando el tono—. Es una de las

premoniciones que más me han impactado.

Estoy segura de que va a decir que es porque fue con su padre, pero me sorprende con algo distinto

—Es diferente a las demás que he tenido porque ocurre en el pasado y porque percibo los sentimientos de ambos a la vez. Eso nunca me ha pasado con nadie. Fue hace mucho tiempo, en otro siglo, con un chico muy guapo, me gustaría que pudieras verle. Había mucho amor en Yadra, mucha tensión entre ellos, pero también estaba cargado de remordimiento y autodesprecio por parte de él... Al fin y al cabo, ella tiene el aspecto de una niña. Por todo eso es una de las escenas más intensas que he tenido el lujo de presenciar.

Ahora sí que estoy muerta de la curiosidad.

—Pero si fue en otro siglo, tú no has podido conocerle.

—No, nunca le conocí. No sé por qué pude sentirlo desde él también. Es extraño.

Se me ocurre que tal vez el amado de Yadra sea un antepasado de los Dobrev, pero no lo menciono por si le altera esa idea. Por ahora, decido continuar con el resumen.

—Parker sí que mató a tu padre para compensar la salida de Cecily del Parlamento, pero no hemos logrado probarlo. Ni siquiera Yadra —le informo mortificada—. Lo siento.

—No te preocupes cariño, lo importante es que ya está en la cárcel.

Interrumpimos nuestra conversación cuando entramos en el salón.

—Está todo muy limpio —menciona, fijándose en la elegancia de los muebles de Evans. Sé donde está porque Drake se acerca para tomarle de la cintura—. Necesito un baño. Y necesito que tú me lo des.

Evans se cruza de brazos.

—No en mi casa. En mi baño entras tú solo.

—Entonces, pensaré en ti, mientras alivio un año de frustraciones acumuladas. —Ha debido acercarse a él a juzgar por la mancha de sangre que aparece en la mejilla de Evans.

—Está bien, haced lo que tengáis que hacer —claudica el dueño de la casa.

Estoy tan contenta por la vuelta de Electric Blue que en lugar de torturar a Evans como hago normalmente voy hasta el sillón en el que se ha sentado y me dejo caer en su regazo. Me mira sorprendido y encantado, y no se lo piensa dos veces antes de rodear mi cintura con sus brazos.

—No te acostumbres —le susurro, antes de desviar mi atención a Karen, que se ha dejado caer en el otro sofá.

—¿Vosotros dos estáis saliendo oficialmente o qué? —curioseas después de echarnos una mirada fugaz.

—No —digo yo.

—Sí —dice Evans al mismo tiempo, y me pellizca la cintura—. Auch.

—Lo que sea —dice Karen, ondeando una mano en el aire. Está entrando en una edad difícil.

—¿Sabíais que Ozzy es bisexual? —comento de forma casual, pero Karen pica el anzuelo y levanta la cabeza.

—¿Estás interesada o qué? —me interroga Evans, molesto. Sacudo la cabeza sin creer que pueda ser tan obtuso, y después señalo a Karen con la barbilla. Evans, como buen hombre, se muestra chocado y sorprendido y mira a su hermana como si de pronto fuera un unicornio.

—Ni hablar, se llevan muchos años —descarta, ofuscado. Lo más interesante de todo es la reacción de Karen. Lejos de molestarse con el comentario de Evans, le sonrío al techo de su salón.

No es hasta seis meses más tarde cuando entiendo el porqué.

Nos reunimos todos de nuevo para que Electric Blue le ceda el sitio a Ozrrat durante el resto del año.

Karen nos observa congregarnos a su alrededor, mientras se prepara un sándwich en la cocina.

—No voy a hacerlo —anuncia. Al principio, nos quedamos todos callados, sin comprender a qué se refiere.

—¿Cómo dices? —pregunta su hermano.

—¿Qué no voy a traer a Ozzy de vuelta?

Se vuelve a hacer el silencio.

—Karen... ¿de qué estás hablando? —insiste Evans, cruzándose de brazos.

—De que no voy a traer a Ozzy de vuelta hoy.

—¿Entonces cuándo? —interviene Cas muy confusa.

Karen envuelve su bocadillo en una servilleta y coge una lata de Coca-Cola de la nevera con la intención de marcharse a su habitación.

—Os avisaré —dice a modo de despedida.

—Karen Armstrong, no des un paso más —la regaña Evans, pero ella le ignora.

—Ahora entiendo por qué Ozzy la llama muñeca diabólica —comenta Drake, haciéndome reír, a pesar de la situación.

Evans utiliza la telequinesis para forzar a Karen de vuelta a la cocina.

—¡Has tirado mi comida! —le grita ella.

—Voy a tirarte por la ventana.

Pongo una mano sobre su brazo para aplacarle.

—Karen, ¿serías tan amable de explicarnos tus planes? —Intento un enfoque distinto. La chica suelta un bufido y se sienta en uno de los taburetes.

—Dobrev y Drake no quieren a Ozzy —se queja, echándoles una mirada acusatoria.

—¿De qué estás hablando, criaja repelente? —increpa Drake y Karen lo fulmina con la mirada.

—Le queréis, pero no como él se merece. Ozrrat Halil es la persona más alucinante del mundo y se merece estar con alguien que se dé cuenta de eso.

—¿Alguien como tú? —Adivino, cruzándome de brazos.

—¿Así que tu plan es mantenerlo despojado en lugar de vivo porque Drake no le quiere lo suficiente? —interpreta Cas.

—No —aclaró—. Su plan es mantenerlo como despojado hasta que ella cumpla la misma edad que él.

Algo brilla en los ojos de Karen y sé que estoy en lo cierto. Los demás se han quedado mudos, pero yo doy un paso y apoyo mis manos en la encimera.

—Karen, si manipulas la vida de Ozzy de esa forma, cuando le despiertes va a odiarte.

Ella levanta el mentón con una expresión desafiante en sus ojos.

—Eso ya lo veremos.

Gracias por leer.
Si te ha gustado esta historia, se
agradecen las puntuaciones y reseñas.

Sígueme en Amazon e Instagram para no perderte
nada: @Beca_aberdeen

SPIN-OFF



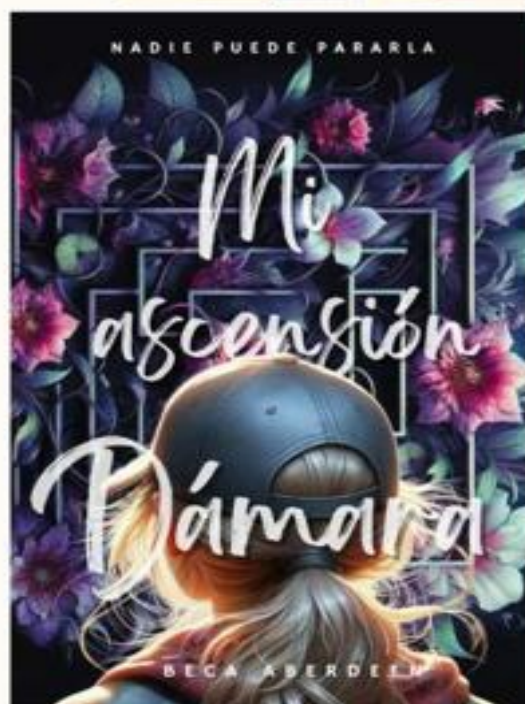
PRÓXIMAMENTE

MI
ASCENSIÓN
DÁMARA



LA
RECUPERADORA

REGRESA AL
MUNDO DE LOS
DÁMAROS Y
DESCUBRE COMO
DE TÓXICO
PUEDE SER



NADIE PUEDE PARARLA

MI
ascensión
Dámara

BECA ABERDEEN